

proposiciones

MARGINALIDAD, MOVIMIENTOS SOCIALES Y DEMOCRACIA



sur
EDICIONES

14

PROPOSICIONES es una colección de Ediciones SUR. Se publica tres veces al año. Recoge los principales resultados de las investigaciones que realiza el Centro de Estudios Sociales y Educación SUR, y artículos que reflejen los debates en curso en el campo de las ciencias sociales. El Consejo Editorial recibe y selecciona los trabajos para su publicación. Cada artículo es responsabilidad de su autor y no corresponde necesariamente a la opinión de los editores, ni de SUR. Todo artículo o colaboración debe dirigirse al Consejo Editorial, *PROPOSICIONES*, Román Díaz 199, Providencia, Santiago de Chile.

EDICIONES SUR

COLECCION ESTUDIOS SOCIALES

El campesinado chileno después de la Reforma Agraria.
José Bengoa.

Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980.
Javier Martínez & Eugenio Tironi.

Por una ciudad democrática.
Alfredo Rodríguez.

La Torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política.
Eugenio Tironi.

La rebelión de los jóvenes.
Eduardo Valenzuela.

COLECCION ENSAYO

El liberalismo real.
Eugenio Tironi.

Pauline ~~Pauline~~



NACIMIENTO DE AMÉRICA. Roberto Matta

proposiciones 14



MARGINALIDAD, MOVIMIENTOS SOCIALES Y DEMOCRACIA

Esta publicación cuenta con el apoyo de SAREC
(Agencia Sueca para la Cooperación y el Desarrollo)

Ediciones SUR, agosto 1987
Román Díaz 199, Providencia, Santiago

Director Ejecutivo SUR: Alfredo Rodríguez A.
Editor y responsable legal de *Proposiciones*: José Bengoa C.
Comité editor: José Bengoa, Javier Martínez, Eugenio Tironi
Secretaria de redacción: Paulina Matta V.

Diseño gráfico y portada: Allan Browne E.
Manuel F. de la Maza G.
Guido Olivares S.
Juan Hernández T. (Trabajo fotográfico)

Inscripción No. 68301

Fotomecánica, composición e impresión
en los talleres de la Imprenta PUMAHUE

Fono: 2513149

En venta en:
Librería de Ediciones SUR
Román Díaz 199, Providencia, Santiago
Fonos 497908 - 460658

Se permite cualquier reproducción total o parcial
de esta publicación, con indicación de la fuente

HECHO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

proposiciones 14

INDICE

INTRODUCCION

MARGINALIDAD, MOVIMIENTOS SOCIALES Y DEMOCRACIA Eugenio Tironi EDITOR	9
--	---

PRIMERA UNIDAD LA CONDICION MARGINAL

VEINTE AÑOS DE LAS POBLACIONES DE SANTIAGO. RESUMEN DE INVESTIGACION Alfredo Rodríguez	24
--	----

LA ECONOMIA DE SOLIDARIDAD EN UN PROYECTO DE TRANSFORMACION SOCIAL Luis Razeto	44
--	----

COMENTARIO V́ctor Tokman	55
-----------------------------	----

DEBATE	57
--------	----

SEGUNDA UNIDAD CHILE: EL FENOMENO DE LOS POBLADORES

POBLADORES E INTEGRACION SOCIAL Eugenio Tironi	64
---	----

ORGANIZACIONES DE POBLADORES BAJO EL REGIMEN MILITAR Guillermo Campero	85
--	----

LAS CONDUCTAS MARGINALES DE LOS JOVENES POBLADORES François Dubet	94
---	----

COMENTARIO Clarisa Hardy	101
DEBATE	
TERCERA UNIDAD	
ACTORES SOCIALES EN ESCENARIOS DE DEMOCRATIZACION	
LAS COMPLEJIDADES DE LA TRANSICION INVISIBLE. MOVILIZACIONES POPULARES Y REGIMEN MILITAR EN CHILE Manuel A. Garretón	113
LA DESCOMPOSICION DEL MOVIMIENTO SINDICAL Y LA TRANSFORMACION DEL SISTEMA DEMOCRATICO EN BOLIVIA René Mayorga	132
EL ITINERARIO DE LA DEMOCRATIZACION, LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA PARTICIPACION POPULAR Elizabeth Jelin	148
COMENTARIO Alejandro Foxley	164
DEBATE	166
CUARTA UNIDAD	
MOVIMIENTOS SOCIALES: EL ESTADO DEL DEBATE EN AMERICA LATINA	
CLASES SOCIALES Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA. PERSPECTIVAS Y REALIDADES Fernando Calderón/Elizabeth Jelin	173
MOVIMIENTOS POPULARES URBANOS Y EL PROCESO DE DEMOCRATIZACION EN BRASIL: BALANCE CRITICO DE LA LITERATURA Lucio Kowarick	190
COMENTARIO Gonzalo Falabella	207
DEBATE	209

CONCLUSION	214
LA CENTRALIDAD DE LOS MARGINALES.	
Alain Touraine	

NOTA

GENTE LINDA	225
Allan Browne	

RESEÑA DE LIBROS	226
------------------	-----

ELIZABETH JELIN, (Compiladora),
LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES
 HERNANDO DE SOTO, *EL OTRO SENDERO*

FERNANDO CALDERON (compilador),
LOS MOVIMIENTOS SOCIALES ANTE LA CRISIS
 FRANCOIS DUBET, *LA GALERE; JEUNES EN SURVIE*

DOCUMENTOS	234
------------	-----

EUGENIO TIRONI: *CHILE Y SU FUTURO,*
UN PAIS POSIBLE,
 de Alejandro Foxley.

AGRADECIMIENTOS

• Este número de Propositiones contiene las actas del seminario Movimientos sociales urbano-populares y procesos de democratización, realizado los días 14, 15 y 16 de abril de 1987 en Santiago, que puso fin a una primera etapa de colaboración entre el CADIS (Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologique) —que dirige el Prof. Alain Touraine en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París— y SUR, y que contó con el apoyo del gobierno francés.

Queremos agradecer a Michèle Goldstein, Agregada Cultural y de Cooperación de la Embajada de Francia en Santiago, quien respaldó sin reservas y en todo momento esta iniciativa. Agradecemos también el auspicio de la Secretaría Ejecutiva y de la Comisión de Movimientos Laborales de CLACSO, y en particular la presencia de Fernando Calderón y Guillermo Campero.

Sin la valiosa, generosa y entusiasta participación de Francois Dubet en la investigación que realizamos en Chile sobre la acción social de los pobladores, es evidente que no habríamos llevado a cabo este seminario. Y tenemos una inmensa gratitud hacia el Prof. Touraine, quien estimuló y orientó nuestro trabajo a lo largo de estos años.

Por último, agradecemos a los ponencistas, a los comentaristas y a todos los participantes que destinaron tiempo y creatividad para dar vida al seminario que aquí presentamos.

MARGINALIDAD, MOVIMIENTOS SOCIALES Y DEMOCRACIA

INTRODUCCION¹

El agotamiento de los modelos democrático-industrialistas en los años sesenta, los intentos abortados de sustituirlos por esquemas monetaristas, y la crisis económica con la que se inició la década actual, han producido el estancamiento —cuando no la reversión— de los procesos de modernización e integración social que caracterizaron el desarrollo del Cono Sur latinoamericano a lo largo de casi todo este siglo. Como resultado, la pobreza urbana adquiere dimensiones y propiedades que aún no se conocen suficientemente.

A la secular tendencia "marginalizadora" de la modernización latinoamericana, en efecto, se le superponen ahora tendencias más específicas conducentes a la exclusión económica, social y política de masas crecientes de la población; no obstante, desde el punto de vista cultural, todo indica que esos grupos han accedido definitivamente a la modernidad, y muchos de sus comportamientos deben ser comprendidos como formas peculiares de adaptación a esa nueva condición. La situación marginal, en suma, ha experimentado transformaciones cuyas significaciones son objeto de un incipiente pero crucial debate en las ciencias sociales latinoamericanas.

Redimensionados en su volumen y tensionados por un movimiento histórico que nos impulsa en sentidos contradictorios, los grupos marginales urbanos han llegado a copar la escena social en algunos países de la región (por ej., las "protestas de los pobladores" en Chile entre los años 1983-1984). Cabe preguntarse, por lo tanto, si no se han generado aquí identidades colectivas llamadas a perdurar, y que nada tienen que ver con los moldes tradicionales de origen agrario, y muy poco con las pautas clasistas vinculadas al orden industrial.

Tal interrogante está en la raíz de numerosas investigaciones que se han venido realizando últimamente en la región. Estas se plantean, en efecto, si las nuevas formas de acción colectiva de los grupos marginales son únicamente defensivas, o si toman la figura de un movimiento social que posee una propuesta social alternativa; si son conductas que apuntan al rechazo de la sociedad moderna, o si se orientan más bien a una "integración desviante";

¹ En esta *Introducción* se retoman los conceptos de la Convocatoria al Seminario *Movimientos sociales urbano-populares y procesos de democratización*, y los desarrollados en él por los diversos ponencistas y comentaristas.

en fin, si se trata de acciones pasajeras resultado de la crisis económica, de la ruptura de los canales de movilidad y de la represión policial, o si se trata de movimientos más permanentes que conllevan una transformación de la matriz sociológica de la acción popular en ciertos países de la región.

Como sea, es un hecho que las "protestas" y otras manifestaciones de los pobladores, las organizaciones de subsistencia de los pobres, los grupos comunitarios de mujeres, las agrupaciones culturales de los jóvenes, las diferentes formas de religiosidad popular — entre otros—, son fenómenos que en muchas sociedades de la región parecen por momentos haber desplazado de su centralidad a las clásicas movilizaciones y organizaciones obreras. Las representaciones y demandas sociales de los grupos marginales tienen como rasgo común el no ajustarse a los requisitos convencionales de un régimen político democrático, resistiendo el traslado a arenas institucionalizadas de concertación social. Como es obvio, esto plantea un problema de envergadura a los proyectos democratizadores y a la salida de regímenes autoritarios. Las movilizaciones de los marginales, se preguntan mucho, ¿hasta qué punto no son incompatibles con un tránsito pacífico a la democracia y con su consolidación? Este es, sin duda, un aspecto crucial de la discusión actual.

Así pues, los temas en torno a los que giró la sociología latinoamericana a comienzo de los años sesenta, reemergen con renovada actualidad. El fenómeno de la marginalidad recupera su centralidad en el debate intelectual latinoamericano, invadiendo incluso la problemática de la transición a la democracia. Sin embargo, el peso agobiante del enfoque económico-estructuralista —que llevó a las teorías de la marginalidad al agotamiento a mediados de los setenta— ha sido desplazado por una visión más equilibrada que reconoce raíces en los estudios contemporáneos sobre los movimientos sociales. El seminario cuyos resultados presentamos a continuación es una buena ilustración del debate que hoy tiene lugar alrededor de los "viejos" temas de la marginalidad, la acción social y la democracia en América Latina.

LA CONDICION MARGINAL

En el caso de Chile, la marginalidad urbana se corporiza en la figura de los llamados *pobladores*. Estos se han localizado tradicionalmente en la periferia de la ciudad de Santiago, y se estima que ascienden a 2.4 millones de personas (lo que equivale a la mitad de la población de la Región Metropolitana).

La marginación ecológico espacial de los pobladores es un rasgo excluyente que se ha acentuado en los años recientes, como resultado de políticas que han forzado a los pobladores a concentrarse en áreas urbanas determinadas con el fin de modelar comunas "homogéneas" desde el punto de vista de su composición social. Es así como, entre 1979 y 1984, 187 mil pobladores fueron sacados de "campamentos" enclavados en áreas de residencia de grupos altos y medios, y radicados en las comunas más pobres de la Región Metropolitana —donde, por ejemplo, la inversión per cápita del sector público es cinco veces menor que en las comunas donde los pobladores fueron expulsados.

La tendencia marginalizadora se revela también en la situación económica de los pobladores. Tres cuartas partes de los hogares en las poblaciones de Santiago se ubica bajo los límites de la extrema pobreza, y más de la mitad

vive bajo la *indigencia absoluta*². Se trata, por otra parte, de hogares cuya densidad es más alta que la encontrada veinte años atrás, resultado de los déficits habitacionales acumulados.

La acentuación del proceso de exclusión se manifiesta también a nivel del mercado de trabajo. Las tasas de desocupación, por ejemplo, son aquí mucho más altas que los promedios que se encuentran en la Región Metropolitana (26 contra 16 por ciento), desigualdad que tampoco se encontraba hace dos décadas. Si se presta atención al *tipo de empleo* de quienes se declaran ocupados, por otra parte, se tiene que los pobladores se localizan en las posiciones más marginales de la estratificación ocupacional, y que la importancia de los que trabajan en el sector productivo es escasa. La marginalidad laboral y el desempleo, por último, afectan primordialmente a los jóvenes, pese a que este grupo posee —como se verá— los índices más altos de escolaridad.

Pero de esas tendencias excluyentes en los planos espacial y económico no se pueden extrapolar la existencia de un *mundo de los pobladores* totalmente segregado de la sociedad. Junto a los procesos de marginalización mencionados, han venido operando también movimientos en sentido inverso (es decir, de integración y participación), que se explican por la inercia de la corriente modernizadora y desarrollista clásica.

Por ejemplo, en las poblaciones se observa un porcentaje de adultos jóvenes (15 a 29 años) sensiblemente superior al que se encuentra a escala nacional, pero ya no se encuentra la estructura etaria predominantemente infantil de hace veinte años. La mayoría de los pobladores adultos, de otra parte, son nacidos en Santiago, lo que invierte la situación de los sesenta. Los índices de escolaridad son notablemente elevados: la mitad de los mayores de 24 años completó su educación básica (8 años de estudio), y sólo un 5 por ciento carece de educación formal. Incuestionablemente, éstos son datos ilustrativos de un grupo social que ha experimentado en las décadas pasadas un acelerado proceso de incorporación a las pautas clásicas de la vida urbana moderna.

Junto con eso, hay que considerar que, más allá de su apariencia, hay procesos que resulta abusivo incluir en una tendencia a la exclusión. Lo que ocurre con los marginales o pobladores en el mercado de trabajo, por ejemplo, debiera ser observado con más atención³. En primer lugar, el valor del trabajo como canal de integración social se ha hecho menor, frente a la importancia tomada por la socialización cultural, especialmente entre los jóvenes. En segundo lugar —y también en el caso de los jóvenes—, se aprecia cierta adaptación a las ocupaciones o sub-ocupaciones en el sector servicios y, en ciertos casos, una marcada preferencia por el auto-empleo. De allí el carácter equivoco de la noción de *exclusión*, tal como la ocupa A. Rodríguez en su ponencia⁴. Ella cubre en un solo concepto a los desocupados y a los

² Estas cifras y las que se mencionan a continuación, provienen de la Encuesta SUR de 1985. Véase la ponencia de Alfredo Rodríguez en este mismo volumen.

³ Véanse las intervenciones de Víctor Tokman, Mariana Schkolnik y Clarisa Hardy en la Primera Unidad. Una visión particularmente provocativa de este tema se encuentra en el libro de H. de Soto, *El otro sendero*, cuya reseña se encuentra en este mismo volumen.

⁴ Este concepto de *exclusión* viene de J. Martínez & E. Tironi, *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980*. Santiago: SUR, 1985.

sub-empleados, ocultando así las múltiples relaciones que se producen entre la *diversas condiciones* de la marginalidad y el sistema económico global.

La noción de *exclusión* sirve indirectamente para argumentar a favor de la existencia de un *mundo de los pobladores*, con peculiaridades significativas respecto a la sociedad moderna. Es el caso de las *actividades u organizaciones económicas populares*, las cuales —según L. Razeto— tendrían un carácter asociativo; le otorgarían un desusado valor a la organización, al esfuerzo y al uso de recursos propios; y desorollarían en su seno relaciones y valores solidarios, participativos, democráticos y autogestionados⁵.

La crítica al concepto de *exclusión* alcanza también a la visión que se acaba de exponer. Esas *organizaciones económicas populares*, en efecto, no serían espacios alternativos creados por los pobladores, sino organizaciones inducidas por la Iglesia y las instituciones de apoyo. Desde esta perspectiva, por otra parte, se considera que el acceso a esos organismos está reducido a los estratos con menos oportunidades laborales (mujeres, por ejemplo), los que llegan a ellos como efecto de una situación de extremo deterioro económico. Los jóvenes y los hombres, en cambio, preferirían —si no pueden ingresar al mercado de trabajo formal— buscar *soluciones individuales* en actividades marginales o arreglárselas con estrategias de subsistencia de carácter familiar. En la marginalidad, en suma lo que prevalece son las conductas adaptativas individuales (vías sub-empleo e informalidad); y éstas no expresan nuevos valores, sino que siguen estrechamente las pautas socialmente dominantes⁶.

El concepto de *exclusión* tuvo el valor de expresar la crisis del paradigma modernizador clásico, que suponía un proceso más o menos uniforme de integración social⁷. Como lo señala Víctor Tokman, lo que hay hoy día es una tendencia *universal* a la fragmentación de la estructura social, que se expresa en la diversificación de los modos de incorporación al mercado de trabajo. Todos los estratos de las sociedades están atravesados por tendencias que marchan a varias velocidades y que apuntan en direcciones múltiples. Esta visión permite superar la noción de *exclusión*, que respondía sin dudas a una cierta nostalgia del viejo curso modernizador. Y al mismo tiempo, este nuevo enfoque puede dar lugar a una reinterpretación de la condición marginal.

Los marginales, en efecto, están sujetos a presiones contradictorias, de inclusión y de exclusión, y han aprendido incluso a transitar por las fronteras y a vivir en una suerte de *collage* donde se superponen mundos diversos y se *hibridan culturas* —para usar los términos de Matos Mar⁸. Pero estas caracte-

5 Véase la ponencia de Luis Razeto en este volumen.

6 Esta es la argumentación que sigue Guillermo Campero en la ponencia respectiva.

7 Valga señalar que oportunamente se había advertido que el concepto de exclusión tenía un sentido únicamente descriptivo (Martínez & Tironi, 1985: 213). Desde un punto de vista metodológico, la *impotencia teórica actual* muestra la *conveniencia de proceder a clasificaciones empíricas antes que conceptuales* de las clases, segmentos o grupos sociales posibles de identificar en la sociedad chilena de hoy, decíamos prudentemente al finalizar el libro mencionado.

8 Es el caso paradigmático de la irrupción en las barriadas y pueblos jóvenes limeños de la llamada *música chicha* que —con el escándalo de los antropólogos indigenistas— fusiona la *cumbia colombiana*, la *guaracha cubana* y el *huaino serrano*, tropicalizando la *música andina* y ejecutándola con *instrumental electrónico* (guitarra, batería y órgano). (J. Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*. Lima: IEP, 1987).

rísticas de la condición marginal —y he aquí la novedad del enfoque— ya no parecen ser exclusivas de los grupos pobres urbanos: ellas corresponden, con niveles diferentes, por supuesto, a un proceso social *general*⁹.

No existe, pues, un "mundo marginal" excluido de la sociedad moderna, homogéneamente rezagado, o uniformemente tradicional. Los grupos pobres urbanos, en el plano económico-ocupacional tanto como en el plano cultural, están parcial y diversificadamente integrados a (o excluidos de) la sociedad. Esto es lo que explica lo que ha pasado con los pobladores en Chile, que en el plano demográfico, educacional y cultural han experimentado procesos que los incorporan de lleno a la vida urbana moderna, al tiempo que —a partir de 1973— han sido sometidos a procesos agudos de exclusión desde el punto de vista ecológico, económico y político. El fenómeno de los pobladores sólo puede ser comprendido por la administración de esta tensión entre exclusión e integración, entre ruptura y participación. Para el caso de los jóvenes populares, en particular, la asincronía entre movilización *subjetiva* y movilidad *objetiva* (para usar los controvertidos términos de Germani) es lo que mejor explica las pautas de comportamiento que han seguido en los últimos años.

CHILE: EL FENOMENO DE LOS POBLADORES

Elizabeth Jelin preguntaba a los sociólogos chilenos, en una sesión del seminario, hasta qué punto no caían en una extrapolación abusiva al tratar de encontrar en los pobladores (con sus referencias territoriales y sus demandas urbanas) una identidad cultural y política y una forma de acción social específica. La pregunta es apropiada y no tiene una respuesta concluyente. Sólo cabe decir que existe una enorme masa popular que habita en la periferia de Santiago, que no es migrante ni obrera, y que a falta de otra denominación recibe el nombre de *pobladores*. Y agregar que la crisis del modelo desarrollista ha acentuado la importancia de los factores espaciales en la identificación y en las formas de acción colectiva de estos grupos.

Lo anterior no significa recaer en la noción ya criticada de *mundo poblacional*. Como dice Guillermo Campero, lo que hay son poblaciones, que están fuertemente estratificadas entre ellas y en su interior. Los pobladores tienen el sentimiento de haber sido golpeados por la crisis, que para ellos ha representado retroceso y deterioro; pero saben también que ése no ha sido un proceso uniforme, y que no ha desembocado en su "expulsión" de la sociedad. Las diversas acciones protagonizadas por los pobladores en los años recientes, por lo tanto, deben ser comprendidas como comportamientos adaptados a una época de crisis, y no como conductas propias de un régimen de *apartheid*: la conciencia de crisis y la voluntad de integración corresponden, pues, a una misma representación social.

La acción social de los pobladores debe ser interpretada como la expresión

⁹ Este proceso social general es el que algunos autores han llamado *posmodernidad*, o el nuevo proyecto de la modernidad. (Ver por ejemplo, respectivamente, F. Jameson, *Posmodernismo y sociedad de consumo*, y J. Habermans, *La modernidad, un proyecto incompleto*, ambos en H. Foster y otros, *La posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 1985). Este tema es tocado de múltiples maneras por Alain Touraine en su intervención de clausura del seminario.

de un anhelo ineludible de integración social. Es más, a lo que se oponen —incluso con violencia, algunas veces— es a los procesos de exclusión que tienden a ponerlos fuera del sistema. La interpretación rupturista acerca de las movilizaciones de los pobladores cae pues en un error de interpretación. Los resultados de la Encuesta SUR son concluyentes en este sentido¹⁰. Por ejemplo, se observa en estos grupos una clara auto-identificación *obrero*, lo que no refleja en absoluto la experiencia o la situación ocupacional de los pobladores, sino más bien un deseo de integración económica según la pauta del modelo industrial. Igual cosa queda de manifiesto en la escasa hostilidad hacia la clase media; aún más, los pobladores expresan su deseo de abandonar esa condición e ingresar a la clase media, para lo cual ven como primordial el dejar su lugar de residencia y trasladarse a otra zona de la ciudad (lo que ratifica, dicho sea de paso, la importancia que ha tomado la dimensión territorial-espacial)¹¹.

La educación ocupa un lugar central en la representación que los pobladores tienen de la movilidad social. La imagen de una masa integrada en torno a la fe y la religión, por lo tanto, parece ser sustituida por la presencia de pautas típicamente seculares y mesocráticas. Esto no implica, por cierto, negar la presencia religiosa; pero si se observa de cerca, la religiosidad de estos grupos tiene un carácter esencialmente ritual y espiritualista, y se orienta mucho más a la salvación individual (al estilo protestante) que a la constitución de un "pueblo elegido" (al estilo católico).

Lo anterior parece ser confirmado por el hecho de que sólo un tercio de los pobladores participa en organizaciones sociales de carácter comunitario. El cierre de los canales democráticos de participación, por lo tanto, no provoca una disposición particularmente favorable a la solidaridad grupal, y menos aún a la violencia. Se sigue confiando, por sobre todo, en la acción asistencial del Estado, para que los defienda de los procesos de exclusión. Pero quizás aquí habría que exceptuar a los jóvenes. Como lo señala François Dubet en su ponencia, ellos representan la *cara negativa* de la acción poblacional. La frustración provocada por la crisis del modelo nacional-popular genera entre ellos —aparte de las conductas individuales de repliegue— formas de adaptación delincuente, nucleamientos comunitarios tipo pandilla, y hasta adhesión a grupos revolucionarios¹².

Pero lo señalado hasta aquí no agota lo que pasa en las poblaciones —como se encargara de recordarlo insistentemente A. Touraine. Junto a las conductas adaptativas e instrumentales están también las de contenido comunitario y religioso, que alcanzan extraordinaria vitalidad. Y está también la acción política. Se trata en rigor (para emplear las palabras de Campero) de

10 Al respecto, véase mi ponencia en la Segunda Unidad.

11 Una descripción de este peculiar sistema de movilidad se encuentra en E. Tironi, "La clase construida. Anotaciones sobre la producción simbólica de la clase media". SUR: Documento de Trabajo No. 53, 1985.

12 Una interesante explicación del sentido que pueden llegar a tener estas acciones negativas de los jóvenes en situaciones históricas de crisis puede encontrarse en un libro de F. Dubet sobre el caso francés (*La Galère*), reseñado en este volumen.

un *movimiento de militantes*, pues la política no puede constituirse en una práctica de representación en los espacios que le deja un Estado autoritario.

Esa organización de militantes es lo que ha dado origen al llamado "*movimiento de pobladores*". En él coexisten diversas orientaciones: una *reivindicativa*, que razona en términos clasistas; otra *populista*, que se dirige al Estado en la defensa de los derechos ciudadanos; una tercera *comunitaria*, que busca la constitución de un "mundo de los pobladores"; y, por último, una orientación *revolucionaria*, que desea aprovechar las contradicciones para destruir al capitalismo¹³.

Como es obvio, estas lógicas son en muchos sentidos antagónicas, lo que hace imposible que ese movimiento tome un perfil definido. Pero lo que es más importante es que algunas de ellas no responden en absoluto a las representaciones y a los anhelos de integración de los pobladores, lo que genera la apatía entre ellos. Otras —como las orientaciones *reivindicativa* o *populista*— se enfrentan al problema opuesto, pues no encuentran interlocución alguna en el Estado, lo que impide la constitución de un *movimiento de pobladores* por esta vía.

Con todo, lo más probable es que cuando la política vuelva por sus fueros, ella retome aquí —como lo insinúa también Campero— sus formas clientelísticas. Como lo destacara Francisco León en el seminario, sin embargo, la política se desenvolverá en un marco institucional muy diferente al que existió antes de 1973. El menor tamaño de las comunas, el fortalecimiento de los municipios, la descentralización de los servicios sociales, por ejemplo, tendrán como efecto *acercar* el Estado a los pobladores. La relación clientelística —si se la quiere llamar así— tendrá lugar en una escala más reducida: al nivel local o municipal. Esto representa, sin dudas, una gran oportunidad para la política, que podrá ligarse mucho más estrecha y directamente con la solución de las demandas de los pobladores.

Por ahora, no obstante, mientras no se modifique la situación autoritaria, la identificación de los pobladores con el mundo obrero favorece —como de hecho ha ocurrido— su representación político-social a través del movimiento sindical. Como lo señaló Alejandro Foxley, el sindicalismo tiene que poner esta función en sus obligaciones: a falta de arena política, esto compensaría la débil capacidad de representación institucional autónoma de los grupos marginales.

ACTORES SOCIALES EN ESCENARIOS DE DEMOCRATIZACION

Pese a su débil capacidad de participación institucional, los grupos marginales urbanos han estado en el primer plano de las movilizaciones populares del último período en América Latina; y su presencia en los procesos de transición y consolidación democráticas es objeto de una importante polémica.

De hecho, en toda la región —con la excepción quizás de Brasil— se manifiesta la misma tendencia a la reducción y heterogeneización de los asalaria-

¹³ La identificación de estas "lógicas" proviene de la *intervención sociológica* con dirigentes poblacionales en el marco de una investigación CADIS-SUR. Al respecto, ver mi ponencia en el seminario.

dos, lo que conduce a una *des-obrerización* de la estructura social y de la acción colectiva popular. Hasta hace poco tiempo el caso más *deslustrante* era el chileno, donde la proporción de obreros en la fuerza de trabajo cayó de 22.3 a 7.5 por ciento entre 1971 y 1984; pero ahora se agrega el caso boliviano, como efecto de la decadencia de la minería y la expulsión de miles de trabajadores de ese sector¹⁴. Como resultado de esa declinación, el movimiento sindical y, en cierta medida, el imaginario obrero, pierden su centralidad; los actores y conflictos sociales se fragmentan y multiplican; y emergen nuevas identidades y acciones colectivas, como las de base étnico-cultural y regional en Bolivia, o de *pobladores* y de *barrios* en Chile y Argentina.

Las *protestas* en Chile, entre 1983 y 1984, fueron un ejemplo sumamente ilustrativo del tipo de movilización colectiva al que conducen esas transformaciones de la estructura social. Como lo señalara M.A. Garretón en su ponencia, esta movilización tomó un carácter multiforme y descentralizado, por el hecho de descansar sobre bases territoriales (el barrio o vecindario). Aunque convocadas por el movimiento sindical, las *protestas* fueron protagonizadas por los pobladores, y en especial —en la medida en que se fueron radicalizando—, por los jóvenes marginales. Pero junto con radicalizarse, la movilización perdió el respaldo de los grupos medios, inclinados a darle un carácter más instrumental y asustados por la violencia expresiva que emanaba de los jóvenes pobladores. Esto mismo terminó por dividir a los partidos de oposición frente a la *movilización social*: a partir de entonces, se acabaron las condiciones que habían hecho posibles las *protestas*, y ellas empezaron a rutinizarse y a decaer.

El debate en torno al significado y a los motivos del auge y agotamiento de las *protestas*, aún sigue vivo. M.A. Garretón expone el problema del siguiente modo: ¿por qué esas movilizaciones tan masivas y poderosas, que lograron éxito en reorganizar a los actores y a la sociedad civil (lo que él llama la *transición invisible*), no consiguieron terminar con el régimen militar? En parte ello obedecería a las limitaciones inherentes a ese tipo de movilización: fragmentación, carácter expresivo-emocional antes que reivindicativo-instrumental. Pero la impotencia de las *protestas* sería resultado, principalmente, de ciertas características de una clase política desvinculada de los actores sociales populares, que hace (como señalara Alejandro Foxley) una lectura ideológica de sus demandas y se deja arrastrar por el interés en cooptar adhesiones, y que no fue capaz de producir una fórmula política consensual de transición.

El análisis de las *protestas* lleva a M.A. Garretón a una conclusión general que tiene enorme incidencia sobre la conceptualización del proceso de la transición a la democracia: *las movilizaciones sociales —afirma— por sí mismas reconstruyen la sociedad civil y transforman los regímenes militares, pero no logran su término: sin momento político, no hay fin de la dictadura y transición democrática*. La transición, en suma, es un momento de la clase política, a cuyo cargo debe estar la propuesta de fórmulas institucionales de quiebre con el autoritarismo. En el seminario, la misma idea fue respaldada por Elizabeth Jelin, para quien la transición es un *tiempo o momento*

¹⁴ Véase al respecto las ponencias e intervenciones de René Mayorga y Elizabeth Jelin en la Tercera Unidad.

eminentemente político e institucional y, por lo tanto, constituye un escenario apto para los partidos, no para los movimientos sociales.

Según esta línea argumental, la transición a la democracia equivale al procedimiento a través del cual la clase política —en toda su variedad— se pone de acuerdo en cómo dar término a un régimen autoritario. Y este proceso debe ser reconocido como distinto al de la elaboración de respuestas para otros problemas sociales o económicos. En los procesos de transición —señala Garretón— las demandas sociales o las demandas por transformación de uno y otro lado, tienen que quedar subordinadas a las exigencias de orden político.

Sería necesario, entonces, reconocer la transición como un momento político, que requiere de una (momentánea) desarticulación entre lo político y lo social. Tal ruptura, sin embargo, sólo aparece posible a condición de que también se rompa el imaginario político latinoamericano, que confunde democracia (noción que alude al campo político institucional), con democratización (noción que alude, en cambio, al campo socio-económico). Esta confusión es la que en Chile habría llevado al fracaso de las protestas y estancado la transición.

La cuestión de la re-articulación entre democracia y democratización, entre el campo político y el social, entre partidos y movimientos sociales, quedaría entonces como un problema propio de la etapa de consolidación democrática. Pero, como lo expuso Elizabeth Jelin a partir del caso argentino, no parece evidente, tampoco, que en la nueva fase se alcance tal propósito.

De una parte, el reestablecimiento brusco de la relación con el Estado provoca en los actores sociales reacciones diversas, que van desde el retraimiento del campo público (el ejemplo del feminismo) hasta la reproducción del clientelismo tradicional —como ocurre en algunas organizaciones barriales—, pasando por el evaporemiento de movimientos de índole cultural, como el que representó el *rock nacional*¹⁵. De otra parte, como resultado de la crisis del modelo desarrollista, la población se ha encontrado con que ya no existe conexión entre ciudadanía política y movilidad individual y familiar (como ocurría en Argentina bajo el peronismo). Con esto —afirma E. Jelin—, se ha roto la mediación entre la cultura de la cotidianidad y las formas de articulación y representación institucionalizadas en la política y en el Estado, lo que provoca en la población un sentimiento de desilusión y apatía frente a la democracia. La etapa de consolidación, por tanto, en vez de re-articular a los actores sociales con la política, más parece haber consolidado su desvinculación.

Las características que tome el proceso de transición, evidentemente determinan las características que habrá de asumir la democracia. Si, en función de la transición, llegara a provocarse la desarticulación entre las demandas y movimientos sociales y los procesos políticos que llevan a la democracia, lo más probable es que la tendencia a la separación de los dos planos seguirá reproduciéndose a futuro y —en el límite— no habrá democra-

¹⁵ Una completa revisión de la relación entre movimientos sociales y consolidación democrática en Argentina se puede encontrar en el libro *Los nuevos movimientos sociales*, cuya compiladora es Elizabeth Jelin, y que está reseñado en este volumen.

tización ni democracia estable. Pero además, no habrá movilización popular por la democracia si ésta se presenta como una pura operación electoral, sin recoger mínimamente los reclamos de cambio de la sociedad. Y sin algún tipo de presión popular, lo único que cabe es esperar un accidente que precipite el cambio del régimen político, lo que despertaría entre la gente —cuando más— un pasajero entusiasmo.

¿Qué papel cabe a los actores sociales en escenarios de democratización? ¿Han de replegarse para dejar que los partidos y la clase política puedan actuar libremente, postergando sus demandas para una etapa posterior? La pasividad de los movimientos sociales, ¿es el clima más apropiado para una transición? Y luego, en un régimen democrático emergente, ¿hay espacio para las demandas o movimientos sociales?; ¿hasta qué punto éstos no pueden poner en peligro la estabilidad del nuevo régimen, y deban prolongar, por tanto, su pasividad?

Como ésas, son muchas más las preguntas que quedan pendientes después del seminario. Pero la cuestión crucial es si, en América Latina, la *democracia* puede efectivamente desentenderse de la *democratización*; o, para ponerlo en términos más convencionales, si es posible escapar de los dilemas del *desarrollo*, palabra mítica que en esta región representó los esfuerzos por conjugar la apertura política con la ampliación de las oportunidades sociales, según el modelo universal de la modernización¹⁶.

MOVIMIENTOS SOCIALES: ESTADO DEL DEBATE EN AMERICA LATINA

La polémica en torno a los movimientos sociales tiene ya una historia en América Latina. Aunque había antecedentes previos —entre ellos las primeras teorizaciones sobre la marginalidad y las contribuciones de Touraine— fue con la caída del gobierno de Allende, en 1973, que se rompe con el dominio del enfoque clasista y totalizante alimentado por un marxismo extremadamente pobre y dogmático¹⁷. Con ello, se descubre que hay una multiplicidad de prácticas colectivas, con un grado elevado de segmentación, y se abre la posibilidad de desarrollar, por una parte, una sociología laboral propiamente tal; y, por la otra, el tema de los actores sociales urbanos.

En una primera época (muy marcada por la influencia de Castells), los *movimientos sociales urbanos* siguen referidos a las condiciones socio-económicas (la *reproducción de la fuerza de trabajo*), pero ya a comienzos de los años ochenta la atención se amplía hacia las variables socio-culturales. Junto con las problemáticas de la calidad de la vida, de los consumos colectivos, de los gobiernos locales, de la mujer y el feminismo, de los derechos humanos, emergen también los temas de las formas de hacer política, del significado de las prácticas cotidianas, de las relaciones entre espacios público y privado, de las relaciones entre organizaciones sociales, partidos políticos y Estado, etc.

¹⁶ Una visión amplia de esta problemática se puede encontrar en el libro de Alain Touraine *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina* (Santiago: PREALC, 1987).

¹⁷ Esta es la interpretación que hacen Fernando Calderón y Elizabeth Jelin en su ponencia al seminario.

Brasil es el país de América Latina donde el tema de las luchas y reivindicaciones urbanas alcanzó la mayor densidad, como lo revela la ponencia de Lucio Kowarick. Desde mediados de los años setenta, en efecto, allí se desarrollaron numerosas investigaciones empíricas —especialmente en San Pablo y Río de Janeiro— acerca de los problemas de salud, de la defensa del consumidor, de las comunidades eclesiales de base, del "vandalismo" urbano (los *quebra-quebra*), de las invasiones de tierra y las organizaciones de los *favelados*. La evolución de los estudios y del debate brasileño sobre movimientos sociales urbanos, en cierto modo ha condicionado, en consecuencia, el panorama intelectual en toda la región.

Es interesante, en este sentido, subrayar las conclusiones de Kowarick en la revisión que hace de la bibliografía brasileña sobre el tema. La primera de ellas es que la interpretación clasista de las luchas urbanas ya no cuenta con sostenedores y, junto con ella, declina lo que él llama el *optimismo catastrófico*, según el cual a mayor deterioro de las condiciones de vida, mayores son las contradicciones de clase, y más intensa la movilización popular. En segundo término, la imagen primitiva de unos movimientos sociales en contradicción permanente con el Estado (y, por ende, en conflicto con la política), parece haber sido superada por estudios empíricos que han mostrado la red de articulaciones (de demanda y también de colaboración) que ellos mantienen con el poder público; lo que ha llevado a cuestionar el concepto mismo de *contradicciones urbanas*. Y en tercer lugar, hay cierto consenso en que estos movimientos poseen un rico contenido cultural democrático, y que su papel fue básico para la movilización democrática en Brasil, pero que tienen límites infranqueables cuando se trata de producir transformaciones a nivel del Estado.

Si antes había muerto la visión clasista de corte estructural, hoy parecen fenecer los enfoques omnicomprensivos de las múltiples prácticas sociales que se desenvuelven en el escenario histórico latinoamericano, prevaleciendo —en cambio— una mirada que pone toda su atención en el sincretismo, en la identidad de cada movimiento en particular¹⁸. Esto es también notorio en el plano específico de la marginalidad, donde fueron abandonadas las macroteorías de base económica estructural para quedarse en "teorías de rango medio". En cierto sentido esta evolución representa un avance al dogmatismo universalista del pasado; pero es claro que ésta tiene que ser una etapa de *transición* (como la llaman Calderón & Jelin), pues ninguna ciencia puede estar satisfecha si se limita a hundirse en el particularismo.

Elizabeth Jelin hacía ver que se había llegado a un punto de agotamiento en la búsqueda —iniciada a mediados de los setenta— de la diversidad y especificidad de los diferentes procesos y prácticas sociales. Quizás produzca inseguridad, pues se corre el riesgo de que reaparezcan los no tan viejos demonios, pero es inescapable retomar nuevamente una *visión integrada del proceso* histórico; lanzarse a la construcción de nuevos paradigmas. Porque no se trata de una demanda que emane exclusivamente del campo académico —si pudiesen haber cuestiones intelectuales que no estén socialmente determinadas—:

¹⁸ Esta evolución queda muy bien registrada en el libro de Fernando Calderón (compilador), *Los movimientos sociales ante la crisis*, que es reseñado en este volumen.

hay una *demanda social* en el sentido de una mayor integración, de fórmulas que articulen sociedad y política, individuos y Estado, democracia y modernización.

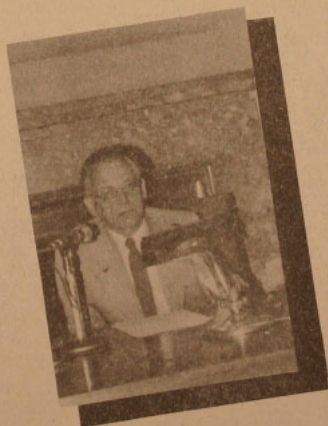
Esa no es, por lo demás, una demanda específicamente latinoamericana. Como lo señalara Alain Touraine, se ha impuesto universalmente la tendencia a la separación de los procesos sociales de los institucionales o políticos, y los propios intelectuales oscilan entre un *comunitarismo* volcado al descubrimiento de identidades particulares, y un *hiperliberalismo* que se extasía ante la autonomía que toman los procesos políticos. Lo que ha desaparecido —agrega Touraine— es la noción de *desarrollo*, cuya función era precisamente integrar esas *dos dimensiones*. Hay una difusa nostalgia, en todas las sociedades, por esa noción u otra equivalente: el desafío actual de la sociología latinoamericana —y su contribución mayor a la disciplina a escala internacional— puede ser éste de reexaminar el enfoque del desarrollo.

El tema del desarrollo, en América Latina, estuvo indisolublemente unido al tema de la modernización —y de su opuesto, la marginalidad—. Reexaminar la noción de desarrollo, ahora a fines del siglo XX, implica necesariamente evaluar la dirección que lleva la *modernidad*, que apunta hacia transformaciones profundas del tipo clásico de integración social. La condición marginal, que se caracteriza por una integración social incompleta y diversificada, es probablemente una situación paradigmática de la nueva modernidad. De allí que, a lo mejor, la revitalización del tema del desarrollo conduzca al reconocimiento de la *centralidad de los marginales*.

EUGENIO TIRONI

Editor





Diversos aspectos de las actividades del Seminario *Movimientos sociales urbano-populares y procesos de democratización*, realizado los días 14, 15 y 16 de abril de 1987 en Santiago.

I. LA CONDICION MARGINAL





VEINTE AÑOS DE LAS POBLACIONES DE SANTIAGO

(RESUMEN DE INVESTIGACION)*

ALFREDO RODRIGUEZ

(SUR, Chile)

“ ‘Conseguir un sitio propio’ es (...) la aspiración básica de los grupos marginados, y esta aspiración se orienta y se realiza en las áreas periféricas. Es por eso que las poblaciones, hoy marginadas, que rodean a la metrópolis no constituyen el ‘cinturón de miseria’ que las teorías iniciales nos describían, sino más bien zonas de radicación definitiva, de seguridad y de esperanza donde crece lo que será la ciudad estable e integrada del futuro”.

Alejandro Portes, 1969

En este artículo se comparan resultados de encuestas realizadas en barrios populares de Santiago, entre las cuales media un lapso de veinte años: la de SUR de agosto de 1985 y, particularmente, la de DESAL de mayo/julio de 1966.

El *objeto* de comparación son las condiciones materiales de vida y características estructurales de las personas, familias u hogares que en 1966 y en 1985 residían en asentamientos precarios, soluciones habitacionales o en conjuntos de viviendas construidas preferencialmente por el Estado para sectores de bajos o escasos ingresos. La similitud de los universos muestrales y la amplitud de la cobertura de ambas encuestas, posibilita confrontar sus resultados en términos generales.

La *finalidad* de la comparación es explorar la existencia de variaciones significativas en términos estructurales y materiales; en este sentido, tiene un carácter explícitamente *descriptivo*.

El *interés* de este ejercicio es entregar a la discusión y a la crítica algunos resultados que indican cambios sustantivos en cuanto a:

- 1) La composición de la fuerza de trabajo y niveles de desocupación.
- 2) La densidad de los barrios y segregación del espacio urbano.
- 3) Las características demográficas y culturales de los habitantes de los barrios populares: origen, edad y escolaridad.

La discusión de estos cambios tiene *sentido*, porque ambas encuestas, a pesar de referirse a contextos históricos y políticos diferentes —el primero de integración, y el segundo de exclusión— dan cuenta de momentos en que las demandas de los pobladores encuentran respuestas insuficientes.

La encuesta de DESAL (1966) fue inmediatamente previa a la crisis económica y poli-

* Resumen de resultados de la encuesta realizada por SUR en 28 zonas poblacionales de Santiago en 1985. Las fuentes han sido los informes preliminares de Vicente Espinoza, Alfredo Rodríguez y Eduardo Valenzuela; y un resumen preparado conjuntamente con Eugenio Tironi.

tica de 1967, que detuvo el ímpetu inicial de los programas de reformas de la Democracia Cristiana, pero no las demandas de "los marginales urbanos". Estas desbordaron las propuestas institucionales y transformaron materialmente el espacio urbano: tomas de terrenos y campamentos, movilizaciones de pobladores, que fueron potencial político electoral para unos, amenaza para otros, pero para muchos fueron la posibilidad de acceso a un terreno o a una vivienda. Entre 1968 y 1972, cerca de 400 mil personas se asentaron en los "campamentos" de Santiago.

La encuesta de SUR (1985), veinte años después, muestra el grave deterioro de la situación ocupacional, de las condiciones de vida de los hogares y la saturación de los barrios populares ocurridos durante este régimen. La presencia de los *desocupados* y los *allegados*, que expresa estos deterioros, no estaba considerada en los antiguos estudios de las poblaciones. Los problemas y demandas actuales son mayores y más complejos que los de 1966; en su mayoría no han tenido respuesta, en otros casos las respuestas han sido insuficientes, y toda búsqueda de soluciones autónomas se limita o reprime.

Por años se ocultó el mundo de las poblaciones: las inundaciones al principio de los ochenta lo dejaron entrever; las protestas urbanas del 83 mostraron nuevamente la presencia de los pobladores en la ciudad; las tomas de terrenos de los campamentos Cardenal Silva y Monseñor Fresno señalaron el problema de los allegados; y doña Luisa Riveros, hace una semana, fue quien pudo por primera vez —después de catorce años— expresar los problemas y demandas de los pobladores a todo el país.

Todos los anteriores son signos que hacen posible prever que en un futuro no muy lejano, los pobladores, nuevamente, se constituirán en ejes de conflictos urbanos muy difíciles de resolver, pero que ya desde hoy hay que reconocer. Esa será una parte de la dura herencia de los militares.

I. CAMBIOS EN LA FUERZA DE TRABAJO: LOS DESOCUPADOS

1.1 Situación en la fuerza de trabajo

La desocupación *real* (Desocupados más PEM-POJH en Cuadro No. 1) en el conjunto de las poblaciones encuestadas en 1985, era de 39 por ciento. Superaba en más de un tercio a la cifra promedio de la Región Metropolitana. Los adscritos a los programas de subsidio a la cesantía, por su parte, duplicaban el promedio de Santiago.

Cuadro N°1

Situación de la fuerza de trabajo,
según encuestas de 1966, 1969, 1985, en poblaciones y total Santiago

	SUR (1985)		PROMOCION POPULAR (1969)		DESAL (1966)	
	pobla.	Stgo.	pobla.	Stgo.	pobla.	Stgo.
Ocupados	61	75	94	95	92	94
Desocupados	25	18	6	5	8	6
PEM-POJH	14	7	—	—	—	—
	100	100	100	100	100	100

Fuentes: Encuestas mencionadas, INE y PET.

La información disponible para la segunda mitad de la década del sesenta, en cambio, muestra que la desocupación en las poblaciones era apenas superior a la promedio del total de Santiago. La comparación con las encuestas de DESAL (1966) y de la Consejería Nacional de Promoción Popular (1969) señala que, en 1985, la desocupación general en Santiago (incluyendo PEM-POJH) se habría multiplicado por cuatro; mientras que en las poblaciones lo habría hecho por cinco, lo que revela que el desempleo es un fenómeno que ha tendido a concentrarse en las poblaciones.

A su vez en las poblaciones, la desocupación no se distribuye en el conjunto de la fuerza de trabajo, sino que se focaliza primordialmente en el segmento juvenil o adultos jóvenes, esto es, en los menores de 30 años (Cuadro No. 2). En este punto la desocupación abierta asciende a 34 por ciento (contra el 25 por ciento promedio), tasa que más que duplica los índices de desocupación de los pobladores adultos.

Cuadro N°2

Situación en la fuerza de trabajo, pobladores por grupos de edad, SUR (1985)

Grupo de edad	Ocupados %	Desocupados %	PEM-POJH %	Desocupados y PEM-POJH (2) + (3)
	(1)	(2)	(3)	(2) + (3)
Hasta 29	53	34	14	48
30 - 39	74	16	10	26
40 - 49	71	14	15	29
50 y más	56	25	19	44
	61	25	14	39

En suma, casi 40 por ciento de la fuerza de trabajo en las poblaciones permanece desocupada. La situación es aun más grave en el estrato más joven, donde el desempleo real alcanza a cerca de 50 por ciento. En ambos casos las cifras superan largamente las tasas promedio de Santiago, lo que revela que el fenómeno de la desocupación no se reparte uniformemente —como lo consignaban las encuestas y estudios de los años sesenta— sino que se concentra en los pobladores y, en particular, en su segmento más joven. Sin embargo, al sumar los porcentajes de desocupación y de los incluidos en los programas de absorción de cesantía (PEM-POJH), se observa que la desocupación se genera tanto por las dificultades de los jóvenes para ingresar al mercado de trabajo, como por la expulsión de los de mayor edad —50 o más años—.

1.2 Estratificación ocupacional

El Cuadro No. 3a compara las categorías ocupacionales encontradas en las poblaciones de Santiago (1985) con la estratificación nacional de los ocupados urbanos elaborada por Martínez & León y con cifras del INE para 1984¹.

¹ J. Martínez & A. León, *La involución del proceso de desarrollo y la estructura social*, Materiales para Discusión No. 53, Santiago: CED, 1984.

Cuadro N°3a

*Estratificación ocupacional, poblaciones de Santiago
y total urbano del país (no se incluye los desocupados)*

Categorías	SUR Ocupados Poblacionales (1985)	Martínez & León Ocupados Urbanos País (1984)
1) PEM-POJH	19	12
2) Obreros Industria y Construcción	17	10
3) Personal Auxiliar en Servicio y Comercio	16	12
4) Trabajadores y Comerciantes Marginales	14	8
5) Artesanos y Cuenta Propia	11	8
6) Asalariados Transporte	8	3
7) Empleadas Domésticas	6	8
8) Empleados Nivel Bajo	5	13
9) Pequeños Empresarios Transporte y Comercio	4	9
10) Empresarios, Burocracia Alta y Media, Profesionales, etc.	0	17
TOTAL:	100	100

La comparación muestra que los pobladores ocupados están situados en las categorías bajas de la estratificación social de la fuerza de trabajo urbana ocupada. Las categorías ocupacionales que incluyen a la totalidad de los ocupados registrados por la encuesta en las poblaciones —cien por ciento—, comprenden en la distribución de los ocupados urbanos del país solamente a 83 por ciento del total. El 17 por ciento restante corresponde a los ocupados en las categorías altas, tales como empresarios, burocracia alta y media, profesionales liberales, etc.

La distribución de las categorías ocupacionales en las poblaciones de Santiago (1985) señala diferencias sustantivas con los datos registrados por encuestas anteriores:

- 1) La categoría *obreros* sigue teniendo un peso significativo en las poblaciones, en comparación con la distribución del total de los ocupados urbanos. Sin embargo, ya en 1985 el ser *obrero* no constituye el rasgo característico ocupacional de quienes residen en las poblaciones de Santiago, tal como ocurría hace veinte años atrás, cuando las encuestas de DESAL, del CIDU o de Portes registraban que entre 60 y 70 por ciento del total de los ocupados que residían en dichas áreas eran *obreros*.
- 2) La categoría ocupacional más frecuente es ahora la del *trabajador* en el PEM o POJH, y si se considera al conjunto de la fuerza de trabajo, es la del *desocupado*.

El Cuadro No. 4a re-ordena la estratificación ocupacional —incluyendo esta vez a los desocupados— acorde con una clasificación elaborada por Martínez & León², que distingue entre *asalariados*, trabajadores *independientes* y sectores *excluidos*. Según esto, la mitad de la fuerza de trabajo de las poblaciones se encuentra en la última condición, vale decir: está desocupada, está adscrita a los programas estatales de absorción de la cesantía o rea-

liza actividades marginales o de servicio doméstico; a nivel del conjunto de la fuerza de trabajo urbana, la tasa de *exclusión* es notablemente menor (34 por ciento). En uno y otro caso la masa asalariada es equivalente; lo que ocurre con la categoría *trabajadores independientes* es sorprendente, pues su peso en las poblaciones no alcanza siquiera a la mitad del que posee en el nivel urbano nacional.

Cuadro N°4a

La fuerza de trabajo por tipos de categorías,
poblaciones y total urbana, 1985

	SUR Poblaciones (1985)	Martínez & León Total Urbana (1984)
Excluidos (a)	50	34
Asalariados (b)	38	37
Independientes (c)	12	29
	100	100

(a) Categorías (1), (4) y (7) del Cuadro N°3a, más los desocupados

(b) Categorías (2), (3), (6) y (8).

(c) Categorías (9) y (5).

1.3 La cesantía

La experiencia de la pérdida del trabajo ha estado presente en gran parte de los hogares de las poblaciones: dos de cada tres jefes de familia respondieron indicando que habían estado cesantes en los últimos cinco años (Cuadro No. 5). Por otra parte, 44 por ciento de los jefes de hogar que pasaron por esta experiencia permanecieron cesantes por más de un año (Cuadro No. 6). En las poblaciones, en suma, el desempleo no representa una situación extraordinaria ni, tampoco, un estado pasajero; al contrario, ha pasado a formar parte de la experiencia cotidiana.

Cuadro N°5

Pregunta al jefe de hogar: ¿Ha estado cesante en los últimos cinco años?

	Porcentajes
No ha estado cesante	37
Sí ha estado cesante	63
	100

En estos años no ha sido fácil salir de la desocupación. Quien pierde su trabajo puede pasar un largo período sin encontrar otro, o puede ocurrir que simplemente no vuelva a

tener ocupación. Las respuestas al tiempo que ha durado la cesantía del jefe de hogar muestra lo difícil que es volver a trabajar.

La comparación con los resultados de DESAL—considerando el aumento de la masa total de desocupados en las poblaciones y de los tiempos de cesantía— indica la tensión que el temor a perder el trabajo ejerce entre los asalariados.

Cuadro N°6

Pregunta al jefe de hogar que ha estado cesante
en los últimos cinco años: ¿Cuánto tiempo ha estado cesante?

SUR (1985)	SUR (1985)	DESA (1966)	DESA (1966)
Menos de 1 año	56	Menos de 1 año	84
De 1 a 2 años	19	Más de 1 año	16
De 2 a 5 años	17		
Más de 5 años	9		
	100		100

La incorporación de las mujeres pobladoras al mercado de trabajo urbano es un hecho nuevo que aparece como consecuencia de los efectos de la crisis económica en las familias populares. En más de un tercio de los hogares encuestados, en efecto, las cónyuges habían buscado y encontrado algún tipo de trabajo en los últimos cinco años.

Cuadro N°7

Pregunta: ¿Tuvo el cónyuge que buscar trabajo
en los últimos cinco años para ayudar a la economía familiar?

Sí buscó trabajo	37
No buscó trabajo	63
	100

Cuando las mujeres pobladoras obtienen una ocupación, sin embargo, ésta corresponde principalmente a las de tipo marginal o en los servicios domésticos: de hecho, apenas una cuarta parte de las cónyuges que consiguieron empleo lo lograron en el sector asalariado no doméstico (Cuadro No. 8). Esto deja en evidencia un mercado de trabajo segmentado, donde el acceso de la mujer popular está condicionado al cumplimiento de labores que refuerzan su rol tradicional en el plano privado-familiar.

Cuadro N°8

Pregunta: ¿Qué tipo de trabajo consiguió?

Trabajo marginal	45
Empleada doméstica	29
Empleo asalariado no doméstico	18
Otros	8
	100

1.4 Ingresos

Casi la mitad de los hogares en las poblaciones de Santiago se ubica en el cuarto más abajo de la distribución del ingreso, con un ingreso familiar mensual que no superaba en 1985 las 4 UF; en el cuarto superior (12 UF y más), se ubica sólo 9 por ciento de las familias de las poblaciones (Cuadro No. 9). Si se definen las líneas de la *extrema pobreza* en 10 UF, se tiene que apenas un cuarto de los hogares en las poblaciones escapa a la primera condición, y que más de la mitad vive en una situación de indigencia absoluta³.

Cuadro N°9

Distribución de los hogares encuestados por tramos
de ingreso familiar, poblaciones (1985) y Gran Santiago (1979)

Tramos de ingreso (UF)	Encuesta SUR (1985)	Gran Santiago * (1979)
	%	%
0,00 - 4,00	47	13,5
4,01 - 8,00	32	24,5
8,01 - 12,00	12	17,5
12,01 y más	9	44,5
	100	100,0

* I. Heslia, *Distribución del ingreso en el Gran Santiago, 1967-1979*. Serie Investigación, N° 53. Santiago: Departamento de Economía, Univ. de Chile.

Para tener una referencia, se comparan en el Cuadro No. 9 la distribución de los ingresos de los hogares encuestados con las informaciones disponibles para el conjunto del Gran Santiago (1979); estas últimas muestran una situación notablemente diferente: el cuarto

³ Estas líneas de *pobreza* e *indigencia* resultan del promedio simple de los umbrales propuestos por M. Pollack & A. Uthoff, *El mercado de trabajo y la pobreza en Chile, 1969-1984*, Santiago: PREALC, 1986; M. Rozas & A. Torche, *Medición de intensidad de pobreza en Chile*. Comunicación presentada al Encuentro Nacional de Economistas en Punta de Tralca, 1985; y J. Rodríguez, *La distribución de ingreso y el gasto social en Chile*, Santiago: ILADES, 1985; los que han sido tomados de J. Martínez, *Efectos sociales de la crisis económica: Chile, 1980-1985*, Santiago: CEPAL, LC/R. 519.

inferior reúne sólo 13.5 por ciento de los casos, mientras el superior reúne el 44.5 por ciento, con lo cual los tramos bajo las líneas de *extrema pobreza* e *indigencia* alcanzan, respectivamente, a 49 y 28 por ciento⁴. Puesto en otros términos, los pobladores perciben ingresos muy por debajo de los promedios de Santiago, situándose en un 80 por ciento bajo los límites de la pobreza extrema.

ADDENDA

Con posterioridad al Seminario, e incorporando las observaciones del comentarista, Sr. Víctor Tokman, y de los participantes en el Debate (véase más adelante en esta sección), se formuló el acápite 1.2 *Estratificación ocupacional* y los cuadros No. 3a y 4a.

El Cuadro No. 3b compara la estratificación ocupacional de los pobladores con la distribución nacional, según las categorías elaboradas por Martínez & León con cifras del INE para 1984³.

Cuadro N°3b
Estratificación ocupacional,
pobladores jefes de hogar y fuerza de trabajo no agrícola

Categorías Sociales	SUR (1985)	Fuerza de trabajo no agrícola (1984) (a)
Cesantes y btpv.	26.1	16.2 (b)
PEM-POJH	12.7	10.1
Obreros y Auxiliares en Comercio y Servicios	11.8	4.6
Obreros Industria y Construcción	11.2	7.8
Burocracia Baja	8.6	18.6
Artesanos	8.2	6.3
Comerciantes Marginales	5.6	3.9
Trabajadores Marginales en Servicios	4.5	3.0
Empleadas(os) Domésticas(os)	4.4	6.4
Asalariados en Transporte	3.9	2.3
Cuenta Propia, Construcción, Transporte y Comercio	3.1	6.5
Asalariados en Minería	—	0.9
Empresarios	—	2.5
Burocracia Alta, Profesionales y Técnicos	—	9.5
Otros no clasificados	—	1.3

(a) INE, 1984; cifras tomadas de Martínez y León, 1987.

(b) Esta cifra incluye los desocupados agrícolas

Como era de suponer, en las posiciones más altas de la estratificación social no hay pobladores. Estos se concentran principalmente en las categorías marginales. Si se deja a un lado la desocupación, se tiene que los programas de subsidio a la cesantía eran, en 1985, la principal fuente de *empleo* de los pobladores. Con todo, el porcentaje de pobladores obreros es significativo, pues duplica al que se encuentra a escala nacional. Sin embargo,

⁴ Estos porcentajes resultan también del promedio simple de las estimaciones que contienen los trabajos de Pollack & Uthoff, Rozas & Torche y Rodríguez citados en la nota anterior.

esta participación está lejos de la importancia que tuvo en la década de los sesenta, cuando cerca de dos tercios de los ocupados eran obreros, según lo mostraron las encuestas de DESAL y Portes. De otra parte, más de la mitad de los obreros registrados en la Encuesta SUR de hecho no labora en el sector productivo, situación que les aleja de la imagen del proletariado clásico.

El Cuadro No. 4b agrupa todas las categorías en cuatro grandes conglomerados, para comparar a partir de allí la posición ocupacional de los pobladores respecto al total del país. El ejercicio ratifica lo que se señaló más arriba sobre la concentración de la desocupación en las poblaciones. Pero lo más sobresaliente es sin duda la agudeza que alcanza entre los pobladores el fenómeno de la *des-alarización*: en efecto, apenas 36 por ciento de ellos está sometido a relaciones salariales, contra el 44 por ciento que se encuentra a escala nacional. Y en oposición a lo que muchas veces se supone, el peso de la subocupación —siendo en sí mismo muy importante—, en las poblaciones no es significativamente mayor al promedio.

Cuadro N°4b

Estratificación en grandes categorías ocupacionales,
pobladores jefes de hogar y fuerza de trabajo no agrícola

	Encuesta SUR (1985)	Total País (1984)
Desocupados	26.1	16.2
Subocupados	27.1	23.3
Artisanos y Cuenta Propia	11.3	12.9
Asalariados Sector Formal	35.5	43.7
Empresarios	—	2.6
No clasificado	—	1.3
	100.0	100.0

Fuente: Idem Cuadro N°3b

II. LA DENSIFICACION Y HACINAMIENTO: LOS ALLEGADOS

Las demandas habitacionales de las familias populares que no han podido expresarse en el mercado, ni tampoco por tomas de terrenos, se han resuelto precariamente ya sea:

- 1) compartiendo unidades de vivienda o sitios en domicilios donde originalmente residía un solo hogar, lo que ha originado procesos de *densificación de los asentamientos populares*; o
- 2) extendiendo los hogares con la incorporación de hijos casados o de parientes, que en el caso de una situación económica más favorable o en un contexto permisivo hubieran vivido en hogares independientes; se ha generado de esta forma un mayor *hacinamiento interno de las viviendas*.

2.1 Condiciones de las viviendas

La comparación de las características físicas de las viviendas, ya sean éstas referidas a los materiales de construcción o a condiciones de higiene —agua potable y baño interior de las viviendas—, permitiría suponer que las condiciones ambientales no se han deteriorado en las poblaciones de Santiago; incluso, que ellas han mejorado.

Cuadro N°10

Características físicas de las viviendas

	Encuesta SUR %	DESAL (1966) %
Viviendas material sólido	57	48
Sin agua potable al interior	18	22
Sin baño al interior	21	29

Estas características no revelan lo que ocurre al interior de los domicilios o de las viviendas, tampoco la presión y demanda habitacional que existe, y ocultan a los *allegados*.

2.2 Densificación de los domicilios

En los domicilios encuestados se encontraron casos en los cuales, además del hogar principal, existían de uno a cuatro hogares (en sentido censal) secundarios que compartían techo o sitio.

Estos hogares secundarios —hogares allegados— correspondían al 23 por ciento del total registrado. Esto constituye una situación inédita con respecto a la cual es difícil hacer comparaciones, porque los estudios o encuestas de la década de los sesenta no mencionaban este tipo de densificación de los asentamientos populares. La forma predominante que registraban era la existencia de hogares extendidos y no la de hogares allegados independientes que compartían un mismo domicilio. Es una situación que se asocia más bien a la tugurización de las áreas centrales de la ciudad de los años sesenta, que ahora se presenta generalizada en las poblaciones.

2.3 Hacinamiento interno de las viviendas

La presión que el crecimiento hacia adentro ha tenido en los barrios populares, se expresa no sólo en la densificación de los domicilios, sino también en el aumento de las viviendas interiormente hacinadas.

La encuesta encontró que en 1985, 41 por ciento de los hogares tenía una relación de más de 3 personas por dormitorio; veinte años atrás, sólo una cuarta parte de los hogares presentaba esta característica, lo que indica que la elevada tasa de hacinamiento es un fenómeno relativamente reciente. Tal vez el dato que ejemplifica más nitidamente la presión hacia adentro que experimentan las familias populares, es que en 24 por ciento de los hogares las camas eran compartidas por dos o más personas.

Cuadro N°11

Hacinamiento

	Porcentaje Hogares	
	Encuesta SUR	DESAL (1966)
3 o más personas por dormitorio	41	25
2 o más personas por cama	24	sin datos

La encuesta mostró que el número de personas por domicilio alcanza a 6,5, lo que supera largamente el promedio nacional. El alto nivel de hacinamiento revela un fenómeno que no es captado por el procedimiento censal: el de los *allegados*. En efecto, más de la mitad de los domicilios cobija un hogar secundario, o bien personas o familiares que se han "allegado", por carecer de condiciones para organizar una vida independiente (Cuadro No. 12). La figura del *allegado*, en consecuencia, se ha transformado —junto con la del *desocupado*— en otra peculiaridad de la vida de las poblaciones.

Cuadro N°12

Allegados

	Porcentaje de Hogares
(1) Hogares allegados	23
(2) Familias con allegados o <i>extensas</i>	30
(1) + (2) Total domicilios con allegados	53

2.4 Recepción de allegados

Casi la mitad de los hogares encuestados respondió haber recibido *allegados* en el curso de los últimos cinco años (Cuadro No. 13). Estos resultados ratifican lo señalado más arriba respecto a la masificación del fenómeno de los *allegados* (Cuadro No. 14).

Cuadro N°13

Pregunta: ¿Ha recibido allegados en los últimos cinco años?

	Porcentaje de Hogares
Sí ha recibido allegados	47
No ha recibido allegados	53

Por otra parte, la casi totalidad de los *allegados* recibidos en los últimos cinco años corresponde a familiares y a hijos casados (Cuadro No. 14). Esto revela que la alta proporción de hogares extendidos que se encuentra en las poblaciones no responde a pautas culturales específicas que se atribuirían a las familias populares, sino a la precaria situación económica de este sector social.

Cuadro N°14

Relación familiar del "allegado"

Porcentaje de Hogares

Hijos casados	22
Parientes no hijos	73
No parientes	5
	100

2.5 ¿Cuántos son los *allegados*?

La expansión de los resultados, por estratos, para el total del universo muestral da una indicación de la magnitud del problema de los *allegados* en las poblaciones de Santiago: afecta de una u otra forma a más de 250 mil hogares.

Cuadro N°15

**Hogares *allegados* y hogares con *allegados*
en las poblaciones de Santiago, expansión de la muestra por estratos**

Estratos Muestrales	Hogares Allegados (a)	Hogares con Allegados (b)	Total Hogares Afectados (a) + (b)
Poblaciones	79170	107958	187128
Operaciones sitio	29684	18105	47789
Campamentos	6628	15349	21977
Total hogares	115482	141412	256894

Los *allegados*, que por su magnitud constituyen un gran segmento del universo poblacional, son un fenómeno nuevo surgido de las circunstancias particulares —las políticas de vivienda y suelo urbano, de la reducción del mercado laboral, de la desocupación, la represión a las ocupaciones de terrenos, etc., de los últimos 13 años— que les ha impedido acceder a la tierra urbana o a soluciones habitacionales.

En condiciones de mayor permisividad social y política, los allegados serán indudablemente los actores de tomas y ocupaciones de tierras⁵.

III. LOS HABITANTES DE LAS POBLACIONES

Los problemas de empleo y de vivienda que manifiestan los desocupados y los allegados, es de una magnitud nueva; no estaban presentes en los estudios de los años sesenta. Son expresión de las modificaciones de la estructura económica, social y política que ha experimentado el país. Pero no constituyen el único cambio, porque también han cambiado las características demográficas y culturales de los habitantes de las poblaciones⁶.

3.1 Origen

Los movimientos migratorios eran tema de preocupación en la década de los sesenta. El origen rural o urbano de los miembros de las familias de las poblaciones populares se discutía en todos los informes de las encuestas realizadas en esos años.

Este interés respondía, en parte, a las comprobaciones empíricas del origen predominantemente rural de los jefes de familia de las poblaciones callampas que habían surgido en Santiago en las décadas anteriores —años cincuenta o antes—. Y formaban parte también de la discusión del papel de las migraciones en la conformación del llamado mundo marginal urbano.

Cuadro Nº 16

Lugar de nacimiento

Lugar de Nacimiento	SUR (1985) (a) %	DESAL (1966) (b) %	Portes (1968) %
Santiago	60	48	42
Fuera de Santiago	40	52	58
	100	100	100

(a) Jefe de Hogar

(b) Respondente

El Cuadro No. 16 muestra que en 1985, apenas 40 por ciento de los pobladores jefes de hogar han nacido fuera de Santiago. A diferencia de lo que ocurría en los años sesenta

⁵ Según el censo realizado por el Colegio de Asistentes Sociales en los campamentos Cardenal Silva y Monseñor Fresno —tomas ocurridas en 1983—, el 87 por ciento de las 9 mil familias que inicialmente se asentaron en dichos campamentos, había estado viviendo previamente como *allegados*.

⁶ Los primeros cambios mencionados expresan las transformaciones ocurridas desde 1973 en adelante, mientras que los segundos responden a la inercia de las tendencias históricas de modernización y democratización de la sociedad chilena anteriores a 1973.

—véase la comparación con los datos de DESAL; o de Portes, quien ya descartaba el origen rural— los pobladores son ahora un fenómeno de origen netamente urbano y de la misma ciudad. Por tanto:

- 1) El crecimiento que ha experimentado el sector poblacional y su naturaleza actual ya no se pueden atribuir a la migración campo-ciudad o al proceso de urbanización, sino que su origen debe ser buscado en las dinámicas más recientes de la estructura social chilena.
- 2) Tampoco se le pueden atribuir a los habitantes de las poblaciones de Santiago pautas culturales tradicionales de origen rural.

3.2 La inmovilidad

Hoy la preocupación es diferente; no interesa discutir los desplazamientos campo-ciudad o intraurbanos, sea como explicación directa o mediata, sino la *inmovilidad*, resultante de la exclusión económica y social que han experimentado los sectores populares, y de la densificación y hacinamiento de los barrios populares.

El confinamiento de los sectores populares se expresa en una creciente segregación y diferenciación social del espacio urbano, como lo demuestran, por ejemplo:

- 1) que 52 por ciento de los hogares allegados nuevos registrados por la encuesta, tenga como origen la misma comuna o la misma población en donde antes residían.
- 2) que la encuesta señale que los tiempos de viaje vivienda-trabajo de los jefes de familia, se habían reducido en 1985 con respecto a los que DESAL presentaba en 1966.
- 3) las erradicaciones de los antiguos campamentos, preferentemente a la periferia sur de la ciudad. Una encuesta realizada a fines de 1986 en 6 de estas nuevas localizaciones señalaba que 73 por ciento de los viajes vivienda-trabajo son menores de 30 minutos, y de éstos, 30 por ciento se hacen caminando⁷.
- 4) que la opción del PEM-POJH como recurso de empleo para los desocupados se ofrece preferentemente en la Comuna en donde residen.

3.2 Estructura de edad

El peso de la población menor de 30 años, que en el lapso de 1970-1985 se redujo a nivel del país, se mantuvo relativamente constante en las poblaciones de Santiago, alrededor de 69 por ciento según DESAL (1966) y SUR (1985). Por tanto, los habitantes de las poblaciones siguen manteniendo una estructura de edad menor que la que se encuentra a escala nacional: son en promedio más jóvenes.

Lo más significativo, sin embargo, son las transformaciones que se han producido en los últimos veinte años al interior de este grupo menor de 30 años.

⁷ J.C. Montecinos, *Encuesta en 6 poblaciones de erradicación*, Proyecto de Tesis en curso, Instituto de Estudios Urbanos, Universidad Católica de Chile.

Cuadro Nº17a

Estructura de edad, pobladores Santiago y país, 1985

Grupo de Edad	Encuesta SUR 1985 (1) %	INE 1985 (a) (2) %	Diferencia (1) - (2)
0 - 14	33	35	-2
15 - 29	35	27	8
30 - 44	16	19	-3
45 - 64	13	14	-1
65 y más	3	5	-2
	100	100	0

(a) Total país

Cuadro Nº17b

Estructura de edad, pobladores Santiago 1966 y país 1970

Grupo de Edad	Encuesta DESAL 1966 (1) %	Censo 1970 (a) (2) %	Diferencia (1) + (2) %
0 - 14	45	42	3
15 - 29	24	25	-1
30 - 44	17	16	1
45 - 64	11	12	-1
65 y más	3	5	-2
	100	100	0

(a) Total país

En efecto, si se compara la actual estructura de edad de las poblaciones con la nacional (Cuadro No. 17a), se tiene que la diferencia principal (8 puntos) resulta del mayor peso proporcional del tramo 15 a 29 años; en el tramo inferior (0 a 14 años) se presenta la situación inversa, pues a nivel nacional es más significativo que en las poblaciones.

En 1966 la situación era exactamente la opuesta (Cuadro No. 17b). Las estructuras de edades de las poblaciones de Santiago y del total del país eran similares. La diferencia principal se situaba en el tramo inferior (0 a 14 años), con una diferencia de 3 puntos a favor de las poblaciones; en el tramo inmediatamente superior la relación se invertía, pues había más jóvenes de 15 a 29 años en el total del país que en las poblaciones.

En conclusión, hace veinte años en las poblaciones había proporcionalmente más niños que en el total del país; en la actualidad hay menos niños y un porcentaje de jóvenes adul-

tos que supera largamente el promedio nacional. El predominio de este segmento juvenil y de adultos jóvenes constituye sin duda una de las características más singulares del sector poblacional de Santiago: son ellos *los desocupados*, son ellos *los allegados*.

3.3 Educación

Los datos recogidos en 1985 demuestran una mayor cobertura y retención del sistema escolar que la registrada por DESAL. Para el tramo de edad de 0 a 14 años, en 1966 los alumnos matriculados en poblaciones y callampas eran del orden de 79 por ciento; mientras que en 1985 en promedio correspondían a 98 por ciento.

Según la encuesta, casi la mitad de los pobladores mayores de 24 años —población no escolar— había completado su educación básica. Sin embargo, su acceso a los niveles siguientes se restringe severamente; a la educación media incompleta llegó el 38 por ciento, la terminó el 17 por ciento e ingresó a la educación superior sólo el 2 por ciento (Cuadro No. 18). La situación es notablemente inferior a la de los niveles de educación que presenta el total de la fuerza de trabajo de Santiago (INE, 1982), donde la mitad posee una escolaridad que supera los 8 años, y 12 por ciento llega a la educación superior.

Cuadro N°18

Años de escolaridad de la población no escolar

Escolaridad (años)	Encuesta SUR (1985)		Fuerza de Trabajo Santiago (1982) *	
	%	acumul.	%	acumul.
0	5	100	2	100
1 a 3	10	95	8	98
4 a 6	29	85	24	90
7 a 8	18	56	14	66
9 a 10	21	38	13	52
11 a 12	15	17	27	39
13 y más	2	2	12	12

* Universidad de Chile, *Encuesta de ocupación y desocupación, 1982*

En el caso de los pobladores, sin embargo, una mayor escolaridad no es factor que inter venga en el acceso al mercado de trabajo. Los datos de la encuesta muestran incluso que los desocupados tienen un promedio de años de estudio ligeramente superior al del conjunto de la población mayor de 24 años (Cuadro No. 19).

Cuadro Nº19

**Escolaridad de pobladores
mayores de 24 años y pobladores desocupados, 1985**

Escolaridad (edad)	Mayores 24 años acumul.		Desocupados acumul.	
0	5	100	2	100
1 a 3	10	95	12	98
4 a 6	29	85	27	86
7 a 8	18	56	15	59
9 a 10	21	38	24	44
11 a 12	15	17	18	20
13 y más	2	2	2	2
	100	0	100	0

En síntesis, los pobladores —no estudiantes— constituyen un sector que posee un grado mediano de escolaridad, donde más de la mitad ha alcanzado los 8 años de estudio. (Si se incluyeran los tramos de edad inferiores, la tasa de escolaridad sería aun superior).

Para los pobladores, sin embargo, el acceso a la educación media y, por cierto, a la superior, es más difícil que para el habitante promedio de Santiago, lo que revela una desigual distribución de las oportunidades educacionales. Y si logran un mayor nivel de escolaridad, éste no parece influir en facilitar su acceso a oportunidades ocupacionales, como lo indican los niveles educativos mayores de los desocupados que los de los ocupados.

Por tanto, el problema de *desocupación* que existe en las poblaciones de Santiago no hay que atribuirlo a la calificación o no de la fuerza de trabajo, aunque si se examinan los niveles de escolaridad de los *ocupados*, efectivamente hay fuerte asociación entre escolaridad y posición ocupacional.

3.3 Educación de los hijos

La encuesta muestra que en los últimos años, una cuarta parte de los hogares en las poblaciones de Santiago ha tenido que afrontar, por lo menos, el abandono de los estudios por parte de un hijo (Cuadro No. 20).

Este porcentaje aumenta notablemente (31 por ciento) si se excluye el estrato muestral de los *hogares allegados*, que tienen mayoritariamente un carácter nuclear y están constituidos por parejas jóvenes con hijos pequeños. Por tanto, el abandono o deserción escolar de los hijos no es un problema que afecte principalmente a los *nuevos pobladores*, sino más bien a los *antiguos hogares de pobladores* que residen desde largo tiempo en las poblaciones.

Según los datos de la encuesta, las causas por las cuales los hijos han abandonado prematuramente sus estudios son principalmente de tipo económico.

Cuadro N°20

Pregunta: En estos últimos cinco años,
¿alguno de sus hijos abandonó la escuela antes de tiempo?

	Porcentaje de Hogares	
	(a)	(b)
Sí	25	31
No	75	69
	100	100

(a) Todos los estratos de la muestra.

(b) Sin considerar estrato allegados.

Una de las conclusiones importantes de la encuesta de DESAL (1966) indicaba que los pobladores transferían sus aspiraciones ocupacionales y educacionales a las que sus hijos podrían alcanzar.

Cuadro N°21

Aspiraciones ocupacionales y educacionales de los padres de familia,
según encuesta DESAL (1966)

	Aspiraciones ocupacionales			Aspiraciones educacionales		
	Para sí mismos %	Para sus hijos %	Diferencia porcentual %	Para sí mismos %	Para sus hijos %	Diferencia porcentual %
Altas	27.1	89.6	+62.5	46.5	90.5	+44.0
Bajas	72.9	10.4	-62.5	53.5	9.5	-44.0
	100.0	100.0	0.0	100.0	100.0	0.0

Los resultados de la encuesta de 1985 señalan que las aspiraciones de los antiguos pobladores no se han cumplido: sus hijos —los nuevos pobladores— efectivamente han alcanzado mejores niveles de educación, pero éstos no les han servido para encontrar trabajo. Aun más, en los años ochenta en casi un tercio de los hogares (Cuadro No. 20) se ha tenido que renunciar al mito de la educación al no poder mantener a los hijos estudiando.

IV. FIN DEL CICLO DE LOS VIEJOS POBLADORES

Para finalizar, manteniendo el objetivo descriptivo de esta comparación de resultados de la encuesta de SUR (1985) con los de encuestas de los años sesenta, quisiera señalar dos puntos: el primero referido al fin del ciclo de los 'viejos pobladores'; y el segundo, a la

apreciación de que los problemas actuales —en las poblaciones— son más complejos que los que se intentaron resolver en los años sesenta y comienzos de los setenta.

4.1 *Fin del ciclo de los 'viejos pobladores'*

Los datos presentados al inicio respecto a la situación de los pobladores en la fuerza de trabajo, a sus condiciones de vida, al predominio de los jóvenes, indican que se cerró *el ciclo de los antiguos pobladores* descritos por las encuestas de los años sesenta:

- 1) Las aspiraciones que transfirieron a sus hijos no se han cumplido: si bien éstos mejoraron sus niveles educacionales, están desocupados y son los que constituyen las familias de allegados;
- 2) Ellos, *los viejos pobladores* —los que se asentaron en las poblaciones sitio de los años sesenta, los que ocuparon terrenos, los protagonistas de las tomas— que ahora superan los cincuenta años, han sido expulsados del mercado laboral; y
- 3) Las poblaciones no son —veinte años después— “la ciudad estable e integrada del futuro” que se esperaba en la década de los sesenta. Las viviendas están hacinadas, los domicilios densificados, los barrios populares forman parte de una ciudad cada vez más segregada y ajena.

4.2 *Las demandas son más complejas y la presión será mayor que en el pasado*

A las demandas tradicionales por vivienda y sitios ahora se agregan las por trabajo, y las —por el momento reprimidas— de participación social y política.

La magnitud que alcanzan los *allegados* y *desocupados* en las poblaciones, permite suponer que las demandas de los pobladores —en la perspectiva de democratización del país— tendrán mayor presión y complejidad que las que se presentaron durante los dos últimos gobiernos democráticos.

El escenario urbano de Santiago será conflictivo, las demandas de los pobladores se verán enfrentadas a una imagen del orden urbano, del orden social —transmitido durante catorce años—. Discurso de orden, que ha optado por negar la existencia de conflictos —ocultarlos, no permitir que se expresen— a la alternativa de enfrentarlos como parte de nuestra realidad, y a establecer formas democráticas e institucionales de expresión y resolución de ellos.

4.3 *La otra cara*

Las afirmaciones anteriores resultan insuficientes para tener una visión de lo que ha ocurrido y ocurre en las poblaciones: sólo describen los efectos de las *políticas de exclusión*. La otra cara, que corresponde a los intentos de los pobladores por no ser excluidos, no está descrita en ellas. Por tanto, es necesario comentar brevemente dos aspectos no incluidos en la presentación de esta parte de los resultados de la encuesta de SUR: *la memoria de los pobladores y las respuestas organizativas surgidas en las poblaciones*⁸.

⁸ Que se discuten en detalle en otros trabajos de este Seminario, en particular por Eugenio Tironi.

a) La memoria de los pobladores

A pesar de que los datos indican que gran parte de los pobladores adultos ha sido expulsada de la fuerza de trabajo ocupada y que los jóvenes no logran incorporarse como asalariados, *se mantiene una identidad obrera fuerte*. Catorce años de campaña de desprestigio sistemático, tanto en los discursos oficiales como a través de todos los medios de comunicación —particularmente la televisión— no han eliminado una *imagen positiva del gobierno de la Unidad Popular*. Los pobladores siguen asociando sus posibilidades de mejoramiento a un *régimen democrático*, no están por la continuidad del régimen militar, y manifiestan preferencias centristas. Continúa la esperanza de que sus hijos logren una situación mejor que la alcanzada por los padres. Se mantiene la imagen del progreso.

b) Las respuestas organizativas

Portes tenía razón, en las poblaciones de los sesenta había indicios de lo que podría haber llegado a ser 'la ciudad integrada del futuro'. Esos indicios permanecen en las respuestas organizativas surgidas en las poblaciones. Tanto estas nuevas expresiones organizativas, como las de las antiguas poblaciones, o las demostradas por los pobladores de los *campamentos* de los años 68 al 72 —no registrados ni por la encuesta de DESAL, ni por la de SUR— están estrechamente vinculadas a la resolución de sus problemas cotidianos, a las necesidades más urgentes y, por tanto, tienen una *dimensión territorial, local* que no es posible abstraer⁹. Además, hoy día, están constituidas en su gran mayoría por los jóvenes y las mujeres de las poblaciones.

Las ollas comunes, las bolsas de cesantes, los comités de sin casa, las tomas de terrenos, los grupos de mujeres, los comedores populares, los talleres productivos, las agrupaciones culturales, los grupos de teatro, los comités de derechos humanos, los clubes deportivos, los grupos juveniles, las coordinadoras territoriales, los grupos de salud, los comprando juntos y los referentes poblacionales, son la prueba más concluyente de que en los pobladores, a pesar de todo, perviven —particularmente entre los jóvenes y las mujeres— los valores de la solidaridad y del progreso.



⁹ Lo que otorga a la discusión de los municipios democráticos y al gobierno de la ciudad un rol importante en cuanto instancias en las cuales los pobladores puedan estar representados e intervenir en la resolución de sus problemas.

LA ECONOMIA DE SOLIDARIDAD EN UN PROYECTO DE TRANSFORMACION SOCIAL

LUIS RAZETO

(PET, Chile)

I. FORMULANDO LA PREGUNTA

Los temas que nos proponemos reflexionar despiertan —desde hace tiempo— el interés y el debate entre quienes participan directamente, o desde instituciones y actividades de servicio, en el proceso de organización y desarrollo de la que podemos llamar economía popular de solidaridad. Y es lógico que así sea, porque desde hace ya trece años gran parte de las energías morales, intelectuales, organizativas, económicas e incluso físicas de quienes aspiran y buscan activamente cambios profundos en nuestra realidad nacional, se han venido canalizando en torno a iniciativas y experiencias que pueden ser vistas como una naciente economía popular fundada en relaciones y valores solidarios.

Entre las realidades surgidas de este esfuerzo podemos mencionar: organizaciones económicas populares de variados tipos (talleres laborales, comprando juntos, huertos orgánicos, comunidades campesinas, etc.), tanto en sectores poblacionales urbanos como en zonas agrarias y campesinas; formas cooperativas y autogestionarias en distintos ámbitos de actividad y de servicios; recuperación de tecnologías tradicionales, desarrollo de artesanías, intentos de socializar formas tecnológicas alternativas y apropiadas; actividades de educación popular, desarrollo comunitario y organizativo a nivel local, etc., traducidos en la gestión de iniciativas varias que tienen un componente de actividad económica, el cual tiende a ser creciente dada la gravedad de los problemas de subsistencia; esfuerzos de variados tipos de promoción y organización de grupos y comunidades de base, volcados hacia la recuperación del control local de las condiciones de vivienda, habitat, medio ambiente, salud y condiciones de vida en general; y otras iniciativas afines.

Si pudiéramos sumar toda esta compleja y heterogénea realidad, veríamos que la componen, y que en ella y en torno a ella se mueven: algunos miles de organizaciones de base, varios cientos de miles de integrantes, más de doscientas instituciones y varios miles de profesionales, agentes pastorales, promotores, etc. que no sólo solidarizan con ellas, sino que las consideran parte relevante o central de su actividad y preocupación.

El que participa como integrante en una de estas experiencias, y el que le presta servicios o apoya a algunas de ellas, se encuentra inmerso, comprometido e intensamente ocupado en estas realidades particulares y locales, constituidas por personas y grupos concretos, con todas sus cualidades, defectos, características y problemas propios. Intuye que lo que está haciendo tiene un valor intrínseco, y que al participar en o con ellas es consecuente con sus aspiraciones y su voluntad hacia el cambio social. Sabe —aunque no tenga una visión del conjunto— que como él hay muchos otros, y muchas otras experiencias con un sentido similar. Pero también se hace muchas preguntas —conversa las reflexiones sólo al interior de su organización o institución, las plantea cada vez que alguien organiza un seminario o encuentro de intercambio de experiencia o de reflexión sobre ellas—, preguntas que en general le surgen al percatarse de que lo que hace él y su organización no parece adecuarse o corresponder bien a la idea que tiene y que se ha formado anteriormente, sobre el modo en que se han hecho y se hacen las transformaciones sociales, económicas y políticas, o sobre el modo en que las sociedades se han desarrollado.

La interrogante principal que surge entonces es la que hemos puesto en el título: ¿Cómo se insertan, y qué aporte hacen, estas experiencias y organizaciones, en un proyecto de transformación social y en un proceso de desarrollo? Es una pregunta que se plantea con mucha fuerza y sin retórica, porque quienes participan sumergidos en estas experiencias particulares y concretas sienten que ellas serían un simple paliativo de los problemas sociales, o no irían más allá de solucionar problemas coyunturales —que incluso podrían ser acusadas, desde cierta ideología, de amortiguar conflictos o descomprimir tensiones sociales que de otro modo podrían acumularse hasta emerger revolucionariamente—, a menos que cada una de estas distintas organizaciones y experiencias, concientemente o no, participe de hecho en un proceso de conjunto, y sea parte de un proyecto más amplio, orientado en un sentido transformador que le otorgue significado, perspectivas y proyección.

II. HETEROGENEIDAD Y UNIDAD

La primera cuestión que surge de este planteamiento del problema, es si las experiencias y organizaciones mencionadas, tan distintas y heterogéneas en sus manifestaciones y formas concretas, pueden ser concebidas unidamente, como parte de un mismo proceso capaz de integrarse en un mismo proyecto transformador; y junto a ello, la cuestión de cuál sea la identidad que tengan y que las caracterice. De cómo respondamos a estas preguntas dependerá en gran medida la forma en que podamos entender las potencialidades transformadoras y de desarrollo de estas experiencias.

Sobre las cuestiones relativas a la unidad e identidad de todas ellas también se ha debatido bastante, y hay opiniones diferentes. Pero en muchos casos el asunto ha sido mal planteado, como si se tratase de optar por la heterogeneidad y diversidad o por la unidad e integración.

Heterogeneidad y unidad (e identidad) no son conceptos de un mismo nivel. La realidad es heterogénea, de esto no cabe ninguna duda. No hay dos experiencias iguales. Las situaciones sociales de sus integrantes, los problemas y situaciones específicas de cada organización, las etapas vividas, el modo de su formación, sus relaciones con otras organizaciones e instituciones, las ideas que tienen los miembros de los grupos y que guían su accionar, las formas organizativas que adoptan, el tipo de actividades que realizan, etc., son propios de cada grupo y, por lo tanto, distintos de caso a caso. Esta inmensa heterogeneidad debe ser reconocida —y también valorada, por lo que significa como experimentación social de iniciativas populares creativas—, y puede dar lugar a la formulación de diferentes tipologías.

Saber, en cambio, si todas estas variadas experiencias y formas organizativas pueden ser concebidas unidamente y entendidas como parte de un mismo proceso organizativo, consiste en identificar los aspectos, características y elementos que son comunes a ellas; y después de eso, en ver si esos aspectos y elementos que tienen en común son suficientes como para fundar una cierta identidad compartida que permita considerarlas y referirnos a ellas como un todo, al menos en relación con algunas preguntas importantes.

Podemos enumerar provisoriamente algunas de estas características y aspectos que encontramos presentes en los varios tipos de experiencias que mencionamos al comienzo:

1. Son iniciativas que se *desarrollan en los sectores populares* (lo cual puede expresarse de varias maneras: entre los pobres del campo y la ciudad, en las clases subordinadas, en los grupos de menores ingresos, etc.).

2. No son iniciativas puramente individuales sino *asociativas*, que involucran a grupos de

personas y de familias (podemos decir que se trata de pequeños grupos o comunidades, cuyos integrantes son fácilmente individualizables, señalando con ello que tampoco se trata de multitudes anónimas ni de "masas" populares).

3. Son *iniciativas organizativas*, que dan lugar a *organizaciones*, lo cual supone que explicita o informalmente el grupo se plantea objetivos, se da una estructura y normalmente una directiva o modo de tomar decisiones, programa sus actividades, asigna tareas, maneja algunos recursos, etc.

4. Son *iniciativas creadas para enfrentar un conjunto de carencias y necesidades concretas*, de aquellas que habitualmente se considera como *necesidades económicas*: alimentación, vivienda, salud, educación, trabajo, ingresos, ahorro, etc., y que se presentan como apremiantes (los recursos para satisfacerlas son "escasos").

5. En estas organizaciones se busca enfrentar estos problemas y necesidades a través de una acción encaminada directamente a resolverlas, o sea mediante el *propio esfuerzo* y *con la utilización de los recursos* que para tal propósito se logran juntar.

6. Son *iniciativas que implican relaciones y valores solidarios*, en el sentido de que en sus actividades las personas establecen lazos de ayuda mutua, cooperación, comunidad o solidaridad, no como algo accesorio o secundario, sino como inherente al modo en que se busca enfrentar los problemas, satisfacer las necesidades, o desplegar las actividades propias de la organización.

7. Son organizaciones que quieren ser *participativas, democráticas, autogestionarias y autónomas*, en el sentido de que el grupo de sus integrantes se considera como el único llamado a tomar decisiones sobre lo que se hace, derecho que resulta del esfuerzo y del trabajo que cada uno y el grupo en su conjunto realizan; aunque de hecho los grupos tengan que experimentar varias formas de dependencia y sujeción frente a sujetos externos, lo que resaltamos aquí es que las decisiones deben ser, de un modo u otro, legítimas al interior del grupo con un criterio de participación democrática o de autogestión.

8. Son *iniciativas que no se limitan a un solo tipo de actividad*, sino que tienden a ser *integrales*, en el sentido de que combinan actividades económicas, sociales, educativas, de desarrollo personal y grupal, de solidaridad, y a menudo también de acción política y pastoral (en otras palabras, buscan satisfacer una amplia gama de necesidades y aspiraciones humanas).

9. Son *iniciativas en las que se pretende ser distintos y alternativos* respecto del sistema imperante (definido como capitalista, individualista, consumista, autoritario, etc.), y aportar así —aunque sea en pequeñísima escala— a un cambio social, en la perspectiva de una sociedad mejor o más justa.

10. Son *experiencias que, surgiendo de los sectores populares para hacer frente a sus necesidades*, habitualmente son apoyadas por actividades de promoción, capacitación, asesoría, donación de recursos materiales, etc. que realizan instituciones religiosas u organizaciones no gubernamentales interesadas en el desarrollo social, político, económico, espiritual o humano integral de los sectores populares.

Estos diez elementos —y probablemente varios otros que se nos quedan sin mencionar— que comparten tantas experiencias y organizaciones no obstante su heterogeneidad de formas y modalidades concretas, no son características secundarias y de poca importancia en ellas, sino que se presentan como inherentes a su modo de ser, a las razones de su formación, a su manera de funcionar, a sus estructuras internas y a los criterios con que toman las decisiones. Por cierto, tomadas cada una o varias de estas características independientemente, las podemos encontrar en muchos otros tipos de experiencias distintas a las señaladas; pero lo distintivo de las que aquí nos interesa comprender es que no sólo las comparten todas, sino que en ellas estos elementos se articulan unos con otros de manera tal que se refuerzan, se solicitan, se combinan casi diríamos por necesidad. Dicho de otro modo, los diez elementos señalados parecen formar parte de una *racionalidad especial, de una lógica interna sustentada en un tipo de comportamientos o de prácticas sociales distinto de otros* con los que se podrían comparar; por ejemplo, distinto al de las experiencias y organizaciones sindicales, o al de las organizaciones reivindicativas de masas, a las pequeñas empresas y negocios individuales del llamado “sector informal”, a los movimientos campesinos, etc. Si quisiéramos encontrar elementos comunes a todos estos fenómenos sociales, tendríamos que descubrirlos en características más externas y menos centrales de sus respectivos modos de ser y de actuar.

III. BUSCANDO LA IDENTIDAD

En conexión íntima a la cuestión de la unidad que exista entre estas variadas experiencias, se presenta la cuestión de su *identidad*. El matiz de diferencia entre ambas cuestiones es que, mientras con la primera tratamos de identificar los elementos y características comunes presentes de hecho en ellas, con la segunda nos preguntamos más directamente qué son, cuál es su identidad más esencial; y a partir de allí nos preocupamos por la posibilidad de que en ellas se desarrolle un sentido de pertenencia a un proceso organizativo especial. Esto último supone el tomar conciencia de esos rasgos compartidos y el desplegar esfuerzos tendientes a estrechar relaciones entre las experiencias distintas, de modo de resaltar y proyectar los intereses, aspiraciones y objetivos inherentes al propio modo de ser y actuar. Así entendida, la identidad de estas organizaciones consiste en una toma de conciencia colectiva de lo que ellas son y de sus potencialidades, o sea, un conocerse a sí mismas en lo que tienen en común y en lo que pueden llegar a realizar consideradas en conjunto.

La identidad es, entonces, *un proceso*, que nunca puede considerarse completo y terminado: es el proceso de un sujeto social que se constituye a sí mismo, resistiendo y luchando al mismo tiempo contra las fuerzas que quisieran su disgregación y desconstitución.

Desarrollar un sentido de identidad supone que todas estas organizaciones tengan y profundicen aquellas características que les son comunes y las definen; y supone también que ellas se inserten en un proyecto compartido de transformación social y de desarrollo. Porque la identidad es adquirida por los sujetos no sólo en la conciencia de lo que han sido y de lo que son, sino también en la perspectiva de lo que quieren ser y hacer, o sea, de los objetivos o fines que orientan su accionar y que, llegando a ser comunes a todas ellas, las van unificando y proyectando hacia el futuro. Por lo demás, las potencialidades de alguien —un sujeto, una organización, un movimiento— se pueden descubrir sólo si lo consideramos en la perspectiva de un proyecto respecto del cual esas potencialidades sirven y pueden desplegarse; a la inversa, las potencialidades latentes o dormidas de un

sujeto resultan activadas cuando ese sujeto se pone en tensión y en acción hacia objetivos conocidos y queridos.

La identidad de un conjunto de organizaciones y experiencias sociales es un proceso, también en el sentido de que se van definiendo a sí mismas, van adquiriendo y madurando los rasgos que les son propios, a lo largo del tiempo. En el ámbito de lo social, una realidad es lo que está llegando progresivamente a ser; su esencia íntima no está dada por su pasado, ni está siempre en el presente, sino que a menudo se encuentra en construcción y se precisará en el futuro (siempre que por esto se entienda que se trata de algo que está en constitución, separándose lentamente de las realidades distintas en que se encontraba inmerso ya antes; por eso, lo dicho es especialmente válido para las realidades sociales nuevas, alternativas, transformadoras). Por esto, el estudio y comprensión de estas realidades implica considerar simultáneamente lo que son (como resultado de su pasado o historia anterior) y sus potencialidades (que nos hacen entrever lo que serán cuando vayan completando y madurando su esencia propia, su identidad).

Es por esto también que el descubrir la identidad y las potencialidades de estas organizaciones supone estar interesados en su desarrollo, adherir a sus experiencias y vivencias, quererlas, buscar y esperar realmente su expansión y potenciamiento, y no verlas con prejuicios, desde fuera, en la perspectiva de un proyecto que se deseara imponerles o en función del cual se buscara instrumentalizarlas. (Pero también es cierto que un exceso de entusiasmo, o un compromiso no crítico, podría llevarnos a "ver" posibilidades y valores que no existen. Es el peligro en que caen todas las ideologías).

La identidad de estas experiencias y organizaciones es, pues, algo que ya comenzamos a comprender cuando nos preguntamos por los elementos y características que les son comunes, y algo que iremos profundizando y precisando junto con el análisis de las potencialidades transformadoras y de contribución al desarrollo que tengan.

IV. LA HIPOTESIS MINIMA, CON UNA VARIANTE

Sobre el significado de estas experiencias, y sobre sus potencialidades de contribuir a un proceso de transformación social y de desarrollo, se han ido formulando y sedimentando diferentes concepciones. Sintetizando los distintos puntos de vista, hace ya varios años identificamos la existencia de tres hipótesis interpretativas que enfocan diversamente el significado, el valor y el potencial de estas organizaciones. Las llamamos hipótesis "mínima", hipótesis "intermedia" e hipótesis "máxima", dependiendo de la menor, intermedia o mayor importancia y valor que se reconoce en estas experiencias.

Cabe señalar que estas distintas valoraciones responden sólo en parte a un análisis o reflexión sobre lo que de hecho son las organizaciones mismas, ya que están basadas también en distintos diagnósticos de la realidad social, económica y política en que vivimos, y en distintas concepciones sobre el sentido de los cambios o alternativas que se han de impulsar. En efecto, quien tiene un cierto diagnóstico de la realidad observa y ve estas experiencias de acuerdo a ese diagnóstico, les atribuye causas y motivaciones en conformidad con esas ideas generales; y quien piense la alternativa y las transformaciones necesarias de una determinada manera, tiende a valorar y a percibir en estas organizaciones aquellas potencialidades que sirvan para esa alternativa, para esas determinadas transformaciones que busca.

Según la hipótesis mínima, estas experiencias serían predominantemente defensivas, resultado y reacción frente a la extrema pobreza y a la gran desmovilización que ha vivido el mundo popular. En sus orígenes está la represión y las duras condiciones en que los

sectores populares han tenido que reorganizarse y replantear su acción. En lo económico, serían estrategias de subsistencia mínima, como última defensa ante la extrema necesidad. Por lo tanto, no constituirían ninguna alternativa, puesto que la gente que participa en estas organizaciones, apenas encuentren un modo distinto de resolver sus problemas, las abandonarán; o apenas se abran posibilidades de acción y organización de tipo político, van a dejar estas organizaciones que no permiten canalizar eficazmente los deseos de cambio social. Se trataría, por lo tanto, de organizaciones puramente coyunturales, transitorias. Su validez coincidiría con el tiempo en que se mantengan las actuales coordenadas de una economía concentradora y excluyente, y de un Estado autoritario y represivo. El valor principal de estas organizaciones sería el ayudar a pasar esta situación tan grave que se vive, paliando los problemas y reduciendo sus costos sociales y organizativos.

En esta reducida valoración de las experiencias solidarias el diagnóstico de que se parte es que estamos viviendo una crisis que, aunque se haya ido prolongando más de lo supuesto inicialmente, es coyuntural y transitoria. La crisis estaría dada por la ruptura institucional que experimentó el país en 1973, por el autoritarismo implantado sucesivamente, y por la política neo-liberal extrema. Un retorno a la democracia y a las prácticas tradicionales de participación del Estado en la regulación de la economía, permitiría superar progresiva y rápidamente la crisis, con la consiguiente reabsorción de los sectores populares excluidos; como consecuencia de ello, las experiencias de organización económica popular y solidaria tendería a desaparecer.

En una variante de esta hipótesis mínima, algunos piensan que las experiencias económicas solidarias perdurarán probablemente por varios años después de una recuperación democrática, pues las condiciones en que se encuentra la economía son tan graves, que no sería realista esperar que ni el Estado ni una re-industrialización puedan resolver la gravedad de los problemas sociales existentes; así, los sectores marginados y excluidos continuarán sirviéndose de organizaciones económicas propias, que incluso podrán tener algún crecimiento en eficiencia y posibilidad de consolidarse, en la medida en que operen bajo condiciones más favorables que las que han tenido hasta ahora, o que puedan verse favorecidas por políticas públicas de promoción y apoyo.

Según el enfoque de la hipótesis mínima, tanto en su primera versión como en su variante más reciente, los aspectos y las actividades económicas son esenciales en estas organizaciones, pues constituyen el objetivo fundamental de sus integrantes; pero la actividad económica se mantiene a nivel de formas de subsistencia o con muy escasas posibilidades de desarrollo.

En resumidas cuentas, la hipótesis mínima es una hipótesis que podemos considerar también como "economicista".

V. LA HIPOTESIS INTERMEDIA, CON OTRA VARIANTE

Según la *hipótesis intermedia*, estamos en presencia de un fenómeno que, en sus formas y manifestaciones actuales, es coyuntural y transitorio, pero que es parte de un proceso de organización popular más amplio, en el que se inserta y que le da sentido. Si bien estas organizaciones —en cuanto específicamente económicas para enfrentar necesidades básicas insatisfechas— desaparecerían cuando cambie la situación política y económica en que surgieron, quedará de ellas el resultado organizativo alcanzado, que se desplegará en un proceso de politización y movilización masiva, que constituiría su fase superior. Aunque serían el reflejo de una fase de repliegue del movimiento popular, estas experiencias.

tendrían el gran valor de mantener cierto grado de organización poblacional, de permitir y canalizar ciertas acciones de denuncia y de reivindicación social importantes en esta etapa, y de formar nuevos dirigentes populares. El proceso iría adelante en la medida en que se vaya pasando a niveles de acción más de carácter reivindicativo y político, de lucha de masas y de acción directa.

En esta valoración parcial de las experiencias solidarias, el diagnóstico de que se parte es que la crisis que nos afecta no se debe sólo al actual régimen político y económico, sino que es una crisis profunda del capitalismo en las naciones periféricas y subdesarrolladas. Desde el punto de vista de esta hipótesis, la alternativa estaría clara: el socialismo. Las fuerzas que van a sacarnos de esta crisis serían la clase obrera, los trabajadores organizados apoyados por otros sectores menos concientes, pero cuantitativamente importantes. En lo económico, la solución sería la planificación centralizada, la socialización de los grandes medios de producción y su control por el Estado; pero ello supone una etapa y un proceso previo, de conquista del poder político, por lo cual la tarea principal es de tipo político. Desde este diagnóstico de la crisis y de la alternativa, estas organizaciones no son de primordial importancia, puesto que no son organizaciones de la clase obrera organizada, sino cesantes, pobladores, mujeres; no son tampoco organizaciones que generen grandes potenciales de lucha social ni de masas, pero pueden hacer algún aporte a todo ello, y siendo organizaciones reales, populares, muy numerosas, no deben despreciarse, sino que se debe trabajar en y con ellas para su concientización, politización y movilización.

En una variante de esta hipótesis intermedia, algunos piensan que todas estas experiencias de organización solidaria tienen aportes más significativos que hacer, no sólo en lo coyuntural, sino en una perspectiva de renovación política de mediano y largo plazo. Sería así porque el análisis de los procesos históricos contemporáneos indica que las respuestas tradicionales del movimiento popular frente al capitalismo deben ser profundamente renovadas, revalorizando la democracia, apuntando hacia un socialismo descentralizado o autogestionario, renovando la propia ideología, cuestionando los roles tan centrales que en la transformación se atribuía a la clase obrera, al Estado, a las formas de propiedad. En esta perspectiva se ha llegado a valorizar estas organizaciones —más que por su aporte intrínseco— por sus potencialidades de llegar a constituir un nuevo protagonista social, un sujeto o movimiento social de nuevo tipo, capaz de aportar al movimiento popular y democrático en su conjunto algunas importantes lecciones: la participación real, la búsqueda de la autonomía, relaciones más horizontales entre dirigentes y dirigidos, etc.

Según el enfoque de la hipótesis intermedia, tanto en su versión primera como en esta variante más abierta, lo específicamente económico de estas organizaciones no es importante; ello interesa en cuanto puede ser necesario para que las personas se motiven y para que las organizaciones se consoliden. Pero más importante que todo ello es el potencial de concientización y movilización política, sea en una perspectiva tradicional o en otra renovada. En resumidas cuentas, la hipótesis intermedia es una hipótesis que podemos considerar como "politicista".

VI. LA HIPOTESIS MAXIMA, CON EXPLICACIONES ADICIONALES

Según la *hipótesis máxima*, el fenómeno que estamos analizando sería portador de un nuevo modo de organización y de acción transformadora, al menos en forma germinal o embrionaria. Aunque ha surgido como respuesta ante situaciones determinadas, la novedad que trae es un aporte decisivo, que implica potencialmente la superación de los

modos tradicionales de organización popular. Su valor no se limitaría al hecho de ser una respuesta adaptada a la realidad de los problemas actuales, sino que se proyecta más allá de éstos, como un proceso que desde la base social se extiende hacia la implementación de formas y relaciones humanas y sociales alternativas y superiores. El contexto económico y político actual es limitante de su desarrollo, de modo que el cambio de estas condiciones no las haría desaparecer sino que, por el contrario, permitiría un despliegue más rápido y amplio de sus potencialidades; en tal sentido, se le considera como un fenómeno que tiene perspectivas de permanencia y de autonomía, siendo esperable que se modifique por crecimiento y desarrollo cualitativo de sus propias características, y no por absorción dentro de otros modos de organización y de acción.

Para llegar a esta valoración máxima de las experiencias y organizaciones solidarias, se parte de un diagnóstico según el cual la crisis que vivimos no es solamente la de este régimen económico-político, o sólo del capitalismo subdesarrollado, sino una crisis de civilización. Estaría en crisis la sociedad industrial y las formas estatales modernas, es decir, una civilización que se ha construido en torno a dos grandes pilares: la gran industria en lo económico, y el Estado en lo político. Sería la crisis de una civilización basada en la competencia, en el conflicto y en la lucha; de una civilización que pone en la conquista del poder estatal y en el desarrollo de grandes conglomerados económicos la solución a las necesidades humanas y sociales. En consecuencia, sería una crisis que afecta a los distintos modelos o sistemas de organización socio-políticos, incluidos los modelos socialistas que también son sociedades fundadas en esos mismos dos grandes pilares de la gran industria y del Estado.

¿Sobre qué fundamentos puede pensarse que estas organizaciones de base y estas experiencias solidarias constituyen una forma de respuesta ante una crisis tan global y profunda? La pregunta es decisiva, porque mientras mayor sea la crisis y más completo y amplio el desafío que nos pone, más se hace patente la desproporción que puede haber entre la tarea por realizar y el desarrollo real alcanzado por estas pequeñas organizaciones, o sus potencialidades efectivas para cumplirla. Es conveniente profundizar un poco más el tema, porque el planteamiento de esta tercera hipótesis es menos conocido que el que subyace bajo las dos hipótesis anteriores, y porque nos aporta importantes elementos cognoscitivos para responder a la interrogante principal que nos ocupa.

Lo peculiar de la crisis que vivimos sería su integralidad, su "organicidad", en el sentido de que abarca todos los aspectos de la vida humana (aspectos económico, social, político, cultural y moral) y que afecta los distintos planos o niveles en que se organiza la experiencia del hombre y de la sociedad contemporánea, desde lo individual a lo planetario. Encontramos manifestaciones de esta crisis en varios planos:

a) En el plano individual, se manifiesta como deterioro tendencial de los equilibrios psicológicos de las personas, fenómeno que se expresa en el incremento de las neurosis y otras psicopatías, en los comportamientos anómicos y en la pérdida de sentido de la vida, en la drogadicción y otros "escapismos", etc.

b) En el plano social a nivel de los países, la crisis se manifiesta como deterioro tendencial de los equilibrios socio-políticos, que se expresa en el incremento de las pugnas corporativas, en la expansión del terrorismo, de la tortura, de la marginación y exclusión social, en la creciente ingobernabilidad de los estados nacionales, en la carencia de alternativas políticas basadas en las formas tradicionales de acción; sucede incluso que lo que se postula como respuestas opositoras al *status quo*, lleva a agudizar los problemas y desequilibrios, y a menudo se traduce en un incremento del poder y de la fuerza de los adversarios, sin que se abran caminos claros de superación de los antagonismos.

c) En el plano mundial, la crisis se manifiesta como deterioro tendencial de los equilibrios internacionales, que se expresa en el armamentismo, el peligro nuclear, la pérdida de capacidad de acción de los organismos internacionales, la agudización de los conflictos económicos entre las naciones, etc.; los desequilibrios norte-sur, entre los países desarrollados y subdesarrollados, son tan fuertes que no es posible pensar en disimular a mediano plazo la brecha entre unos y otros, puesto que mientras los primeros están viviendo la tercera revolución industrial (revolución cibernética o científico-técnica), los segundos están viviendo procesos de desindustrialización, empobrecimiento y endeudamiento creciente. Mientras esto sucede, tampoco se resuelve el conflicto entre los países socialistas y capitalistas, porque el gran problema es que mientras la vida económica tiende al internacionalismo y al cosmopolitismo, la vida política sigue desarrollándose en términos nacionalistas y de bloques.

d) En el plano ecosocial y planetario, se manifiesta la crisis como deterioro tendencial de los equilibrios ecológicos, que se expresa en la contaminación de los ríos y aguas, la extinción de especies vegetales y animales, la lluvia ácida, la deforestación, la erosión, la polución en las ciudades, etc.; el modo moderno y contemporáneo de las relaciones del hombre con la naturaleza está provocando desequilibrios tan profundos que amenazan a los mismos procesos que los generan: a la gran industria y a los Estados, grandes poderes concentrados que tienen necesidades de grandes instrumentos, de grandes aparatos, de grandes ejércitos y armamentos, de grandes masas de energía cada vez más difíciles de mantener bajo control.

Desde este diagnóstico de la crisis, el interés por las experiencias de economía popular y solidaria se acrecienta. Porque es lógico pensar que, si la crisis ha de tener solución, es probable que ésta se encuentre ya presente, en germen, en la realidad. Y es también lógico pensar que si una alternativa frente a la crisis está emergiendo de alguna parte, será desde los sectores que la están experimentando en sus formas más agudas y radicales, o sea, desde los sectores populares más pobres. Porque tienen menos participación y están menos comprometidos con el orden establecido que está en crisis, y también porque al experimentar los efectos de la crisis en forma más extrema es natural que reaccionen a ella antes que otros sectores. Si la crisis es generalizada, todos seremos afectados, pero en distinto grado, intensidad y momento; los primeros afectados son obviamente los sectores más desprotegidos, los que tienen menos elementos de poder, menos medios para defenderse; y, por lo tanto, comenzarán también antes a reaccionar. Junto a ellos, también se adelantarán en la búsqueda de alternativas personas de otros sectores sociales que son particularmente sensibles, abiertos y disponibles para cambiar de modos de pensar, de sentir y de comportarse, asumiendo una responsabilidad y un compromiso en la búsqueda y construcción de un modo distinto de hacer las cosas y de vivir.

Desde un diagnóstico que afirma que la propia supervivencia de la humanidad está amenazada crecientemente, las organizaciones que nacen para enfrentar este problema porque lo empezaron a vivir antes, adquieren un significado nuevo y decisivo, pues podremos vislumbrar en ellas elementos de respuesta más general, líneas de solución, caminos de búsqueda que probablemente continuarán experimentándose y extendiéndose en la medida en que los efectos de la crisis sigan expandiéndose hacia otros sectores. Desde un diagnóstico que concibe la crisis como resultado de un cierto tipo de desarrollo unilateral en lo económico, en lo político y en lo cultural, y que la identifica como crisis de una civilización fundada en el individualismo, la acumulación de riquezas y de poder, el gigantismo industrial y burocrático, etc., es natural valorizar y aspirar al desarrollo de

formas de organización y de acción en los que emergen como valores la comunidad y solidaridad, la descentralización del poder y de los bienes, la pequeña escala y la participación, la centralidad y preeminencia del trabajo y del hombre sobre el capital y las cosas.

Si a la hipótesis mínima y a la intermedia las pudimos considerar, respectivamente, como economicista y politicista, esta tercera hipótesis interpretativa del fenómeno que nos interesa puede ser denominada también como "culturalista", pues pone el énfasis en los elementos valóricos y en el significado de las experiencias en relación a la emergencia y desarrollo de nuevos modos de pensar, de sentir, de relacionarse, de actuar y de hacer las cosas. Desde esta hipótesis, lo específicamente económico de estas organizaciones populares solidarias ocupa un lugar y una importancia fundamental; sin embargo, es entendido en términos muy amplios, no sólo como la producción, distribución y consumo de los bienes y servicios materiales, sino como "la manera de hacer las cosas" y de satisfacer las necesidades humanas en su integralidad, a través de la utilización racional de los medios disponibles que se presentan como escasos. Más que en las actuales "estrategias de sobrevivencia", el pensamiento se proyecta hacia su desarrollo en la perspectiva de llegar a constituirse como "estrategias de vida".

VII. PARA PASAR DE LAS HIPOTESIS A UNA CONCEPCION TEORICA DE CARACTER CIENTIFICO

El plantear tres hipótesis interpretativas diferentes frente a un mismo fenómeno social, deja una cierta ambigüedad. Del conjunto de la exposición del tema resalta por lo menos un interés especial que mostramos por la "hipótesis máxima", y hemos explícitamente destacado que ella aporta importantes elementos cognoscitivos para responder a la interrogante sobre la inserción y el aporte de la economía de solidaridad en un proyecto de transformación social y desarrollo. Aun así, es importante decir que las tres hipótesis contienen elementos reales, porque en la experiencia y en la práctica de estas organizaciones y experiencias hay aspectos y características que pueden ser rescatados para cada una de las perspectivas o enfoques individuados, con sus respectivas variantes. Y también es relevante que en el seno de estas experiencias actúan personas que conciben y proyectan estas organizaciones en las varias perspectivas señaladas, lo cual influirá evidentemente sobre el destino que de hecho tengan y las potencialidades que lleguen o no a concretizarse. Lo que en definitiva suceda depende de los protagonistas y de las organizaciones mismas, de cuáles sean las opciones que vayan tomando en su concreto accionar.

Miradas en profundidad, las tres hipótesis pueden considerarse como "ideológicas", en el sentido de que totalizan excesivamente la realidad, toman la parte por el todo, y confunden elementos de respuesta con la respuesta completa. De este modo, cada una ofrece un cuadro coherente, claro, simple, que puede ser bastante dinamizador de la acción, pero que en cuanto explicación de conjunto es demasiado apresurado, pre-científico.

En relación con la hipótesis máxima convendría señalar, por ejemplo, que el diagnóstico de la crisis, aun cuando sea válido en lo esencial, puede ser engañoso si no se tiene en cuenta que lo que se engloba bajo el concepto de crisis "orgánica" o de civilización, no es el derrumbamiento de la realidad entera, de modo que el diagnóstico de ésta debiera incluir una atenta consideración de aspectos positivos, tendencias y potencialidades presentes también en nuestras sociedades, y que no podríamos definir como estando en crisis.

También con respecto a la alternativa habría que pensar que, junto a estas experiencias

emergentes, hay muchas otras con las que pueden confluir en una misma perspectiva de transformación y desarrollo; que un proyecto orientado hacia la emergencia de una nueva civilización debe incluir una multiplicidad de procesos económicos, sociales, políticos y culturales, a través de una pluralidad de sujetos y movimientos organizados, y a través de respuestas a la crisis que se desplieguen en los varios planos en que ésta se manifiesta: individual, social, nacional, internacional, planetario.

De todo lo anterior podemos concluir que es necesario superar la ambigüedad que deja el planteamiento de líneas interpretativas diferentes, mediante la elaboración de una teorización coherente y unitaria, que supere el nivel ideológico y se desenvuelva en el plano de la búsqueda científica.

Ahora bien, acceder a un plano de búsqueda teórica y científica de las perspectivas y de las potencialidades transformadoras de estas formas de economía popular y solidaria, supone examinar y elaborar una serie de cuestiones; a saber:

a) Penetrar en la comprensión de la racionalidad especial y de la lógica económica propia de estas organizaciones y experiencias; examinarlas, pues, teóricamente, más allá de su simple análisis descriptivo y de la sistematización de las experiencias mismas. La importancia de esto está en que las organizaciones (de cualquier tipo que sean) pueden hacer y aportar de sí mismas lo que está implícito en su esencia; lo que pueden dar no es sino el despliegue práctico de su propia racionalidad y de sus modos de ser y comportarse.

b) Poner de manifiesto el grado de autonomía —y el modo de ésta— que las organizaciones pueden alcanzar, tanto consideradas individualmente como en conjunto (o sea, en la medida en que puedan constituir un sector de economía solidaria capaz de operar como una fuerza o movimiento social independiente). Aspecto importante de clarificar, pues las posibilidades transformadoras de cualquier sujeto económico, social o político, dependen en gran medida de su capacidad de sustraerse a la subordinación y dependencia respecto a los poderes dominantes o a cualquiera de las fuerzas dadas que pretendan mantenerlos subordinados.

c) Examinar los contenidos y los modos de desenvolvimiento del proyecto de transformación social en que estas organizaciones y experiencias pueden insertarse, y en función de tal proyecto precisar el modo de participación y el aporte que ellas pueden dar. Esto ha de hacerse tanto en el plano de la economía como de la política.

d) Analizar el problema del desarrollo y profundizar en los lineamientos de un desarrollo alternativo en el cual a estas organizaciones y procesos les corresponda un determinado rol que cumplir.

Sobre todos estos aspectos no podemos ahondar ahora, debiendo limitarnos a remitir a los interesados a otros trabajos que hemos escrito al respecto*.



* Luis Razeto M., *Las empresas alternativas*, Santiago: PET, 1986; *Economía de solidaridad y mercado democrático* (2 vol.), Santiago: PET, 1985-1986; *Economía popular de solidaridad. Identidad y proyecto en una visión integradora*, Santiago: Área Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Chile, 1987.

COMENTARIO

VICTOR TOKMAN

(PREALC, Chile)

Mi primer comentario está orientado a resaltar algunos puntos de la ponencia de Rodríguez que ameritan una discusión más profunda.

El primero es el dato acerca de la población *excluida* en los barrios periféricos, que alcanzaría a 50 por ciento. Es un dato que impacta, ya que además aparece una gran concentración de ella en las poblaciones, con una cifra muy superior al promedio nacional.

El segundo es el dato de *allegados*, fenómeno que en Chile se comenta mucho pero se prueba poco, aunque influye claramente en todos los cálculos sobre evolución de la pobreza en el país. El trabajo de Rodríguez ilustra y hace una estimación de 250 mil hogares afectados por el problema de allegados, lo que es una cifra extremadamente importante.

El tercer dato que me parece de suma relevancia es el *corte de edad* que define los fenómenos señalados —de excluidos y de allegados— como problema social que afecta a un estrato de gente joven, que no sólo debe participar, sino que lo hará crecientemente en el futuro.

A mi juicio, esos son los tres datos que deberíamos tener en mente cuando analicemos este tema.

El segundo comentario se refiere a dimensiones que a mi parecer faltan en la ponencia de Rodríguez, y que ayudarían a perfeccionar el diagnóstico.

El primero es el concepto de *exclusión*. Es cierto que se puede sumar los cesantes, los PEM, los POJH y los trabajadores en tareas marginales, pero creo que no sirve ponerlos a todos en un saco, o sirve para hacer un diagnóstico de denuncia, y muy poco para construir a partir de él. Es necesario hacer distinciones. Por ejemplo, los mismos datos del estudio revelan cómo la mitad de estos excluidos está trabajando, y lo hace en algunas actividades que podemos llamar "marginales", o de cualquier manera, pero que de hecho son ocupaciones y, por lo tanto, requieren un análisis distinto. Tengo la impresión —por el tipo de metodología que se está usando— de que en este grupo no están los asalariados de pequeños establecimientos, que en muchos casos también forman parte de los que se llama trabajadores *informales*. Es necesario ver también el significado en términos de ingresos: no es lo mismo ser

un vendedor ambulante que un cesante. Entonces, esta, cifra acumulada de "excluidos" impacta mucho, pero creo que sería bueno contar con distinciones que permitan profundizar el análisis.

El segundo aspecto que a mi parecer falta —y me sorprendió no encontrarlo— es el corte por sexo. Muchos estudios se refieren a la incidencia del problema del trabajo y cesantía en la mujer pobladora, pero tal aspecto no fue tomado en cuenta en esta investigación.

El tercer problema que me parece importante y sobre el cual no encuentro ninguna reflexión, es el de la participación en el mercado del trabajo. Se analiza la estructura, pero no lo que pasa con la participación. Por los estudios y encuestas existentes sabemos, por ejemplo, que el 20 por ciento de la ocupación en el PEM y POJH está constituido por mujeres y jóvenes, que no estarían participando en el mercado laboral de no existir este instrumento. La prueba está en que los programas se han reducido en 50 por ciento durante el último año, y es muy poco lo que pasa con la tasa de desempleo. Evidentemente, el problema de participación en el mercado del trabajo está estrechamente relacionado con el ingreso de los hogares en situación de pobreza.

Para tirar la última piedra, quería hacer un pequeño comentario sobre las interpretaciones. Obviamente en el trabajo de Alfredo Rodríguez hay un comienzo de interpretación, que se continúa en el de Eugenio Tironi, con el cual no sólo comparten la misma base de datos, sino que llevan adelante la misma línea de argumentación.

En primer lugar, creo que hay una vertiente interpretativa muy poco explorada, como es la económica. Es la interpretación de los años sesenta, que explicaba el fenómeno del crecimiento y marginalidad en la población urbana como efecto de las presiones migratorias, explicación que Rodríguez correctamente descarta: hoy día la marginalidad no es un problema de desplazamiento de población rural a zonas urbanas, sino fundamentalmente un problema estrictamente urbano. Sin embargo, no tenemos una interpretación económica acerca de por qué se genera ese conjunto de personas no ocupadas en los sectores modernos o en las principales actividades econó-

micas del país. Obviamente no se puede descartar *a priori* la posibilidad de que se deba a una presión de oferta grande: el hecho de que ahora no vengan del campo, no quiere decir que no crezcan muy rápidamente. El trabajo podría tratar de explorar una idea cuantitativa, esto es, cuánta gente está entrando al mercado de trabajo, porque evidentemente está entrando mucha gente por año, con lo cual la presión de oferta puede ser grande.

En segundo lugar, creo —como lo deja entender la ponencia de Rodríguez y, más aún, el trabajo de Razeto— que hay también un problema de reestructuración de la economía en su conjunto. Y creo que Chile es un caso dramático de ello, porque ha habido una contracción bastante importante de la capacidad de absorción de los sectores modernos, que implica —como lo señalan Eugenio Tironi y Javier Martínez en sus trabajos al respecto— una fragmentación de la clase obrera organizada, cambios en el tipo de ocupaciones que se van generando, nuevas formas de relación entre actividades que estábamos acostumbrados a entender como ocupaciones en sectores modernos, y otras ocupaciones, generalmente en el sector de servicios. Este es un proceso que ocurre no solamente en Chile, sino en todas partes del mundo, y que lleva a lo que de una manera general Razeto llamaba “crisis de la civilización”. De hecho se están redefiniendo las maneras de inserción en la actividad económica, con lo cual, por ejemplo, lo que teníamos previsto como forma de trabajo, o como legislación laboral, deja de ser válido; y ello porque no hay una relación de dependencia, un tiempo completo, y un lugar de trabajo. Hay también, por supuesto, un cuestionamiento de lo que visualizamos como acción del Estado, no sólo porque el Estado tiene un mayor margen de tolerancia, sino por la acción real de una población que está desempeñando actividades ajenas a la influencia del Estado, y difíciles de reinsertar en ese tipo de regulación.

Hay, pues, una serie de temas que evidentemente exceden lo económico, pero que a mi juicio tienen una raíz económica.

Por último, deseo referirme al tema de los movimientos urbanos populares: qué pretenden, cuáles son sus intereses. Estoy fascinado con la lectura de los resultados de la encuesta de SUR, que muestra cosas muy heterodoxas con respecto a los preconceptos que tenemos sobre los pobladores. Querría referirme a dos o tres puntos exclusivamente. En primer lugar, cuando uno trata de visualizar cuáles son los principales intereses en juego, qué persiguen estos grupos de pobladores, asume *a priori*, como algo obvio, que en una situación de cesantía lo que se quiere es un empleo, y cuando se está ocupado, se busca un empleo mejor. En este punto surgen preguntas que creo necesario explorar: ¿qué tipo de empleo tienen ahora los pobladores, en qué actividad, y cuáles son sus demandas? Hay estudios que muestran (en Santiago, en Lima y en otras capitales de América Latina) que los reclamos dependen del tipo de actividad. Esto configura un cuadro de reclamos bastante heterogéneo y que opera en distintos niveles, y que creo necesario profundizar si queremos superar la imagen de los marginales como un grupo uniforme, y tratar de dar una respuesta que abarque las distintas ocupaciones. Lo anterior apunta a un factor que creo fundamental: los diferentes planos en los reclamos del grupo poblacional, planos que se interceptan y se superponen. Hay reclamos de tipo general, relacionados con la esencia de la vida diaria, que van dirigidos al Estado; hay reclamos gremiales, relacionados a la ocupación o actividad; y tenemos, por último, reclamos políticos, que no son independientes de los de tipo gremial —no hay un desdoblamiento entre la persona trabajadora y la persona política—. Surge entonces la pregunta acerca de los factores que inciden en las conductas colectivas de los pobladores. Sólo doy un dato que me llamó la atención en la encuesta de SUR: los carabineros, los alcaldes y los Centros de Madres tienen el doble de valoración positiva que los partidos políticos, lo que debería llamar a alguna reflexión acerca del tipo de demanda en este sector popular.

DEBATE

MARIANA SCHKOLNIK (PET, Chile). Sin referirme a todo lo valioso que tiene la encuesta realizada por SUR —su información realmente representa las condiciones de vida de sectores populares—, quisiera plantear la existencia de un fenómeno muy importante que, por la forma en que se elaboraron los datos, no está detectado, lo que desde mi punto de vista lleva a errores.

Al poner el énfasis en el problema de la exclusión, sin diferenciar categorías, se está suponiendo un universo compuesto por ocupados y desocupados. Pienso que eso no es efectivamente así. La distinción que es necesario hacer es entre la *ocupación*, *subocupación* y la *desocupación*, entendiendo la subocupación como *sector informal*, con algunas redefiniciones necesarias. Esto depende mucho de la forma en que se mida la cesantía. Si se le pregunta a un poblador si está cesante porque no tiene un trabajo formal, puede decir que sí; pero si se le pregunta si ha buscado efectivamente trabajo durante la semana anterior, o durante los dos meses anteriores —como lo hacen las encuestas—, lo más probable es que diga que no lo ha hecho; y si se sigue profundizando, lo más probable es que diga que no ha buscado trabajo porque tiene un “pololo”. Entonces, medir ocupación y desocupación como grandes categorías oculta una realidad. Y es que en Chile, después de trece años de alta cesantía, la mayor parte de los cesantes está ocupada en “pololos”, es decir, en actividades por cuenta propia de subsistencia. Los cesantes no están pues absolutamente excluidos: han encontrado una forma de inserción en la economía que es completamente distinta a la tradicional, a la organización

formal del sector moderno. Han encontrado una forma de auto-ocuparse, lo que significa que no es la economía la que genera empleo, es la gente la que se auto-ocupa. En encuestas que hemos realizado en el PET para el año 86, encontramos que la desocupación alcanza aproximadamente a 40 o 50 por ciento de la fuerza de trabajo, sin considerar PEM, POJH y desocupados, lo que es importante de considerar para el futuro.

Alfredo Rodríguez hablaba de una *identidad obrera* fuerte en las poblaciones, lo que me parece bastante cuestionable. Los jóvenes son en su mayoría los que están subempleados, y si cruzamos ese dato con la variable “ingreso” en la encuesta que hicimos recientemente —donde aparecía que los trabajadores por cuenta propia ganaban mucho más que los asalariados, y con un horario más libre—, queda la sensación de que hay una autovalorización del trabajo por cuenta propia bastante grande, sobre todo por parte de los jóvenes que nunca han sido obreros. Incluso hay un cierto desprecio por sus padres, que fueron obreros, que fueron explotados, que tuvieron jornadas de trabajo durísimas, y que finalmente quedaron cesantes y no tienen absolutamente ninguna forma de ganarse la vida. Los jóvenes por cuenta propia aprecian su autonomía y no tienen ningún problema de cesantía; cambian de rubro tan rápido como va cambiando la economía, no como un obrero que corre el riesgo de quedar cesante y no sabe qué hacer en ese momento. Es necesario considerar esa valoración del trabajo por cuenta propia, que será problemática para un futuro democrático desde cualquier punto de vista, porque se da en perso-

nas que no trabajan solidariamente con organizaciones comunitarias y que son absolutamente independientes.

En definitiva, no medir el fenómeno de subempleo como una categoría lleva a pensar en un mundo de excluidos y desocupados, y a ocultar un nuevo tipo de ocupación que está definiendo una característica ideológica de pobladores distintos a los que conocimos.

El otro punto al que me quiero referir es el corte por sexo en el mercado laboral. En este aspecto no son muy grandes las sorpresas que uno se puede llevar. La participación de las mujeres no ha subido significativamente, excepto en el PEM y el POJH. Sin embargo, hemos tratado de medir la composición del ingreso familiar, y sucede que la mayor parte de las mujeres y los niños que trabajan y no se consideran ni ocupados ni subocupados, están haciendo un aporte de distinto tipo al ingreso familiar. La mujer teje, les corta el pelo a los vecinos... Entonces, más que como inserción al mercado laboral, creo preferible plantearse en términos del aporte que mujeres y niños hacen al ingreso familiar. Esto cambia mucho la norma y el tipo de estadísticas del trabajo.

BRYAN ROBERTS (Universidad de Texas, USA). A mi parecer, faltó en la ponencia un énfasis sobre la unidad doméstica, porque dadas las cifras que hemos visto, no sabemos en qué grupos de las poblaciones hay qué tipo de pobreza. Tampoco sabemos si los datos se refieren a una pobreza activa o pasiva. En algunas unidades domésticas se puede

llegar a un ingreso más o menos suficiente por los aportes de varios miembros de la familia en otras, constituidas por mujeres solas con niños, no sucede así. Esto tiene implicaciones para todos los tipos de relación cooperativa que hay dentro de los barrios mismos. Creo que sería interesante ver cómo se manejan las posibilidades de ganar dinero sobre la base de unidades domésticas, redes de parentesco o redes más amplias, de tipo comunitario.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Quisiera referirme a las consideraciones sociopolíticas de la ponencia de Luis Razeto. Podría uno llegar a pensar que tanto por la vía de la economía familiar como por la vía de las formas comunitarias o de autogestión o de estrategias de sobrevivencia, se esté dando un proceso conflictivo de organización social. Ahora, si esto funciona así, ¿cómo se expresa en lo sociopolítico? La respuesta comunitaria, ¿no será acaso una respuesta puramente defensiva a la exclusión, más bien de momentos, con búsqueda de integración al sistema? Volviendo al punto de Razeto, respecto a sus consideraciones sobre las organizaciones populares: ¿cuáles son las contradicciones? El problema que se ve en Chile es común a las ciudades de América Latina. El Estado ya no puede satisfacer, como lo hacía precariamente en el pasado, las demandas de la población; y esto no solamente por las vías de las lógicas autoritarias que posiblemente acentúan el problema, sino también por la vía de la propia lógica democrática. Observamos el agotamiento de los modelos del pasado, y la sociedad de alguna manera se vuelca sobre sí misma para defenderse. En tal contexto hay un tema que sobresale con mucha fuerza, y es el de la democratización municipal, la vuelta al gobierno local. En él, la relación que se plantea en las organizaciones de pobladores, sus formas de representación y el ejercicio de esa representa-

ción por parte de los partidos y del Estado, serán un problema crucial.

FRANCISCO LEON (ILDES-CEPAL, Chile). La comparación entre las encuestas de los años 65-66 y 85 me produjo una reacción que deseo relacionar con el sistema o régimen dentro del cual estaban y están inmersos los pobladores. El año 65 la realidad poblacional estaba intervenida por un modelo de organización que era la Junta de Vecinos, organismo básico a través del cual se articulaba la demanda y en el cual el gobierno tenía un control importante; la Democracia Cristiana logró poder en las Juntas de Vecinos, pero lo fue compartiendo —incluso lo fue perdiendo— durante el proceso. La política estaba centrada en el sujeto que son los hogares, y la demanda fundamental era la de vivienda.

En el régimen actual, en cambio, tenemos una estructura militarizada en el nivel del gobierno: Intendencias y Gobernaciones que dependen de militares en servicio activo, y Municipalidades que dependen de militares en retiro o de personas muy allegadas al medio militar, que forman parte de su línea. Tenemos un proceso de regionalización militarizada y un proceso de toma de poder local por parte de la estructura militar. A nivel municipal, las asignaciones se manejan en negociaciones con los intendentes; hay una negociación política al interior de estos niveles, en los cuales la población participa por distintas formas de influencias que tendemos a no ver. Hay una línea de participación que se da con los organismos no gubernamentales y con la Iglesia, pero hay otras también en el PEM y el POJH, que se participa con los militares en los programas sociales.

Otro elemento nuevo que me parece fundamental es que ahora no se trabaja con los hogares, sino con categorías de población. A través de la ficha CAS* se determina qué hogar

tiene problemas y, dentro del hogar, qué categoría: si el niño de un año, el menor de un año, la mujer embarazada, etc. Esa ficha CAS y esta estructura están permitiendo un nivel de intervención estatal en el mundo poblacional de características completamente distintas a las anteriores. Estamos hablando de exclusión, pero nos ha faltado analizar el régimen de intervención que está teniendo lugar bajo el gobierno militar.

GUILLERMO ROSEMBLUTH (CEPAL, Chile). Me interesa plantear un alcance metodológico, porque tengo ciertas dudas sobre la unidad de análisis con que se trabajó, esto es, la población, que para mí es un concepto bastante heterogéneo. Hace algunos años trabajamos este tema, y encontramos alrededor de quince o veinte tipos de poblaciones muy diferentes en cuanto a organización, composición social, etc. Por ejemplo, había un estrato bastante homogéneo, la población *callampa*; además estaban los *conventillos* y *barrios tugurizados*, desde los cuales se desplazaba la gente y hacía invasiones de terrenos y formaba poblaciones *callampas*. Estas poblaciones eran muy diferentes en cuanto a las repuestas que entregaba el Estado —desde viviendas sólidas hasta mediaguas, con algún servicio de infraestructura—, pero también eran diferentes en cuanto a composición social. Había incluso algunas poblaciones destinadas a las Fuerzas Armadas, a Carabineros. Entonces, cuando se hace un análisis aun dentro de una misma población, se puede encontrar sectores muy dispares y que naturalmente tienen intereses bastante diferentes; por lo tanto, la validez de las conclusiones puede verse afectada si no se examina con detenimiento esas diferencias.

criminar niveles de pobreza, administrada por el Comité de Acción Social (CAS) de cada municipalidad.

* Ficha CAS: Encuesta orientada a dis-

CLARISA HARDY (PET, Chile). Entiendo que en los datos que entrega, Alfredo Rodríguez intenta mostrar que el elemento diferenciador de la pobreza urbana del pasado respecto a la de hoy, es el de la *exclusión del mercado del trabajo*. Hoy en día, a diferencia de lo que sucedía antes, el ámbito urbano incorporaría centralmente la temática de la exclusión e inclusión desde el punto de vista laboral.

Me parece importante debatir el uso del concepto de *exclusión* referido al mundo de los pobladores, y la consideración del *trabajo* como elemento definitorio de inserción o de des-inserción ciudadana. ¿Significa esto que la auto percepción de los pobladores, su manera de visualizarse en términos de integración o exclusión social, pasa por el trabajo? No sabemos si esto sucede en la cabeza de los pobladores o en la de sus intérpretes, porque el fenómeno de exclusión cultural, social y política no aparece como parte de la propia referencia de los excluidos.

LUCIO KOWARICK (CEDEC, Brasil). Dos impresiones sobre la ponencia de Alfredo Rodríguez. Según su informe, en el mundo poblacional urbano las cosas van de mal en peor, lo que significaría presiones, conflictos crecientes, demandas más complejas. Mi pregunta es: ¿no está presente una interpretación que se puede llamar de "optimismo catastrófico"? Es decir, ¿cómo deducir demandas más complejas a partir de una situación que empeora? Subyace la idea de sedimentación, segregación, confinamiento, como si se hubiera formado un territorio popular, una peculiar existencia socio cultural —recuérdese la serie de organizaciones que se han mencionado—. Y frente a esto me surgen dudas. Primero, si es verdad, porque hay todas las correcciones que sabemos se deben hacer hasta poder hablar de esta sedimentación, este confinamiento. En segundo lugar, cómo a partir de una población

tan heterogénea se puede hablar de una *identidad obrera*. ¿Cómo se puede hablar de *identidad*, y de *identidad obrera*?

En relación a la ponencia de Razeto, una pregunta muy sumaria: a partir de las diez características que ha mencionado, ¿es teóricamente pertinente hablar de una *economía de solidaridad*? Solidaridad es una noción muy fuerte, que implica integración. ¿Se da esto efectivamente?

LUIS RAZETO (PET, Chile). Hacen bien varias de las intervenciones en señalar la necesidad de recoger la gran heterogeneidad de lo que podríamos llamar *mundo popular* o *mundo poblacional*. Mirado desde afuera, puede tender a verse como una realidad bastante homogénea, de pobreza, miseria y exclusión; sin embargo, bajo una mirada más rigurosa, muestra una amplia gama de experiencias y de situaciones diversas. Creo que eso es algo que en las investigaciones de los últimos años —y sobre todo en las más recientes— se ha ido asumiendo. En el campo específico de la economía popular, por ejemplo, yo destacaba un sector de organizaciones, de respuestas, pero es indudable que todo aquello que se puede englobar bajo el nombre de economía familiar, el desarrollo de unidades de respuestas familiares, de iniciativas individuales que forman el subempleo, deben ser recogidas e integradas en una visión de conjunto. Lo mismo valdría en términos de las distintas maneras de hacer frente a las situaciones de crisis, como la respuesta organizativa, la de las organizaciones económicas populares; otras de carácter individual, como intentos de salir adelante mediante el comercio ambulante, la búsqueda del "pololo", el trabajo esporádico, con una gran creatividad que se expresa y que podemos ver a diario. Están también las respuestas más deterioradas, como la delincuencia; o las más pasivas, como recurrir a la asistencia, a la caridad, a los subsidios

públicos o privados. Todas ellas son el resultado en parte de distintas situaciones, pero también están fuertemente influidas por distintos valores, culturas, niveles de formación, experiencias previas de participación en organizaciones, por toda la riqueza y diversificación existente en un mundo popular muy heterogéneo, constituido además históricamente por migraciones de distintos lugares y por fenómenos sociales diferentes.

Esta claro para mí, entonces, que aquella realidad a la que me referí constituye una parte que es significativa y relevante, pero que no es toda la respuesta que emerge desde los sectores populares frente a la crisis de exclusión.

Me han preguntado sobre los partidos políticos: creo que han sido extraordinariamente lentos en reaccionar frente a los cambios en la situación de los sectores populares de Chile, y poco dados a comprender y también a buscarle proyección política, una canalización a la riqueza de valores y expresiones que surgen desde estas organizaciones. Comprendiendo muy bien las dificultades que existen en Chile en estos años, creo que no explican ni justifican esa lentitud en asimilar nuevas formas organizativas y de pensamiento. Creo que las Organizaciones Económicas Populares les plantean a los partidos políticos que se interesan en el desarrollo organizativo del pueblo, cuestionamientos ideológicos serios; ponen en duda muchas creencias, afirmaciones, convicciones que a veces están muy asentadas. Los partidos han sido poco atractivos, poco interesados en estos fenómenos, y esto marca un cierto distanciamiento respecto a ellos de parte de las organizaciones populares; en muchas organizaciones se ha desarrollado un cierto apoliticismo, una reacción frente a la situación de división de los organismos políticos y al hecho de que no parecen asumir las realidades cotidianas de los sectores populares. Este distanciamiento recíproco plantea un desafío serio a

un proceso de democratización y de reconstitución de un tejido social y político. Pondré un solo ejemplo de esto: en el tema de la concertación social ha habido una búsqueda de fórmulas para pensar los problemas de una transición, en las cuales está prácticamente ausente la consideración de actores sociales de los sectores poblacionales, que tanta importancia han tenido estos años en Chile.

En cuanto a la pertinencia teórica de la *economía de la solidaridad*, no puedo ir más allá de hacer una afirmación. En estas experiencias hay una emergencia embrionaria de una posible economía de solidaridad: para comprenderla es necesario elaborar una teoría económica distinta a la convencional. Si analizamos la economía de solidaridad con las categorías y los conceptos propios que han sido desarrollados por las ciencias económicas, vamos a encontrar limitaciones muy importantes. El desarrollo del sector de economía de solidaridad pasa por el potenciamiento práctico de estas organizaciones, pero pasa también por el confrontamiento de conceptos, nociones, teorías, instrumentos de medición, instrumentos de evaluación, modos de cálculos alternativos a los que son pro-

prios de la economía convencional.

ALFREDO RODRIGUEZ (SUR, Chile). El sentido de la presentación de los datos de la encuesta —que creo se ha cumplido— es el de abrir preguntas, dudas, y mostrar la necesidad de mayores precisiones. El segundo objetivo que me parece importante es situar los problemas actuales desde una perspectiva histórica, con todas las dificultades que ello implica.

¿Qué cosas se dan en el mundo de las poblaciones hoy, distintas a lo que ocurría hace 20 años atrás? El problema grueso es la desocupación, y es un problema nuevo, aunque coincido con la necesidad de desaregar la situación. Los datos globales son insuficientes, y se requiere combinar distintos tipos de investigación para llegar a una aproximación más cercana a lo que ocurre en la realidad.

En cuanto a la percepción del sujeto frente a su situación objetiva, es interesante relacionar los datos referentes a su situación laboral —esto es, desocupación, empleo en el PEM o el POJH, empleo marginal, etc.— con la

percepción de la clase social con que se identificaba. El 42 por ciento de los hombres jefes de hogar, independientemente de su calificación actual, se calificaba como clase obrera, no siéndolo objetivamente. La memoria de sus ocupaciones anteriores, la memoria de los antiguos pobladores de los años 60, en que en las poblaciones el 60 u 80 por ciento de la fuerza de trabajo era asalariado obrero, sigue en la memoria de los pobladores de hoy.

¿Cuáles son las posibilidades de participación política de este sector tan fragmentado de excluidos, que sean diferentes a las del pasado? Me parece importante rescatar las distintas formas organizativas que han surgido en las poblaciones. Si se observan los tipos de propuestas o proyectos referidos a la posible democratización del país, surge una infinidad de demandas económicas que no son incorporadas. Frente a ello, y considerando el carácter territorial que tienen las formas organizativas surgidas en las poblaciones, me parece que los municipios, los gobiernos locales pueden ser una forma en la cual estos sectores puedan tener representación política, participación, e intervención en la solución de sus problemas.

CHILE : EL FENOMENO DE LOS POBLADORES





POBLADORES E INTEGRACION SOCIAL

EUGENIO TIRONI

(SUR, Chile)

1. INTRODUCCION

Las sociedades, así como crean totems para adorar, sin saberlo, su propia fuerza y unidad colectivas, crean también víctimas expiatorias, a través de las cuales proyectan y expulsan, de manera transfigurada, las tendencias a la desagregación conflictual de la comunidad. Este último es el papel que ha parecido caberles a los pobladores a partir de 1983, frente a una sociedad que por más de una década vive obsesionada por el sentimiento de su vulnerabilidad.

Pobladores es un eufemismo que se emplea ordinariamente para designar al sector social que mejor representa el fenómeno de la desintegración: los grupos marginales que habitan en las zonas periféricas de Santiago, que carecen de una inserción estable en la vida económica, y que padecen los efectos del hambre, de la falta de vivienda y equipamiento, de la dependencia humillante del Estado, de la desorganización social, de la sospecha sistemática y la represión. Ellos, los pobladores, son quienes han remecido la capital con revueltas nocturnas en las que hacen frente violentamente a las fuerzas policiales y militares, mientras éstas tratan de impedir que el movimiento se propague hacia el resto de la ciudad.

Cuando la agitación de las poblaciones estalla, los demás habitantes de Santiago son dominados por un temor irrefrenable, y se limitan a presenciar desde las distancia el desigual combate mientras llega el amanecer. Con la luz del día, todo vuelve a la normalidad, y el fantasma de la desintegración se bate en retirada. Entonces, los pobladores vuelven a su forzado anonimato, mientras algunas zonas entre las más explosivas son castigadas con allanamientos militares.

Pero, ¿por qué los pobladores irrumpen con tanta fuerza en las representaciones colectivas de los chilenos? Esto tiene que ver seguramente con una característica de la estructura socio-económica actual, que en vez de crear obreros o trabajadores asalariados, multiplica los marginales o excluidos; y en vez de favorecer una acción colectiva "orgánica o integrativa" (como la de base clasista o corporativa), ha creado una situación de atomización que favorece los comportamientos de masa, que por definición combinan los momentos de apatía con los de extrema movilización.

Pero la situación de los pobladores no es aislada; al contrario, ella no es más que la expresión paradigmática del proceso de *desestructuración* experimentado por el sistema de clases en el último decenio (Martínez y Tironi, 1985). Lo que se aprecia, en efecto, es una tendencia global caracterizada por el debilitamiento de la relación funcional entre los agentes sociales como resultado del predominio de posiciones no-asalariadas; por la incapacidad crónica del sistema para dar empleo formal a las nuevas generaciones y segmentos; y por la estabilización de una proporción creciente de la población condenada a quedar fuera de los mercados laborales y de consumo, lo que le obliga a subsistir de la

ayuda estatal¹. A esto se suman ciertos procesos en el orden socio-político, como el debilitamiento de las organizaciones intermedias (sindicatos, asociaciones barriales, colegios profesionales, partidos políticos), resultado de un orden social autoritario que sospecha de toda función de mediación entre los individuos y la institución estatal.

Los pobladores, por lo tanto, son una representación de ese fenómeno aparentemente abstracto de la desintegración social. La reacción que provocó la agitación de las poblaciones en el resto de la sociedad —en especial en los grupos medios—, reveló a su vez cómo la violencia social actualiza la amenaza de la disolución de la comunidad; y cómo ese peligro se transforma luego en respaldo a una solución autoritaria. La agitación de los pobladores, en fin, mostró que el problema de la democracia en Chile está indisolublemente unido a la tarea de suministrar bases de cohesión material, institucional y moral a la nación.

2. LA IRRUPCIÓN

Los pobladores, que en 1973 habían sido eliminados de la escena pública, reaparecieron diez años después con las *protestas nacionales*. Su movilización adquirió rápidamente una masividad y un radicalismo inesperado. Esto desplazó de la protesta a los grupos medios, fortaleció las estrategias políticas de corte insurreccional, y justificó al régimen para desarrollar una represión sistemática a las poblaciones de Santiago. Hacia 1985, sin embargo, el panorama había variado en ciento ochenta grados; desde entonces, la *rebelión de los pobladores* pareció dejar el lugar a conductas adaptativas o anómicas de una masa sometida por la inestabilidad económica y al miedo.

¿Cuánto hay de realidad, y cuánto de proyección en esta trayectoria que parecen haber seguido los pobladores?

a) LA VIOLENCIA

En 1983 se realizaron seis protestas, que representaron un serio desafío para el régimen. La percepción de esta amenaza incentivaba aun más la movilización, que se concentró en las poblaciones y adquirió características cada vez más violentas, a la vez que llegó a estar casi por completo controlada por los pobladores más jóvenes².

La clase media desertó de la protesta después de agosto de 1983. En su interior, la oposición política al régimen se reveló más débil que el temor a la polarización social y a la violencia. El Gobierno, que provocaba la violencia con su desproporcionada represión, utilizó inteligentemente esta amenaza como un pretexto para retomar el control.

Por otro lado, la trayectoria que había seguido la protesta parecía dar la razón a la nueva línea del Partido Comunista, que proclamaba el uso de la "violencia aguda" y que

¹ Al respecto basta con registrar dos datos. La clase obrera de la industria de transformación, que ascendía a 450.4 mil personas en 1971, se redujo a menos de la mitad (190.9 mil) en 1984. A la inversa, los individuos *excluidos* de la estructura sociocupacional (los desocupados, los adscritos a los programas de subsidio a la cesantía y los que se desempeñan en el servicio doméstico), pasaron en el mismo lapso del 14 al 34 por ciento de la fuerza de trabajo no-agrícola (Martínez y León, 1987).

² La radicalidad que asumen las manifestaciones de protesta en las poblaciones, pese a involucrar a todos los sectores, tiende a conspirar contra la adhesión masiva del grueso de la población a la manifestación misma. En algunos casos, se la ve como cuestión de los jóvenes... En otros se tiende a ver las acciones más violentas como una cuestión negativa, propia de los drogadictos o los delincuentes. La población se ve involucrada de hecho en las manifestaciones, y muchas veces cuesta determinar si se trata de una adhesión por convicción o bien temor (Espinoza, 1985).

giraba su atención desde el mundo sindical hacia el de los pobladores jóvenes. En todas partes, por lo tanto, se agitaba el tema de la violencia —sea como amenaza, como castigo o como camino emancipador³. Entre pobladores y violencia se creó una identificación que desde entonces nadie más discutió.

El argumento de la violencia se fundaba en la teoría según la cual la violencia colectiva surge automáticamente de una ruptura o desajuste del orden social. Un período de bonanza interrumpido bruscamente por una crisis económica aguda, por ejemplo, debilita primero los mecanismos tradicionales de control social, y genera luego una brecha (*gap*) entre las aspiraciones de los individuos y los medios que tienen a su alcance. Esta situación provoca sentimientos de frustración y angustia, que conduce a las personas a actitudes agresivas y a conductas violentas. La probabilidad de que estallen rebeliones violentas, por lo tanto, estará en directa relación con el tamaño de esa brecha (lo que Gurr (1870) denomina *deprivación relativa*): cuanto mayor sea la discrepancia entre objetivos y medios, mayores serán la frustración y la agresividad, y más alta la frecuencia de comportamientos violentos⁴.

En 1982, en efecto, la interrupción del *boom* económico iniciado en 1976, y el desmoronamiento del “modelo económico” diseñado por el régimen, desató una crisis que afectaba con severidad el bienestar de los grupos más pobres, mientras otros segmentos lograban protegerse y salvaguardar sus elevados niveles de consumo. La brecha entre los medios al alcance de los grupos pobres, frente a las expectativas que arrastraban del período anterior, había llegado a un punto crítico. La frustración, por lo tanto, llevaría a los pobladores a la protesta, poniéndolos en la primera línea de la movilización social que, como resultado inevitable de la agresividad que la situación engendraba en la población, tomaría formas cada vez más violentas.

La estrategia de *rebelión popular* adoptada por el Partido Comunista chileno a principios de esta década, es un buen reflejo, a nivel político, de ese tipo de lectura sociológica del fenómeno de los pobladores. El PC sostiene, en efecto, que se vive una *situación revolucionaria*, observable en la *disposición al combate* del pueblo, crecientemente decidido a emplear *todas las formas de lucha* para llegar a una *sublevación o levantamiento de masas*⁵. Las protestas, en este sentido, son el anticipo de ese levantamiento general, y por lo mismo deben radicalizarse hasta llegar a la masificación de la *autodefensa* y de la *violencia aguda*. Pero los protagonistas de las protestas son los pobladores, no los obreros;

³ Un buen indicador del impacto público del tema de la violencia es el resultado de algunas encuestas realizadas en el último período. La Encuesta del CERC (1986), por ejemplo, señala que, entre los “problemas prioritarios”, la violencia y el terrorismo se ubicaron en segundo lugar, después de la cesantía. (La misma pregunta, pero abierta, reunió sin embargo un menor número de menciones). En la Encuesta FLACSO (1986), el “terrorismo” se localizó también entre los problemas más importantes.

⁴ Este enfoque acerca de la violencia tuvo mucha influencia en la sociología norteamericana. Duff & MacCamint (1976) lo aplicaron en un estudio sobre la violencia y represión en Latinoamérica, donde intentaron mostrar que la violencia es más frecuente cuanto mayor es el diferencial entre lo que denominan *bienestar social* (la habilidad de la sociedad para satisfacer las necesidades de la población) y lo que denominan *movilización social* (la presión por satisfacer determinadas necesidades). Este planteamiento de hecho no es más que un afinamiento de la clásica “ley” de Davies (1962): “Las revoluciones tienen más probabilidades de ocurrir cuando un período prolongado de desarrollo económico y social objetivo es seguido por un período corto de aguda regresión”. Sobre este tema véase Tironi (1987).

⁵ La línea que favorece “todas las formas de lucha” fue adoptada por el Partido Comunista en 1980, y desde entonces ha sido ratificada periódicamente. Lo que aparece subrayado corresponde textualmente a conceptos empleados por dirigentes nacionales comunistas frente a grupos de pobladores de base.

a excepción de un breve paro en los minerales de El Teniente, Salvador y Andina en junio de 1983, los trabajadores no paralizaron ni jugaron un papel relevante. Los pobladores, y en especial los jóvenes que se han rodeado del aura de los "muchachos sandinistas", conquistaron un nuevo estatus en el discurso —y quizás también en la composición social— del Partido Comunista.

El Gobierno —y en particular el general Pinochet— hizo una lectura notablemente similar de la situación. Los pobladores, en efecto, representaban una amenaza que podía arrastrar a la violencia a toda la sociedad. Ante tal perspectiva, lo básico era unirse para apacar cuanto antes ese foco de caos y destrucción. Se había visto que la tímida "apertura" política ensayada en esos meses, en vez de detener la agitación de las poblaciones, la estimuló. El país, a juicio del Gobierno, estaba ya "cansado de violencia"; se requería entonces una solución de fuerza, y así fue como impuso —casi sin resistencias significativas— el Estado de Sitio a fines de 1983.

La clase media, ante lo que se presentaba como una ola de violencia proveniente de las poblaciones, entregó una tácito respaldo a este giro de la situación; al tiempo el empresariado y la Derecha se unificaron sólidamente tras Pinochet. El *miedo al Estado* —para ponerlo en los términos que utiliza Martínez (1986)—, que había logrado cohesionar a los más amplios grupos sociales en las primeras protestas, se revirtió en un *miedo de la sociedad civil a sus propias tendencias auto-destructivas*. A partir de entonces, el régimen puso en marcha un poderoso dispositivo de represión —cuyo aspecto más visible han sido los periódicos allanamientos— orientado a terminar con "la violencia de los pobladores".

b) LA ANOMIA

En realidad el movimiento de la protesta había entrado en una fase de *rutinización* antes de la declaración del Estado de Sitio, pero con él se apagó casi por completo. La declinación de la protesta en cierta medida acarrió también la declinación de la representación de los pobladores como un grupo violento "a la vanguardia" de la movilización social. En la nueva situación, los pobladores paulatinamente se fueron transformando en una masa anómica, apática y conformista.

En respaldo de esta representación fueron sacadas a relucir otras teorías sociológicas. Según éstas, no importa cuán descontento, frustrado y agresivo pueda estar un agregado de individuos, ellos no se comprometerán en una acción violenta sino a condición de formar parte de un grupo organizado y con recursos (Skocpol, 1979). No es pues la desorganización social sino, al contrario, una gran solidaridad, una potente organización y un elevado grado de conciencia, los que engendran formas de lucha violenta. Las causas de la violencia no deben ser buscadas en la evolución socio-económica, con su efecto sobre la psicología de los individuos, sino en determinados rasgos políticos (organizativos, institucionales, culturales) del sistema político y del actor social⁶.

⁶ Este enfoque fue utilizado por Portes (1976) en un estudio acerca de las orientaciones políticas entre los pobladores de Santiago. En él mostró que no hay correlación entre la *frustración relativa* de los individuos (determinada por factores socio-económicos) y su disposición a conductas *radicales*; al contrario, el *radicalismo* dependía principalmente de las formas de socialización política de los individuos, en particular de su inserción laboral y de su exposición a la influencia de sindicatos y partidos de orientación izquierdista. La disposición al uso de métodos políticos radicales —y las orientaciones políticas en general— apareció como una actitud aprendida y enseñada, no como una reacción individual de agresión frente a un cuadro de frustración. A similares conclusiones habían llegado Goldrich et al. (1967), en un estudio sobre la integración política de pobladores de Lima y Santiago.

La profundización de la crisis económica en los años 1984-85, de otra parte, ponía en evidencia los fuertes procesos desintegrativos a los que estaba sometido el mundo de los pobladores, que no disponían de recursos, de organización ni de conciencia como para emprender formas de acción violentas. En tal dirección, cuando más podría encontrarse una tendencia en pequeños grupos de jóvenes; pero la gran masa de los pobladores se identificaba mejor con una situación de apatía y ensimismamiento comunitario. Sus actitudes políticas, por lo tanto, estarían lejos del radicalismo que suponía la tesis de la *rebeldión popular*, orientándose más bien al rechazo cada vez más explícito a la protesta y a un conservadurismo que el propio régimen podría instrumentalizar a su favor⁷.

La misma protesta fue sometida a una reinterpretación en esta perspectiva. A la tesis del poblador-vanguardia y de la protesta como ensayo general de un cercano *levantamiento popular*, se antepuso una lectura que pone de relieve el papel del movimiento sindical, de los gremios de clase media y de las fuerzas políticas de centro y derecha: al levantar la *línea de protección*, esos actores fueron los que permitieron en 1983 la movilización de los pobladores (Martínez, 1986). Prueba de ello sería que, una vez que esos actores se replegaron, la protesta perdió su eficacia para terminar en una simple manifestación expresiva de jóvenes en las poblaciones.

c) ¿REBELDES O CONFORMISTAS?: EL VIEJO DEBATE

La irrupción de los pobladores ha dado lugar en la sociedad chilena a dos representaciones sociales opuestas. El mismo grupo social que para unos es violento y rebelde, para otros es conformista y anómico. Curiosamente, estas representaciones coinciden muy de cerca con los términos del conocido debate de la sociología latinoamericana en los años sesenta acerca de la *marginalidad*.

En efecto, el argumento acerca de la violencia de los pobladores encuentra también un antecedente en las tesis que sostenían que el capitalismo dependiente está obligado a dejar fuera, como requisito de su estabilidad, una enorme *masa marginal* (Nun, 1969). La presión de este sector de la población por penetrar al sistema tiene un efecto disruptivo mayor que la movilización de los grupos integrados, la de los trabajadores, por ejemplo. Las revoluciones del Tercer Mundo (China, Argelia, Cuba, ¿Nicaragua?) habrían demostrado, precisamente, que los *elementos desclasados*, el *pueblo de las favelas*, el *lumpen-proletariado*, serían la *fuerza más espontánea y radicalmente revolucionaria*, la *punta de lanza urbana* de la rebeldión (Fanon, 1974).

La representación de los pobladores como masa anómica se remonta a su vez a las tesis de la genéricamente llamada *sociología de la modernización*. Según ésta, la marginalidad obedece a la escasa capacidad del sistema para abrirse a la participación de las masas movilizadas, las que deben permanecer pues en su periferia (Germani, 1969; Cardoso, 1968). Los grupos marginalizados se caracterizan por su atomización y desorganización, que los vuelve incapaces de acceder por sus propios medios a la participación plena en el sistema social (Desal, 1970). De este modo, los marginales se convierten en masas en *disponibilidad* para proyectos *nacional-populistas* que les ofrecen formas inmediatas y directas de integración social a través del Estado.

¿Radicales o conservadores?; ¿revolucionarios o demandantes de participación?; ¿organizados o anómicos?

⁷ Esta lectura acerca de los grupos marginales y del fenómeno de la *protesta* es perceptible en los trabajos de SUR; por ejemplo, Martínez y Tironi (1985); Valenzuela (1985); Tironi (1984, 1985, 1986a, 1986b); Martínez y Valenzuela (1986a, 1986b); y Martínez (1986).

Use sigue siendo el clivaje en el campo de las representaciones que la sociedad construye —con la inestimable ayuda de los intelectuales— sobre la naturaleza de los grupos marginales. Estas construcciones mentales revelan, antes que nada, la imagen que la propia sociedad tiene de sí misma⁸. Lo que interesa, sin embargo, es que la clásica polarización de la *teoría de la marginalidad* entre “rebeldes” y “apáticos” no ha perdido su eficacia. No obstante, la información reunida por nosotros muestra que esa dicotomía está lejos de aprehender el complejo y heterogéneo fenómeno de los pobladores. En los años ochenta, las tendencias a la exclusión y la ruptura se entrecruzan con tendencias a la integración y participación igualmente intensas, y que se aprecian con singular fuerza en el campo cultural. De otra parte, en el mismo medio socio-espacial conviven las orientaciones de un estamento numeroso de militantes políticos que forman el llamado *movimiento poblacional*, con las actitudes y opiniones de la masa silenciosa que habita en las poblaciones. En todo rigor, por lo tanto, la oposición entre “violentos” o “anómicos” es una simplificación que confunde antes que clarificar el fenómeno de los pobladores.

3. LOS POBLADORES

En agosto de 1985, SUR efectuó una encuesta a 900 domicilios en 28 zonas poblacionales de Santiago según una muestra diseñada en forma estratificada y por etapas. En una de sus partes el cuestionario ensayó detectar las identidades, representaciones sociales y orientaciones políticas de esa masa prácticamente desconocida llamada pobladores. Por el hecho de ser una encuesta a domicilios, entre los respondentes se apreció una ligera sobre-representación de mujeres, paralela a una subrepresentación de jóvenes. La interpretación de los resultados, por lo tanto, debe tener en cuenta este sesgo⁹.

a) AUTO-IDENTIFICACION

Un resultado sorprendente es la existencia de una fuerte *auto-identificación obrera* entre los pobladores (Cuadro No. 1). Esta representación contrasta radicalmente con la realidad ocupacional del sector, donde los obreros ascienden sólo a 17 por ciento, contra 50 por ciento que está desocupado o que ejerce ocupaciones “informales”¹⁰. Parecería lógico suponer que, en todo caso, persistiría menos entre los pobladores privados de trabajo, pero éste no es tampoco el caso, pues entre los desocupados la auto-identificación con la clase obrera asciende hasta 45.7 por ciento, mientras entre los adscritos el PEM y POJH ella alcanza el 41.4 por ciento.

La identificación con la clase obrera, por lo tanto, no refleja en absoluto la experiencia o la situación ocupacional de los pobladores. Ella expresa, más bien, un anhelo de integra-

⁸ En efecto, así como la calificación de los pobladores como *marginales* revela a una sociedad que se cree a sí misma en tránsito a su modernización, su representación como grupos *violentos* o *anómicos* revela dos momentos o “climas” del proceso de desintegración en que está envuelta la sociedad chilena.

⁹ Esta encuesta fue posible por el apoyo de la Fundación Ford, y sus resultados fueron publicados en *Proposiciones* No. 13, 1987. Los cuadros más relevantes para la argumentación que sigue este artículo se adjuntan en un Anexo. La interpretación que aquí se presenta se basa abundantemente en la reflexión de Valenzuela (1987).

¹⁰ Toda la información acerca de las características demográficas y las condiciones de vida y ocupación han sido sacadas de Rodríguez y Tironi (1987). Al respecto ver la comunicación de A. Rodríguez en este mismo volumen.

ción económica según la pauta del modelo industrial; anhelo que es aun más fuerte entre quienes están excluidos u ocupan las posiciones más marginales del mercado de trabajo. Es lo que se revela también en el hecho de que, puestos ante la alternativa de marcar la rama de actividad y la posición ocupacional de su preferencia, los encuestados optaron claramente por la *industria* (36 por ciento) y por la condición de *asalariado* (41.6 por ciento).

Entre los menores de 30 años es posible observar una menor identidad con la clase obrera —que alcanza sólo a 29.2 por ciento—, no obstante lo cual es la alternativa que sigue reuniendo más frecuencias. Su baja, de otra parte, no implica que los jóvenes tiendan a identificarse con el *pueblo*. Al contrario, el desgaste de la *identidad obrera* va a la par con una fuerte identificación con la *clase media*, que reúne 28.4 por ciento de las preferencias. Los pobladores en general no muestran hostilidad hacia la clase media, al punto que la mitad de los encuestados señaló tener una imagen *positiva*. La identidad social de los pobladores permanece pues apegada a la condición obrera y al imaginario industrialista. Las tendencias a la exclusión en el campo económico u ocupacional no han producido una identidad *popular* diferente a la de tipo clásico, asociada a la trayectoria obrera (y sindical).

b) MOVILIDAD

Como se indicó, para los pobladores la industria sigue siendo el canal privilegiado de integración económica. Simultáneamente, asignan a la educación el papel más importante en lo que se refiere a la movilidad social. Es otro resultado sorprendente, pues se trata de una representación que también se opone a la experiencia objetiva de los pobladores en los últimos años. En efecto, la masificación del sistema escolar ha elevado sustancialmente las tasas de escolaridad de los pobladores, pero ello no ha redundado en mejores oportunidades ocupacionales (de hecho, la escolaridad de los pobladores desocupados es mayor que la encontrada entre los ocupados), ni en un acceso hacia los tramos superiores de la escala educacional (de hecho, sólo 2 por ciento de los pobladores llega más allá de la enseñanza media).

La *fe* es claramente superada por la *educación*, en cuanto a su importancia como factor de integración y movilidad sociales (Cuadro No. 2). A la *solidaridad*, de otra parte, se asigna un escásimo valor. Esta misma pauta se reproduce en los jóvenes, aunque aquí la significación de la *fe* y de la *solidaridad* son aun menores, y es más alto el valor asignado a factores externos. La movilidad, en suma, es función del "capital cultural" de cada individuo, no de la presión colectiva del grupo de pertenencia.

Podríamos decir que los pobladores adhieren a una *pauta de movilidad mesocrática*, por el valor que asignan a la educación y el valor escaso que asignan, por ejemplo, al *trabajo* y *esfuerzo* personales. Nada más distantes de la representación de un *pueblo* avasallado que preserva su identidad en la *fe*, y su organización en la *solidaridad* y la *iglesia*. La secularización de los pobladores parece consistente; el *imaginario industrialista* al que nos referimos más arriba, resulta complementado por un *imaginario republicano* que idolatra a la educación y al Estado, como se verá más adelante.

c) PARTICIPACION

Esa representación de la movilidad social se confirma con la exigua tasa de participación de los pobladores en organizaciones sociales de carácter comunitario (Cuadro No. 3). En efecto, cuando la *solidaridad* juega un papel movilizador insignificante, no sorprende que casi dos tercios de los pobladores no tome parte en ningún tipo de organización. Entre los

que participan, la inclinación mayor va hacia los Clubes Deportivos (los hombres), y las Iglesias y Centros de Madres (las mujeres). Dos hechos que llaman la atención son la escasa afiliación sindical y la elevada participación en las Iglesias Evangélicas, si se lo compara con la que se encuentra en la Iglesia Católica.

La baja participación coincide con una disposición negativa frente al conflicto social, en particular si éste adopta formas no-institucionales (Cuadro No. 4). Como es obvio, el rechazo a la violencia (*apagones de luz*) es casi unánime¹¹. Sin embargo, la *protesta* es apoyada apenas por 17 por ciento, pese a la masividad que ella alcanzó en los años 1983-1984. La huelga, en cambio, sólo es rechazada por una cuarta parte de los respondientes, proporción que se empuja a 43 por ciento cuando se trata de formas de presión que carecen de una normativa legal, como las tomas de terreno.

Carecemos de la información adecuada, pero todo indica que las actitudes de los jóvenes a este respecto casi no se diferencian de la pauta descrita. Los pobladores, en suma, expresan una baja disposición al conflicto, y una preferencia marcada por el ejercicio de formas de presión reguladas. El cierre de los canales de participación institucionalizados —fenómeno ocurrido en el último período— no genera pues una disposición favorable al conflicto directo, ni menos a la violencia.

d) DEMANDAS

Las demandas de los pobladores apuntan básicamente a la defensa frente a los efectos desintegrativos de la situación económica. Esta conciencia defensiva se expresa en aspiraciones que tienen un carácter netamente conservador, dirigidas a *preservar* niveles mínimos de integración ocupacional y consumo, y a *resistir* las amenazas de la anomia, la desorganización social y la pauperización.

En el plano social, la *vigilancia policial en las poblaciones* es la opción con el mayor número de preferencias (6 de cada 10 respondientes), lo que revela la importancia de la demanda por seguridad, como resultado principalmente de la profusión de la delincuencia. En seguida, los pobladores reclaman mejores servicios de salud y que se redoble el control sobre *conductas desviadas* del tipo alcoholismo, prostitución y drogadicción, reacciones que se asocian clásicamente a la presencia contenida de hondos procesos desintegrativos en lo individual y colectivo. Recién en tercer lugar se hacen presentes las demandas asociadas tradicionalmente con los intereses que agrupan a los marginales en sus zonas de residencia: pavimentación, alumbrado, infraestructura educacional y deportiva, etc. (Cuadro No. 5)¹².

En el campo económico, las demandas de los pobladores presentan una singular segmentación. Las más recurrentes son las que se refieren al control de los precios del pan y otros productos de consumo básico, al aumento de las plazas en el PEM y POJH, y al incremento de los salarios (en este orden). Estos reclamos, sin embargo, provienen en

11 Estas respuestas deben ser tomadas con precaución, pues la medición de este tipo de actitudes —especialmente en una situación como la chilena— debería emplear técnicas camufladas, lo que en este caso no se hizo.

12 Llama la atención el hecho de que, en la Encuesta DESAL de 1966, la demanda por servicios básicos (pavimentación, alumbrado, agua potable y alcantarillado) reunía casi 60 por ciento de las preferencias; la vigilancia policial, en cambio, era reclamada sólo por 20 por ciento. En 1985 la situación se había invertido. Como lo dice Valenzuela (1987), *protección policial y salud son significativamente las demandas principales que hacen los pobladores; acaso otro signo de una actitud defensiva en medio de un proceso de aguda pauperización.*

rigor de los sectores más marginales y empobrecidos, dominados por el problema de la sobrevivencia. En los sectores poblacionales más acomodados, en cambio, la demanda varía por completo: en concordancia con la *pauta de movilidad mesocrática*, lo que interesa a este segmento es que se facilite el acceso de los hijos a la educación superior (Cuadro No. 6).

Como se ve, las aspiraciones de los pobladores parecen guiadas por lo que Valenzuela (1987) denomina *el horror a la lumpenización*, y apuntan básicamente a sortear las crisis y evitar la desintegración social. Las demandas son realistas, orientadas a dar una solución directa a problemas que parecen impostergables, partiendo por el de la seguridad física y económica.

e) POLITICA

A este respecto se observan cuatro características fundamentales en las actitudes y opiniones de los pobladores: 1) la relativa indiferencia hacia la dimensión formal de la democracia y la preferencia por los aspectos de orden y justicia; 2) la inclinación populista hacia la integración social vía Estado; 3) la desconfianza en los partidos políticos; y 4) la notable consistencia entre estos rasgos y sus opiniones acerca de los gobiernos pasados y futuros.

Resulta notable, en primer lugar, la apatía de los pobladores frente a la democracia (Cuadro No. 7). En su opinión, ella no les reportará mayores beneficios ni un cambio de su situación. En efecto, menos de un tercio declaró que con la democracia estarían mejor. Entre los menores de 30 años la expectativa es similar, aunque en este caso la indiferencia es aun mayor (indiferencia que se aprecia en los que señalan "no saber" o que prefieren no responder). La principal segmentación a este respecto proviene de la variable educacional. De hecho, las expectativas en la democracia ascienden en la medida en que se progresa en la escala educacional, hasta llegar a 40 por ciento entre quienes poseen estudios técnicos o superiores (a la inversa, entre los pobladores sin estudios, sólo 16 por ciento estima que con la democracia estarán mejor). La *demanda democrática*, por lo tanto, parece que proviene principalmente de los estratos bajos de la clase media que habitan en las poblaciones.

Una segunda constatación significativa es que, de la democracia, lo que se valora principalmente no es su dimensión representativa o "liberal" (que reúne sólo un quinto de las preferencias), sino su aspecto integrador, participativo, "sustantivo" (Cuadro No. 8). Como bien remarca Valenzuela (1987), *la legitimación democrática del poder no forma parte de la mentalidad popular*. En todo rigor, la demanda política de los pobladores no es por democracia (vale decir, un sistema de representación libre de intereses a través de agencias especializadas: los partidos), sino por una participación sin intermediación ("clientelística") en el Estado. Es el modelo *nacional-populista*, que invoca precisamente la *autoridad presidencial* frente a la *anarquía parlamentaria* representada en los partidos; un modelo que, para los pobladores, se condensa magníficamente en la experiencia de la *promoción popular*.

El correlato natural de la pauta de integración populista se expresa en la desconfianza que manifiestan los pobladores en los partidos políticos. Según lo que se aprecia en la Encuesta, en efecto, un tercio de los respondientes manifestó una opinión negativa del papel que ellos cumplen, contra 17 por ciento que señaló un punto de vista favorable (Cuadro No. 9). Los partidos son rechazados precisamente porque tratan de intermediar en la relación "clientelística" entre Estado y pobladores, que estos últimos quieren sea directa y exclusiva. La función representativa de los partidos y su intervención en la

relación Estado/sociedad se asocia por ende a la división del pueblo, y esta última, a la marginalidad. Paradojalmente, por lo tanto, la demanda por participación social aleja a los pobladores de los partidos, acercándolos en cambio al Estado y sus agencias¹³.

En cuarto lugar, los pobladores parecen evaluar positivamente el gobierno de Allende —con una inclinación mayor en el caso de los hombres en las posiciones más bajas de la escala educacional, independientemente de su edad— (Cuadro No. 10). Es importante destacar que esta valoración se funda principalmente en motivos económicos (las motivaciones ideológicas no suman más de 5 por ciento, lo que revelaría el peso de la representación populista del Estado (Valenzuela, 1987)). Por otro lado, llama la atención el hecho de que un quinto de los respondiente emitiera una opinión que combina aspectos positivos y negativos (mixta), lo que estaría demostrando que la experiencia de la Unidad Popular —contrariamente a muchas suposiciones— no es una variable que segmente radicalmente la opinión política de los pobladores.

Por último, en lo que respecta al gobierno deseado en el futuro próximo, la salida centrista *tipo Frei* es la que reúne el máximo de preferencias (Cuadro No. 11)¹⁴. El *freismo* ratifica la positiva valoración que tienen los pobladores de la pauta de integración populista, que bajo Frei combinó como en ningún otro momento la participación social, la estabilidad política y el pleno empleo. Los resultados revelan también la escasa receptividad que encuentran las alternativas que se basan en coaliciones inter-partidarias, y la preferencia por opciones presidencialistas que continúan también en ese sentido con la tradición nacional-popular. Por último, la opción por una salida *tipo Frei* muestra que las opiniones de los pobladores son “realistas” y “moderadas”, es decir, expresivas de una actitud instrumental hacia la política.

4. EL MOVIMIENTO

Bajo el amparo de la Iglesia, desde los primeros años del régimen militar se fue configurando en las poblaciones una pequeña red de “organizaciones solidarias” (talleres laborales, ollas comunes, etc.), a los que se sumaron más adelante grupos de presión reivindicativos (Comités de Vivienda, de Deudores, etc.) y organismos de defensa de los derechos humanos. Más que un efecto sobre los pobladores, este proceso tuvo como resultado la temprana reactivación de los militantes políticos de las poblaciones (tanto integrantes de partidos como independientes).

Con la irrupción de las *protestas* en 1983, surgen o se consolidan diversas *Coordinadoras* o *Movimientos* que se reclaman a sí mismos representativos de los pobladores¹⁵. Son los llamados *referentes*, cuya identidad no está determinada por las características de su afiliación (cuyo número, por lo demás, es imposible de establecer), sino por su posición

¹³ El fuerte rechazo que reciben los *jóvenes volados* es un dato muy importante, pues ilustra (de un modo invertido) el profundo deseo de integración social que experimentan los pobladores.

¹⁴ El número de respondientes que se pronuncian por una salida de derecha es apreciable; sin embargo, los que prefieren un nuevo gobierno militar no alcanzan al 7 por ciento. La inclinación por salidas de izquierda, de otra parte, es sorprendentemente escasa, si se la compara con el aprecio que se manifiesta hacia el gobierno de Allende. En la evaluación de estos resultados no se puede pasar por alto, sin embargo, que una quinta parte de los encuestados prefirió no responder.

¹⁵ Los referentes son: la *Coordinadora Metropolitana de Pobladores*, fundada en 1978; la *Coordinadora de Agrupaciones Poblacionales (COAPO)*, organizada en 1980; y los movimientos de pobladores *Solidaridad y Dignidad*, fundados en 1983.

ideológica y el diagnóstico que de allí se deriva acerca de la realidad del sector (Espinoza, 1985). Cada uno de estos grupos, en suma, es el *referente* de un partido o coalición de partidos en el medio poblacional.

La aspiración de los *referentes* fue monopolizar la representación de los pobladores, lo que fue contestado por las demás organizaciones sociales —en especial el movimiento sindical. A fines de 1983, sin embargo, lograron finalmente hacerse un espacio en la institucionalidad político-social de oposición, lo que culminó con su participación en la *Asamblea de la Civilidad* en 1986.

Peró fue el traslado de la *protesta* a la periferia de Santiago lo que visualizó finalmente el tema del *movimiento social de pobladores*. La militancia política (el *activo político*, como se le bautizó eufemísticamente), de una parte, desplegó un intenso trabajo orientado a construir la unidad política e ideológica de los pobladores a través de sus *coordinadoras* y *referentes*. Desde el lado de la Iglesia, a su vez, se intentó poner de relieve la unidad moral del mundo de los pobres. Al mismo tiempo, un apreciable esfuerzo intelectual se puso en marcha con el fin de mostrar la identidad y homogeneidad sociológicas de los pobladores.

El llamado *movimiento de pobladores*, sin embargo, se confunde por completo con la militancia política que identificáramos más arriba. Esta actúa mucho más como “referente” de las distintas tendencias ideológicas nacionales que como intérprete de posiciones sociales homogéneas, a la vez que se distancian tajantemente del tipo de representaciones que predominan en el medio poblacional. Las lógicas de acción que conviven en el *movimiento de pobladores* no logran pues constituirlo como un movimiento social. Esta es, en efecto, la conclusión mayor del estudio que realizamos a partir de las orientaciones de los *militantes poblacionales*¹⁶.

a) LAS ORIENTACIONES

Entenderemos por *orientaciones* las lógicas de acción (en especial con respecto a los sistemas políticos y económicos) de los militantes poblacionales, y las representaciones sociales (en particular respecto a la identidad de los pobladores) en que se apoyan esas lógicas. En el estudio logramos diferenciar cuatro orientaciones, que hemos denominado *revindicativa*, *populista*, *comunitaria* y *revolucionaria*.

1) La orientación revindicativa

Esta orientación se caracteriza por definir a los pobladores en términos clasistas, equiparando su situación con la de los trabajadores. Lo que reclama es un campo regulado de negociación con el sistema a través de alguna agencia del Estado.

¹⁶ La investigación se llamó *Formas de acción social en las poblaciones de Santiago*, y se realizó entre 1985 y 1986 según un convenio SUR/CADIS con la participación de F. Dubet, E. Valenzuela, V. Espinoza, P. Saball, F. Lcheverría y el autor. El método aplicado fue el de la *intervención sociológica* elaborado por Touraine (1978). Se formaron cuatro grupos de “militantes poblacionales” que reunían personas comprometidas en diversos tipos de práctica y con diversas opciones ideológicas. El trabajo de los grupos consistió en la participación en situaciones de debate con ciertos interlocutores representativos de sectores sociales con los que los militantes poblacionales interactúan cotidianamente y que son visualizados como aliados o adversarios. Al final de la experiencia, se propuso a los participantes una interpretación general acerca del *movimiento*. Lo que se expone a continuación recoge precisamente esa interpretación, corregida por las observaciones de los grupos. Los resultados generales de la investigación han sido parcialmente publicados en los *Documentos de Trabajo de SUR*, Nos. 44 al 48, y en F. Lcheverría et al., “Intervención sociológica con pobladores”, *Proposiciones*, No. 12, 1986.

La acción del militante "reivindicativo" reposa sobre el modelo sindical. En primer lugar, ella parte por buscar la comunidad de intereses de los pobladores, como la ausencia de viviendas, el endeudamiento hipotecario, la falta de equipamiento, la mala atención de los consultorios de salud, etc. En segundo lugar apunta al fortalecimiento de la organización para incrementar su eficacia como instrumento de presión: búsqueda de afiliaciones, educación a los dirigentes, obtención de respaldos políticos, etc. Por último, la acción "reivindicativa" apunta a obtener el reconocimiento por parte del Estado, y a partir de allí, un sistema de negociación lo más formalizado posible, y cuyo ejercicio y efectividad reproduzca la legitimidad del militante o dirigente ante su propia base.

Como es obvio, el militante "reivindicativo" se reconoce en las representaciones, tradiciones y organizaciones sindicales. El *Comando Nacional de Trabajadores*, así como la *Coordinadora Nacional Sindical* y la *Confederación Democrática de Trabajadores*, ejercen un liderazgo aun superior al que ejercen los partidos. Por razones estrictamente clasistas, el liderazgo sindical (por ejemplo, M. Bustos o R. Seguel) aparece más próximo a los pobladores que los partidos, y, por ello, son más confiables que estos últimos como mediación ante el sistema institucional. El militante "reivindicativo", por tanto, reclama del sindicalismo una función política; frente a los partidos, por otra parte, reproduce la clásica actitud sindical: búsqueda de apoyo con preservación de la autonomía.

2) La orientación populista

Esta orientación caracteriza a los pobladores como ciudadanos con demandas que el Estado debe satisfacer.

El militante "populista" actúa directamente hacia el Estado con el propósito de obtener de él respuestas a sus demandas. Este modelo parte de la base de que los grupos marginales viven una situación de atomización y desorganización que los hace incapaces de acceder por sí mismos a una participación en el sistema. Se requiere entonces de una *agencia externa* que los *incorpore*; agencia que no puede ser otra que el Estado, quien debe formar una instancia especial con este cometido. Tras la lógica "populista", lo que está presente es el *modelo de la Promoción Popular* y las teorías de DESAL¹⁷.

La lógica "populista" actúa en dos sentidos. En primer lugar, para revertir los procesos desintegrativos en el mundo poblacional, lo que supone desarrollar todo tipo de organizaciones llamadas *comunitarias*: Juntas de Vecinos, Centros de Madres, Clubes Deportivos, Centros Juveniles, etc. En segundo término, su acción se dirige a conseguir un acceso expedito hacia las reparticiones públicas, lo que se obtiene primordialmente a través del partido en el gobierno. El militante "populista" será por tanto un militante político; y dependerá estrechamente del andamiaje partidario para la canalización de las demandas que emergen de las organizaciones *comunitarias*.

3) La orientación comunitaria

La lógica "comunitaria" se caracteriza por definir a los pobladores como perseguidos, como el *pueblo paria* elegido para cambiar el mundo.

¹⁷ Para DESAL, marginal es "aquella parte de la población que no sólo está en el último nivel de la escala social sino que, lo que es peor, está fuera de la escala; que no pertenece - en el sentido propio de la palabra - a la sociedad global, ni siquiera como clase baja". Su "desintegración interna" y su falta de organización y solidaridad, hacen de la marginalidad una situación que "no puede superarse a través de la auto-organización de los grupos marginales"; por lo tanto, "debe intervenir una fuerza externa, una *agencia externa*" que los "integre internamente", los organice y los "incorpore" finalmente a la sociedad (Vekemans y Venegas, 1966).

Los militantes "comunitarios" provienen especialmente de la baja clase media católica bloqueada en sus aspiraciones de movilidad. Fueron los primeros en reactivarse después del Golpe, y en ellos descansa la red de organizaciones de subsistencia y de defensa de los derechos humanos en las poblaciones. Se trata de una orientación eminentemente afectiva, que rechaza todo instrumentalismo para preservar el sentido moral de la acción social popular. El "comunitarismo" es anti-institucional: en su discurso, que demoniza al Estado y mistifica al pueblo; en su práctica toma distancia de los partidos, a los que acusa de elitismo, pragmatismo y divisionismo; al mismo tiempo, desconfía del movimiento sindical, que se identifica cada vez más con la defensa corporativa y la política, abandonando los principios solidarios y mutualistas; en fin, se aleja progresivamente de la propia Iglesia, acusada de no estar genuinamente junto a los pobres y de reproducir rasgos autoritarios.

La lógica "comunitaria" puede interpretarse como una reacción ante los procesos desintegrativos (miseria, delincuencia, ruptura familiar, prostitución, ensimismamiento) que trajeron consigo los fracasos de los proyectos modernizadores, tanto el de corte democrático-estatista como el de corte autoritario-mercantil. Es la defensa del pueblo —eterno mártir—, avasallado por el poder político, económico o militar; la defensa del torturado, inermemente frente al torturador. Ni el torturado ni el pueblo han muerto: viven en la solidaridad y esperanza que se observan en la vida cotidiana de los pobres, en sus organizaciones de defensa y subsistencia erigidas al margen de toda ayuda estatal, en el testimonio profético de algunos militantes, en el sacrificio de Sebastián Acevedo. El "comunitarismo" es a la vez profético y anti-populista, pues su confianza escatológica en los pobres va de la mano de la desconfianza radical en el Estado, que para el pueblo es una fuente de pervisión.

4) *La orientación revolucionaria*

Esta corriente identifica a los pobladores como una parte de la clase obrera privada crónicamente de trabajo, lo que radicaliza su oposición al sistema capitalista.

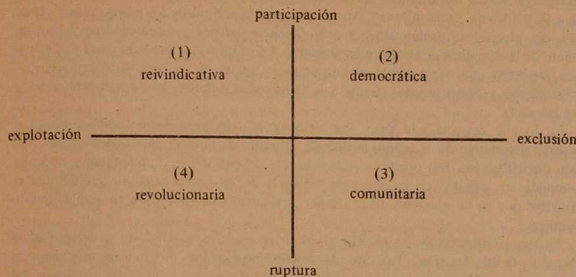
La lógica "revolucionaria" responde a la letra al modelo de la revuelta que evocáramos más arriba. Los pobladores son el sector más golpeado en los últimos años. A diferencia de todos los demás grupos, ellos no tienen nada que perder, pues carecen incluso de un empleo. Han acumulado una carga de legítima frustración, agresión y violencia. Esta ha de ser empleada no sólo ni principalmente para derrocar al actual gobierno, sino para el objetivo final: terminar con el capitalismo para fundar una nueva sociedad de corte socialista.

La acción "revolucionaria" no se ocupa de las dimensiones reivindicativas, políticas o comunitarias; ella se concentra casi exclusivamente en el empeño vanguardista de llevar todos los conflictos a una situación de ruptura que justifique la violencia política. En este sentido, el militante "revolucionario" rechaza radicalmente a los partidos tradicionales y al movimiento sindical, en quienes ve acomodación, voluntad de conciliación y temor.

La militancia "revolucionaria" de las poblaciones de Santiago está formada esencialmente por jóvenes con alta escolaridad. A diferencia de los años sesenta, ésta no es una militancia grupuscular, ideológica, anti-autoritaria, anarquista y romántica; al contrario, se trata de una juventud disciplinada, provista de un discurso doctrinario consistente que expone con claridad, y que a diferencia de aquélla, se reconoce en la trayectoria comunista, tanto chilena como internacional.

c) LA DESARTICULACION

De la exposición anterior se deriva que la acción del *movimiento de pobladores* puede ser contenida en el siguiente diagrama:



En el eje vertical se expresa la definición o *igualdad* del actor poblacional: 1) trabajador; 2) marginal; 3) pueblo pobre; y 4) masa marginal. El eje horizontal grafica a su vez el tipo de relación que se establece con el sistema: 1) negociación tipo "sindical"; 2) participación en el Estado; 3) espacio para reconstruir el sujeto popular; y 4) quiebre con el capitalismo.

La pluralidad de orientaciones y su incompatibilidad, las resistencias y límites internos que afronta cada una de ellas, y el escaso eco que encuentran en la población que se persigue movilizar, revelan la desarticulación del *movimiento de pobladores*.

En efecto, cada una de esas lógicas de acción constituye en sí misma una visión global (a la vez intelectual, ideológica y política) acerca de la identidad de los pobladores, de su inserción en el sistema, de su situación, etc. No se trata, sin embargo, de posiciones asimilables a determinadas adscripciones partidarias: la pluralidad de orientaciones expresa más bien la ausencia de integración del *movimiento* a nombre del cual hablan y actúan estos militantes; la fragmentación extrema de las demandas, al punto de que es imposible definir una estrategia. El de los pobladores, en definitiva, no es un movimiento social, si por él se entiende una acción de clase que enfrenta una dominación social con el fin de ampliar el control sobre los mecanismos claves de organización y producción de la sociedad.

De otra parte, hay que tomar en cuenta que cada una de esas orientaciones se enfrenta con obstáculos que no logra superar. Las lógicas "reivindicativas" y "populistas" se encuentran con la crisis de la *integración populista*. Esta se refleja en un Estado que no negocia con los pobladores, bloqueando así su constitución como grupo de presión; que no acepta la intermediación de los dirigentes ni les abre espacios para su legitimación; que prohíbe la acción de los partidos, lo que les inhabilita como vehicularizadores de las demandas sociales; en fin, que ha abandonado su rol de movilizador o "promotor" social, para abocarse a una simple labor de asistencia.

En lo que respecta a la orientación "comunitaria", ella se ha visto desgarrada como efecto de las coyunturas de mayor movilización y politización que se iniciaron con las

protestas. En estas nuevas circunstancias se acelera la reconstrucción del sistema político, que lleva a muchos militantes a preferir la lucha política al testimonio moral. La irradiación del espíritu democrático-liberal, el surgimiento de élites políticas favorables al pacto y negociación, y la participación de la Iglesia en el *Acuerdo Nacional* —que a sus ojos constituye el paradigma mismo de la “politiquería”—, son motivos de hondo desaliento para la militancia “comunitaria”. A esto se agrega la actitud de los grupos más jóvenes, que van plegándose paulatinamente a la violencia política y demarcándose definitivamente de la esperanza escatológica en el pueblo. Por último hay que considerar el sistemático retroceso que experimenta el cristianismo social de los grupos “comunitarios” (cristológico y liberacionista), frente a la religiosidad popular, eminentemente ritual y espiritualista.

En lo que respecta a la lógica “revolucionaria”, ella ha padecido como ninguna el embate sistemático de la represión policial, al punto de que sus principales núcleos han sido desarticulados. Sus operaciones más espectaculares se han desbaratado, y no se ha cumplido su vaticinio en cuanto a la violencia de las poblaciones, lo que debilita el atractivo que en un momento llegó a tener esta orientación en los jóvenes pobladores de Santiago.

En fin, la ausencia de un efectivo movimiento social de pobladores se deriva básicamente de la asincronía que hay entre las orientaciones de los militantes que acabamos de analizar, y las representaciones, actitudes y opiniones de los pobladores ordinarios, tal cual fueron reveladas por la Encuesta SUR.

5. MOVIMIENTO DE POBLADORES Y DEMOCRACIA. CONCLUSION.

Según se ha visto, la masa de los pobladores preserva una identidad obrera, pese a los procesos de des-oberización y cesantía. El ascenso social aparece asociado con la condición asalariada en la industria y con la educación. La participación de los pobladores en organizaciones sociales o comunitarias es muy escasa, manifiestan una débil disposición hacia el conflicto regulado y rechazan las formas no institucionales de presión. Sus demandas apuntan básicamente al campo de la seguridad física y económica, lo que expresa el predominio de una conciencia defensista. Es manifiesto su anhelo de integración social, que se realizaría mediante la participación clientelística en un Estado “nacional-popular”. La actitud hacia los partidos y hacia el régimen político es indiferente: la democracia equivale a la autoridad fuerte y justa de un Estado que acoge sus demandas. Esta misma representación es la que proyectan hacia el pasado y futuro político: respecto a esto último, ella se traduce en una orientación centrada.

El perfil de la masa poblacional no tiene relación alguna con la imagen de un grupo en vías de radicalización ideológica y en situación de entrar a un conflicto violento con el Estado. La representación según la cual el agotamiento o cancelación de los canales institucionales conduce inevitablemente a la polarización, resulta otra vez desmentida. La información disponible muestra además que los pobladores (incluida la juventud), antes que romper con el mundo obrero, lo que han hecho es reducir su distancia social respecto a la clase media, contradiciendo de lleno los vaticinios de las tesis “revolucionarias”.

La imagen de un *pueblo pobre*, hostil a la sociedad, levantada por la militancia “comunitaria”, carece también de respaldo. Los pobladores no equivalen en absoluto a una masa anómica, desintegrada de la sociedad, nucleada comunitariamente en torno a la fe y las iglesias, con pautas de acción puramente expresivas y afectivas, sugestionables por liderazgos proféticos de cualquier signo ideológico. Lo que se observa, al contrario, es

una lógica instrumental agudizada por los requerimientos de la sobrevivencia. La representación de un mundo solidario cuya propia miseria le hace proyectarse más allá del presente y comprometerse en una política de cambios radicales es, fuera de duda, una interpretación abusiva de lo que sucede en el medio poblacional. Dicho de otro modo, lo que se observa en los pobladores es una identidad *populista* (por el tipo de relación que se plantea respecto del Estado), mas no *popular* al estilo "comunitario". La valoración de la educación es una buena demostración de que no se abandona fácilmente un proceso de secularización, para recaer en una integración "orgánica" de tipo religioso.

Los pobladores muestran una fuerte adhesión cultural al sistema, y una incorporación ya irreversible al orden urbano, al que pertenecen por más de una generación. Por ende, reclaman *participación*, no ruptura; más apoyo del Estado, no más autonomía; acceso a la industria, no talleres de auto-subsistencia; un espacio en la cultura moderna, no la reducción en el folclor. Las lógicas "revolucionarias" y "comunitarias", que han dominado hasta aquí al *movimiento de pobladores*, están pues en total asincronía con las representaciones predominantes entre los pobladores ordinarios; y esto ha limitado seriamente al *movimiento de pobladores*.

La identificación obrera, la disposición hacia formas reguladas de conflicto social y su distancia respecto a los partidos, parecen factores que podrían favorecer el desarrollo de una lógica "reivindicativa". Sin embargo, ésta choca con la escasa organicidad y la extrema segmentación que muestran los pobladores. Como se vio, las demandas "corporativas" de los pobladores (pavimento, alumbrado, etc.) están subordinadas a la búsqueda de seguridad que difícilmente puede sostener una movilización colectiva de corte progresista. Y en segundo lugar, se aprecia una aguda segmentación de la *demanda poblacional*, lo que dificulta su representación (al estilo sindical) en campos de negociación institucionalizados. Esto es lo que impide a los pobladores constituirse en grupo de presión capaz de establecer pactos y de ser representados en instancias institucionalizadas de participación. Ultimamente, en la clase política chilena se ha abierto espacio la idea de la *concertación social*; pero más allá de la buena voluntad de las partes, esa fórmula puede terminar por transformarse en una amenaza para los pobladores (y éstos también, por cierto, para aquélla), si se consolida un sistema formalizado de resolución de conflictos del cual necesariamente quedarán excluidos los grupos marginales, que son por definición "no concertables".

Entre los pobladores, en cambio, la lógica "populista" (la *promoción popular*) parece mantener todo su atractivo. Pero la operación de este tipo depende enteramente de la actitud del Estado: mientras no cambie su orientación, la militancia "populista" chilena predicará en el desierto. Contra el Estado, en efecto, no hay modo de levantar un *movimiento de pobladores*.

La constitución de los pobladores en un actor social va a depender pues de la capacidad del Estado para satisfacer dinámicamente las demandas de incorporación, participación y movilidad social de los grupos marginales; vale decir, de la capacidad de la sociedad para detener los procesos de dualización y desintegración actualmente en curso. Queda como interrogante si en el país existen las condiciones económicas, políticas e institucionales como para alcanzar un orden democrático de este tipo. En este sentido, la *agitación de las poblaciones* ha tenido la impagable virtud de poner en el tapete este problema, el que podríamos denominar las *condiciones sociológicas* de la democracia en Chile. Y es por ello, quizás, que la sociedad ha preferido tomar a los pobladores como un fantasma amenazante, y no como una posibilidad de reconciliación consigo misma.

Cuadro No. 1: ¿A cuál clase o grupo social cree pertenecer?

Clase obrera	35.1
Clase media	19.4
Pueblo	14.3
Clase baja	10.2
Ninguna	4.7
No responde	16.4

Cuadro No. 2: ¿Cuáles de estas cosas cree Ud. que son más importantes para salir adelante en la vida?*

	Total menores de 30 años	
La educación	65	64
La fe en Dios	43	39
El trabajo y el esfuerzo personal	39	30
La unidad de la familia	18	17
La solidaridad entre la gente	6	4
Otros (Gobierno, suerte)	16	21

* Se solicitó marcar dos preferencias, por lo que el total suma más de cien.

Cuadro No. 3: ¿Participa Ud. y/o su cónyuge en alguna organización actualmente?*

	Jefe de Hogar	Cónyuge
NO	69	76
SI:		
en Sindicato	4	0.5
en C. de Madres	5	5.5
en J. de Vecinos	5	5
en C. Deportivo	14	1
en I. Católica	4.3	6.6
en I. Evangélica	5.2	7.1
en otras	1	1.5

* El total suma más de cien, porque hay casos en que el respondiente participa en más de una organización.

* Los Cuadros dan cuenta de algunos resultados de la Encuesta SI R a pobladores de Santiago, realizada en 1985. Para mayor información, véase *Proposiciones*, 14, los artículos de A. Rodríguez, V. Espinoza y E. Valenzuela.

Cuadro No. 4: ¿Cómo evaluaría Ud. las siguientes acciones que han ocurrido en los últimos años?

	Apagones de luz	Protestas	Tomas de terreno	Huelgas
Muy en desacuerdo	60	21	8	4
En desacuerdo	35	42	35	21
Indiferente	5	19	22	36
De acuerdo	3	14	29	29
Muy de acuerdo	1	2	5	3
No responde	2	2	2	7

Cuadro No. 5: ¿Cuáles obras de adelanto considera Ud. que son urgentes en su barrio o población?*

Mayor vigilancia policial	62
Instalar Centros de Salud	42
Pavimentación de calles y veredas	41
Mejorar el alumbrado público	16
Cerrar bares, cantinas, prostíbulos	14
Instalar escuelas y liceos	9
Más canchas e instalaciones deportivas	6
Aumentar la locomoción	4
No responde	4

* Se solicitó marcar dos preferencias, por lo que el total suma más de cien.

Cuadro No. 6: Si un gobierno cualquiera propusiera realizar algunas de estas medidas para aliviar la situación económica de la gente, ¿con cuáles de ellas se quedaría Ud. ?*

- Controlar o fijar el precio del pan y de otros alimentos básicos	41
- Duplicar el salario actual del PEM-POJH	37
- Brindar educación técnica y universitaria gratuita para los alumnos de escasos recursos	36
- Brindar atención médica gratuita en los hospitales	32
- Otorgar becas de estudio y alimentación a los escolares básicos y medios	26
- Iniciar un plan de construcción de viviendas económicas	24
- No responde	3

* Se solicitó marcar dos preferencias, por lo que el total suma más de cien.

Cuadro No. 7: Cree Ud. que con democracia estaríamos:

	Total	Menores de 30 años
Peor que ahora	3.1	2.5
Más o menos igual	13.3	11.7
Mejor que ahora	30.6	29.2
No sabe; no responde	53.1	56.7

Cuadro No. 8: Si Ud. tuviera que elegir entre estas alternativas, ¿cuáles preferiría?

Una autoridad fuerte y justa	40.8
Amplia libertad política	22.3
Indiferente	36.9

Cuadro No. 9: ¿Cómo evaluaría Ud. la acción que realizan actualmente las siguientes organizaciones y personajes? (Nota de 1 a 7; promedio simple)*

Profesores	6.2	Muy positiva
Cura/Pastor	5.9	_____
Est. Universitarios	5.8	
Vecinos	5.3	Positiva
Médicos	5.0	
Sindicatos	5.1	
Comerciantes	4.8	
CEMA	4.7	
Choferes locomoción	4.6	
Alcalde	4.6	Regular
Juntas de Vecinos	4.4	
Carabineros	4.3	
Empresarios	4.0	
Partidos	3.4	Negativa
"Volados"	1.6	Muy negativa

* Escala de notas: 1 evaluación muy negativa; 7 evaluación muy positiva

Cuadro No. 10: Si Ud. tuviera que definir el gobierno de la Unidad Popular en dos palabras, ¿cuáles elegiría de las siguientes?*

Positiva	46
Mixta	22
Negativa	20
No responde	12

* Se presentaron ocho opciones, cuatro de connotación positiva y cuatro negativa. (A su vez, las opciones se referían, la mitad a una evaluación político-ideológica, y la otra mitad a una evaluación económica). Cuando coinciden dos opciones del mismo signo, la evaluación es *positiva o negativa*; cuando se presenta una combinación, la evaluación es *mixta*.

Cuadro No. 11: De acuerdo a la Constitución vigente, en 1989 se podrá reemplazar el actual gobierno por otro. A su juicio ¿cuál sería la mejor combinación política para un próximo gobierno?

Democracia Cristiana sola como el gobierno de Frei	38.7
Derecha sola como el gobierno de Alessandri	14.4
Nuevo gobierno militar	6.7
Socialistas-Comunistas como el gobierno de Allende	5.9
Derecha y Democracia Cristiana	5.6
Socialistas y Democracia Cristiana	3.7
Otros	3.0
UP (Socialistas-Comunistas) y Demócrata-Cristianos	1.9
No responde	20.1

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Cardoso, F. H. (1968). *Cuestiones de sociología del desarrollo en América Latina*. Santiago: Universitaria.
- Davies, J. C. (1962). "Towards a theory of revolution". *American Sociological Review*. Vol. 77.
- DESAL (1970). *La marginalidad urbana: origen, proceso y modo*. Buenos Aires: Troquel.
- Duff, E. & J. Mac Cammant (1976). *Violence and repression in Latin America*.
- Espinoza, V. (1985). "Los pobladores en la política". Santiago: SUR, Documento de Trabajo No. 27.
- Fanon, F. (1974). *The wretched of the earth*. Harmondworth: Penguin.
- Germani, G. (1969). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Goldrich, D.; R.B. Pratt & C.R. Schuller (1967). "The political integration of lower-class urban settlements in Chile and Peru". *Studies in comparative international development*. St. Louis: Washington University.
- Gurr, T.H. (1970). *Why men rebel*. Princeton: Princeton University Press.
- Nun, J. (1969). "Sobrepoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal". *Revista Latinoamericana de Sociología*.
- Martínez, J. (1986). "Miedo al Estado, miedo a la sociedad". *Proposiciones*, 12. Santiago: SUR.
- Martínez, J. & E. Tironi (1985). *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación, 1970-1980*. Santiago: SUR.
- Martínez, J. & A. León (1987). *Clases y clasificaciones*. Santiago: CED/SUR.
- Martínez, J. & E. Valenzuela (1986a). "Juventud marginal y anomia". *Revista de la CEPAL*, 29 (Santiago).
- Martínez, J. & E. Valenzuela (1986b). "Juventud chilena y exclusión social". *Revista de la CEPAL*, 29 (Santiago).
- Portes, A. (1976). "Occupation and lower-class political orientations in Chile". En A. Valenzuela & J.S. Valenzuela. *Chile. Politics and society*. N.J.: Transactions Books.
- Rodríguez, A. & E. Tironi (1986). "Encuestas a pobladores de Santiago: principales resultados". *Hechos Urbanos*, 59. Santiago: SUR.
- Skocpol, Th. (1979). *States and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia and China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tironi, E. (1985a). *La torre de Babel*. Santiago: SUR.
- Tironi, E. (1985b). "El fantasma de los pobladores". *Mensaje*, 345 (Santiago).
- Tironi, E. (1986a). "Por que se mantiene el régimen militar". *Mensaje* (Santiago).
- Tironi, E. (1986b). *El liberalismo real*. Santiago: SUR.
- Tironi, E. (1987). "Concertación y violencia. Nota Técnica". *Proposiciones*, 14. Santiago: SUR.
- Touraine, A. (1978). *La voix et le regard*. Paris: Seuil.
- Valenzuela, E. (1985). *La rebelión de los jóvenes*. Santiago: SUR.
- Valenzuela, E. (1987). "Representaciones e identidades en el mundo popular". *Proposiciones*, 14. Santiago: SUR.
- Vekemans, R. & R. Venegas (1966). *Seminario de Promoción Popular*. Santiago: DESAL.

ORGANIZACIONES DE POBLADORES BAJO EL REGIMEN MILITAR

GUILLERMO CAMPERO

(ILET, Chile)

PRESENTACION

Para la elaboración de esta ponencia se ha utilizado una parte importante de los resultados obtenidos por un estudio sobre las organizaciones poblacionales y la relación con su medio, iniciada el segundo semestre de 1985 y terminada a fines del año 1986.

El estudio abarcó un conjunto de 30 grupos de base y 6 del tipo "coordinación intermedia", situados en 25 poblaciones de cuatro zonas de Santiago. Incluyó también a dirigentes de las organizaciones superiores de nivel metropolitano denominadas "referentes". (Ver Anexo).

La investigación global, que será publicada hacia agosto de 1987, se guió por una metodología de entrevistas en profundidad del tipo semi-estructurado, que se aplicaron tanto en forma individual (a miembros de base y a dirigentes) como en forma colectiva, (a todo un grupo). En este último caso la entrevista tomó la forma de un debate basado en una pauta. El procedimiento seguido fue abrir el período de entrevistas con una sesión colectiva, continuar con las de tipo individual y, finalmente, cerrar el ciclo con otra sesión colectiva. En ésta se abordaban los temas surgidos en las etapas previas, y se confrontaba la visión obtenida por los investigadores con la de los miembros del grupo. En el caso de los "referentes" metropolitanos, sólo se aplicó entrevistas individuales.

La pauta de entrevista consideró como unidad de análisis principal las acciones concretas de los grupos y sus miembros, y la orientación o sentido otorgado por ellos a tales acciones. Se consideró acciones realizadas al interior de los grupos, (derivadas del reclutamiento, la estructura de funcionamiento, la de autoridad, la de poder, la de competencia, etc.), acciones en relación con otros actores (otros grupos, la Iglesia Católica, los partidos, las instituciones de apoyo, los municipios, el gobierno, las personas no organizadas, los vecinos, la policía, entre los principales), o con motivo de ciertas situaciones (protestas, represión, operaciones cívico-militares, etc.). En otras palabras, se intentó reconstruir las conductas concretas de las personas y los grupos, y los fines explícitos e implícitos asociados a éstas en distintas situaciones también concretas. Para estos efectos, además de la reconstrucción descriptiva de la acción, la entrevista se concentró en los aspectos relativos al discurso o representación psicológica y/o ideológica de los miembros y los grupos sobre sus propias prácticas internas y relacionales. Por último, se examinó los aspectos formales y organizativos que las caracterizaban.

Complementariamente se realizaron entrevistas a responsables de 8 instituciones de apoyo y a funcionarios de los municipios en las mismas zonas del estudio.

Finalmente, se revisaron aproximadamente 150 trabajos publicados en los últimos años sobre el tema de pobladores y poblaciones en Chile, 28 boletines editados por grupos de base y 50 documentos de análisis o de posición elaborados por grupos de base o intermedios. Estos dos últimos tipos de materiales corresponden a los años 1979 en adelante.

El texto aquí presentado recoge algunas de nuestras conclusiones sobre el contexto social en que existen las organizaciones y sobre las características y orientaciones de algunas de

ellas. Por último, expone brevemente algunas reflexiones sobre el análisis de las conductas sociales en el medio poblacional.

Dado el carácter de una ponencia breve y previa a la publicación del estudio, se ha preferido el estilo de ensayo analítico sin exposición elaborada, por ahora, de las observaciones empíricas.

1. EL MUNDO POBLACIONAL

Quisiéramos introducir este breve trabajo con una referencia al medio en que las organizaciones poblacionales operan y se desarrollan. Nos parece necesario, debido a que en muchos de nuestros estudios sobre ellas, o sobre lo que se denomina el "movimiento poblacional", no incluimos un examen suficiente del campo social inmediato en que buscan enraizarse, ni tampoco del tipo de "público" a quien dirigen su oferta social, cultural, económica o política.

i) Si bien hay un consenso respecto a que la situación de los pobladores y lo que se conoce como poblaciones es una realidad material y socialmente muy heterogénea, existe a veces entre nosotros una cierta tendencia a "pensar" el mundo poblacional privilegiando nociones que imperceptiblemente diluyen esa constatación. Tal es el caso de la noción general de "mundo de los excluidos" o la más específica de "comunidad poblacional".

Naturalmente estamos de acuerdo en que, sobre todo en este tiempo, la exclusión en sus varias dimensiones es una característica englobante de los habitantes de la mayoría de las poblaciones. También es cierto que hay elementos derivados del hábitat espacial, de ciertas prácticas culturales, y otros relativos al origen y formación histórica de estos asentamientos, que permiten proponer la existencia en ellos de formas comunitarias de relación social.

Sin embargo, aun cuando nociones como las mencionadas sean sin duda útiles para describir en un nivel global la situación social de pobladores y poblaciones, resulta riesgoso quedarse con una identificación de esa situación que puede ser, probablemente, unidimensional. Cuando se estudia la biografía concreta de las organizaciones, sus éxitos y fracasos para implantarse en el medio poblacional, y sobre todo cuando se examina sus intentos para constituirse como movimiento social, se concluye que hay que retomar la preocupación por las diversidades y contrastar la tendencia a pensar monotéticamente el mundo poblacional.

ii) Las observaciones que extraemos de un estudio, que hemos terminado recientemente, nos confirma que las condiciones de exclusión económica y sociopolítica que han afectado agudamente a los pobladores, como es obvio, no se distribuyen uniformemente. Pero lo que resulta más sugerente es que no parecen haber fundado entre ellos de manera extendida y homogénea —como se ha sostenido en ocasiones—, una autoconciencia colectiva, donde el principio ordenador sea predominantemente la percepción de "expulsados" de la sociedad.

Diríamos más bien que el clima dominante entre los adultos es de retroceso y deterioro, en comparación con situaciones sociales previas. Entre los más jóvenes, en cambio, sobre todo cuando tienen cierta escolaridad y nulas posibilidades de empleo, la sensación de "corte" con la sociedad global es sin duda más fuerte. Tal vez por estas mismas razones los adultos desocupados y sin participación social se identifican menos —a diferencia de los jóvenes— con el recurso a la violencia como conducta colectiva, y más con las llamadas "estrategias de sobrevivencia", sean éstas el trabajo informal o los grupos de autoayuda, así como con las formas de participación comunitaria de las Iglesias. Es decir,

comportamientos de *época de crisis* más que de *apartheid*. Lo que no quiere decir que este último tipo de comportamiento no aparezca también, como veremos más adelante.

Aun entre los jóvenes, si se observa a otros segmentos distintos de los corrientemente más estudiados (comunidades cristianas de base, grupos de derechos humanos, ciertos centros culturales, etc.), que agrupan normalmente al "activo militante", es posible encontrar, a veces superpuestas a la conducta de violencia o de ruptura y a veces autónomas de ellas, persistentes conductas de búsqueda de integración individual al funcionamiento económico y social¹.

Sugerimos, por tanto, que el clima social en el mundo poblacional se define por la percepción colectiva de vivir una crisis económica y de participación, que se manifiesta —como dijimos— en la constatación de un retroceso, de una degradación, en cuanto puede compararse lo actual con una mejor historia previa. Este clima deriva muy extendidamente en un sentimiento de oposición al régimen militar, que aparece como el responsable de la crisis, pero no necesariamente con la misma extensión en un sentimiento de "corte" o ruptura con la sociedad, es decir, con una conciencia de expulsión. Esta última se localiza —como se mencionó— sobre todo en los jóvenes escolarizados y sin trabajo. Existe, en consecuencia, asociada a la conciencia de crisis, una fuerte permanencia de la voluntad de integración social. Esta se expresa especialmente en conductas individuales para sortear dicha crisis, pero también —menos— en conductas colectivas.

Sin embargo, en la medida en que se es víctima de la violencia policial y militar, sistemática y selectiva, aquellos sectores poblacionales más recurrentemente afectados por ella derivan a percepciones de cercamiento y de ruptura.

De modo que la dimensión *crisis*, que puede volverse oposición política pero no directamente ruptura social —y que nos parece la más permanente— se cruza ciertamente con una dimensión *apartheid*, que emerge en los períodos más agudos en que las poblaciones son objeto selectivo de violencia. Así, el binomio conciencia de crisis - voluntad de integración está siempre tensionado por estímulos hacia la ruptura, la que puede manifestarse en la violencia colectiva o individual, distintos tipos de anomia o el repliegue defensivo o incluso místico.

iii) La crisis ha colaborado sin duda a la extensión de lazos comunitarios individuales y colectivos entre los habitantes de poblaciones, sobre todo en los más deprimidos económicamente. Los pobladores han compartido siempre tradiciones de este tipo, ligadas muchas veces al origen común que deviene de una "toma", de una cooperativa, o de una lucha frente al Estado. Sin duda estos factores, más la localización espacial y la historia de organización y vecindad, generan una cierta identidad con la población. Una identidad social, a veces también política.

Con todo, sugerimos que es arriesgado concluir —como a veces se propone— que esa identidad sea una matriz cultural, social y política, de tal modo internalizada en las relaciones sociales de los pobladores, que subordine otras orientaciones de comportamiento. Nuestras observaciones de investigación nos indican que el mundo poblacional, aun teniendo perfiles comunitarios, es al mismo tiempo un mundo, en lo social, fuertemente estratificado.

La estratificación no es sólo un factor segmentador fuerte entre distintas poblaciones, lo que es más obvio, sino al interior de ellas. En ocasiones, la tendencia a la diferenciación

¹ No hay que olvidar el efecto que pueden tener las respuestas gubernamentales a algunas demandas sobre los comportamientos de los pobladores. Este tema ha sido muy poco estudiado, al parecer, porque se da por sentado que no hay ninguna respuesta, lo que no es tan evidente.

pareciera ser aun más nítida que en otros sectores urbanos. El poblador, de acuerdo a las evidencias recogidas por nosotros, está tensionado entre su arraigo a la población y su aspiración a salir de ella. Si bien puede sentir importante identificación con los aspectos comunitarios que allí existan, al mismo tiempo no desea ser identificado con las imágenes negativas que desde otros sectores sociales se tiene sobre las poblaciones. Por eso intenta diferenciarse, hacer sobresalir los atributos materiales o culturales que lo asemejan a una cierta clase media.

El tema moral de la "decencia" aparece reiterativamente en nuestro estudio. El drama de ser identificado con gente que no es "decente", porque habita una población, atraviesa incluso a los militantes más politizados.

La orientación hacia la movilidad social individual nos parece que es un hecho que persiste, aun cuando las expectativas sean muy limitadas. No estamos seguros, por tanto, a partir de nuestras observaciones, que se haya generado un "rechazo activo" a los valores de la clase media, como ha sido sugerido en otros debates entre nosotros, salvo tal vez en segmentos muy específicos. No parece tan claro que las poblaciones, o algún tipo particular de ellas, hayan evolucionado drásticamente a una suerte de microcosmos social auto-referido, compensatorio o alternativo, ante el bloqueo de la movilidad social, creando mayor adscripción que antes a una "cultura poblacional propia". También tenemos dudas de que —si existe— esa cultura propia se esté definiendo principalmente sólo por oposición a una cultura, llamémosla, común o global.

Sugerimos que más allá de las redes individuales que ligan a muchos pobladores con la clase media y al hecho de que muchas poblaciones sean habitación de clase media o mixtas, la propia acción de la Iglesia Católica, de las instituciones de formación, e incluso de los partidos, ha mantenido lazos de vinculación que permiten sortear un tipo de aislamiento como el que se desprendería de las visiones centradas sólo en la dimensión de segregación.

Nuestra aproximación al "mundo poblacional" no pretende en absoluto sugerir que la exclusión, en sus varias expresiones, no sea un hecho mayor que define hoy la vida social en poblaciones, particularmente las más empobrecidas y periféricas. Tampoco pretende ignorar la importancia de un surgimiento o resurgimiento de una acción social comunitaria que emerge ligada y como compensación a los efectos desarticuladores de la exclusión, y que adquiere formas desde religiosas hasta económicas. Lo que intentamos es mostrar los riesgos de un análisis unidimensional que, en ocasiones, nos oscurece el contraste necesario con lo diverso en un medio tan heterogéneo como el aquí examinado.

Este riesgo de la unidimensionalidad en el análisis existe tanto para el observador como para el dirigente y tiene, a nuestro juicio, algo que ver con el éxito o el fracaso de la acción que llevan adelante las organizaciones poblacionales.

Pero, en definitiva, lo que queremos destacar es que para comprender las experiencias de las organizaciones de pobladores no basta con examinarlas en sí mismas, sino que hay que situarlas en el contexto que intentan representar, e interrogarse sobre qué dimensiones de las que allí están en juego logran ser asumidas por tales organizaciones y cuáles permanecen no representadas. Esto puede dar una pista para entender mejor sus logros o sus dificultades.

2. SOBREVIVENCIA Y ACCION POLITICA: DOS LOGICAS GLOBALES DE LA ACCION ORGANIZADA

No haremos aquí una descripción detallada del complejo tejido de organizaciones que

existen hoy en el medio poblacional. Solamente nos referiremos a dos grandes campos principales en los que ella se ha desarrollado: el de la sobrevivencia y el de la lucha política contra el régimen militar. Naturalmente estos campos no son excluyentes y entre ellos hay una gama de situaciones mixtas².

Cuando hablamos de sobrevivencia no nos referimos sólo a una sobrevivencia económica, si bien esa dimensión es muy importante, sino también a una sobrevivencia moral y social en una situación marcada por el desempleo, a la vez que por el bloqueo de los mecanismos históricos de participación. Se trata, por tanto, de organizaciones que tienen un sentido al mismo tiempo instrumental y expresivo simbólico. Se trata también de organizaciones que no abordan directamente el tema de la representación.

i) A nuestro juicio, entre las organizaciones poblacionales, las orientadas a la sobrevivencia —conocidas también como Organizaciones Económicas Populares— han logrado ser las más numerosas y estables, debido precisamente a que sitúan sus propuestas en la conjunción de esas dos dimensiones distintivas de la situación de crisis: empobrecimiento y ausencia de participación social.

Las organizaciones de sobrevivencia tienen también a su favor que recogen directa o indirectamente la tradición promocional de la Iglesia Católica, la tradición organizativa en esa misma línea generada por la acción del Estado entre 1964 y 1973, y la disponibilidad de un cuadro de formadores, animadores y técnicos asociados, provenientes de la misma o parecida tradición que, marginados del Estado y las universidades, se organizan para apoyar al movimiento social. Hay pues, en este caso, el encuentro de un diseño organizacional —que responde a la crisis en aquellas manifestaciones percibidas por el poblador como más próximas a su vida cotidiana— con una cierta “inversión social” previa, que le aporta una expertizaje y una “sensibilidad instalada” para generar estructuras de apoyo.

Con todo, si bien es posible encontrar elementos reales en estas experiencias, incluso para lo que Razeto llama en su trabajo “hipótesis máxima”, conviene mencionar los límites que hoy parecen mostrar estas organizaciones en cuanto a su crecimiento y tipo de perdurabilidad.

Un límite puede estar dado por el universo de personas que acogen hasta ahora.

En efecto, muchas organizaciones de sobrevivencia, según nuestras observaciones, tienden a reclutar sus miembros entre los estratos con menos oportunidades laborales, por ejemplo las mujeres adultas con familia. Se trata normalmente de mujeres que se ven impelidas a generar algún ingreso o a buscar formas de abaratar costos de subsistencia. En consecuencia, pareciera ser que estas entidades están recogiendo *un segmento especial* resultante de la crisis, pero que no son aún, o no generalizadamente por lo menos, espacios organizadores de la gran masa poblacional desocupada o de los jóvenes pobladores que intentan trabajar. La tendencia entre los hombres adultos, e incluso entre muchos jóvenes, parece ser más bien insistir en las actividades informales de tipo individual. En este sentido podría caber la interrogante de si estas organizaciones tienen potencialidades de acoger otros segmentos, más allá de quienes se convierten en población activa sólo en los momentos más agudos de una crisis recesiva. En la respuesta a este punto podrían encontrarse indicaciones acerca de si estamos en presencia de una modalidad de respuesta social a la crisis económica de tipo más bien defensiva, y ligada sobre todo a sus efectos

² Las organizaciones “reivindicativas”, por sus límites, podrían situarse más próxima de la sobrevivencia. Las organizaciones de jóvenes, más cerca de la acción política, pero a menudo a través de un énfasis en la animación o la protesta cultural.

secundarios. O si, por el contrario, hay aquí un germen de iniciativa social y económica del tipo "economía de solidaridad" que postula Razeto.

Parte de este mismo límite se relaciona con el hecho de que el ingreso a estas organizaciones es una decisión, en muchos casos observados, que ocurre sólo después de un largo recorrido de intentos de sobrevivir individualmente. La opción por un grupo solidario tiene a menudo el carácter de una decisión de emergencia, de la que no está ausente la sensación de haber llegado al nivel más bajo de deterioro. El caso de las Ollas Comunes es uno donde esta situación puede ser a veces especialmente nítida.

La participación en estos grupos implica, para muchos, que se está dispuesto a reconocer explícitamente ante su medio que se ha caído "afuera" de las posibilidades de conseguir un "trabajo real", lo que es también reconocer la pérdida de una posición en la sociedad. En consecuencia, no parece claro que estas organizaciones estén siendo percibidas como espacios alternativos legitimados para organizar la vida económica. En cierto modo, la propia oferta de los dirigentes y los animadores parece estar demasiado ligada a un discurso defensivo frente a la crisis económica y la ausencia de participación. A veces, incluso, definido sólo por negación del sistema vigente, lo que choca con la voluntad de integración social a la que aludimos antes.

Lo anterior se liga con otros límites que pueden indicarse. Las organizaciones en muchos casos tiende a ser autocentradas, lo que implica que no tienen una lógica de movimiento en el sentido de hacerse visibles en las poblaciones como portadoras o participantes de un proyecto de transformación social. Más bien aparecen como lugares de participación comunitaria, de sociabilidad mutualista, que no establecen normalmente relaciones suficientemente activas con el medio poblacional. Su notable crecimiento es probablemente, hasta ahora, menos el resultado de una movilización y más la consecuencia de una acción desde las instituciones de apoyo, en particular de la Iglesia Católica. Así, si bien ellas recogen genuinamente las dimensiones de crisis económica y de ausencia de participación, pareciera que tienden a encerrar su respuesta en niveles microsociales. Estas micro unidades evolucionan, en muchos casos, hacia una selección por homogeneidad, en cierto modo ideológica (no en el sentido de partidos que no tienen gran importancia en ellas, sino en el sentido de una moral comunitarista), lo que les genera una imagen poco secular y produce cortes con quienes no adhieren a esa sensibilidad. Esa tendencia a homogeneizarse las vuelve a menudo auto-protectoras frente al medio.

Nuestra observación final sería entonces que estamos frente a un tipo de experiencia organizativa que tiene tal vez el anclaje más logrado en la base poblacional. Hay que hacer notar que este anclaje se obtiene en torno al binomio sobrevivencia-participación y sin una apelación al tema de la representación. Sugeriríamos, sin embargo, que esta experiencia se mantiene, por ahora, sobre todo en su dimensión económica, predominantemente en una racionalidad de soportar la crisis más que en una de proyecto de cambio; con una lógica microsocial, si bien los agentes externos intentan dotarlo de una lógica macrosocial; con una autonomía de instituciones o iglesias más bien escasa, pero que probablemente es hoy condición de su existencia. Por último, cabría interrogarse si acaso su dimensión de reconstitución de solidaridades básicas, de espacio de sociabilidad, de sobrevivencia moral; su contribución a una eventual redefinición del rol social de la mujer en el medio poblacional, no sea tal vez, más que su dimensión económica, el rasgo más permanente, y el que mejor se ligue a esa suerte de ingeniería social, individual y colectiva, que permite resistir procesos de signo desintegrador como los de este país. También puede ser ese rasgo el que mejor forme parte de las prácticas democráticas que eventualmente avancen una "transición invisible", como propone Manuel Antonio Garretón en su trabajo.

ii) La acción política de partidos contra el régimen militar es la otra lógica global que ha generado organización en el medio poblacional. Además de los núcleos de partidos, se expresa en los llamados referentes metropolitanos y coordinaciones zonales y locales. En este caso, las observaciones muestran que se trata de una acción bastante unidimensional, en el sentido de que la mayor parte del tiempo ha tenido un centro casi único: confrontar y denunciar un régimen político, con débil articulación genuina, sino más bien instrumental, con la demanda social.

Esta unidimensionalidad se relaciona en cierto modo con tres características de la acción política partidaria que son bastante más distinguibles en el medio poblacional que en otros medios. La primera es que aquí, más que en otras partes, las posibilidades ya sea de articular reivindicaciones y encontrar resultados, como de crear actores reivindicativos estables, son muy escasas para los partidos. La segunda es que los partidos, también más que en otras partes, actúan a menudo "desde afuera", destacando militantes que se convierten en dirigentes en busca de una base, como ha señalado también Eugenio Tironi en otro estudio. La tercera es la concepción —practicada durante estos últimos años, sobre todo por la izquierda— que en un medio desestructurado y con un nivel tan bajo de insatisfacción, podía bastar un "activo político", conciente y decidido, para generar un proceso de radicalización. Proceso capaz de hacer pasar directamente a la masa poblacional desde la percepción de crisis, no sólo a la idea de necesidad de un cambio de régimen, sino también a una conducta militante para que ello ocurra.

En consecuencia, la acción política de partidos ha estado marcada por una separación entre este "activo político" y una base social que si bien tiene una fuerte sensibilidad opositora, no da siempre ese paso directo esperado por la dirigencia, salvo en aquellos momentos en que se produce un clima social amplio y pluriclasista de confrontación con el régimen, que le permite sortear el aislamiento. Es el caso de las primeras etapas de "protestas". Después, a medida que esa conexión con otros sectores sociales se fue perdiendo, la protesta se aisló, incluso dentro de la población, y fue quedando en manos del activo político y de ciertos segmentos jóvenes radicalizados.

Así, la acción política parece constituir a menudo un tipo de acción que es en muchos casos autónoma, que se define más por la imagen que tiene de sí mismo el activo político que por lo que ocurre en el medio en que está actuando. Acción que plantea, por ejemplo, una estrategia de ocupaciones de terreno, donde el objetivo es la "denuncia", la creación de un "hecho político", más allá de los motivos de "allegados" y "sin casa" que, además de manifestarse, se movilizan esperando también una capacidad de negociación de los dirigentes y, eventualmente, un resultado.

Esta autonomía no siempre es hacia abajo; también ocurre hacia arriba. Es decir, en relación con sus partidos al nivel de cúspide. No es raro que éstos se vean acusados de "no tener una política poblacional". De este modo, la acción política de partidos en poblaciones parece ser la que sufre más las consecuencias de la desarticulación entre política y sociedad. Tratan de introducir la estrategia del partido en la población y representar a los pobladores en el partido. Pero hacia abajo está la apatía, el repliegue comunitario, la estrategia individual, la desconfianza, las conductas de integración, etc.; y, hacia arriba, la estrategia nacional con sus prioridades o el privilegio a los sindicalistas.

Lo que parece existir entonces es un "movimiento de militantes", que constituye en sí mismo un tipo de *práctica particular*, tan identificable como las de sobrevivencia, la animación cultural o los grupos religiosos. No es, por tanto, al menos hasta ahora, una acción de representación que articule las otras prácticas y las estructure.

Con todo, en nuestra opinión, los llamados "referentes", en sus distintos niveles, están hoy mucho más cerca que hace unos años de plantearse el problema de la representación

y la representatividad. Nociones del tipo de la "unidad social de la población" como base de una acción política y reivindicativa, que surgen entre ellos hacia 1985, parecen apelar en este sentido. El escenario global, que muestra cómo, de haber alguna transición, ella tendría fuertes componentes de negociación e institucionalidad, los presiona también para buscar la representación que les permita tener algún lugar en el proceso.

El problema —que no es nuevo— es si será posible una representación estructurada de estos sectores y si acaso el vínculo entre ellos, un gobierno y otros sectores sociales, no sea más bien el viejo y conocido "clientelismo" de los propios partidos, de las agencias de integración social y del Estado. La política de partidos en el medio poblacional, en cuanto tendió a privilegiar la confrontación a la representación, contribuyó a dejar abierto el espacio de ese histórico modo de integración de los sectores llamados marginales.

iii) Como nota final cabría volver a señalar algo que ya sabíamos hace tiempo: las conductas sociales en el mundo poblacional tienden a expresarse en dimensiones múltiples y más bien separadas entre ellas, aun en un mismo actor. Así, las estrategias de sobrevivencia y la participación comunitaria aparecen a menudo distanciadas de la acción política, y estas dos de las conductas de integración individual. Algunas conductas tratan de afirmar diferencias y sentidos de exclusión; otras afirman una relación "hacia afuera", que puede ser de integración o de conflicto con el resto de la sociedad. Entre estas varias dimensiones "circulan" las conductas que uno puede observar entre los pobladores. A veces toman formas más puras, otras veces toman formas mixtas. Por eso, el riesgo de la unidimensionalidad, aun en una situación de exclusión como la de Chile, está no tanto en que las nociones no representen ciertas conductas observables, sino en que pueden ofrecer una visión demasiado homogénea de un sujeto cambiante y muy sensible a la acción externa.

ANEXO:

ORGANIZACIONES ESTUDIADAS EN LA INVESTIGACION BASE DE ESTE ENSAYO

ORGANIZACIONES DE BASE ESTUDIADAS SEGUN TIPO Y ZONA

a) De Supervivencia Económica

	Zona Norte	Zona Sur	Zona Oeste	Zona Oriente	Totales
Talleres Laborales	4	3	1		8
Comprando Juntos	4	2	2		8
Ollas Comunes	2			2	4
	10	5	3	2	20

ENTREVISTAS: Colectivas	40
Individuales a dirigentes	38
Individuales a bases	51

b) De Jóvenes

TIPOS	Zona Sur	Zona Oeste	Zona Oriente	Zona Norte	Total
1. Colonia Urbana Juvenil			1	2	3
2. Grupo juvenil Derechos Humanos	1			1	2
3. Centro Cultural Juvenil	1		1		2
4. Comunidad Cristiana Juvenil		2		1	3
TOTALES	2	2	2	4	10

ENTREVISTAS: Colectivas 40
 Individuales Dirigentes 17
 Individuales Bases 32

ORGANIZACIONES INTERMEDIAS ESTUDIADAS, SEGUN TIPO Y ZONA

TIPO	Composición	ZONA			
		SUR	NORTE	ORIENTE	OESTE
1. Coordinadora de Población	Pobladores en general	1			
2. Coordinadora Sectorial	Pobladores en general	1			
3. Coordinadora Comunal	1 de jóvenes 1 general	1			1
4. Coordinadora Zonal	1 de mujeres 1 de Derechos Humanos		1	1	
TOTAL		3	1	1	1
Organizaciones de base agrupadas por las coordinaciones consideradas		107	12	25	12

ENTREVISTAS: Colectivas 12
 Individuales 12



LAS CONDUCTAS MARGINALES DE LOS JOVENES POBLADORES

FRANÇOIS DUBET

(CADIS, Francia)

Es en cierto modo paradójico describir la situación de los pobladores en términos de exclusión, alienación, miseria y dependencia, y —al mismo tiempo— percibir en ellos sólo conductas “positivas”, formas de acción colectiva que manifiestan una voluntad de integración, de participación social o de afirmación comunitaria. De hecho, existen también conductas “negativas”, destructivas, descompuestas —la cara oscura de la acción de los pobladores—. Los jóvenes delincuentes salidos de las poblaciones —marginales en la marginalidad misma— son también la expresión de una situación global, el rostro “peligroso” cuya imagen es agitada por el poder para asustar a la clase media, y el que aun para los mismos pobladores encarna las formas de acción mortal que les acompañan.

Se podría intentar explicar la delincuencia y la marginalidad de los jóvenes pobladores como una simple respuesta a la situación que sufren, y frecuentemente los trabajos sobre los jóvenes marginales se interesan menos en las conductas de los jóvenes mismos que en la situación que las origina. ¿No es evidente que los jóvenes son, más a menudo que los adultos, víctima de la cesantía? ¿No se sienten más frustrados que sus mayores, puesto que la extensión de la escolaridad ha elevado sus expectativas? Puesto que son adolescentes, ¿no están más afectados por la anomia y la crisis que golpea a los pobladores? Todas estas respuestas son evidentes y, sin embargo, ellas no bastan, ya que nada dicen sobre las orientaciones del actor y sobre el sentido de sus conductas percibidas no sólo en términos de situación, sino de relaciones sociales.

Dicho de otra manera, las conductas marginales de los jóvenes forman parte del sistema de acción de los pobladores al mismo título que las formas “concientes y organizadas” de acción colectiva; por lo tanto, se deben estudiar como tales y se debe ver cómo expresan los bloqueos o la descomposición de un actor. Si ellas son otra cara del sistema de acción de los pobladores, son también un elemento de él.

Es esa demostración la que nos gustaría iniciar aquí —como una hipótesis—, a partir de una lectura secundaria y de una interpretación de algunos trabajos empíricos acerca de los jóvenes pobladores¹. Tal ejercicio se apoya en parte en la intervención sociológica realizada por SUR y el CADIS con pobladores². También se inspira en una investigación llevada

¹ Cf. especialmente I. Agurto, M. Canales, G. de la Maza, *Juventud chilena. Razones y subversiones*, Santiago: ECO, FOLICO, CEPADE, 1985; A. Mattelart, M. Mattelart, *Juventud chilena: rebeldía y conformismo*, Santiago: Ed. Universitaria, 1970; R. Solari, “Aspectos de la subjetividad juvenil”, *Juventud chilena, identidad y alternativas*, Santiago: CIDEJU-SERPAL, 1982; E. Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, Santiago: SUR, 1984; F. Vives, D. Silva, L. Serrano, *Diagnóstico de la juventud marginal, un estudio de caso*, Santiago: DECU, 1981; J. Weinstein, *Jeunesse, sous-prolétariat et comportements socio-politiques*, Université Catholique de Louvain, 1986.

² *Pobladores, por aparecer*

* Traducción de G. Garay

a cabo en Francia sobre las conductas marginales de los jóvenes³. Pero en la medida en que no se apoya sobre una investigación en terreno *ad hoc*, este artículo se parece más a la ilustración de un enfoque y a un juego de proposiciones que a una verdadera demostración.

I. LAS CONDUCTAS MARGINALES DE LOS JOVENES

1. Durante un largo período, las conductas marginales de los jóvenes en América del Norte y luego en América del Sur, han sido interpretadas como manifestaciones patológicas ligadas al ingreso en la sociedad industrial y moderna. Es la Escuela de Chicago de los años veinte y treinta la que ha construido tal modelo de análisis. De acuerdo a él, la delincuencia de los jóvenes y la formación de bandas proceden de la desorganización social que se desarrolla en el tránsito desde el mundo tradicional al que pertenecen los jóvenes, al mundo moderno de la industria y de la ciudad, con las enormes dificultades de incorporación que éste presenta. La marginalidad es así definida —en relación al cambio social— como un “híbrido cultural”. Las bandas de jóvenes y la sub-cultura delinencial son percibidas como formas naturales y, en definitiva, positivas de gestión de las etapas de transición y desarrollo.

La sociología norteamericana ha presentado una imagen relativamente optimista de este análisis en términos de desorganización —la industrialización que acompaña a la urbanización—, mientras que la sociología latinoamericana parece apegada a una versión más pesimista de este fenómeno, puesto que los nuevos grupos están bloqueados a las puertas de la industria y de la integración económica. En el fondo, esta sociología clásica de la delincuencia participa de la sociología del desarrollo y de la definición de la marginalidad urbana como una etapa transitoria entre la tradición y la modernidad. La sociología de la delincuencia no difiere de aquella de los grupos marginales urbanos; ella insiste simplemente en los fenómenos de ruptura que conducen a los jóvenes a crear una sub-cultura delinencial, una marginalidad cultural en el seno de la marginalidad más global de su grupo de dependencia, pero deja la delincuencia como una sub-cultura situada entre la comunidad de origen y la integración más o menos fácil.

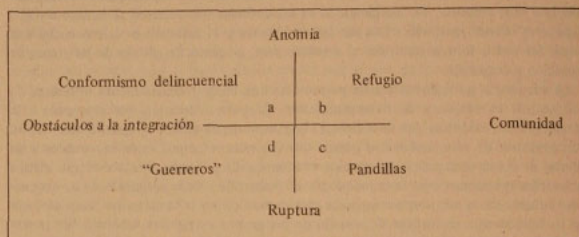
En los trabajos más recientes esta imagen no ha desaparecido totalmente; los jóvenes pobladores aparecen siempre situados “entre dos aguas”. Pero el cuadro se ha endurecido considerablemente. Todos insisten en el estallido de una sub-cultura desviacionista y en la heterogeneidad de las conductas marginales de los jóvenes. Estas ya no aparecen construidas alrededor de un principio central de resistencia a la desorganización social. La mayor parte de los observadores son sensibles a dos fenómenos de amplitud relativamente nueva. Por una parte, el desarrollo de conductas anómicas, descompuestas, aquellas que derivan de la destrucción de la sub-cultura marginal y de la incapacidad de dominar las tensiones provocadas por la misma juventud y por la situación de crisis agudizada. Por otra parte, todos los sociólogos subrayan el papel de los jóvenes marginales, a menudo delincentes, luego de las *protestas*, donde la defensa de la comunidad territorial está revestida por una lógica de ruptura tanto social como política. La ruptura y la anomia no son equivalentes, ya que una y otra provocan comportamientos muy diferentes: agresiones y violencias en un caso, repliegue defensivo en el otro. La idea de rebelión anómica parece esconder temas diferentes y su interés principal es subrayar la existencia de lógicas, de rupturas no

³ F. Dubet, *La galère, jeunes en survie*, Paris: Fayard, 1987.

organizadas, infra-políticas, y que se alejan, sin embargo, de las formas más tradicionales de desviación.

Todo sucede como si, con el correr del tiempo, el eje clásico que va de la comunidad a la participación, creador de la desorganización social y de la sub-cultura de los jóvenes, estuviera como quebrado y desestabilizado por un eje que va de la anomia a la ruptura, de las destrucciones del actor a la violencia. Dicho de otra manera, las conductas de los jóvenes parecen romperse entre cuatro polos: el de la integración frustrada, el de la anomia, el de la defensa comunitaria y el de la ruptura. Estas conductas son homólogas a aquellas de los adultos encontradas por el trabajo CADIS-SUR, pero éstas son la imagen "negativa", trastocada: la de la desviación en la marginalidad.

2. Es posible situar y definir sociológicamente las conductas marginales de los jóvenes en el cuadro analítico siguiente, en el cual el eje tradicional del análisis de las conductas marginales de los jóvenes está cruzado por aquel que va de la ruptura a la anomia.



Los comportamientos de los jóvenes descritos por I. Agurto y J. Weinstein parecen inscribirse en las cuatro lógicas analíticas siguientes:

a) La primera orientación —aquella sobre la cual los investigadores insisten poco, pero que evidentemente se desarrolla en la marginalidad y se refuerza con la crisis— es la del conformismo delincencial como estrategia desviacionista de integración a través de la organización racional de recursos ilegales. El robo, la prostitución, tráfico de drogas, son guiados por esta lógica. El actor joven es empujado por un deseo de integración cuya fuerza aumenta en la medida en que las esperanzas son reforzadas por una imaginaria de consumo de masas. Esto crea una situación anómica —en el sentido mertoniano del término— y los jóvenes derriban los obstáculos normativos ligados al paso a la delincuencia. El actor puede ser considerado como una especie de empresario delincencial, conducta que se ve acrecentada al estar cerradas las vías de participación social, y debilitada la integración moral del grupo. Se crea así un "medio" de delincuencia en que las primeras víctimas son a menudo los mismos pobladores, lo que explica, por lo demás, que pidan masivamente un cierto refuerzo de la presencia policial en los barrios⁴.

Esta lógica delincencial de "cada uno para sí mismo" se opone a la imaginaria comunitaria de los grupos marginales. No es la población entera la que está contenida en esa

⁴ Cf. la encuesta citada por Eugenio Tironi en las actas de este coloquio.

comunidad complacientemente descrita por muchos investigadores y militantes; la población es también el universo del egoísmo, de la guerra de todos contra todos, de la "envidia", de la ley del más fuerte y del más hábil⁵. Se comprende fácilmente entonces en qué sentido este conformismo delincencial puede aparecer como el derrumbe, como la imagen negra de la imposible participación económica y social.

b) Junto a una lógica delincencial, los estudios empíricos describen conductas de refugios individuales, de introversión y de repliegue sobre una crisis personal. La anomia, en el sentido más durkheimiano del término, destruye al sujeto en sus capacidades de integración y de regulación. El joven se esfuerza por salir del mundo tal cual es a través de una estrategia de indiferencia y, a menudo, deviniendo un "volado", cultivando el olvido con la ayuda de productos tóxicos. Pero esta salida de lo social toma también otra forma cuando se comporta como un "empresario de sí mismo" y vive de manera aislada y dependiente a costa del medio.

c) La tercera lógica de acción es la más conocida desde las *protestas*. La banda tradicional de jóvenes se transforma, identificándose con la defensa agresiva del territorio contra aquellos de afuera y contra la policía. Luego de las protestas, cierran el barrio con barricadas de neumáticos encendidos y esperan que la policía ataque a fin de defender su territorio. En las pandillas juveniles, a menudo delincuentes, que atacan a los automovilistas y comerciantes, no domina únicamente una estrategia del interés; ellas se identifican también, de manera expresa, con la defensa de la comunidad. La delincuencia está dominada por una voluntad de ruptura, de rechazo de las instituciones, en la cual el barrio es percibido como la "propiedad del grupo".

d) El último tipo de acción delincencial es el de los jóvenes que algunos estudios citados califican de "guerreros". Se trata aquí de una lógica desviacional expresiva, aquella que los jóvenes desarrollan en el límite de la acción política. El discurso de la revuelta social cae en este caso bajo la fascinación del terrorismo. La delincuencia llega a ser rebelión. Podemos pensar que a través de esta lógica de ruptura agresiva, Chile ve surgir conductas marginales de jóvenes que se acercan a aquellas bien conocidas en Bolivia y Perú. También sería posible calificar este tipo de desviacionismo como "radicalismo social". Estos jóvenes son los "primitivos de la revuelta", que no alcanzan a pasar a la acción política.

¿Se trata de tipos sociales o de lógicas de acción a través de las cuales circulan los actores individuales? No es posible responder a esta pregunta sin un trabajo empírico específico. Pero se puede esperar razonablemente una circulación de jóvenes en el espacio de estas conductas delincenciales. Hace falta subrayar que tales formas de acción corresponden más o menos exactamente a aquellas que hemos encontrado entre los adultos. Ellas endurecen los aspectos instrumentales, que se vuelven cínicos y delincenciales, tal como los aspectos expresivos toman formas violentas. Es evidente que tales excesos son posibles debido a que las barreras normativas de la adolescencia son más débiles que las de los adultos. El deseo de integración se convierte en conformismo delincencial, la dependencia se convierte en repliegue, la afirmación comunitaria pasa a ser ruptura, y el radicalismo político se transforma en revuelta social.

⁵ Cf. la comunicación de G. Campero y el estudio de J. Matos Mar, citado por A. Touraine, *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago: PREALC, 1987.

II. CONDUCTAS DESVIADAS Y SISTEMAS DE ACCION

Parece entonces razonable plantear la hipótesis de una cierta correspondencia entre las conductas desviadas de los jóvenes y las normas de acción de los movimientos de pobladores. De todas formas, la identificación de estas correspondencias no basta. Hace falta mostrar en qué sentido el desarrollo de las lógicas de las acciones delincuenciales se inscribe dentro del conjunto del sistema de acción de los pobladores, y en la crisis de este último.

1. Todo actor social construye su práctica a niveles distintos. Cada uno de ellos posee su coherencia propia y pertenece a un tipo particular de relaciones sociales.

a) El nivel más inmediato de la acción, aquel que se destaca más fácilmente, es el nivel de la organización social, de la integración. El actor está definido por su pertenencia, su posición en un grupo; en resumen, está definido de manera funcionalista por las formas y la intensidad de su integración. Entre los pobladores, esta organización y esta integración no están siempre definidas por la comunidad, en el sentido clásico de esta noción, sino que se trata más bien del barrio y, sobre todo, de la familia y las redes de ayuda y supervivencia. Las mujeres están identificadas en este relativamente estable nivel de acción, ya que ellas aseguran la continuidad, la sobrevivencia y la unidad de la familia, que aparece en todas las investigaciones como valor fundamental. Aquello que se llama la comunidad es más una representación, un discurso, una voluntad de acción, o aun, una proyección populista de los intelectuales, que una verdadera forma de integración del grupo de pobladores.

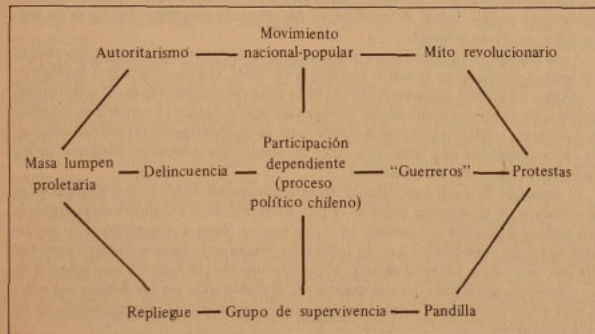
b) Si es en el nivel de la organización y la supervivencia que se forma la mayoría de las reivindicaciones, éstas no se constituyen como acción colectiva y como estrategia sino en el paso al sistema institucional, es decir, al sistema legal de participación social como expresión legítima de reivindicaciones. Como lo muestran los trabajos de M.A. Garretón, el proceso político chileno, durante muchos años, ha ofrecido a los pobladores un espacio de participación política limitado y dependiente. La presencia de reivindicaciones en la escena política pasaba a través de los partidos políticos controlados por la clase media, y era el Estado el que, a su vez, desarrollaba una política de movilización y participación limitada. Para los pobladores, este tipo de participación se encarnó en la toma de La Victoria, cuando una acción reivindicativa fue apoyada por la política populista del período de Frei. En este caso, el actor social no se define por su integración, sino por su capacidad estratégica y por los recursos de que dispone en un sistema institucional.

c) El tercer nivel de la acción es el de los movimientos sociales, de las relaciones sociales y de los proyectos que permiten a un actor percibirse como un sujeto histórico y esforzarse por participar, de manera conflictual, en las orientaciones culturales centrales de la sociedad. A causa de su exclusión y de su marginalidad, nunca los pobladores han podido constituir un real movimiento social, y es sólo de manera metafórica e ideológica que algunos han llegado a analizar las luchas de los marginales en los mismos términos que una acción de clases o el movimiento obrero. De la misma manera, nunca la lucha de los pobladores ha podido ser identificada como una lucha revolucionaria capaz de impulsar un cambio de tipo de sociedad.

En su período de desarrollo, la lucha de los pobladores ha podido, sin embargo, aproximarse a un tipo mixto de movimiento, los movimientos nacionales-populares. El actor movilizado, el "pueblo", es definido a la vez en términos de clase (de explotación) y en

términos culturales (la comunidad excluida). De la misma manera, el adversario ha podido ser definido de varias maneras, como el explotador, pero también como el extranjero –cultural y nacional– y como el obstáculo al cambio. En el período nacional-popular, el término vago de “oligarquía” era el que designaba esta forma de dominación social. En fin, el proyecto de esta lucha estaba concebido alrededor de los temas del progreso, pero también de la justicia y de la participación; en otras palabras, como un llamado al desarrollo y a la integración nacional.

2. Este tipo de acción, que por cierto no ha existido nunca de manera tan fuerte y profunda como la sugerimos aquí –se trata de un tipo ideal–, aparece hoy día descompuesto, y la desviación de los jóvenes puede ser concebida como una de las manifestaciones más agudas de esta descomposición. Es entonces posible representarse las conductas marginales de los jóvenes en las categorías de cuadro siguiente.



a) Confrontado a la crisis económica y la ausencia de esperanza; confrontado también al alejamiento de las formas más tradicionales de la integración y de la regulación, el grupo de pobladores ya no es capaz de controlar y de interpretar a los jóvenes. Entonces, los adolescentes se separan del grupo según dos vertientes. La primera de ellas es la de la anomia y de la individualización que caracterizan el repliegue de aquellos que se “salen” del grupo. La segunda vertiente, la de las pandillas, corresponde a la hipertrofia expresiva de la comunidad en crisis. Estos dos tipos de conducta ya no encuentran espacio de integración en la sociabilidad propia del barrio y de la banda de jóvenes tradicional.

b) La dictadura ha destruido el proceso político chileno de participación dependiente. El cierre de los canales de participación social –al que conviene agregar la exclusión económica– ha conducido a una gran parte de los jóvenes a identificarse, aquí también de manera expresiva, como los defensores guerreros del grupo opuesto al Estado; otros jóvenes, *entretanto*, han escogido las estrategias de participación ilegal a través de la delincuencia organizada. En este último caso, el actor se manifiesta con un instrumentalismo discreto, mientras que los “guerreros” escogen, al contrario, la expresión espectacular.

c) Finalmente, la descomposición del tema nacional-popular que asociaba una lógica de conflicto a una voluntad de integración nacional, provoca la emergencia de un mito, de una sensibilidad y un romanticismo revolucionarios, de un deseo puro y expresivo de ruptura. De otro lado, la lógica de integración nacional frustrada se transforma en ideología autoritaria, en llamado al orden y al salvador carismático. Según los trabajos de I. Agurto y de E. Valenzuela, estas dos versiones parecen dominar las aspiraciones de los jóvenes.

3. La presentación de las conductas marginales en el seno de un modelo de descomposición de un movimiento nacional-popular ofrece un interés analítico y teórico; se trata de un esfuerzo para comprender la delincuencia como parte de un sistema de acción global. Pero este tipo de razonamiento pone en claro también el proceso de formación de las dos formas de acción de los jóvenes pobladores. El primero, el mejor conocido, es el de la protesta, de la defensa expresiva y "revolucionaria" de un territorio, de un grupo que rompe con las instituciones y se esfuerza —simbólicamente— en hacer la guerra al Estado. Al respecto, es posible hablar de rebelión de los jóvenes y escudriñar los signos de una corriente social-revolucionaria.

A esa imagen, que puede parecer positiva, hace falta oponer aquella, también clásica, del lumpen-proletario en el cual se mezclan el repliegue, la delincuencia y el autoritarismo. Aquí, los jóvenes aparecen como una masa peligrosa y disponible para los movimientos autoritarios. No se puede perder de vista esta versión negativa y sombría de la acción de los jóvenes pobladores. Tal vez la mayor parte de las investigaciones persisten demasiado en no considerar esta masa, esta lógica de lumpen que permea las conductas de los jóvenes pobladores más marginalizados.

El desarrollo de una u otra lógica no depende únicamente de los jóvenes pobladores; es la evolución de la situación política —y probablemente de la coyuntura económica— la que permite desarrollar o minimizar tal o cual versión. Nuestra proposición es no ignorar toda esta parte escondida del iceberg, todos estos mecanismos oscuros que atraviesan hoy día una parte de la juventud chilena, y que son una imagen bastante más peligrosa de los pobladores que aquella que nos gustaría ver, probablemente porque tanto la una como la otra están fuertemente alejadas del tema democrático y de la reconstrucción de un espacio político.

Recordemos que todo este razonamiento está construido a partir de un material no específico, y que por eso presenta más las características de una hipótesis que de una constatación. Parece, sin embargo, que una aproximación a los pobladores no puede ignorar estas dimensiones de la experiencia marginal. Los jóvenes no son simplemente víctimas cuyas conductas se explicarían por una etiología particular y una mala situación. Es importante comprenderlos como parte de todo un sistema de acción, y nos gustaría —con este breve artículo, probablemente discutible en muchos puntos— invitar a los investigadores a no disociar el estudio de la marginalidad de los jóvenes de aquél enfocado al conjunto de conductas de los pobladores.

COMENTARIO

CLARISA HARDY

(PET, Chile).

Lo que en el trasfondo de las exposiciones de Eugenio Tironi y Guillermo Campero está planteado, y que constituye uno de los problemas más acuciantes en el Chile de hoy, es la viabilidad de la construcción democrática, mirada desde la perspectiva de los protagonistas sociales. Esto tendrá que ser repensado en este continente, y particularmente en Chile, donde referentes habituales de los actores sociales se han visto trastocados en un tan breve tiempo.

Existe una población que está quedando fuera de las posibilidades de integración a través de ocupaciones o empleos formales. Y ello en una sociedad y en el marco de una cultura que sigue otorgándole al trabajo un rol central en los procesos de inclusión social. Frente a tal realidad es que surge la interrogante acerca de este gran contingente que queda excluido de lo que tradicionalmente han sido sus elementos de definición social, política y económica.

Lo anterior está relacionado con otro debate de gran actualidad, aquél que se desarrolla en torno a la temática de la concertación. ¿Cómo es posible la construcción de una democracia en que sea factible integrar intereses tan extraordinariamente diversos y, además, desconocidos? El problema no es que los empresarios, los sindicatos o los partidos no tengan capacidad de representación, sino que se han alterado lo que fueran las bases sociales tradicionales del país.

Me parece muy afortunada la expresión de Eugenio Tironi cuando dice que la temática de los pobladores es una manera de buscar, para el conjunto de la sociedad, una manera de representarse concretamente el drama que la atraviesa y cruza: la pérdida de sus referentes habituales de identidad y la dificultad de entender cómo se articula esta nueva estructuración social; el divorcio entre la realidad material objetiva e inmediata, y sus motivaciones, expectativas y perspectivas. La perplejidad que hoy viven los protagonistas sociales obedece a cambios drásticos y un proceso de transición que no logran ser aprehendidos ni racionalizados como parte de las vivencias cotidianas de quienes los viven. No existe certeza alguna acerca

de cuál sea la verdadera tendencia de los cambios que viven los distintos sectores sociales.

Haciendo un esfuerzo por resumir las conclusiones de ambos trabajos, me parece que, en primer lugar, se postula la ausencia de un movimiento social a nivel poblacional. Tal afirmación da por superado un debate que ha sostenido parte de la sociología o los cientistas sociales en los últimos años. Toda la discusión acerca de la relación entre movimientos sociales y partidos políticos, movimientos sociales y Estado, parece sobrepasar con creces las condiciones reales de existencia de los distintos protagonistas sociales. La pregunta que queda abierta es cómo es posible plantearse la existencia de un movimiento social poblacional —u otro— al interior de sociedades que inhiben toda posibilidad de que se constituyan.

Una segunda conclusión que es posible extraer de las ponencias, se refiere a la existencia de una extraordinaria heterogeneidad en el interior de los sectores poblacionales. Los movimientos sociales son o han sido históricamente capaces de conformar referentes o elementos comunes de identidad al interior de sectores diversos. La dificultad no está entonces en su heterogeneidad, sino en la pérdida de los elementos que le daban su identidad. Lo que está en discusión es cuáles son esos referentes de identidad que harían factible que este entorno heterogéneo de sectores descubriera sus puntos de unidad: ¿la exclusión?, ¿la territorialidad?, ¿su antagonismo respecto a la institucionalidad?

El tercer punto que se desprende de ambas intervenciones es el problema de la representatividad, en ausencia de un movimiento capaz de integrar a un conjunto heterogéneo y diverso de sectores. Desde el punto de vista de la fundación democrática, se plantea así el tema de las posibilidades de expresión de estos sectores. En lo que concierne a este aspecto, quisiera decir que, a diferencia de lo que fueron los términos de organización del pasado, hoy día se advierte que las redes organizativas de estos sectores conforman articulaciones de tipo horizontal, donde la representatividad tiene un carácter funcional y operativo, no de delegación.

Lo que está en el fondo —y se traduce en ambas intervenciones— es la conceptualización de la democracia vista desde la perspectiva de las prácticas sociales de actores que no tienen ninguna expresión institucionalizada. Por lo tanto, la discusión no es si los pobladores son apáticos

frente a la democracia, si le piden o no resultados, sino cómo las distintas y heterogéneas prácticas sociales existentes hoy en nuestro país, nos obligan a re-pensar una forma democrática capaz de expresarlas.

DEBATE

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Siempre que vengo a Chile tengo el mismo problema: cuando se habla de las poblaciones en Santiago, se habla del "mundo poblacional". Yo quiero traducir "mundo poblacional" a los lenguajes sociológico-políticos que usamos en otros lados, y no sé bien qué es, cuál es su referente, cómo se define. Da la impresión de que tiene un referente territorial, pero después se lo usa en los trabajos como algo más que "barrio". Creo que con ese término se pretende denominar algo mucho mayor que el lugar donde la gente vive. Hay toda una heterogeneidad de esos lugares de residencia que resulta oscura para el que no posee el código cultural de los que hablan del "mundo poblacional". Entonces, en primer lugar les pido una aclaración, alguna posibilidad de traducción de tal noción. Sabemos que la gente se mueve en distintos ámbitos y, según sea su ámbito de actuación, será la definición del oponente y la constitución de cada actor; por lo tanto, si la "población" tiene como referente el ámbito residencial, de inmediato imagino el tipo de demandas y el tipo de organizaciones que en ella existirán, ligadas a reivindicaciones urbanas, a los temas barriales, a la política local, a la constitución de mecanismos de participación y representación, a los servicios de consumo colectivo, a la temática de la reproducción. Esos son los temas de base residencial, que no son los mismos que los de los sectores subordinados en el mundo del trabajo. Evidentemente en Santiago hay un repliegue comunitario, la gente está saliendo menos del barrio o población, y de ahí que la base residencial se esté convirtiendo

realmente en una base de organización que va más allá de las demandas residenciales. Este es un tema que me parece vale la pena de ser más explorado. Pero pedir a los barrios que también tengan elementos de identidad culturales y políticos —eso parece estarse pidiendo aquí al "mundo poblacional"—, es tomarlos como una clase social en la escala nacional.

Me pregunto entonces con qué sujeto estamos trabajando; si no le estamos pidiendo demasiado al "mundo poblacional". En la encuesta de SUR hay una pregunta sobre la identidad de clase, en la cual se presentan como opciones "clase baja", "clase obrera", "clase media", "pueblo". De ahí se saca una interpretación muy fuerte sobre el hecho de que una proporción muy alta se identifica con la clase obrera, y esto refuerza la tesis de que existiría una especie de "memoria obrera" en estos sectores poblacionales del Santiago de hoy. Respecto a esto, tengo grandes dudas. Veo las alternativas que se le dan a una persona en este cuestionario, y concluyo que la "clase obrera" es la más concreta de todas, la que mejor puede producir identificación; "clase baja" es muy difusa, "pueblo" lo es más todavía.

RENE MAYORGA (CERES, Bolivia). Es bastante saludable la posición que se refleja en las dos ponencias, como es el cuestionamiento de una de las tesis que se manejan a fines de los setenta, e incluso a principios de los ochenta, aquella de que los movimientos sociales urbanos podrían ser portadores de una transformación social radical, sustitutos del rol revolucionario

que se había atribuido tradicionalmente a la clase obrera. Pero quiero plantear un par de preguntas de carácter metodológico.

En primer lugar, me llamó la atención que el método de intervención sociológica fuera aplicado sólo a nivel de los militantes en las organizaciones poblacionales, y no a nivel de lo que se podría llamar las bases. Y por qué, para saber cuáles son los comportamientos políticos de la base se aplicó la técnica tan trillada de la encuesta. Me llama la atención el retorno al positivismo o al dato empírico, porque el método de intervención sociológica se desarrolló precisamente porque la encuesta tiene un carácter muy limitado para el conocimiento científico, ofrece pocas bases cognitivas para poder deducir desde ahí comportamientos políticos de largo alcance.

La segunda pregunta se refiere al planteamiento de la *identidad* que se maneja en el texto de Eugenio Tironi. No se puede plantear la identidad de grupos sociales a través de una perspectiva endógena, tomando como punto de partida la propia percepción que tengan los actores sociales. En este trabajo existe la tendencia a asimilar el concepto de identidad a lo que los propios actores piensan de sí mismos, y por esa razón se llega a una aseveración bastante discutible: "La identidad obrera no refleja en absoluto la experiencia o la situación ocupacional de los pobladores; ella expresa más bien un anhelo de integración económica". Se puede llegar a este tipo de aseveraciones porque se asocia la noción o concepto de identidad con la conciencia de objetivos, de demandas o de anhelos, pero no se toma en cuenta

que puede haber un quiebre entre lo que piensa algún actor de sí mismo y de sus prácticas sociales, y su propia realidad objetiva. Desde el viejo Marx sabemos que la realidad de un actor social no es lo que él piensa de sí mismo, y que hay una serie de rupturas entre orientaciones y prácticas políticas. Por eso el resultado de encuestas no va a corresponder necesariamente a prácticas concretas en el campo político. En el escenario boliviano, por ejemplo, se puede demostrar que, a pesar de que en los sectores barriales se observa una gran desconfianza frente a los partidos políticos y frente al Estado, esto de ninguna manera afectó la participación activa en la fase de transición democrática; esto es, puede haber perfectamente un comportamiento apático frente a la democracia y, sin embargo, producirse en ciertas circunstancias una participación política activa.

ERNESTO TIRONI (CED, Chile). Quiero hacer un comentario sobre la manera en que observamos y caracterizamos a los pobladores, y todo lo que esto oculta. Por ejemplo, la calificación de la participación social de los pobladores como baja, cuando 30 por ciento está en algún tipo de organización. Esta no es mi especialidad, no sé cuál es la diferencia con otros países de América Latina, pero creo que no se puede hablar de anomia y desintegración con tales antecedentes.

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia). Lo que me parece totalmente acertado de lo que dicen Campero y Eugenio Tironi es que las imágenes positivas tienen que ser abandonadas. También me parece adecuado renunciar a ese tipo de esencialización de la comunidad y del pueblo en la cual durante una época vivimos hundidos. Esa visión culturalista obviamente no corresponde a los movimientos sociales urbanos.

Por otra parte, creo que se ha demostrado desde hace tiempo que ellos tampoco existieron en la forma en que pensaba Castells a fines de los 60. Pero aquí surgen mis dudas.

Campero y Tironi concluyen poniendo de relieve las conductas de adaptación limitada, de instrumentalismo, etc., y esto no me satisface. Aquí en Santiago tuvimos al menos dos experiencias que se alejan de esa representación. La primera, el entierro del Padre Jarlan; la segunda, la visita del Papa. Durante horas, días, semanas, por detrás de este instrumentalismo limitado apareció un mundo en parte simbólico, en parte imaginario, pero con una carga afectiva enorme en la cual toda la gente reconoció algo; no hablemos de movilización, pero algo existe. Hay una estrategia de adaptación a una situación negativa; las personas tienen que vivir con una imagen de sí mismas y del medio ambiente que les permitan sobrevivir psicológicamente. Por esto bajan su nivel de aspiraciones y, en el extremo, aceptan una participación muy heterogénea en la fe.

El segundo aspecto de la misma inquietud se refiere a la no separación de subtipos en las poblaciones, a su definición genérica como grupos pobres sub-privilegiados y comunidad excluida. Contra la imagen estereotipada del movimiento de clase y el movimiento de liberación nacional, creo que los pobladores no son totalmente excluidos, aunque están abajo, dominados. Tienen una identidad en tanto comunidad que combate a un enemigo, el Estado militar; y a la vez tienen una visión global de la sociedad, de la reunificación, de la anti-individualización. El tema fundamental es que estos elementos están destrozados; hay un movimiento social destrozado, desarticulado, hecho pedazos. La respuesta del siglo pasado a esta situación fue el partido, la vanguardia, los intelectuales. Aquí, por una serie de razones, hay un rechazo violento de esta imagen, hay una autonomía que llama mucho la

atención. El escenario social y político chileno está dominado por las tentativas de movimientos sociales que no pueden transformarse en una figura, en un personaje, y es aquí donde surge la responsabilidad de los intelectuales, de los sociólogos: intentar ver las cosas que no se organizan —como lo que en el inconsciente se halla disociado entre forma y palabra—; dar con las figuras, nombrar aquello de lo que no se puede hablar.

Veo un serio peligro en la situación actual: después del período 83-84, durante el cual se pensó que las demandas sociales y la salida a la democracia eran un solo proceso, hoy todo el mundo está convencido de que hay que dar prioridad a la solución política, lo que oculta los problemas sociales. Creo que para la construcción de la base de democratización es muy importante inventar categorías, probablemente menos positivas que las comunitarias y clasistas, pero que nos ayuden a entender este movimiento social ausente, quizás imposible, pero necesario.

FRANCISCO LEON (ILPES-CEPAL, Chile). Tanto Eugenio Tironi como Guillermo Campero se han referido a la realidad poblacional de Santiago, que difiere de la situación en provincias. No hay otras ciudades en Chile, y hay muy pocas en América Latina, donde la violencia de los sectores altos de la población en relación a los sectores que aquí llamamos "poblacionales", sea más fuerte en términos de condiciones de vida y de cambios en las condiciones de vida durante un tiempo tan breve. Mientras las soluciones habitacionales para los sectores más pobres han disminuido en metros cuadrados y en calidad de los materiales, las casas del "barrio alto" de Santiago se olvidaron del DFL 2 y, obviamente, los materiales también se distanciaron bastante de los que eran en la época de la Promoción Popular

de Frei. El proceso de diferenciación social de Santiago es violento, y me pregunto por qué ese tema no fue abordado con más fuerza.

Mi segundo punto está relacionado con la incitación que nos ha hecho Tironi respecto a la posibilidad de un esquema como la Promoción Popular de los años 65-68. En el fondo, desde hace trece años en este país estamos asistiendo a situaciones que indirectamente tienen mucho que ver con el movimiento poblacional. Primero, el número de comunas de Santiago se ha más que triplicado; el año 67 el departamento Pedro Aguirre Cerda representaba más del 80 por ciento de todo lo que llamamos poblaciones; y hoy en día no hay una sola comuna de Santiago que represente más del 10 por ciento de los pobladores de Santiago, lo que refleja un fenómeno de "municipalización" importante. Segundo, se han municipalizado los servicios: la educación, la salud, el PEM y el POJH. Tercero, existe el Fondo Nacional de Desarrollo Municipal, que es muy importante para la asignación de recursos. ¿Qué pasa cuando se hace un proceso de democratización manteniendo esa institucionalidad? ¿Qué pasa cuando introducimos la Junta de Vecinos a municipalidades pequeñas, a municipalidades con servicios municipalizados, con acceso a un fondo nacional de desarrollo regional? Quizás eso funciona y es mejor que cambiar todo para volver a la Promoción Popular. Cuando hablamos de Promoción Popular, estamos hablando de una relación determinada entre Junta de Vecinos y partido. Aquí hay algunos colegas bolivianos; una de las cosas que he reflexionado acerca de Bolivia, son esos organismos llamados *comités cívicos*. Resulta que los comités cívicos pusieron a las regiones en contra del gobierno militar. Sus identidades serían muy poco democráticas, pero tenían una expresión regional muy fuerte, y los comités cívicos son hoy en día más importantes que los diputados que representan a la región; los diputados

les tienen terror a los comités cívicos.

Me pregunto, cuando se creen Juntas de Vecinos representativas, ¿qué va a ser más importante para los pobladores: las Juntas de Vecinos o los regidores? Antiguamente las Juntas de Vecinos estaban muy lejos de las Alcaldías, pero ahora van a estar muy cerca, porque son pequeñas. Ahora no hay la "Pedro Aguirre Cerda", sino ocho o diez municipios con sus respectivos Alcaldes.

CRISTIAN PARKER (CERC, Chile). Me pregunto hasta qué punto la definición territorial de "mundo poblacional" no es un sesgo que tenemos los chilenos para abordar el mundo de nuestras clases populares. También en el problema de la exclusión o inclusión, la integración o no integración de estos sectores, me parece podría haber un problema de perspectiva teórica y metodológica, en la medida en que quizás allí estemos igualmente construyendo ciertas fantasías; porque, ¿hasta qué punto no es cuestionable pensar que los pobladores estaban integrados en lo que llamamos "Estado de compromiso", y que ahora, bajo el régimen militar, están excluidos? ¿Hasta qué punto en el seno de la cultura popular urbana no ha existido siempre la conciencia de ser sectores excluidos? Lo planteo por lo siguiente: en las investigaciones que he hecho a nivel de poblaciones, aparece una clara apatía frente a la democracia, frente a los partidos políticos; pero si definiéramos a estos sectores en términos culturales, esto es, cultura dominada, subalterna, de alguna manera aparece un cierto principio de identidad que excluye aun a los agentes externos, y en ese sentido excluye también a los agentes políticos y a los organizacionales.

Hay un segundo punto que quiero plantear, referente a la constitución del conjunto de representaciones simbólicas en el mundo popular urbano. Eugenio Tironi planteaba que no hay un factor religioso que aparezca como

elemento de identidad significativo; que hay más bien una tendencia a la secularización. Creo que eso es efectivo —sobre todo si se plantea en términos de las representaciones sociales— por un factor muy evidente, como es la escolarización, que ha significado una integración a pautas de representación bastante secularizadas. Sin embargo, creo que también es necesario destacar en el mundo simbólico popular una heterogeneidad muy grande, en el sentido de que hay una serie de prácticas de la vida cotidiana que recurren a explicaciones o representaciones religiosas que no están relacionadas en forma coherente con representaciones sociales o políticas. En nuestras investigaciones hemos constatado que hay personas que pueden ser muy religiosas en el plano del sentido de su vida —en el bautizar a las guaguas, en los velorios—, pero que en el plano de sus representaciones sociales pueden ser absolutamente secularizados. De alguna manera, entonces, hay prácticas cotidianas que recurren a representaciones distintas. Creo que en términos de lo político, en los sectores populares se da un conjunto de representaciones colectivas que adolecen de un cierto grado de superficialidad, en la medida en que la representación de la sociedad es muy parcial. Muchas veces lo político puede expresar una mera opinión, y no constituir una representación colectiva de la sociedad, ni estar en coincidencia lógica con otro tipo de imágenes o de símbolos colectivos.

Por último, es un desafío ver hasta qué punto nosotros, como sociólogos, como científicos sociales, estamos logrando captar un pensamiento social al que, de alguna manera, queremos atribuir cierta lógica y cierta racionalidad. Creo que a veces nuestras categorías interpretativas son insuficientes para captar la complejidad de un mundo que nos es ajeno. Es necesario partir reconociendo la alteridad del mundo popular urbano para poder captarlo, o intentar captarlo en términos com-

prensivos desde su propia matriz cultural.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Tironi termina su ponencia con una pregunta que me parece muy pertinente: ¿cuál es el eco, en la masa de pobladores, de las orientaciones de los militares? No sé si la encuesta de SUR encuentra respuesta a esa pregunta; me parece que hay un avance, pero que no la responde, entre otras cosas por un factor que se ha visto anotado, como es el uso de un instrumento como la encuesta. Pareciera que todos concluimos que los canales de movilidad social están cerrados; que no se puede pensar en la existencia de un proceso de movilidad social; que lo que existe es un proceso de diferenciación social fragmentado. Mi pregunta es: ¿no habrá, o no será posible, descubrir otras formas de movilidad social, y otras formas de identidad social, que no sean a través de los canales clásicos referidos a las expectativas de empleo u ocupación? Digo esto porque me parece que en buena parte del mundo urbano en América Latina —y no sólo en el mundo urbano— existen canales de movilidad social no institucionalizados o no reconocidos, y que tienen que ver con prácticas informales (en Colombia, por ejemplo, están ligados al tráfico de drogas). Si esto es así, sería importante saber quiénes tienen éxito en la población, por qué lo tienen y cuál es la explicación de los pobladores para ello. Y esto me lleva nuevamente al tema de la identidad obrera. Recuerdo un trabajo de un colega peruano, que analiza el significado de la "identidad obrera" en el caso de los obreros, de los dirigentes sindicales, y una de sus conclusiones es que parte del radicalismo político está asociado a una búsqueda de movilización social*.

MIGUEL LAWNER (ICAL, Chile). Soy un arquitecto que tuvo una práctica de trabajo en las poblaciones entre los años 50 y 70. Al regresar a Chile en 1984 he vuelto a hacer lo mismo que hacía antes, de manera que no idealizo lo que eran los pobladores ayer ni lo que son hoy día, ni en sentido positivo ni en negativo. Efectivamente, como lo decía Cristián Parker, los pobladores antes eran excluidos del sistema, aunque no en los términos represivos de hoy. Todo lo que conquistaron, salvo escasas excepciones, lo conquistaron arrebatándolo al sistema.

Lo otro que quiero defender en esta reunión es la institución política. Pienso que una característica acutuada de la sociedad chilena, que existió antes y que por fortuna se conserva, es una fuerte adhesión política de la población en los niveles que fueran. Creo que ése es uno de los valores que debemos defender si efectivamente queremos construir un régimen democrático. No se me ocurre que se pueda sustituir a los partidos políticos en el modelo social que sea. Si observamos las elecciones que han tenido lugar en los escasos espacios de libertad que se han conquistado —en las organizaciones estudiantiles, sindicales, de profesionales— invariablemente las posturas se basan en una condición política, de orientaciones políticas, y eso es un valor que tenemos que preservar.

EUGENIO TIRONI (SUR, Chile). Respecto a las observaciones de orden metodológico. En la intervención sociológica agrupamos a gente que llamamos militantes, pero que no son dirigentes de cúpula, sino hombres de base a nivel de las poblaciones. El método se orientó pues a caracterizar las actitudes y representaciones de los *militantes* del movimiento poblacional. Por otra parte, la encuesta estaba destinada a conocer opiniones y disposiciones de la masa de los pobladores. Mi ponencia es el primer intento de integrar ambos enfoques. Lo que me parece evidente

es que un análisis hecho a partir del puro "movimiento de pobladores" es sumamente restringido. Por lo tanto, es importante conocer qué eco tienen sus orientaciones dentro de la masa; para ello es fundamental algún método, y no conozco otro mejor que la encuesta.

En cuanto a la pregunta de Elizabeth Jelin respecto a lo que los chilenos llamamos "mundo poblacional", creo que en realidad es una interrogante que pertenece a un debate que se arrastra por más de 20 años, en el que se discute si la definición debe basarse en criterios ecológicos o socio-ocupacionales. Creo que en el fondo llamamos pobladores a aquello que no sabemos cómo llamar, y que forma parte del mundo popular que habita en Santiago: es sin duda un fenómeno santiaguino, pero Santiago abarca el 50 por ciento de la población del país.

Evidentemente hay allí una dimensión de marginalización económica, y también un elemento espacial, referido al vivir en las zonas periféricas de la ciudad. Esta última dimensión tiene un peso creciente a raíz, primero, de las grandes políticas estatales de erradicación, orientadas a sacar bolsones de pobreza —esto es, de pobladores— de comunas de clase media o alta, y situarlos en zonas ecológicamente periféricas. En segundo lugar, hay un proceso de fragmentación municipal también orientado a lo mismo, a fijar una clara jerarquización de los municipios en altos, medios y bajos. El caso más claro es el de la comuna de Ñuñoa, que reunía sectores de población muy diversos, y fue dividida en comunas *ad hoc*, una para pobladores y otra puramente de clase media.

El peso de la dimensión espacial se da también en el interior de las poblaciones, operando como un mecanismo de movilidad social tan importante como la educación o el trabajo. Hay ciertas poblaciones, por ejemplo las que quedaron cerca de la Avda. Grecia, que hoy tienen un estatus mucho más alto que otras que fueron creadas en

* J. Parodi, *Ser obrero es algo relativo. Obreros, clasismo y política*, Lima: IEP, 1986.

las mismas condiciones, en la misma época, con los mismos materiales, pero quedaron ubicadas en Conchalí, Pudahuel o La Granja. La gente de las poblaciones entiende que, en función de la movilidad, lo fundamental es trasladarse de barrio. En Santiago hay una comuna de transición —La Florida— a la que accede la gente que logra salir de la población, abandonar su condición de "poblador". Y cuando una persona no puede salir de esa condición marginal, trata de cambiar de medio a los hijos haciéndolos ingresar a escuelas privadas localizadas en otras comunas, para que se socialicen en un medio diferente al de la población. El criterio espacial, por lo tanto, aparece como un importante canal de movilidad social para los pobladores, y constituye así un factor digno de ser explorado.

Respecto al problema de la identidad, estoy de acuerdo en que el sistema de medición que empleamos es sumamente primitivo, pero en todo caso hay una cierta lógica en las respuestas. Por ejemplo, los hombres optan en mayor cantidad por lo que en la encuesta se llama "clase obrera", mientras la mujer lo hace por la opción "pueblo" o "clase baja". Por lo demás, no creo que en Chile la noción "clase obrera" sea más concreta que la de "clase media"; tengo la impresión de que la noción de "clase media" tiene muchas más connotaciones prácticas que la de "clase obrera", pero en todo caso es cierto que hay allí problemas que deberían ahondarse.

Confieso que también fue una sorpresa para mí el proceso de secularización que se manifiesta en los pobladores: tenía la impresión de que el peso de la religión y del renacimiento religioso eran mucho más altos. Una explicación, muy hipotética, es que quizás se dé una convivencia bastante singular entre la secularización a través de la educación y una religiosidad de tipo ritual y espiritualista. La religión como factor de cohesión del grupo es mucho menos importante, por tanto,

que la religión como canal de salvación individual; vale decir, que la religión es vivida en términos más "protestantes" que "católicos", para usar la popular distinción weberiana.

Por último, quisiera hacer mención de algo que no se ha dicho, pero que se me ocurría a propósito de algunas intervenciones. Quizás hemos sido muy pesimistas respecto a la concertación social, por la incapacidad de hacer de los pobladores un grupo de presión. Sin embargo, creo que la existencia de una *identidad obrera* podría permitir que el movimiento sindical —el cual cuenta con legitimidad en el mundo poblacional— sea capaz de absorber demandas poblacionales de un modo más o menos efectivo llevándolas a un sistema de conflicto institucionalizado.

GUILLERMO CAMPERO (ILET, Chile). Quiero referirme a una observación que le hicimos a Eugenio Tironi, relacionada con el problema de las encuestas y sus resultados. El trabajo de SUR y el mío fueron paralelos, y es primera vez que nos encontramos con los resultados. Es sugerente entonces que un trabajo como el mío, hecho de manera tan distinta, con 44 grupos de base y casi un año de entrevistas individuales y colectivas, de debate con la gente sobre su propia experiencia y sus relaciones con el medio, lleve a conclusiones semejantes. No quiero decir que esto cierre el debate sobre metodologías, pero sí que incluye elementos que hay que considerar.

En cuanto al tema poblacional, no utilizo ni propongo la noción de "mundo poblacional". Prefiero hablar de "poblaciones" y "pobladores"; son tal vez nociones descriptivas de un nivel más bajo, pero más precisas y que pueden ser identificadas. Por otro lado, en poblaciones y pobladores hay movilizaciones, hay luchas sociales, hay relaciones políticas, hay cosas que ocurren en un espacio. No hay sólo que discutir la idea del mundo poblacional, sino también entender que allí

ocurren cosas, y observar cómo ocurren.

René Mayorga decía que hemos negado el papel de estos sectores como agentes de una transformación social radical. Creo que no; uno puede decir incluso que sectores como éstos pudieran ser perfectamente actores de esa transformación social radical, aunque no necesariamente sean actores estructurados, autónomos, con ideologías o estrategias propias, y aun como actores de tendencia clientelística. Porque una gran masa clientelística que es capaz de votar de repente por alguien parecido a Ibáñez en el 52, se convierte en un actor central de un cierto tipo de proceso de transformación. Entonces, hay que pensar qué tipo de actor va a ser el sector poblacional, cuán construido está; y tiendo a pensar que se construye desde fuera, a través de la acción partidaria, de la acción religiosa de la Iglesia.

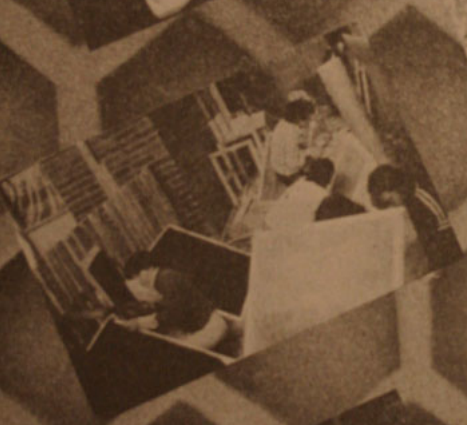
Francisco León decía que no hablamos de los elementos de oposición. Creo que tiene razón, que hemos insistido más bien en la dimensión de la identidad. Pero sí existe un elemento de oposición que ha sido expuesto, y es la oposición de los pobladores a la exclusión social, política, económica. Sin embargo, esa oposición no es ruptura, no refleja una tendencia a salir fuera del sistema. Hay más bien estrategias de adaptación, formas de integración, la gente intenta estar dentro.

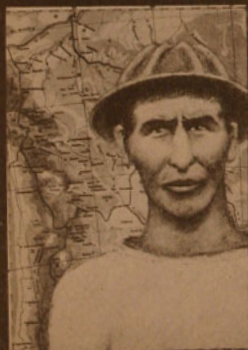
En cuanto al tema de la política, que planteaba Miguel Lawner, tengo la impresión de que entre los pobladores hay una percepción positiva de ella. El problema es el tipo de acción política, incluso la que se define como la más cercana a ellos. Me refiero al activista político que actúa tratando de presentar estrategias en el medio poblacional y representar a los pobladores en los partidos. Por ejemplo, yo preguntaba en los debates individuales y colectivos sobre las protestas, y la gente estaba poco interesada en la presencia de lo que se llamaba sus referentes políticos, que intentaban normalmente que las

protestas fuera en el centro de Santiago y no en la población, porque el centro es el lugar político y ahí se realiza el hecho político. La gente quería mejor protestar en la población, donde estaban sus relaciones más directas. Sin embargo, la presencia de dirigentes

políticos era vista como algo tremendamente positivo y necesario, porque significaba protección y vínculos con otros sectores de la sociedad que permitían sortear el aislamiento. Entonces, hay una percepción positiva de la política como función que se debe cumplir

y que es importante. El problema se da más bien con quiénes hacen política cotidianamente en el medio poblacional, y que no son la cúpula. Yo diría que la cúpula política tiene mucha más posibilidad de ser aceptada y percibida favorablemente que quienes actúan directamente en el medio poblacional.





III. ACTORES SOCIALES EN ESCENARIOS DE DEMOCRATIZACION



30000 DESAPARECIDOS EXIGIMOS
CASTIGAR LOS CULPABLES

ALFONSO GUMUCIO

LAS COMPLEJIDADES DE LA TRANSICION INVISIBLE

MOVILIZACIONES POPULARES Y REGIMEN MILITAR EN CHILE

MANUEL A. GARRETON

(FLACSO, Chile)

PRESENTACION

El tema de las protestas y movilizaciones populares bajo el régimen militar chileno, que cobró especial relevancia desde que en mayo de 1983 se iniciara el ciclo de las Protestas Nacionales masivas, se inserta en tres tipos de debates¹.

En primer lugar, en el debate político estratégico de la oposición chilena al régimen militar. Desde la irrupción de ésta al espacio público en 1983, la "movilización social" ha sido el tema central de todos los debates y el punto de convergencia y divergencia principal. Los diversos sectores de oposición la invocan como un elemento imprescindible, aunque le otorguen significados y finalidades diferentes. En algunos momentos se transformó en un verdadero mito y se la consideró en sí misma la "estrategia para poner fin al régimen militar". En los tiempos recientes, en el debate autocrítico de la oposición, el tema vuelve a ser tocado, y hay quienes atribuyen al fracaso de tal estrategia la mantención del régimen de Pinochet, mientras otros persisten en considerarla el único camino².

Este primer tipo de debate se entronca con un segundo, de corte más académico, que se refiere al papel jugado por las movilizaciones sociales en los procesos de transición desde regímenes militares o autoritarios a regímenes democráticos. ¿Son ellas un compo-

¹ Como se verá más adelante, luego de diez años de régimen militar en los que se habían dado movilizaciones sectoriales importantes, se produjo en mayo de 1983 una gran movilización de masas que se repitió en los meses siguientes. Estas movilizaciones, las Protestas Nacionales, implicaron la irrupción en el espacio público de la oposición social y política, lo que obligó al Gobierno a agregar a su lógica militar y represiva una lógica de tipo político. Una completa descripción de estos procesos en G. de la Maza y M. Garcés, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*, Santiago: ECO, 1985.

² El Gobierno y la derecha han buscado identificar las movilizaciones sociales con el tema de la violencia y el vandalismo. La oposición política, sorprendida un tanto con los éxitos de sus primeras protestas, vio en ellas la gran posibilidad de desgastar definitivamente al régimen. Los partidos que constituyeron la Alianza Democrática, con el tiempo vieron en la movilización social el instrumento para forzar una negociación con las FF.AA., tomando así cierta distancia con sus formas de expresión más radicalizadas. Los sectores de oposición más propiamente de izquierda vieron en la movilización una fórmula de desestabilización que podía llevar al derrocamiento del régimen. Un ejemplo de crítica a la estrategia de movilizaciones es el documento de J.J. Brunner, "Notas para la discusión", mimeo, octubre 1986. Una posición más equilibrada en E. Boeninger, Documento interno, 18 de octubre de 1986. Una defensa de estos procesos en "Por la movilización social", noviembre de 1986, redactado por sectores ligados a la Intransigencia Democrática. Mi propia visión al respecto puede encontrarse en "1 escenarios e itinerarios de la transición", *Cuadernos ESIN*, No. 4, Instituto para el Nuevo Chile, Santiago, 1986; "Transición a la democracia en Chile: obstáculos, avances, dilemas", *Mensaje*, enero-febrero 1986 (Santiago); y "Balance y perspectivas de la transición a la democracia en Chile", *Análisis*, 29 al 26 de enero de 1987 (Santiago).

* Este trabajo será publicado en S. Eckstein, ed., *Protest and resistance movements in Latin America*. Una versión abreviada será publicada por IPALMO, Roma. El trabajo fue hecho en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Chile, donde el autor es Profesor Investigador, y terminado durante la estada como Profesor Invitado en L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, febrero 1987. El autor agradece la colaboración bibliográfica de Federico Joannon.

nente indispensable de un proceso de transición? ¿Juegan sus diversas formas un papel decisivo en la erosión o la recomposición del régimen militar? ¿Cómo se articulan con los procesos también indispensables de concertación y negociación entre régimen y oposición? ¿Hay momentos o tipos de movilización más adecuados a una transición?³

La tercera vertiente desde la cual se puede analizar las movilizaciones sociales populares nos remite al debate sobre los nuevos movimientos sociales y la constitución de sujetos histórico-políticos que se produce por la transformación profunda, aunque diferente en su naturaleza, que se da tanto en los países centrales como en los periféricos. ¿Constituyen estas movilizaciones sociales algo más que expresiones masivas de descontento con un régimen? ¿Son portadoras de los gérmenes de nuevos movimientos sociales, lo que implica una redefinición no sólo de los actores centrales sino de la relación entre política y sociedad? ¿Comprenden sólo a un presente inmediato o nos hablan de actores y formas democráticas del futuro?⁴

Un análisis de las movilizaciones y protestas populares en el caso del régimen militar chileno debe ubicarse en esta triple perspectiva.

Hace algunos años, antes de desencadenarse las protestas populares, se denominaba "transición invisible" a este fenómeno de redemocratización de la sociedad en términos de recomposición y reorganización de sujetos y actores sociales, distinguiéndola de la transición política a la democracia, que se mide en términos de mecanismos y plazos del régimen político⁵. Quedaba así planteado el problema de la relación entre ambos procesos. Es evidente que en estos tres años ha habido una movilización social y popular como no se dio en otros regímenes militares. Y también es cierto que la dictadura militar aún se mantiene, y parece cumplir con sus propios plazos y mecanismos de institucionalización. Cabe, entonces, plantearse esta paradoja y preguntarse por la naturaleza de estas movilizaciones y, por lo tanto, por las potencialidades y límites de esta "transición invisible".

En la primera parte de este trabajo discutiremos los tipos y características de las movilizaciones sociales en regímenes militares. En la segunda parte haremos una reseña de la evolución de las movilizaciones bajo el régimen militar chileno, refiriéndonos principalmente a las de tipo global como las Protestas y Paros, a los rasgos básicos de las movilizaciones sectoriales y al impacto de las formas de movilización en la opinión

3 Una discusión de esta problemática en G. O'Donnell y Ph. Schmitter, "Political life after authoritarian rule: tentative conclusions about uncertain transitions", en O'Donnell, Schmitter, Whitehead, *Transitions from authoritarian rules. Prospects for democracy*, John Hopkins University Press, 1986. También en M.A. Garretón, "Seis proposiciones sobre democratización política en Chile", *Convergencia*, No. 10, diciembre 1986 (Santiago).

4 Véase sobre esta perspectiva de los nuevos movimientos sociales, en un plano más teórico y referido en parte a las sociedades desarrolladas, A. Touraine, *La voix et le regard*, Paris: Seuil, 1978; "Les mouvements sociaux: objet particulier ou problème central de l'analyse sociologique", *Revue Française de Sociologie*, XXV, 1984; *Mouvements sociaux d'aujourd'hui. Acteurs et analystes*, Paris: I.d. Economie et Humanisme, Les Editions Ouvrières, 1982. También K. Eder, "A new social movement?", *TELOS*, No. 52, Summer 1982; J. Cohen, "Between crisis management and social movements. The place of institutional reforms", *TELOS*, No. 52, Summer 1982; T. Evers, "La faz oculta de los nuevos movimientos sociales", *Punto Crítico*, VII: 25, Buenos Aires, 1985. Para el caso brasileño, M. Grossi, "El cuestionamiento de la política partidaria en Brasil", mimeo, 1985; P. Singer y V. Caldeira Brant (eds.), *O povo em movimento*, Petropolis: Vozes, 1980. Para el caso chileno, el volumen editado por CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales y la lucha democrática en Chile*, Santiago, 1986 (especialmente la Introducción de G. Campero); M.A. Garretón, *Dictadura y democratización* (Santiago: FLACSO, 1984), Cap. 3.

5 M.A. Garretón, *El proceso político chileno*, (Santiago: FLACSO, 1983), Cap. 11.

pública. En la tercera parte formularemos algunas hipótesis interpretativas a partir de tres ejes: las transformaciones sociales ocurridas bajo el régimen militar, la redefinición de las relaciones entre política y sociedad o partidos y movimientos sociales, y la vinculación de la movilización social con el proceso de transición política.

MOVILIZACIONES SOCIALES Y REGIMEN MILITAR

No cabe aquí un recuento de las características y evolución de los regímenes militares que emergieron en los sesenta y setenta en el Cono Sur de América Latina⁶. Para los efectos de nuestro análisis nos basta con algunas consideraciones.

En primer lugar, uno de los rasgos esenciales de estos regímenes es su definición anti-movilizadora. Habiéndose impuesto sobre una sociedad muy activada, ellos buscan su desmovilización en todos los frentes, incluso en el de apoyo civil a su gestión. Desmovilización y despolitización como objetivos llevan a que tanto los elementos represivos como los aspectos transformadores de estos regímenes intenten no sólo desmantelar las formas tradicionales de movilización que la sociedad conoció, sino imposibilitar la constitución de nuevos actores y nuevas formas de movilización. Las movilizaciones sociales en los regímenes militares estarán así siempre en referencia al grado y tipo de represión, a la naturaleza de las transformaciones estructurales e institucionales, y a la existencia de espacios de reconstitución de la acción colectiva que pueden ser provistos o por la arena política o por instituciones como la Iglesia.

Ello nos lleva a una segunda consideración, que se refiere a un cierto paralelismo entre la evolución de estos regímenes y la de las movilizaciones en su contra⁷. En los primeros tiempos del régimen militar, caracterizado normalmente por el predominio irrestricto de la dimensión reactivo-represiva, las movilizaciones tienden a ser inexistentes o muy marginales, y reducidas a expresiones testimoniales o defensivas de grupos directamente afectados por la represión, muchas veces amparados por las Iglesias. En la fase más "activa" del régimen militar, cuando éste intenta desplegar un proyecto de transformación económico-social fundante de una nueva hegemonía, hay un predominio de las resistencias y movilizaciones sociales —que adquieren rasgos típicamente reivindicativos— por parte de los sectores afectados por tales transformaciones. La globalización de estas resistencias sectoriales tiende a manifestarse principalmente en el plano cultural. Es con la crisis del proyecto transformador del régimen, con el inicio de su descomposición y el aislamiento de su núcleo dirigente, que se produce la masificación de las movilizaciones. Si las primeras movilizaciones masivas tienen como ejes la pérdida del miedo, la expresión de descontentos, el reconocimiento de un sujeto colectivo amplio y plural, estos ejes son insuficientes para profundizar la crisis del régimen y avanzar en un proceso de transición. Tampoco bastan los elementos reivindicativos sectoriales o corporativos. Se hace necesaria aquí la demanda, estrictamente política que apunta al término del régimen, y a mecanismos y plazos de transición. Y en este proceso adquiere un papel crucial la rearticulación del liderazgo político con las múltiples y variadas expresiones de descontento y aspiraciones presentes en las movilizaciones sociales.

⁶ Una discusión general en D. Collier (ed.), *The new authoritarianism in Latin America*, Princeton, 1979; G. O'Donnell, "Reflexiones sobre las tendencias de cambio en el Estado burocrático autoritario" (en castellano en *Revista Mexicana de Sociología*, 1/1977; en inglés en *Latin American Research Review*, 12: 1, Winter 1978); Garretón, *Dictaduras...*, Cap. 1 (en inglés, "The failure of dictatorships in the Southern Cone", *TELOS*, Fall 1986) y *El proceso...*, 2a parte.

⁷ Para la evolución de estos regímenes, véase Garretón, *Dictaduras...*, Cap. 1.

Si se consideran, entonces, los rasgos propios de estos regímenes militares y su evolución desde su instalación hasta el momento de su término, es posible pensar la especificidad de las movilizaciones sociales que se dan en él —más allá de rasgos comunes a movilizaciones que se dan en cualquier tipo de régimen— en términos de dos ejes⁸. Uno es la recomposición del sistema de actores colectivos que ha sido eliminado, desarticulado o debilitado por las transformaciones estructurales e institucionales del régimen. El otro es el proceso de profundización de la crisis de la dictadura y el desencadenamiento o aceleración de la transición política. No siempre hay coincidencia entre estos dos ejes, e incluso pueden en determinados momentos poseer dinámicas contradictorias.

La tercera observación remite a la diversidad de significados y funciones de las movilizaciones sociales bajo regímenes militares. En efecto, estos comportamientos colectivos que expresan alguna forma de oposición o resistencia a una dictadura cumplen, tanto en términos de los actores involucrados como de los efectos que producen, papeles que no pueden ser subsumidos en una sola categoría. Así, pueden distinguirse cuatro tipos de movilizaciones básicas, independientemente de las actividades que las componen. La primera es la movilización de tipo expresivo-simbólico, con fuerte contenido ético y emocional, que busca sobre todo la afirmación o defensa de una identidad y de una comunidad que se siente amenazada, que expresa rebeldía, y que no se orienta por la búsqueda de resultados diferentes a la pura expresión de esa identidad, esa propuesta o esa rebeldía. El segundo y el tercer tipo de movilización son de carácter más instrumental y están orientados a la búsqueda de resultados específicos. El primero de ellos es la movilización instrumental organizativa, que busca como resultado consolidar y reproducir la organización, aumentando su legitimidad "interna" y "externa". La otra forma de movilización instrumental es la clásica de tipo reivindicativo, que busca mejorar la condición de un actor particular en el plano social, económico o político. El marco institucional, y la autonomía y fuerza orgánica de cada actor, son determinantes en este tipo de movilización. El cuarto tipo de movilización es el que podríamos denominar como propiamente político, el cual se guía por metas y métodos referidos al término y reemplazo del régimen militar. Si bien no pueden identificarse estos tipos de movilizaciones con formas o actividades específicas, y una misma actividad puede tener cualquiera de los cuatro significados señalados, es posible encontrar ejemplos privilegiados para cada uno de ellos, como son las movilizaciones en torno al derecho a la vida, vía ayunos o huelgas de hambre, para el primer caso; las movilizaciones electorales en el seno de una organización como un Colegio Profesional, para el segundo caso; las tomas de terreno o la huelga salarial, para el tercer caso; y el movimiento por "elecciones directas" en Brasil, como ejemplo típico de movilización política⁹.

Es evidente que toda movilización tiende a combinar algunas de estas dimensiones;

⁸ Si bien pueden encontrarse movilizaciones de tipo semejante bajo diferentes regímenes, lo que aparece como característico de las protestas y movilizaciones bajo la dictadura es, por un lado, un contexto institucional que las prohíbe, impide o dificulta; por otro lado, el que ellas explícita o implícitamente apuntan al término del régimen. Estos dos rasgos, a su vez, le dan a las protestas y movilizaciones bajo dictaduras un alto componente de "heroicidad" y carga emotiva, y también de politización.

⁹ Sobre familiares de detenidos desaparecidos y sus luchas, G. Bravo, "Vida y muerte en el nuevo orden y génesis de una moral alternativa", *Proposiciones*, No. 5, enero 1982. Una versión completa en "Crisis de sentido y transformación de identidades sociales", Tesis de Grado, Instituto de Sociología, Universidad Católica de Chile, mimeo, 1982; H. Vidal, *Dar la vida por la vida. La agrupación Chilena de Familiares de Detenidos Desaparecidos*, University of Minnesota, 1982. Sobre movilizaciones reivindicativas, véase Nota 23. Sobre movilizaciones electorales, Nota 38.

sin embargo, lo importante es el peso que se le asigna a cada una de ellas. Por otro lado, la identificación de actores específicos con una de estas dimensiones puede tener efectos inhibidores de un proceso de transición, por lo que uno de los problemas básicos de una oposición movilizadora es cómo combinar estos tipos de movilización, evitando los comunitarismos o particularismos, los corporativismos o la excesiva politización que reducen la extensión de la apelación.

Una última consideración se refiere a los límites de las movilizaciones sociales en cuanto promotoras o productoras de procesos de transición. En efecto, ellas son uno de los componentes de tales procesos y no "el" componente. Las transiciones suponen, además de movilizaciones, descomposición del bloque gobernante, negociación entre régimen y oposición, y mediación de instancias o actores por encima de régimen y oposición¹⁰. Con estos tres procesos las movilizaciones tienen relaciones complejas y ambivalentes, pudiendo tener efectos mutuamente reforzantes o contradictorios. El significado político de las movilizaciones depende de su "efecto estatal", y éste es un elemento específico que no se reduce a la movilización misma. Bajo un régimen autoritario, si una movilización no se inserta en una estrategia que calcula el "efecto estatal", éste queda enteramente en manos del poder dictatorial. Este efecto estatal puede formar parte de una estrategia insurreccional-militar o de una propiamente política, en cuyo caso se trata de un proceso de negociación o concertación entre los titulares del poder y la oposición. Así, en transiciones políticas, la relación entre movilización popular y negociación política adquiere un carácter crucial y definitorio en toda estrategia opositora.

LAS MOVILIZACIONES SOCIALES EN EL REGIMEN MILITAR CHILENO

En 1973, con el derrocamiento de Salvador Allende y del gobierno de la Unidad Popular, se puso fin no sólo a la experiencia de la "vía chilena al socialismo", que intentaba transformar drásticamente la estructura socioeconómica manteniendo el régimen político democrático; también significó el término de un largo período de estabilidad democrática, que arrancaba de los años treinta¹¹.

En efecto, desde esa década Chile vivió la correlación de tres procesos que en otros países de América Latina se dieron en forma separada: un proceso de democratización política, con la creciente inclusión de un espectro partidario completo desde derecha a izquierda, y con la progresiva participación ciudadana que se consolidó en la década del sesenta; un proceso de democratización social, que significó un muy importante rol redistributivo del Estado, y una fuerte presión de capas medias y sectores populares organizados; finalmente, un proceso de industrialización sustitutiva incompleta, en el cual, sin embargo, la exportación de cobre seguía siendo la principal riqueza, y donde el Estado jugaba un rol significativo¹².

¹⁰ Garretón, "Seis proposiciones...".

¹¹ Una visión general de este período en B. Loveman, *Chile: the legacy of hispanic capitalism*, Oxford University Press, 1979; T. Moulian, *Democracia y socialismo en Chile*, (Santiago: FLACSO, 1983), pp. 165-158; A. Pinto, *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*, Buenos Aires: Solar, 1971; Garretón, *El proceso...*, Cap. 1 y "Chile: In search of lost democracy", en J. Harllyn y S. Morley (eds.), *Latin American Political Economy: Financial crisis and political change*, Westview Press, 1986 (en castellano en *Desarrollo económico*, Vol. 25, No. 99, Buenos Aires, diciembre 1985); M. Aylwin et al., *Chile en el siglo XX*, Santiago: Emisión, s/f.

¹² Moulian, *Democracia y...*; Garretón, *El proceso...*

Todo lo anterior significó un tipo de integración de los sectores populares en forma gradual, institucionalizada y conflictiva, dependiente en muy alto grado del sistema político partidario: fuerzas sociales débiles, pero políticamente fuertes; debilidad de movimientos sociales autónomos; capacidad de representación política alta y articulación estrecha entre liderazgo social y liderazgo político-partidario.

El carácter subordinado de la integración popular, la politización de las luchas reivindicativas, la presencia de partidos de centro y de izquierda, especialmente, que aceptaban el régimen político y jugaban en él, pero presionaban por cambios sociales, le dieron a esta integración una nota particular: la importancia asignada a la organización social y su vinculación político partidaria, y el valor asignado a la lucha reivindicativa. Todo ello favoreció un tipo de movilización que, legal o para-legal, tenía siempre al Estado como referente de la acción colectiva¹³.

En la década del sesenta se hizo patente la rigidez del sistema capitalista dependiente para seguir sosteniendo un proceso de democratización global¹⁴. Paralelamente se dio un proceso de radicalización del espectro político partidario, donde la derecha tradicional se unificó en un partido con tendencias cada vez más autoritarias y nacionalistas; en el centro político se consolidó la Democracia Cristiana como un partido ideológico, de escasa flexibilidad para las alianzas y con fuerte contenido mesiánico y transformador; en la izquierda, los dos grandes partidos, Partido Socialista y Partido Comunista, junto a otros grupos escindidos del centro político, consolidaron una alianza que plantearía un proyecto socialista de cambios radicales dentro del marco democrático¹⁵. En 1964, el presidente Eduardo Frei inició un proceso de modernización capitalista y de democratización que incorporó a los sectores campesino y marginal urbano hasta entonces excluidos. A mediado de su gobierno, hubo un empujamiento del proceso de reformas y una masificación de las movilizaciones en forma de huelgas ilegales, tomas de terreno, a veces violentamente reprimidas. En todo caso, con la reforma agraria, la semi nacionalización del Cobre y la incorporación de los sectores urbanos marginales, se había avanzado profundamente en la modernización y democratización incompletas de las últimas décadas¹⁶.

¹³ Sobre la importancia del Estado, fuera de los textos ya mencionados, véase M. Góngora, *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile durante los siglos XIX y XX*, Santiago: La Ciudad, 1981. Un estudio de la relación entre el movimiento sindical y el sistema político, en A. Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, México: ERA, 1974.

¹⁴ Véase T. Moulian, "Tensiones y crisis políticas: análisis de la década del 60", Santiago: CED, Documento de trabajo No. 17, 1984.

¹⁵ La Derecha, representada tradicionalmente por los partidos Liberal y Conservador, se unificó en el Partido Nacional a mediados de los sesenta. En el centro, la predominancia del Partido Radical, de tipo pragmático y pendular y origen laico, cedió paso a la Democracia Cristiana. Los Partidos Socialistas y Comunistas, que habían constituido el Frente de Acción Popular, al incorporar a su alianza a fines de los sesenta al Partido Radical, al MAPU y a otros grupos menores, constituyeron la Unidad Popular. Es importante consignar el clima ideológico de la época y el impacto de la Revolución Cubana, que radicalizaron las opciones políticas, lo que se hizo sentir en la Izquierda, sobre todo en el Partido Socialista.

¹⁶ Sobre el período democrata-cristiano y sus consecuencias, además de la bibliografía ya citada, véase B. Stallings, *Class conflict and economic development in Chile, 1958-1973*, Stanford University Press, 1978; A. Valenzuela, *The breakdown of democratic regimes: Chile*, John Hopkins University Press, 1978; L. de Ritz, *Sociedad y política en Chile*, México: UNAM, 1979; S. Molina, *El proceso de cambio en Chile. La experiencia 1965-1970*, Santiago: Universitaria, 1972.

El gobierno de Allende implicó una nueva profundización de este proceso de democratización¹⁷. El tipo de reformas planteado hirió intereses del capital extranjero y del gran capital chileno. Desde el inicio hubo un enfrentamiento entre vastos sectores populares, el gobierno y los partidos que lo integraban, por un lado, y una oposición que, poco a poco, fue abandonando el terreno institucional y haciéndose nítidamente golpista. La época se caracterizó por una enorme movilización de masas, de uno y otro sector, en un marco de creciente polarización política. La inclinación de los sectores medios y de la Democracia Cristiana hacia una oposición radical al Gobierno dejó aislado a éste, pese a contar con un apoyo del 44 por ciento en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 y con un muy fuerte apoyo popular. En este clima de polarización y desinstitucionalización, favorecido por la política de boicot norteamericano al Gobierno, las Fuerzas Armadas, encabezadas por Pinochet, dieron el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, bajo el pretexto de "restaurar la institucionalidad quebrantada"¹⁸.

Las dos tareas que se propuso el régimen militar eran, por un lado, la recomposición de un capitalismo en crisis y, por otro, la desarticulación de la sociedad política, pasando por la eliminación del "enemigo derrotado": la Unidad Popular y los sectores sociales que ella representaba. El período que va desde 1973 a 1976/1977 se caracterizó por el predominio irrestricto de la dimensión represiva, que encontró al frente, como barrera de protección, a la Iglesia Católica; por la progresiva personalización del poder de Pinochet; y por la emergencia y consolidación de un equipo tecnocrático en la dirección estatal, junto a Pinochet, conocido como el "equipo de Chicago", que le dio una orientación de contenido al régimen militar¹⁹. Desde 1977 a 1981 se intensificó el proyecto transformador del régimen militar a través del modelo económico a la Chicago; de un vasto plan de reformas sociales destinadas a reducir el rol redistributivo del Estado, segmentar la base social e introducir en todas las esferas los mecanismos de mercado, eliminando la acción colectiva y política; y de un proceso de institucionalización política que culminó en una nueva Constitución impuesta en 1980, que buscaba asegurar el paso de una dictadura militar a un régimen autoritario, con la designación del general Pinochet como

17 Sobre el período de la Unidad Popular, véase, además de los libros de Stallings, de Riz y A. Valenzuela citados, M.A. Garretón y T. Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago: Minga, 1983; S. Bitar, *Transición, socialismo, democracia. La experiencia chilena*, México: Siglo XXI, 1979.

18 Sobre el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, además de los textos citados en la nota 17, véase C. Prats, *Memorias de un soldado*, Santiago: Pehuén, 1986; J. Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, Barcelona: Ariel, 1976.

19 Sobre la represión, véase H. Fruhling, "Repressive policies and legal dissent in authoritarian regimes: Chile 1973-1981", *International Journal of the Sociology of Law*, No. 12, 1984 (en castellano, "Discriminamiento de la sociedad: Estado y sociedad civil en Chile 1973-1981", mimeo, Santiago, 1982). Sobre el modelo económico puesto en práctica por el equipo de los "Chicago Boys", como se les llamó por su irrestricta adhesión a las teorías de la escuela económica de Chicago y de Milton Friedman, véase A. Foxley, *Latin American experiments in neo-conservative economics*, University of California Press, 1983. En general, sobre la evolución del régimen militar y de su proyecto socio-económico y político, S. Valenzuela y A. Valenzuela (eds.), *Military rule in Chile. Dictatorship and opposition*, John Hopkins University Press, 1985; P. Vergara, *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, Santiago: FLACSO, 1985; Eugenio Tironi, *El liberalismo real*, Santiago: SUR, 1986. Los aspectos más políticos de esta evolución en Garretón, *El proceso ...*, Tercera Parte; "Escenarios ..."; en inglés, "The political evolution of the Chilean military regime and problems in the transition to democracy", en O'Donnell, Schmitter, Whitehead (eds.), op. cit., Vol. on Latin America. Véase también A.E. Fernández Jiliberto, "Dictadura militar y oposición política en Chile 1973-1981", *Latin American Studies*, No. 31, Holland: CEDLA, Foris Publications, 1985.

Presidente hasta 1989, y en esa fecha la posibilidad de ser redesignado hasta 1997 en un plebiscito unipersonal²⁰. A partir de 1981, el modelo transformador del régimen entró en crisis, por el fracaso de su esquema económico. Ello significó fragmentación del bloque civil de apoyo, agudización de la personalización del poder, mayor aislamiento del gobierno militar, y un descontento de las capas medias que potenció la movilización popular y la emergencia pública de los partidos políticos²¹. En 1983 se inició la protesta masiva, social y política, frente a la cual el régimen mantiene un alto nivel represivo, combina aperturas limitadas e informales con "cierres" políticos, y avances en la institucionalización con miras al 89. La oposición, por su parte, enfrenta los problemas de su fragmentación y de la vinculación de la estructura político partidaria con la sociedad²².

a) LAS EXPRESIONES COLECTIVAS 1973-1983

Hasta 1983 sólo puede hablarse de movilizaciones sectoriales y parciales. Ellas correspondían a: acciones de defensa, protesta y solidaridad, en relación a las violaciones de los derechos humanos como asesinatos, detenciones, torturas, desapariciones (actos masivos, ayunos, huelga de hambre, etc.); a organización de actividades de subsistencia en medios poblacionales (Ollas Comunes, Bolsas de Cesantes, etc.); actividades reivindicativas también en medios poblacionales (tomas reducidas de terreno, demandas al poder municipal); reivindicaciones laborales (alteraciones del proceso productivo, viandazos, huelgas parciales), las que a partir de 1978 fueron al mismo tiempo activadas y acotadas con la dictación de las leyes laborales por parte del Gobierno, lo que implicó un limitado renacimiento del sindicalismo de base, en tanto se constituían a nivel nacional organizaciones

²⁰ Un análisis de la Constitución en C. Arriagada, "La Constitución, ¿conduce a la democracia?", *Hoy*, 358, 1984 (Santiago).

²¹ Sobre la crisis del proyecto del régimen militar y la persistencia de éste pese a tal crisis, véanse los libros de P. Vergara y E. Tironi citados; y Garretón, "Escenarios ..." y *El proceso* ..., Cap. 9. Sobre los partidos políticos, véase FLACSO *Partidos políticos y democracia*, Santiago, 1985; Garretón, *Dictadura y democratización* ..., Cap. 4, y "Chili: partis politiques et autres acteurs sociaux", *Amérique Latine*, 24, Paris, décembre 1985; A. Valenzuela y S. Valenzuela, "Party opposition under the Chilean authoritarian regime", *Military rule* ... Sobre el Partido Comunista, J.A. Viera-Gallo, "El Partido Comunista y la violencia", *Mensaje*, enero 1987.

²² A manera de síntesis recordatoria: la oposición en Chile está formada por dos sectores menores de derecha (liberales y Republicanos); en el centro, por el Partido Demócrata Cristiano, el Social Demócrata y el Radical, con claro predominio demócratacristiano; y en la izquierda, dos Partidos Socialistas (junto a otros grupos socialistas menores), el MAPU, la Izquierda Cristiana y el Partido Comunista. Finalmente está la oposición netamente insurreccional y armada, en la que destacan el MIR y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Se han intentado diversas formas de agrupación de los partidos de oposición, sin haberse llegado a una multipartidaria. En 1983 se constituyeron la Alianza Democrática (Republicanos, Liberales, Social Demócrata, Democracia Cristiana, Partido Radical, Unión Socialista Popular, Partido Socialista, sector Briones o Núñez), el Movimiento Democrático Popular (Partido Socialista, sector Almeyda; Partido Comunista, MIR y otros grupos menores), el Bloque Socialista, disuelto dos años después (Partido Socialista de la Alianza Democrática, Izquierda Cristiana, MAPU, MAPU-Obrero-Campesino, Convergencia Socialista e Independientes). Ha habido intentos posteriores de buscar reagrupamientos más amplios a través de personalidades de diversas tendencias, como el PRODEN o la Intransigencia Democrática, de gravitación puntual o circunstancial. El intento más importante de reagrupamiento fue el Acuerdo Nacional, a mediados de 1985 y a instancias del Cardenal Fresno, donde se agregaron a los partidos de la Alianza dos partidos de derecha, el Partido Nacional y la Unión Nacional, y la Izquierda Cristiana. En 1986 este Acuerdo Nacional se amplió a varios grupos socialistas y al MAPU, pero se sustrajeron la Unión Nacional y la Izquierda Cristiana. Todos estos bloques se conocen con el nombre de "referentes". En cuanto a la derecha, se ven como herederos del régimen la Unión Demócrata Independiente, los Nacionalistas, la Unión Nacional y el Partido Nacional.

de coordinación sindical más volcadas hacia lo político; manifestaciones de alcance político en determinadas fechas, que tuvieron un auge principalmente en el período del plebiscito de 1980, pese a las restricciones (concentraciones relámpago, difusión de panfletos, pequeñas marchas, etc.); movilizaciones culturales, especialmente en medios estudiantiles universitarios, en los que también se daban concentraciones relámpago y movilizaciones reivindicativas que alcanzaban la forma de paralizaciones parciales; etc.²³.

Sin entrar en un análisis pormenorizado de las movilizaciones durante este decenio (1973-1983), y reconociendo la heterogeneidad tanto de ámbitos como de períodos, es posible indicar sus características generales. En primer lugar, ellas se dieron en un marco altamente represivo y de muy escasa permisividad, lo que explica su carácter aislado, errático y de duración breve. En segundo lugar, salvo escasas excepciones en el ámbito reivindicativo, estas movilizaciones no parecen dirigidas a un interlocutor del que se espera la satisfacción de una demanda, sino que estaban orientadas más bien por principios de tipo expresivo y autorreferentes. En los casos reivindicativos, la ausencia de respuestas gubernamentales positivas y la represión, dejaron entregadas las movilizaciones a su propia descomposición interna²⁴. En tercer lugar, una buena parte de estas movilizaciones estaba vinculada a la protección institucional de la Iglesia, donde tendió a reconstituirse un sistema de organizaciones sociales que poco a poco cobró autonomía. En cuarto lugar, y pese a la imposibilidad de trascender a niveles de expresión más globales y coordinados, lo que será propio del ciclo de las Protestas que examinaremos más adelante, la recurrencia de estas diversas movilizaciones apunta a dos fenómenos importantes. Por un lado, el régimen militar no logró eliminar las expresiones colectivas ni los gérmenes de organización en que éstas se basaban. Por otro lado, en todas estas movilizaciones estaban presente una franja de militantes de partidos y de organizaciones de derechos humanos o de iglesias; dichos militantes —que se movían con relativa autonomía respecto de sus aparatos, con lo que se definió un nuevo modo de relación de lo

23 Para un panorama general de las movilizaciones de jóvenes, pobladores, movimiento sindical, campesinos y mapuches, véase CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales ...*. Sobre los movimientos de jóvenes, I. Agurto, M. Canales, G. de la Maza, *Juventud chilena: razones y subversiones*, Santiago: ECO-FOLICO-SEPADE, 1985. Sobre los movimientos de pobladores y las tomas de terrenos, E. Morales y S. Rojas, "Relocalización socio-espacial de la pobreza. Política estatal y presión popular, 1979-1985", Santiago: FLACSO, Documento de Trabajo, No. 280, 1986; A. Rodríguez (Coord.), "Campesintento Raúl Silva Henríquez y Monseñor Francisco Fresno. Experiencia de asistencia técnica", Santiago: SUR, Documento de trabajo, No. 23 b, 1984; A. Rodríguez, *Por una ciudad Democrática*, Santiago: SUR, 1983; V. Espinoza, "Tipos de acción poblacional y movimiento popular urbano en Chile", Santiago: SUR, Documento de trabajo, No. 18, 1983. Sobre las acciones del movimiento sindical, G. Campero y J.A. Valenzuela, *El movimiento sindical en el régimen militar chileno*, Santiago: ILET, 1984; M. Barrera, *La demanda democrática de los trabajadores*, Santiago: CES, 1986; J. Ruiz-Tagle, *El sindicalismo chileno después del Plan Laboral*, Santiago: PET, 1985. Sobre las acciones de las organizaciones económicas populares, puede consultarse los diversos estudios del Programa de Economía del Trabajo de la Academia de Humanismo Cristiano (PET); entre otros, C. Hardy Hambre+ Dignidad+ Ollas Comunes, Santiago: PET, 1986. Sobre acciones culturales, ver Cap. IV de Agurto, Canales, de la Maza, *Juventud chilena ...*; P. Gutiérrez, *Agrupaciones culturales. Una reflexión sobre las relaciones entre política y cultura*, Santiago: CENECA, 1983. Sobre las luchas anti-represivas y el movimiento de derechos humanos, véase H. Frühling, art. cit.; los trabajos de SERPAJ, la Vicaría de la Solidaridad y la Comisión de Derechos Humanos; también H. Vilella et al., *Los derechos humanos como política*, Santiago: Amerindia, 1985. Sobre las movilizaciones en torno a los detenidos desaparecidos, véase citadas en Nota 9. Las luchas contra la tortura, en H. Vidal, *El Movimiento contra la Tortura* Sebastián Acededo, *Derechos humanos y la producción de símbolos nacionales bajo el fascismo chileno*, Institute for the Studies of Ideology and Literature, University of Minnesota, 1986.

24 Además de los textos citados sobre acción sindical reivindicativa y sobre la acción poblacional del mismo tipo, véase R. Baño, *Lo social y lo político* (Santiago: FLACSO, 1985), Caps. 1 y 2.

social con lo político— se constituyeron en los animadores de tales movilizaciones²⁵. La presencia de este “activo político-social” en los diversos ámbitos —mezcla de clase política intermedia y animadores o dirigentes sociales— es lo que aseguró cierta continuidad en una precaria organización sometida a la marginalidad y lo que permitió su emergencia en el momento de la crisis del proyecto transformador del régimen militar en 1983.

b) EL CICLO DE PROTESTAS Y PAROS

En mayo de 1983 se produjo la primera manifestación masiva denominada Protesta Nacional, y con ello el tema de la movilización social llegó a ocupar un lugar central tanto en la relación régimen-oposición como en los debates y acciones de la oposición misma. La organización sindical más importante, si se considera su tamaño y posición estratégica —esto es, la Confederación de Trabajadores del Cobre—, pocos días antes del 11 de mayo y a raíz de discusiones con otras agrupaciones sindicales, cambió un llamado a Paro Nacional por un llamado a protestar masivamente, difundiendo esta convocatoria a través de instructivos²⁶.

Durante ese día hubo paros parciales, ausentismo, trabajo lento, manifestaciones en los centros laborales; asambleas, manifestaciones y tomas en las Universidades; bocinazos y concentraciones relámpagos en el centro de la ciudad y en arterias importantes; ruido de cacerolas, cortes de luz en la tarde en barrios de sectores medios y pobladores, donde también se dieron barricadas; ausentismo en las escuelas y abstención de compra en el comercio. El gobierno, que en un comienzo quiso desconocer esta manifestación, desató una represión que costó dos muertos, 50 heridos y 300 detenidos.

De algún modo, la rutina reseñada de la Primera Protesta se repitió en las siguientes, con las salvedades que anotaremos; sin embargo, en ellas fueron adquiriendo mayor importancia las acciones operativas del tipo barricadas, apagones de luz, y la represión se fue endureciendo con la presencia de grandes contingentes militares en la ciudad y, sobre

²⁵ Se trata de militantes de partidos de izquierda y también de la Democracia Cristiana, pero también de sectores independientes, educadores populares, trabajadores sociales, etc. Una ilustración al respecto en ECO, *Tres aproximaciones al trabajador social popular*, Santiago: ECO, 1983.

²⁶ De la Maza y Garcés explican así el cambio de Paro a Protesta: “El antecedente inmediato de la Primera Protesta es el de un movimiento sindical que se politiza, que salta los canales impuesto por el régimen. La CTC (Confederación de Trabajadores del Cobre) asume la conducción del movimiento sindical y convoca a un Paro con objetivos políticos explícitos (...). De hecho, sólo algunas zonales de la CTC apoyaban el Paro, mientras la importante zonal de Chuquicamata (y también Andina) tenían una postura contraria. Por otro lado, otras expresiones sindicales, controladas por la Democracia Cristiana, tampoco apoyaban el llamado a paro. Por último, era visible el riesgo represivo que el paro involucraba, represión avalada por el marco legal vigente en que el sindicalismo se desenvolvía (...). La convocatoria deriva en “expresión pública de descontento (...)”, (*La explosión de las mayorías...*, p. 27). Por su parte, J. Martínez (en “Miedo al Estado, miedo a la sociedad. Sobre las protestas opositoras en Chile y el problema del miedo”, mimeo, Santiago, 1985; también en *Proposiciones* No. 12, octubre-diciembre 1986), explica la importancia que tiene el que la Primera Protesta haya sido convocada por la Confederación de Trabajadores del Cobre. Por un lado, está la ubicación estratégica de la minería del cobre y la percepción generalizada de ello en los diversos sectores sociales. Por otro, la capacidad articuladora de esta organización tanto respecto a las dos corrientes del sindicalismo chileno (una de orientación más política, ligada a la industria y minería tradicionales, protegidas por el Estado y en manos privadas, y la otra, más gremialista, ligada a las grandes empresas estratégicas del Estado o controladas por el capital extranjero) como respecto de las organizaciones gremiales de las clases medias.

Fuera de los dos textos citados, pueden encontrarse análisis de aspectos parciales de las Protestas en Agurto, Canales, De la Maza, *Juventud chilena...*, y en CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales...*

todo, en las poblaciones²⁷. A partir de la tercera protesta, este tipo de manifestación, cuya duración era de dos días, se fue extendiendo a provincias. Entre mayo de 1983 y octubre de 1984 hubo once protestas, con una frecuencia casi mensual (exceptuando las vacaciones de verano), con grados de éxito diversos, en las que se introdujeron otras formas de movilización (Jornadas por la Vida, concentraciones políticas en teatros y espacios abiertos, etc.). La Protesta de octubre de 1984 se convirtió en un primer esbozo de Paro General y provocó la decisión del Gobierno de proclamar el Estado de Sitio, lo que prácticamente terminó con esta fase del Ciclo de Protestas. Levantado el Estado de Sitio a mediados de 1985, hubo nuevos llamados a protestas, pero de menor envergadura y normalmente convocados por sectores particulares de la oposición. A fines de 1985 se realizó una gran concentración masiva convocada por la Alianza Democrática²⁸. En abril de 1986 se realizó una jornada que intentaba reimpulsar el movimiento de Protesta, y en julio una nueva agrupación de dirigentes sociales con representación política, la Asamblea de la Ciudad, convocó a un Paro Nacional de dos días con un alto grado de éxito organizativo²⁹. La detención de los dirigentes, la discusión interna de la oposición sobre la validez de este tipo de movilización social para terminar con el régimen, unidos posteriormente al descubrimiento de arsenales internados por sectores insurreccionales, así como el atentado al general Pinochet, llevaron a un reflujo y decaimiento quizás definitivo del movimiento de Protestas, lo que fue reforzado con la nueva declaración de Estado de Sitio en septiembre de 1986³⁰.

Sin entrar en una descripción detallada de las características de cada Protesta, ni de su evolución ni de los debates y actores involucrados, vale la pena hacer algunas observaciones sobre este ciclo de movilizaciones desde la perspectiva que hemos planteado.

En primer lugar, hay al menos tres elementos que contribuyen a explicar el éxito de la Primera Protesta. Por un lado, la crisis del modelo económico "a la Chicago", base del proyecto transformador del régimen, fue erosionando el apoyo de sectores medios. Esto creó un cierto espacio de permisividad, el cual hizo posible que la protesta de los sectores sociales opositores organizados no terminara en masacre. Parece fundamental, entonces, esta confluencia de los dos sectores —clases medias y clases populares—, que en las últimas décadas habrían sufrido un creciente desencuentro y confrontación³¹. Esta confluencia se expresa en parte —y éste es el segundo elemento— en la naturaleza del organismo

27 Véase C. Piña, "Informe de una barricada", Santiago:FLACSO, 1986. En la Cuarta Protesta, agosto 1983, Pinochet anunció la presencia de 18.000 militares en las calles de Santiago. Después de las Protestas, sus convocantes, además de centenares de manifestantes, eran detenidos o relegados. Véase De la Maza y Garcés, *La explosión de las mayorías...*

28 A partir de agosto de 1983 se habían empezado a constituir los "referentes" o bloques políticos de oposición, que cristalizaron la fragmentación de esta última. Véase Nota 22. El llamado a la Tercera Protesta había sido hecho por los firmantes del Manifiesto Democrático, que luego formaron la Alianza Democrática.

29 En el Paro de julio de 1986, cuyo éxito organizativo es innegable, el impacto político sobre el régimen se debió fundamentalmente al efecto nacional e internacional de la represión en la cual las fuerzas militares quemaron a dos jóvenes, causando —como se sabe— la muerte de uno de ellos. Sobre este tema, véase *Apis*, Número Extra, 7 de julio de 1986 (Santiago).

30 Esta declaración de Estado de Sitio, que se mantuvo hasta enero de 1987, fue la respuesta al descubrimiento de los arsenales de armas en el norte del país, imputados al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, y al atentado contra el general Pinochet, reivindicado por el Frente.

31 Garretón, "En busca de la democracia perdida", op. cit.

convocador, el cual junto con simbolizar a la clase trabajadora, es de todos los núcleos de esa clase el que mejor expresa una cierta seguridad para los sectores medios; las características personales de su dirigente máximo así lo confirmaban. Que fuera la organización sindical más clave y poderosa, donde hay diversos sectores políticos de oposición representados, la que convocaba, significó una garantía de amplitud y seguridad que facilitó la pérdida del miedo a la represión³². Un tercer elemento por considerar, es que el cambio de Paro a Protesta facilitó la masividad, por cuanto cada sector buscó la forma más adecuada de participar, sintiéndose sujeto creativo al introducir su propia expresión de descontento y rechazo al régimen.

Estos tres elementos fueron variando en las sucesivas Protestas. La represión contra la Confederación de Trabajadores del Cobre llevó a buscar un organismo convocador aun más amplio, como fue el Comando Nacional de Trabajadores³³. Sin embargo, el impacto político que las primeras protestas tuvieron, llevaron a que el liderazgo político partidario asumiera el relevo de la convocatoria en las Protestas siguientes. Este relevo se repitió, en uno y otro sentido, entre el liderazgo de dirigentes y el de organizaciones políticas; pero lo cierto es que las movilizaciones lograron un nuevo nivel de masividad sólo cuando convocaba el conjunto del espectro político de oposición, y se reducía en su amplitud y su impacto cuando era sólo un sector de ese espectro el que convocaba. Las crecientes divergencias estratégicas de la oposición, especialmente en relación al sentido que debían tener las movilizaciones sociales, convertidas para todos ellos en el elemento crucial para terminar con el régimen, fueron restando capacidad de convocatoria³⁴. En 1986 se buscó una forma de obviar las exclusiones políticas y la creciente distancia entre la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, a través de la constitución de un organismo de dirigentes de organizaciones sociales que incluía a todas las tendencias políticas: la Asamblea de la Civilidad³⁵. Esta convocó al Paro de julio, que alcanzó un alto nivel de

32 Véase Nota 26.

33 La Segunda Protesta fue convocada por una organización más amplia que la Confederación de Trabajadores del Cobre; motivada por la detención de su máximo líder, decretó un paro que fue duramente reprimido. Se constituyó así el Comando Nacional de Trabajadores, formado por varios conglomerados sindicales, además de la Confederación del Cobre (la Coordinadora Nacional Sindical, con base en la industria, minería, construcción, organizaciones sindicales campesinas, sectores de profesorado, en la que se encuentran sectores progresistas demócrata-cristianos con sectores tradicionales y renovados de la izquierda; la Central Democrática de Trabajadores, cuyos antecedentes son el Grupo de los Diez y la Unión Democrática de Trabajadores, de carácter centrista, sobre todo demócrata-cristiano, con base en las empresas del Estado, electrometalurgia, organizaciones campesinas y empleados fiscales; el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), menor que las dos otras organizaciones, con base en los trabajadores del transporte y gráficos; la Confederación de Empleados Particulares, centrista, retirada de la CUT, que representa a los empleados particulares de bajos ingresos. Con posterioridad, se incorporaron la Federación del Petróleo y la Confederación Bancaria). El Comando llamó a un Paro indefinido que fracasó, lo que fue disminuyendo el peso del actor sindical en las movilizaciones. La Tercera Protesta fue llamada por actores más estrictamente políticos, a los que se plegaron las organizaciones sociales. Véase, para los "referentes sindicales" mencionados y otros, J. Ruiz-Tagle, *El sindicalismo chileno ...*. Respecto de los liderazgos de las Protestas, véase De la Maza y Garcés, *La explosión de las mayorías...*

34 Véase Nota 2.

35 La Asamblea de la Civilidad agrupa al Comando de Trabajadores, a representantes de organizaciones de pobladores, a los estudiantes universitarios, a las agrupaciones de profesionales, transportistas, a organizaciones de mujeres, de Derechos Humanos, al Grupo de Estudios Constitucionales, etc. Su carácter "cupular" es innegable, pero también lo es su capacidad de convocatoria; la hegemonía en la representación de su dirección la tiene claramente la Democracia Cristiana y, en términos de organizaciones sociales, la Federación de Colegios Profesionales; en todo caso, participan en ella, de modo desigual, todos los sectores políticos de oposición. La Asamblea de la Civilidad publicó un documento resumen de todas las reivindicaciones sectoriales, llamado "La demanda de Chile".

masividad, pero era evidente en ella el predominio de organizaciones de capas medias y el escaso peso del mundo obrero, el sector con menor participación en el Paro.

En lo que respecta a la masividad que caracterizó a las primeras protestas, la violenta represión ejercida por el gobierno, que aumentó significativamente el número de muertos y detenidos; los anuncios gubernamentales de concesiones económicas a algunos de los gremios de capas medias; las expectativas políticas entre el régimen y oposición que provocaron un fuerte debate interno en ésta; la radicalización de los sectores juveniles y poblacionales, fueron de algún modo alejando a los sectores medios de las movilizaciones. Si se toma en cuenta que, aunque la convocatoria de los sindicatos fue clave en el éxito de las Protestas, ellos constituían el sector de mayor dificultad de movilización, puede entenderse por qué el núcleo fuerte de las movilizaciones pasó a ser la franja del "activo militante político social" a que nos hemos referido, los sectores estudiantiles y, sobre todo, el mundo joven de las poblaciones que se debatía entre la anomia y la radicalización creciente, con gran desconfianza del mundo de las instituciones y concertaciones³⁶. Todo ello no quiere decir que, dependiendo de quienes convocaban y del dramatismo de tal o cual situación, no se lograra convocar para alguna manifestación a sectores medios y populares amplios; pero ello fue haciéndose más y más esporádico.

Esta bifurcación de la masa que protesta entre quienes se retiran o buscan resolver problemas reivindicativos, y sectores populares que buscan sobre todo la dimensión expresiva, lo que va a converger con la radicalización política de algunos sectores de oposición que se inclinan a posiciones de corte insurreccional y militarizada, explica también la transformación de las formas de protesta y movilización³⁷. En el mundo poblacional joven y, marginalmente, en el mundo estudiantil, las barricadas, la preparación para el enfrentamiento con la cada vez más violenta represión policial y militar, las medidas operativas, a veces mezcladas con acciones propiamente delictuales aunque marginales, van a tomar el lugar central. Los días de protesta son mirados así como los momentos heroicos de actos de enfrentamiento y liberación.

En segundo lugar, cabe referirse al impacto político de estas movilizaciones. Es un hecho, como se ha señalado, que las Protestas cambiaron el país: se amplió enormemente el campo de acción colectiva, pese a la represión y a las medidas institucionales como el Estado de Sitio; el miedo acumulado en un decenio fue erosionándose; apareció en la escena una sociedad civil que redefinía su relación con el Estado. Este vuelco implicó la introducción de la política en dos niveles. En lo que concierne al régimen, éste se vio obligado a combinar la política con la lógica militar, que había sido hasta entonces su único estilo de acción, y a reconocer un actor de oposición³⁸. Los cambios en la política

36 Véase E. Valenzuela, *La rebelión de los jóvenes*, Santiago: SUR, 1985; Agurto, Canales, De la Maza, *Juventud chilena...*, Cap. 2.

37 Los grupos insurreccionales más importantes desde el punto de vista de su organización son, como ya hemos dicho, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el MIR. Existen también otros grupos menores. En sectores juveniles de poblaciones es importante la presencia de las Milicias Rodriguistas (cercanas al Frente y a las Juventudes Comunistas). En las movilizaciones más radicalizadas participan también sectores de inspiración cristiana orientados hacia la "no violencia activa".

38 Entre la Tercera y Cuarta Protesta (julio-agosto 1983), se constituyó la Alianza Democrática que, junto al Comando Nacional de Trabajadores, llamó a la Cuarta Protesta, a la que convocaron también las organizaciones de izquierda. Después de ella, y habiéndose producido un cambio de Gabinete con el nombramiento al ministerio del Interior de un civil, el antiguo político de derecha Sergio Onofre Jarpa, se inició un período llamado de "apertura", que buscaba —desde la perspectiva del Gobierno— recomponer su frente civil de apoyo y canalizar a la oposición dentro de los cauces institucionales del

económica destinados a cooptar sectores medios, la combinación de medidas de apertura con cierres y represión, los intentos de reorganizar su frente civil de apoyo, son expresión de lo anterior. Para la oposición, el movimiento de Protesta significó su irrupción en el espacio público a través de la conformación de bloques ideológico-políticos³⁹. Si bien ello permitió la constitución de referentes o interlocutores políticos que tomaron el relevo de la dirigencia social, a la vez que buscaban representar la sociedad movilizad, se planteó aquí un problema. En efecto, la ausencia de actores sociales autónomos fuertes dejó entregada la suerte política de las movilizaciones al debate y concertación de actores políticos enfrentados a sus propios problemas de constitución. Las movilizaciones pasaron así a ser un tema del debate ideológico estratégico en torno al término del régimen militar donde, bajo el mito común de que ella llevaría a la ingobernabilidad y ésta a la caída del régimen militar, se escondían diversas opciones y expectativas respecto de una posible transición⁴⁰. Ello se reflejó en la ausencia, por parte de los actores políticos, de una propuesta institucional consensual de transición que forzara más adelante una negociación con el poder militar y que, sobre todo, le otorgara a la movilización una canalización en términos de metas y objetivos acumulativos. Sin ello, la sola convocatoria a metas máximas y generales como "*Democracia Ahora*", podía dar cuenta de un estado de ánimo, superar los temores y aislamientos, pero difícilmente podía transformar, en un plazo más largo, una fuerza social en fuerza política. Las movilizaciones no formaron parte de un diseño estratégico coherente, pese al papel esencial que se le asignaba para terminar con el régimen militar, ni en las versiones insurreccionales ni en las versiones más políticas. La idea genérica de "ingobernabilidad" como productora necesaria de un cambio de régimen, y la obsesión del "Paro Nacional" como instrumento de derrocamiento, sin su inserción en una visión de los mecanismos institucionales de cambio, son ilustraciones de ello.

Así, las grandes movilizaciones que se desarrollaron desde 1983 permitieron superar los miedos y traumas, desmintieron el intento militar de hacer desaparecer los actores colectivos, reintrodujeron el espacio político en la sociedad, obligaron a concesiones del régimen en algunos campos, pero no fueron suficientes para originar actores sociales autónomos de relativa fuerza, ni lograron cumplir las expectativas que se le asignaron de desencadenar un proceso de transición.

régimen. Ambos objetivos fracasados, en noviembre de 1984 (un año después) se clausuró la apertura con la declaración de Estado de Sitio. La forma inicial que adquirió esta "apertura", fuera de conexiones como la autorización de ingreso de un cierto número de exiliados, fue la de un "diálogo" entre el ministro Jarpa y algunos sectores de oposición de la Alianza Democrática. En ese momento la oposición accedió al espacio público, pero se produjo una fragmentación en ella respecto del diálogo con el Gobierno y un distanciamiento con los sectores sociales más movilizados. Sobre este período, véase C. Huneeus, "La política de la apertura y su importancia para la inauguración de la democracia", *Revista de Ciencia Política*, 7: 1, 1985, Santiago, 1985; M.A. Garretón, "El régimen militar chileno en la encrucijada", *Mensaje*, enero-febrero 1984, y "Chile: la transición bloqueada", *Mensaje*, enero-febrero 1985.

39 Véase Nota 22 sobre los bloques políticos.

40 En los sectores vinculados a la Alianza Democrática predominaba la idea ya de un solo cambio de régimen, ya de uno que permitiera más adelante cambios sociales (en ambos casos, régimen democrático). En el caso del Movimiento Democrático Popular, afirmando un régimen democrático alternativo, el énfasis se ponía en un derrocamiento cercano al modelo revolucionario y que permitiera la instauración de una "democracia avanzada". Las vinculaciones de estas opciones con el tema de las movilizaciones, en Nota 2.

Vale la pena completar el panorama de las movilizaciones globales reseñado hasta aquí, con algunas notas sobre la particularidad de ciertos sectores involucrados.

Al analizar el mundo popular, llama inmediatamente la atención la bifurcación que se produce entre la clase obrera propiamente tal y los vastos sectores poblacionales⁴¹. Ya hemos indicado la importancia que tuvo la convocatoria sindical y, al mismo tiempo, la debilidad de la participación obrera. Y es que el sindicalismo ha visto en estos años reducido enormemente su poder e influencia. Las profundas transformaciones estructurales, con la reducción del espacio industrial, especialmente en áreas donde el sindicalismo era tradicionalmente fuerte; las muy altas tasas de cesantía; las limitaciones institucionales a la acción reivindicativa, si bien no eliminan el poder simbólico del movimiento obrero, le restan capacidad de acción efectiva, lo que se apreciaba en tasas bajas de sindicalización⁴². Todo ello lleva a una diferenciación entre un sindicalismo de base de corte netamente corporativo, y uno que se expresa en los niveles cupulares donde las opciones político partidarias se hacen presentes, dificultando no sólo la acción colectiva unitaria, sino también la relación con ese sindicalismo de base⁴³.

Si el mundo poblacional aparece como el refugio privilegiado de las movilizaciones, hay sin embargo que plantear algunas observaciones. En primer lugar, la relativa monopolización de estas movilizaciones por parte de los sectores juveniles, probablemente los más avasallados por el régimen militar⁴⁴. Esto da a las movilizaciones un doble sesgo: un carácter fundamentalmente expresivo, desprovisto de contenido instrumental o reivindicativo preciso, donde lo que importa es la afirmación como sujeto de una identidad negada por la cotidianidad impuesta; y una tendencia hacia formas de movilización que privilegien el enfrentamiento con el mundo oficial, simbolizado en el aparato represivo: barricadas, apedreamientos, pequeñas destrucciones de símbolos públicos. Todo ello contribuye a un aislamiento de estos sectores incluso en las poblaciones mismas, lo que refuerza su carácter comunitario, no societal. En segundo lugar, pese a la movilización mostrada por sectores poblacionales y a la existencia de múltiples organizaciones de subsistencia, solidaridad, culturales, etc., hay una enorme dificultad en el paso a la acción política como sujeto colectivo autónomo⁴⁵. Ello se debe a que la movilización reivindicativa

41 Datos estructurales con las transformaciones en los sectores obreros y marginales, en J. Martínez y E. Tironi, *Las clases sociales en Chile. Cambio y estratificación 1970-1980*, Santiago: SUR, 1985. Sobre la relación sindicatos-pobladores, R. Baño, *Lo social y lo político*, op. cit., Cap. 2.

42 En 1981 el número de afiliados sindicales había disminuido en 53,7 por ciento respecto de 1972. Después de la crisis económica, hubo una nueva disminución, llegando la proporción de afiliados a 8,7 por ciento de la fuerza de trabajo y a 10,2 por ciento de los ocupados en 1983 (datos en J. Ruiz Tagle, *El sindicalismo chileno* ..., pp. 18-20).

43 Véase Nota 33 sobre los diversos conglomerados sindicales y sus orientaciones. Uno de los debates más importantes al respecto se dio en torno a la creación de una central sindical unitaria o la mantención de centrales ideológicas (la Central Democrática de Trabajadores, de orientación democrata-cristiana, aboga por la mantención de centrales ideológicas, en tanto la Coordinadora Nacional Sindical, con sectores democrata-cristianos progresistas y la izquierda, plantea la recreación de una central única). Este debate está también afectado por las afiliaciones internacionales de las diversas organizaciones sindicales. Véase Campero y Valenzuela, *El movimiento* ...; G. Campero, *El sindicalismo internacional y la redemocratización de Chile*, Santiago: CED, 1984; J. Ruiz Tagle, *El sindicalismo* ...

44 Véase Notas 23 y 36.

45 V. Espinoza, "Los pobladores en la política", en CLACSO-ILET, *Los movimientos sociales* ..., pp. 31-51; R. Baño, *Lo social y ...*, Caps. 3 y 4; Ph. Oxhorn, "Democracia y participación popular: organizaciones poblacionales en la futura democracia chilena", *Contribuciones* 44, Santiago: FLACSO, diciembre 1986.

tiva no aparece como visiblemente útil, dada la magnitud de los problemas que se viven; también a que, cuando la reivindicación es puntual y es absorbida (logro de terrenos, por ejemplo) deja de ser causa de movilización; y a la vez, a que la heterogeneidad de los actores involucrados impide una organización unitaria coordinadora, lo que reproduce los problemas de relación entre cúpulas partidarias delegadas en el medio poblacional. Es aquí donde se presentan los límites de este "activo político social" al que nos hemos referido, capaz de movilizar coyunturalmente, pero no de asegurar una organización permanente y amplia en las bases poblacionales⁴⁶.

En las llamadas capas medias pueden distinguirse al menos tres sectores. Primero, aquél constituido por gremios de pequeños y medianos empresarios (comercio, transporte, etc.) que, cuando brinda apoyo a las movilizaciones amplía enormemente el impacto de ellas, pero que tiende a un comportamiento dirigido fundamentalmente por una orientación corporativo-reivindicativa. Es decir, dicho sector "instrumentaliza" las movilizaciones en términos de sus propias demandas, y las abandona cuando puede negociar tales demandas con el régimen⁴⁷. En segundo lugar, están los gremios profesionales que han ido tomando un papel activo en el último tiempo, como se expresa en la constitución de la Asamblea de la Civilidad. Fuera de manifestaciones por la vía de declaraciones o concentraciones, muchas veces puntuales y referidas a respuestas contra abusos legislativos o de hecho por parte del gobierno, la forma privilegiada de movilización ha sido en los últimos años la que puede denominarse "instrumental organizativa": la movilización electoral en sus propias organizaciones⁴⁸. Ello ha significado un fortalecimiento organizacional, una expresión pública de rechazo a las posiciones que representan al régimen militar, y una creciente politización de estos sectores donde se da un complejo juego entre autonomía y vinculación partidaria. Obviamente esta forma exitosa de movilización, si bien cohesiona a un sector social, no logra trascender fácilmente a otros.

También la movilización electoral ha sido crucial en un tercer sector: el de los estudiante universitarios. Quizás se trate del mundo que más parece acercarse a la idea de un movimiento social⁴⁹. En los últimos años han logrado consolidarse Federaciones de

⁴⁶ Un ejemplo de los problemas de relación entre partidos y movimientos de pobladores y de las fragmentaciones políticas existentes que se trasladan al medio poblacional fue el Congreso Unitario de Pobladores en 1982, llamado por varias agrupaciones y que no logró articularse con las organizaciones de base. En el medio poblacional funcionan en el último tiempo cuatro "referentes organizacionales", uno más cercano a la Democracia Cristiana, otro a la Izquierda Cristiana, otro al Partido Comunista y otro al MIR. Los tres últimos, de izquierda, han intentado una agrupación común, que se ha enfrentado a disputas de representatividad y control políticos. Es interesante señalar que en este medio se da la mayor radicalización de la base militante respecto de sus directivas oficiales y respecto también de la base social con que trabajan. Véase Oxhorn, "Democracia y participación...", Cap. 1.

⁴⁷ El caso de los transportistas es el más elocuente. Sobre estos sectores, véase G. Campero, *Los gremios empresariales*, Santiago: ILET, 1984.

⁴⁸ Sobre todo desde 1983 se han producido elecciones no sólo en el medio sindical, sino en las Universidades y en los Colegios Profesionales, prácticamente todas ellas con connotaciones político-partidarias, y con un abrumador triunfo de los sectores de oposición. Por ejemplo, en 1985, 22 de las 24 Federaciones de Estudiantes tenían directivas de oposición elegidas democráticamente, y la casi totalidad de los Colegios Profesionales adscritos a la Federación de Colegios Profesionales estaba en la misma situación. Véase M.A. Garretón, "Estados de Sitio y elecciones en la sociedad", *Mensaje*, 340, julio 1985.

⁴⁹ Sobre el movimiento estudiantil, véase Ana Tironi, "Esquema histórico del movimiento estudiantil chileno 1906-1973", en M.A. Garretón y J. Martínez, *Biblioteca del Movimiento Estudiantil*, Tomo IV, 2a Parte, Santiago: SUR, 1985, para una visión histórica. Sobre el movimiento estudiantil

Estudiantes en todas las Universidades del país a través de elecciones que favorecen abrumadoramente a la oposición. Al mismo tiempo, en las movilizaciones globales, los estudiantes han sido fundamentales en la presencia en las calles y en la paralización de actividades. Por último, la movilización estudiantil se ha dirigido al ámbito universitario mismo, ya sea en términos de demandas estrictamente corporativas (en relación a los aranceles), ya sea en términos de cambios más radicales (término del sistema de Rectores Delegados). Hay dos aspectos, sin embargo, que debilitan la acción estudiantil, más allá de los elementos estructurales e institucionales que han implicado un cambio profundo en la condición del estudiante universitario. Por un lado, los límites que presenta la acción puramente agitativa —concebida en términos de “ingobernabilidad”— para ampliar la convocatoria a la masa estudiantil acuciada por sus problemas específicos y a los sectores académicos, ampliación que permitiría traducir la movilización en efectivos cambios en la situación universitaria. Sin ello, el desgaste y aislamiento de los grupos dirigentes es evidente. Por otro lado, la politización partidaria de la capa dirigente, que hace al movimiento estudiantil muy vulnerable a lo que ocurre en el nivel partidario nacional, aun cuando puedan haber excepciones al respecto.⁵⁰

Cabría referirse brevemente a las movilizaciones de mujeres.⁵¹ Este ha sido un sector especialmente activo en las organizaciones populares y en los momentos de movilización global (aunque paradójicamente las encuestas lo muestran como persistentemente conservador en términos de sus visiones y opiniones). Lo significativo en todo este período es el surgimiento de una demanda específicamente femenina, que no se reduce a la lucha política contra el régimen y que se expresa en un número importante de grupos y círculos de mujeres presentes en las movilizaciones globales. Asimismo, la movilización propia política ha tenido caracteres originales, en tanto ha superado mejor que las estructuras partidarias las tendencias a las divisiones por razones orgánicas o estratégicas. Ejemplo de ello es el Movimiento Mujeres por la Vida y los actos que ha organizado.⁵² Quedan en pie las interrogantes sobre la eventual marginalización de la demanda femenina o su absorción por las metas políticas globales, y sobre la capacidad de resistencia a las presiones centrífugas de las estructuras partidarias.

bajo el régimen militar. J. Auth, “Pour une intervention sociologique sur la lutte étudiante au Chili” Memoire DEA, EHESS-CADIS, Paris, 1985; E. Valenzuela, “Estudiantes y democracia”, mimeo, Santiago, 1986; E. Valenzuela y E. Silva, “Movimientos estudiantiles: un actor social relevante”, *Mensaje*, diciembre 1985; M.A. Garretón, “Las elecciones estudiantiles universitarias”, *Mensaje*, diciembre 1986; Agurto, Canales, De la Maza, *Juventud chilena ...*, Cap. 3.

50 En las elecciones estudiantiles de 1986 se evidenció esta dependencia del movimiento estudiantil respecto del sistema partidario, al expresarse las diversas opciones electorales en listas que respondían casi exactamente a la conformación de los bloques políticos nacionales; se creó así una división entre los sectores de oposición, la que no había existido al realizarse en 1984 o 1985, según las Universidades, las primeras elecciones democráticas de Federaciones, en las que la alineación fue oposición vs. gobierno. Véase Garretón, “Las elecciones estudiantiles universitarias”, art. cit.

51 Véase J. Kirkwood, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago: FLACSO, 1986; M.A. Meza, comp., *La otra mitad de Chile*, Santiago: CESOC, Instituto para el Nuevo Chile, 1986; N. Molina, “Movimientos de mujeres en Chile (1983-1986). Desafíos y problemas en la constitución de una nueva identidad femenina”, mimeo, Santiago, mayo 1986; incluye una cronología de actos y movilizaciones de mujeres en el período estudiado.

52 En este Movimiento participan mujeres de todos los partidos y de otros movimientos de mujeres. En diciembre de 1983 realizó el acto de oposición masiva al régimen más unitario que se conoce, y su planteamiento permanente es la unidad de toda la oposición. Sobre éste y otros movimientos de mujeres, véase N. Molina, art. cit.

Finalmente, al examinar el impacto que las diversas formas de movilización tienen en la opinión pública, distintas encuestas muestran la amplia legitimidad adquirida por las huelgas, las peticiones a las autoridades, las marchas, los "caceroleos", es decir, aquellas formas que se consideran pacíficas y las encaminadas a la negociación. En cambio, las tomas, los cortes de tránsito, los rayados de muralla, las bombas y apagones de luz, es decir, aquellas formas que aparecen como alterando un orden sin dirigirse a una solución concertada, tienden a ser mayoritariamente rechazadas⁵³.

CONCLUSIONES

Puede decirse, en síntesis, que el régimen militar fracasó en su proyecto de eliminar la acción y los actores colectivos y sus expresiones políticas, pero sí logró un cierto grado de desarticulación. Ello significa la reemergencia de una sociedad civil que erosiona al régimen y gana espacios de organización y expresión (la transición invisible). No hay en esta reemergencia nuevos actores sociales autónomos —con una posible excepción en el caso de las mujeres y, en menor grado, del sector de jóvenes pobladores—, sino la presencia de los actores clásicos, más debilitados y con rasgos propios de la experiencia dictatorial; entre tales actores, los núcleos de animadores culturales y de derechos humanos, los grupos culturales y religiosos, las organizaciones de subsistencia, etc.

Hubo movilizaciones sociales populares; pero no bastaron para terminar con el régimen. La transición invisible fue incompleta y no se transformó en transición formal.

Puede insinuarse tres líneas de interpretación sobre lo dicho hasta aquí.

En primer lugar, está el sentido de las transformaciones estructurales e institucionales del régimen militar. Como se ha señalado en múltiples estudios, ellas se orientaron hacia la reducción, debilitamiento, empobrecimiento y atomización de los espacios de constitución de actores y movimientos sociales, y no se crearon, a la brasileña, nuevos espacios de construcción de actores sociales inéditos⁵⁴. Ello tiene diversas consecuencias para las movilizaciones populares. Así, cada sector asigna distintos sentidos a las transformaciones impuestas, dadas las motivaciones muy diversas en una sociedad altamente fragmentada. A su vez, esto lleva a formas de movilización diferentes y conflictivas entre sí, lo que obliga a un tipo de meta genética capaz de superar la fragmentación, pero que tiende a desgastarse o a reducirse a núcleos militantes cuando se obtienen avances visibles en torno a ella ("democracia ahora", por ejemplo). Finalmente, en un contexto altamente represivo, de pérdidas de identidades sociales y de "inorgenicidad social", se favorece un tipo de

⁵³ Véase FLACSO, "Encuesta sobre la realidad socio-política chilena: resultados preliminares", Documento de Trabajo No. 81, mayo 1986. Resultados similares en la encuesta del Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea; véase C. Huneeus, *Cambios en la opinión pública: una aproximación al estudio de la cultura política en Chile*, Santiago: CERC, Academia de Humanismo Cristiano, 1987.

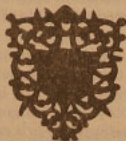
⁵⁴ Martínez y Tironi, en *Las clases...*, muestran como indicador de "inorgenicidad" la disminución del porcentaje de asalariados en la población activa, de 53 por ciento en 1971 a 45 por ciento en 1980, y a 38 por ciento en 1982; el porcentaje de "excluidos" en la población activa (desocupados, servicios de empleo mínimo del Estado, empleo doméstico y trabajadores marginales) en los mismos años habría pasado de 14 a 25 y a 36 por ciento, respectivamente; el porcentaje de jóvenes "incluidos" habría pasado, en los mismos años, de 80 a 61 a 49 por ciento respectivamente, y el de mujeres, de 68 a 60 y a 50 por ciento. Todo ello permite a los autores hablar de "inorgenicidad", "exclusión" e "impempeabilidad" de la estructura social chilena en este tiempo (op. cit., pp. 191). También es posible hablar de disminución o debilitamiento de las bases clasistas de la movilización social.

movilizaciones altamente expresiva y emocional, y se plantean enormes dificultades para las movilizaciones de tipo reivindicativo e instrumentales⁵⁵.

En segundo lugar, hay un cambio significativo en la "columna vertebral" de la sociedad chilena, esto es, en el modo de articulación entre partidos y organización social⁵⁶. La relación tradicional de "imbricación" entre liderazgo político y organización social no es reemplazada por una nueva matriz, pero tampoco permanece incólume. Esto implica, por un lado, la relativa continuidad de una clase política capaz de representar y concertar, pero distante de la sensibilidad de masas. Por otro lado, una cierta automatización de una franja político-social de militantes de base —el "activo político social"— que actúa como motor de las movilizaciones. Finalmente, en una clase política como ésta predominan los problemas ideológicos y organizacionales, lo que dificulta la transformación de la acción social en fuerza y propuestas políticas. Todo ello hace que en el interior de la estructura político partidaria y de la "franja militante", la redefinición y aceptación de la autoridad del actor social sea lenta y ambivalente⁵⁷.

En tercer lugar, en relación al proceso mismo de transición política de un régimen militar a uno democrático, las movilizaciones nos muestran que, en el caso chileno, la ausencia de diseño político de cambio, consensual y coherente, por parte de la oposición política; el predominio ideológico y expresivo, y, por lo tanto, de sello fragmentado y no unitario; y la debilidad de la dimensión político-instrumental, marcan los límites de la movilización concebida como "la" estrategia política. Ella es un componente indispensable en una estrategia de cambio, pero combinada con otros procesos políticos que definen una transición.

Quizás lo anterior sea reflejo de una paradoja: las movilizaciones sociales por sí mismas reconstruyen la sociedad civil parcialmente y transforman los regímenes militares; pero no logran su término. Sin momento político, no hay fin de la dictadura y transición democrática.



⁵⁵ En efecto, la movilización reivindicativa, dominante en la historia chilena de este siglo, se hizo en un marco que combinaba industrialización, ampliación del papel integrador del Estado y régimen democrático, con fuerte presencia del sistema de partidos. Es claro que, en este aspecto, el sector tradicionalmente más importante —el sindicalismo— es el más afectado.

⁵⁶ *El proceso ...*, Cap. 1; *Dictaduras ...*, Cap. 3.

⁵⁷ Esta desarticulación del modo de constitución de actores sociales en Chile explicaría el desencuentro entre clase política y el mundo popular marginalizado, en el cual crecientemente se dan prácticas y sociabilidades significativas, pero que no necesariamente se "representan" en los actores políticos o institucionales clásicos ni tampoco logran convertirse en actores nuevos autónomos. Estaríamos pasando de un modelo de "imbricación", primero, a uno de "desarticulación" luego, para emerger, posteriormente, uno de "tensión" entre liderazgo político y mundo social popular. Véase "Política y sociedad en la marginación e integración del mundo popular. Notas para un esquema de análisis", Santiago: FLACSO, Material de Discusión, 1987.

LA DESCOMPOSICION DEL MOVIMIENTO SINDICAL Y LA TRANSFORMACION DEL SISTEMA DEMOCRATICO EN BOLIVIA

**RENE
MAYORGA**

(CERES, Bolivia)

I. LA DEMOCRATIZACION BOLIVIANA. A MODO DE INTRODUCCION

Considero indispensable plantear previamente el conjunto de hipótesis sobre la problemática de la democratización en la cual emergen las cuestiones que abordaré más adelante, y que definen las bases de mi argumentación¹.

1. Cuando se estableció el régimen democrático en octubre de 1982, el eje central de la democratización estaba constituido por la construcción de una democracia participativa; esto suponía la recuperación y la integración de las tendencias de participación política del movimiento popular en los organismos de conducción del Estado y de la economía, dentro del contexto de la democracia representativa. El proceso democrático se enfrentaba a una cuestión de dimensiones verdaderamente históricas e inéditas en el ámbito latinoamericano: encontrar fórmulas creativas e imaginativas para conciliar las instituciones y las pautas políticas de la democracia representativa, con nuevas formas institucionalizadas de gestión y participación democrática del movimiento popular en los mecanismos de decisión del Estado. Una complementación sustantiva del sistema político representativo era lo que exigían las tendencias históricas del movimiento sindical. Reconocida la necesidad de construir la democracia representativa como base institucional o espacio político imprescindible, la problemática de la democratización revelaba, no obstante, la insuficiente demarcación de las demandas participativas en los límites tradicionales de la democracia representativa, de débil arraigo en la historia política del país.

2. Instaurado el régimen constitucional, el proceso de democratización estuvo sometido a contradicciones antagónicas e insuperables entre las orientaciones ideológicas y las estrategias políticas de la Central Obrera Boliviana (COB)* y la Unión Democrática Popular (UDP). Estos antagonismos decidieron la gran inestabilidad del sistema democrático, la prolongación de la crónica crisis política y la ingobernabilidad de la sociedad. La COB y la UDP respondían a modelos ideológicos y políticos embrionarios y poco sólidos, divergen-

¹ Cf. René Antonio Mayorga, "La crisis del sistema democrático y la COB", en Roberto Laserna (comp.), *Crisis, democracia y conflicto social*, Cochabamba: CERES, 1985; "La democracia entre la fragmentación y la imposición", en R.A. Mayorga (comp.), *Democracia a la deriva. Dilemas de la participación y concertación social en Bolivia*, La Paz: CERES, 1987.

* Este ensayo es una versión revisada y ampliada de un artículo que, bajo el título "La Central Obrera Boliviana: Paradoja del sistema democrático", fue presentado al seminario sobre "Sistema político y democracia emergente en Bolivia" organizado por CERES en 1986 bajo el auspicio de CLACSO en el marco del proyecto regional "Sistemas políticos y el fenómeno de las democracias emergentes en Sudamérica", coordinado por Fernando Calderón, que forma parte del Programa PAL (Perspectivas de América Latina), coordinado por Pablo González Casanova.

* Véase al final de este artículo una lista de las siglas utilizadas. (N. del E.).

tes y excluyentes, acerca del sentido de la democracia, de la naturaleza de la reconstrucción del Estado, del rol político de los movimientos sindicales y de las políticas adecuadas para la superación de la grave crisis económica. No hubo un horizonte ideológico y político común y compartido en torno a objetivos y requisitos fundamentales de la democratización en el contexto de una crisis general de la sociedad y el Estado.

3. Estas contradicciones y una específica lógica de conflictos, determinada por pautas de la cultura política tradicional y por principios ideológicos adversos a las reglas de juego de la democracia política, provocaron la derrota política simultáneamente de la COB y la UDP, y, por consiguiente, la frustración de sus respectivas alternativas. De esta manera desapareció la condición básica para una probable consolidación del sistema democrático ligada al desarrollo de perspectivas de participación popular: la constitución de un pacto democrático entre el Estado y la COB.

4. El derrumbe político del movimiento sindical y de las fuerzas de izquierda produjo efectos de vasto alcance: desorientación y desorganización de las organizaciones populares; malogramiento de las experiencias de coestión y participación campesina; aceleramiento incontrolado de la crisis económica; resurgimiento de las fisuras profundas entre el Estado y el movimiento sindical; desplazamiento radical de la correlación de fuerzas políticas a favor de alternativas conservadoras, que hacen posible la reorganización neoliberal de la sociedad y del Estado a partir de los resultados de las elecciones de julio de 1985 y del ascenso del MNR al gobierno; y, por último, la disolución de las alternativas de izquierda populista y marxista.

5. El fracaso y el retroceso político de la COB es quizás el más grave y el de mayores consecuencias políticas en la historia del movimiento popular, porque ocurre en el contexto de un sistema democrático y no por la vía de la violencia política. Es el resultado de complejos factores que convergen en la profundización del desajuste entre los objetivos estratégicos, las orientaciones ideológicas, los métodos de acción política de la COB y las vías de solución de los intrincados problemas de la sociedad en un marco de frágil democracia representativa, de desintegración de las estructuras tradicionales de acumulación económica que destruye la inserción de la economía boliviana en el mercado mundial, y pone en cuestión su futura viabilidad.

Es muy probable que el fracaso político de la COB sea el resultado de un largo proceso de declinación histórica del movimiento obrero, con el cual se clausura una etapa histórica de la política del país iniciada en la década del 40 y se abre al mismo tiempo una profunda crisis de la identidad colectiva de la COB, que puede ser interpretada como crisis de la matriz de constitución en cuanto sujeto político popular. De ahí que sea admisible inferir la idea de una crisis estructural e histórica de la COB, que es correlativa a la crisis orgánica de la sociedad y del Estado emergentes del proceso revolucionario de 1952.

II. CRISIS DE LA CONFEDERACION OBRERA BOLIVIANA

Jorge Lazarte sostiene la tesis —contrapuesta a lo que afirman recurrentemente los partidos de izquierda²— según la cual la crisis actual del movimiento obrero no sólo estriba en

² Cf. Mir-Masas/BPP/PCB/CAM, "El pueblo y la nación nos alzamos contra el modelo de la nueva rosca y el imperialismo", *Presencia*, La Paz, 12 de septiembre de 1985; Eje de Convergencia, Documen-

un proceso momentáneo o coyuntural de reflujo y repliegue, sino que responde al cuadro sintomático de un movimiento obrero declinante. Esta crisis afectaría los principios colectivos de la identidad del movimiento obrero: los principios ideológicos y los valores políticos que daban sentido a su lucha, las 'utopías cimentadoras' que estructuraron la identidad positiva de la clase obrera³. Tal interpretación de la situación que vive la COB, y el movimiento popular en su conjunto, representa un adecuado punto de partida para el análisis. En referencia a la misma cuestión, y tomando en cuenta un proceso de disolución de los principios ideológicos y políticos, puede hablarse de la crisis de la matriz constitutiva de la COB como sujeto socio-político. En dicha matriz se escondían, desde sus orígenes, ciertos desajustes y fisuras de tipo ideológico y político que determinaron con mayor o menor incidencia la acción de la COB desde 1952. Ya en las primeras etapas de la revolución nacional se vislumbran estas brechas, que destacó el connotado sociólogo colombiano Antonio García: "Una de las enseñanzas más sorprendentes en el análisis del sindicalismo boliviano y su participación en el proceso de la revolución nacional, es el violento contraste entre las 'ideologías revolucionarias' profesadas por sus cuadros directivos (comunistas, poristas, piristas, lechinistas) y su radical incomprensión tanto del carácter histórico de una revolución nacionalista popular como del rol de los sindicatos en ese proceso de integración (proletariado, campesinado, clases medias) y de galvanización del esfuerzo interno hacia la emancipación y el desarrollo. El proceso de radicalización pareció insistir en los aspectos más dogmáticos y negativos, y de allí que en el momento de asumirse la más grave responsabilidad histórica (la de la participación sindical en el gobierno y en la coacción de la minería nacionalizada), no se tuviera una idea clara sobre la trascendencia y originalidad de la historia que se estaba viviendo"⁴.

Sobre la base de la argumentación precedente, propongo la hipótesis de que la crisis de identidad de la COB radica en la actualización intensa de dispares dimensiones ideológicas y políticas (radicalismo, nacionalismo revolucionario, tendencias anarco-sindicalistas), que mantuvieron una relación conflictiva de contradicciones y tensiones. En la oposición contra las dictaduras militares y en el mismo proceso de transición hacia la democracia, este fenómeno podía pasar inadvertido. Pero en el proceso político iniciado con el gobierno de la UDP, las rupturas ideológicas y políticas internas de la COB reaparecen con virulencia, y se produce una disgregación creciente de los elementos constitutivos de la identidad de la COB. La crisis política llega entonces a manifestarse en los siguientes términos:

- 1) Ruptura entre la dimensión de clase y la dimensión nacional del movimiento obrero.
- 2) Fractura entre el finalismo y los intereses inmediatos dominados por demandas corporativas y reivindicativas.
- 3) Disociación entre las estrategias generales inspiradas en un objetivo común, pero abstracto y contradictorio en sí (el socialismo), y las políticas concretas adoptadas por la COB.

to político, "Unidad del pueblo para derrotar a la oligarquía y al imperialismo", presentado al XXI Congreso de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia en Oruro, mayo de 1986; y Gregorio Lanza, *El poder alterno: Una salida de la crisis*, La Paz: Centro de Estudios Sergio Almaraz, 1986.

³ Jorge Lazarte, "Crepúsculo del movimiento obrero", *Presencia*, La Paz, 29 de mayo de 1986.

⁴ Antonio García, "Los sindicatos en el esquema de la revolución nacional", en A. García, *Estructura social y desarrollo latinoamericanos* (Santiago de Chile: ICIRA, 1969), p. 192.

- 4) No-correspondencia entre la ideología obrerista y la estructura interna de poder en el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) de la COB, y la ampliación de las bases y los intereses sociales de la COB que tiene lugar con la incorporación de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) y de los sindicatos de empleados públicos.
- 5) Debilitamiento de la COB como sujeto dirigente que articula las complejas dimensiones de lo social y lo político, y alienación entre las cúpulas sindicales y las fragmentadas bases sindicales; es decir, separación entre las orientaciones del liderazgo y los intereses de las bases.
- 6) Retroceso defensivo del movimiento popular y sentimiento generalizado de aislamiento, impotencia y desorientación.

Estos rasgos de la crisis ideológica y política del movimiento popular y la COB podrían quizás resumirse en la desarticulación global de los sentidos de su acción social y política que daban estructura y fisonomía a una fuerte identidad colectiva. A pesar de que el objetivo general del socialismo figura como finalidad histórica de la COB, la ausencia de articulaciones y mediaciones específicas con los objetivos y las prácticas concretas del movimiento popular —dada la generalidad y contradictoriedad del objetivo máximo— tornan discutible la idea de que 'el socialismo' como estrategia homogénea haya sido la utopía central, organizadora de la práctica del movimiento popular y la COB. La forma específica de la identidad colectiva popular parece más bien haber recorrido un movimiento pendular entre una política de oposición y veto derivada del principio y la práctica de autonomía del movimiento popular en relación al Estado y los partidos, y una política de participación en el Estado y la economía bajo las formas de cogestión y cogobierno. En todo caso sería una forma de socialismo, la referida a las tendencias autogestionarias y de participación política autónoma de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) y de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), la que prefigura un modelo embrionario de reorganización de la sociedad y del Estado. Pero en vista de las heterogéneas orientaciones políticas cubiertas por el paraguas de la tesis socialista de la COB, no puede afirmarse que la identidad colectiva del movimiento popular haya tenido su referente esencial en la utopía del socialismo, sino más bien en las demandas de autogobierno 'y' participación en un Estado democrático. Así, en su abstracta generalidad, la tesis socialista de la COB se ha mantenido en una similar relación de exterioridad con las tendencias y aspiraciones del movimiento popular que caracterizó a la Tesis de Pulacayo. Probablemente las ideologías marxistas del socialismo tal como fueron introducidas y aplicadas por los líderes políticos y sindicales desde la década del 40, no dejaron de ser esquemas dogmáticos incapaces de transformarse en una verdadera voluntad colectiva nacional. Esto atañe a un problema de envergadura continental: el desencuentro entre la América Latina y el marxismo, es decir, la falta real de penetración y fusión mutua del marxismo y las fuerzas sociales, la vida política y el orden cultural⁵.

Si existe una utopía fundamental, latente y activa, en segmentos hasta ahora significativos del movimiento popular en Bolivia —la utopía del autogobierno—, la política de la

⁵ Cf. José Aricó, *Marx y América Latina*, México: Alianza Editorial Mexicana, 1982; Richard Morse, *El espejo de Próspero*, México: Siglo XXI, 1983; Juan Carlos Portantiero, "Socialismo y política en América Latina", en Norbert Lechner (comp.), *¿Qué significa hacer política?*, Lima: DESCO, 1982.

COB, que tiene como trasfondo la experiencia de la insurrección victoriosa de abril de 1952, parece a su vez inspirada en el mito de la repetición de una batalla final⁶.

El rol jugado por la COB durante el gobierno de la UDP revela las ambivalencias de una identidad política —determinada por la oposición y la escisión— que traza límites precisos a una probable articulación entre la democracia y el socialismo: la COB no logra transformarse en un sujeto hegemónico en la sociedad y el Estado; como sujeto contestatario no admite una participación autónoma en un sistema democrático; y tampoco hace posible, lo que constituye su fuerza, que el Estado subordine y coopte al sindicalismo.

Resumiendo los factores que explican la hegemonía parcial e insuficiente de la COB, se pueden citar los siguientes:

1. La heterogénea estructura social y política de la COB que, basada en clases sociales desarticuladas y segmentadas interiormente, dificulta la construcción de un código ideológico articulador de los intereses sociales y políticos y étnico-culturales.
2. La superposición de contradictorias ideologías políticas que no vinculan las dimensiones de clase, nación y transformación social, y que flotan sobre los intereses segmentados de los actores populares.
3. El predominio de una política contestataria y defensiva en relación al Estado, que corresponde a la tradición contra regímenes de dictadura, y simultáneamente una visión paternalista del Estado.
4. La ausencia de elementos en la identidad política de la COB que contribuyan a establecer una relación dinámica con la democracia representativa y reconocer su relevancia para posibles estrategias de transición a un sistema de democracia participativa.

Si aceptamos la hipótesis de la crisis de identidad de la COB y de la declinación del movimiento obrero, tendríamos también que convenir en que estamos ante un proceso de pérdida creciente de la centralidad política del movimiento obrero. A pesar de su hegemonía incompleta, es una realidad indudable y original en el contexto latinoamericano y en relación a las sociedades altamente desarrolladas que el movimiento obrero boliviano ha tenido un poder decisivo de participación, influencia y convocatoria en la política de las últimas décadas. Por eso, aunque el modelo clásico marxista del proletariado como sujeto histórico de la transformación revolucionaria no se comprobó históricamente en las sociedades centrales donde debió verificarse de acuerdo a los pronósticos de la teoría, el caso de la clase obrera minera boliviana demostró un grado de centralidad desconocido en otras latitudes. Sin embargo, este rol protagónico, si bien no hegemónico, es cuestionado por las limitaciones ideológicas y políticas que han minado su capacidad de influir los procesos de decisión del Estado de acuerdo a los objetivos planteados por la COB. La pérdida de centralidad del movimiento obrero remite entonces a los efectos negativos que produce la desproporción entre los objetivos máximos propuestos en el Plan de Emergencia de la COB y los magros resultados obtenidos. ¿Será que la clase obrera no pudo romper su aislamiento ideológico-político —no obstante la convergencia en los obje-

⁶ Refiriéndose al marxismo de Sorel, afirma Kolakowski que "es una invocación catastrofista que organiza la conciencia del proletariado no en programas utópicos, sino en un mito". "El mito —señala— "no es una forma de utopía, sino exactamente su contrario. No es una descripción de una perfecta realidad futura; contiene solamente la perspectiva de una batalla final". (La traducción de este párrafo es mía). Leszek Kolakowski, *Die Hauptströmungen des Marxismus*, t. 2 (München, 1977), p. 185.

tivos de lucha con el movimiento campesino— y que la “clausura corporativista” sigue siendo el reverso de la medalla del radicalismo político? Un analista tan incisivo como Zavaleta destacó esta contradicción real de la centralidad ‘práctica’ de la clase obrera, aspecto que lo indujo a pensar que “sólo una propuesta campesina podría romper esta clausura”⁷. Pero esta conclusión significa reconocer implícitamente los límites internos del poder político del movimiento obrero y del obrerismo de la COB.

Sin embargo, la crisis de identidad de la COB y la declinación del movimiento obrero no es sólo el producto de las prácticas y experiencias políticas en el proceso democrático. Confluye también con la condensación de cambios estructurales de la sociedad y la economía, profundos y complejos, ante los cuales la COB no pudo responder con planteamientos ideológicos y prácticas políticas renovadas. Ni la problemática campesina, ni el cuestionamiento del movimiento regional y de la lucha por la descentralización del Estado, ni la problemática socio-económica y política planteada por la gravitación de la economía informal en una situación de desintegración de la economía formal, fueron asumidas y reelaboradas en el discurso ideológico y en la política de la COB.

Una de las dimensiones de mayor relevancia en estos cambios estructurales es la crisis de la minería, puesto que ataca la estructura y la composición del núcleo de la clase obrera, que es el proletariado minero. Como se sabe, la minería del estaño se ha derrumbado (además de la caída sustancial de los precios de otros minerales importantes en el mercado mundial) y sus posibilidades de recuperación parecen ser remotas⁸. La Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) es una empresa en completa quiebra. La cogestión mayoritaria de la FSTMB (de abril de 1983 a agosto de 1985) no pudo detener este colapso. La descomposición histórica de la estructura económica lleva, por cierto, no sólo a una disminución sustancial de la importancia estratégica de la minería en la economía nacional —destruyendo así el eje tradicional de acumulación—, sino también a la erosión del poder de influencia política de la clase minera.

La crisis estructural de la minería se evidencia en ciertos datos disponibles. Esta crisis es parte sustancial del debilitamiento general de la economía boliviana, que desde hace diez años vive un proceso de decrecimiento y desde 1981 acusa tasas negativas. Entre 1981 y 1986 el PIB por habitante ha caído en -27.3 por ciento. En este cuadro global, la contribución del sector minero a la generación del PIB descendió de 10.1 por ciento en 1981 a 4.3 por ciento en 1986⁹.

Considerando la participación en las exportaciones, se comprueba que en 1981 la minería contribuyó en 62.3 por ciento (que ya es una reducción en relación al 90.0 por

⁷ René Zavaleta, “Las masas en noviembre”, en R. Zavaleta Mercado (comp.), *Bolivia hoy* (México: Siglo XXI, 1983), p. 24; “Forma clase, forma multitud”, op. cit., p. 222. Véase igualmente Javier Hurtado, *El Katarismo* (La Paz: Hisbol, 1986), pp. 249 y 237, donde se formula una indecisión y contradicción similar. Hurtado sostiene que la posibilidad del ‘socialismo andino’, cuya naturaleza y contradicción similar. Hurtado sostiene que la posibilidad del ‘socialismo andino’, cuya naturaleza y características no se preocupa de analizar o describir, depende de la ‘katarización’ de la COB. Sin embargo, afirma por otra parte que el rumbo ideológico político del MRTK, la organización política del katarismo, depende del programa que le propongan la clase obrera y sus partidos.

⁸ Cf. “Informe sobre la cogestión mayoritaria al XXI Congreso de la FSTMB”, en *Documentos y resoluciones del XXI Congreso de la FSTMB*, La Paz: CEPROMIN, 1986. En este informe se sostiene, en contradicción con la evolución negativa de COMIBOL y los efectos destructivos de la crisis mundial del estaño, que el ritmo acelerado de descomposición de COMIBOL ha sido frenado. Véase p.28. Cf. también el ensayo de Jorge Lazarte, “Cogestión y participación: Ideología y práctica del movimiento obrero”, en René Antonio Mayorga (comp.), *La política como disgregación*, Cochabamba: CERES, 1986 (en prensa).

⁹ Cf. el estudio del Programa de Asesoramiento Minero y Catholic Relief Services, “La crisis del sector minero y sus efectos socio-económicos”, La Paz, 1987.

ciento del valor de las exportaciones en 1970), mientras que en 1986 esta participación bajó a 21.7 por ciento. Los hidrocarburos (el gas) se convirtieron en el principal producto de exportación: su contribución pasó de 34.0 por ciento en 1981 a 66.1 por ciento en 1986¹⁰.

En estas cifras se manifiesta un dramático proceso de descomposición de la minería, en especial del sector estatal, que fue tradicionalmente el área más sólida y fuerte del sector formal de la economía. La minería ya no constituye una fuente generadora de empleo y de ingresos; su importancia estratégica en las actividades productivas desaparece poco a poco. La crisis estructural de la COMIBOL es el producto de un proceso largo, cuyos múltiples factores no cabe analizar aquí. La aplicación de la Nueva Política Económica del gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) a partir de agosto de 1985, tiene como trasfondo este derrumbamiento de la economía estatal; a la vez, al implantar una reorganización radical de la empresa (descentralización, cierre de la mayoría de las empresas no rentables, reducción de la fuerza laboral, etc.) aceleró la crisis del sindicalismo minero.

La FSTMB está ahora sometida a una histórica dispersión de sus bases sociales, y tiene escasos recursos para impedir los efectos devastadores de esta política sobre la organización sindical y la fuerza política del proletariado minero. La política estatal ha reducido el número de trabajadores de COMIBOL de 27.566 en agosto de 1985 a 9.007 en enero de 1987, mientras que en la minería privada (la llamada minería mediana), la fuerza laboral disminuyó por despidos de 20.000 a 6.000 trabajadores en el mismo lapso¹¹. No es exagerado afirmar que la clase popular tradicionalmente más poderosa en la historia contemporánea del país, está en una coyuntura de disolución. En términos absolutos, la fuerza laboral de la minería, tanto estatal como privada, se ha reducido de 60.000 trabajadores aproximadamente —que constituían en 1979 el 3.9 por ciento de la PEA— a 26.000 aproximadamente, o sea en 55.0 por ciento.

La desintegración de la economía formal coincide con el fortalecimiento creciente y el aumento de la economía informal, particularmente de la economía de la cocaína, que tiene un impacto diversificado sobre la estructura del empleo, del comercio, de los ingresos, etc. De acuerdo a datos aproximados, el PIB generado por la economía habría alcanzado en 1985 a 3.147 millones de dólares, en contraste con el PIB formal, que llegó sólo a 3.055 millones de dólares¹².

En la medida en que la minería pierde la centralidad que detentó durante siglos en la economía boliviana, la clase minera deja de ser el eje económico del país y simultáneamente pierde de manera ostensible su centralidad política. La clase obrera y la FSTMB ya no constituyen el eje central (la "vanguardia") de las luchas sociales y políticas del movimiento popular. Su capacidad de convocatoria, movilización y articulación de las demandas e intereses de las clases populares se ha debilitado cualitativamente. De una política ofensiva por la coestión obrera de COMIBOL en 1983-1984, ha pasado a partir de 1985 a una lucha puramente reivindicativa y defensiva. Pero aun en éste ámbito, especialmente el referido a la defensa de los puestos de trabajo y al aumento de los salarios, la FSTMB no ha logrado nada desde entonces. Las derrotas políticas sufridas por la COB y por su

10 Ibid.

11 "Relocalizados en el sector minero", *Presencia*, La Paz, 10 de enero de 1987.

12 Samuel Doria Medina, *La economía informal en Bolivia*, La Paz, 1986; también José Blánck, "La economía de la cocaína en el sector informal urbano" (La Paz, CERES, 1987; mimeo), p. 10 y ss.

sindicato más poderoso, la FSTMB —conectadas al derrumbe de la minería estatal— han acumulado una serie de factores de disgregación y descomposición del movimiento sindical, que se condensa en una crisis histórica de la identidad del movimiento minero y popular.

La problemática fundamental del proceso de democratización en Bolivia se refería a la creación de modelos de participación política del movimiento popular (COB/CSUTCB) en el aparato estatal y la gestión de las empresas del Estado en el ámbito de la consolidación de la democracia representativa. Sin embargo, la naturaleza de las divergentes tendencias ideológicas y políticas, así como las lógicas destructivas de los conflictos entre el gobierno de la UDP, la COB/CSUTCB y los partidos de oposición, determinaron —en una situación de crisis económica fuera de control— la eliminación de las posibilidades de construir las bases institucionales para la participación popular y para una solución pactada de la crisis económica. Ni la coexistencia mayoritaria de la FSTMB en la COMIBOL, ni la creación de la Corporación Regional Agraria Campesina (CORACA) para la participación campesina autónoma en la promoción y realización de programas de desarrollo económico en el campo, pudieron contar con perspectivas reales. Al contrario, con el derrumbe del proyecto de gobierno entre la UDP y la COB/CSUTCB, con la desintegración de la UDP y la derrota política del movimiento popular, desaparecen prácticamente las condiciones políticas para la ampliación del sistema político, y se anulan simultáneamente las posibilidades de superar los obstáculos tradicionales entre la COB, el Estado y el sistema de partidos. A partir de la política impresa por el gobierno del MNR, resultado de las elecciones y la decisión del Congreso en julio y agosto de 1985, que consuman la derrota política de la COB y los partidos de izquierda marxista, se establece un sistema político que se ampara en los principios consagrados por la Constitución política del Estado.

El enorme viraje ideológico y político que representa esta nueva etapa en las orientaciones del proceso democrático, cristaliza en una política que tiene como objetivo central erigir al Estado en un muro de contención del ya debilitado poder del movimiento sindical y reforzar las instituciones representativas. El Estado no reconoce entonces a la COB y a la CSUTCB como sujetos políticos, sino como actores sindicales limitados a sus funciones específicas. Se produce una “despolitización” de la política tradicional: el campo y el juego de la política se restringen a los actores legítimos que sanciona la Constitución Política del Estado y que encarnan la legitimidad del poder estatal y la representatividad del pueblo (el Parlamento y los partidos representados en él). El gobierno pone en marcha un proyecto de dimensiones históricas cuya finalidad es sentar las bases para una recomposición total de la sociedad y del Estado y de las relaciones vigentes desde la revolución de 1952. En el plano político, se trata principalmente de eliminar a la COB como factor de ‘poder dual’ y poder de veto frente al Estado, restaurando el principio de autoridad de este último como instancia soberana de decisiones políticas. Es obvio que el gobierno del MNR se propone la ruptura radical con el modelo del nacionalismo revolucionario y con la tradición populista del Estado. En el plano económico se intenta, con un altísimo costo social, el control de la hiperinflación a través del congelamiento de salarios, la reducción de empleados públicos y trabajadores de empresas del Estado; y, por otra parte, se intenta una racionalización y reducción de las funciones del Estado, liberalizando al máximo las operaciones económicas de acuerdo a las reglas del mercado y otorgando un espacio significativo a las actividades de la empresa privada (especialmente al sector financiero y comercial).

Ahora estamos confrontados con la paradójica realidad de que la continuidad del sistema democrático y la alternancia del poder, que indican —en medio de una gran con-

fluctualidad de las fuerzas políticas— la relativa consolidación del sistema político, tienen lugar sobre la base de una profunda desarticulación del movimiento obrero y de la crisis política de la COB. Nuevamente se profundiza la brecha entre el Estado y la COB, pero el sistema político y el Estado, fortalecidos con el pacto político suscrito entre el MNR y el principal partido de oposición (Acción Democrática Nacionalista, ADN), tienen ahora un adversario con recursos limitados para frustrar el proyecto de reorganización del Estado y la sociedad que llevan a cabo el MNR y la ADN. Si una COB poderosa como sujeto de oposición y veto, pero con insuficiencias hegemónicas y constructivas, pone al descubierto la fragilidad del sistema democrático y sus propias limitaciones, ¿es una COB debilitada la premisa del fortalecimiento de la democracia?

En este caso, ya no sería válida la premisa de análisis que percibe a la COB como una de las fuerzas políticas de un empate histórico que duró, en efecto, varias décadas. Si es así, una COB despojada de su poder político de veto podría integrarse lentamente a un sistema democrático, ejerciendo funciones de organización sindical y sin tener ya la capacidad de poder o querer suplantarse a un gobierno democrático. De esta manera, el supuesto de análisis de la COB como sujeto político, también perdería su validez.

El ocaso del movimiento obrero y la declinación de la COB parecen ser irreversibles. Sin embargo, toda crisis encierra perspectivas ambiguas e inciertas. La solución de una crisis política o de una crisis de identidad de un sujeto social no es producto de fuerzas metasociales sino de proyectos políticos, así como resultante de conflictos entre proyectos¹³.

Una cosa parece ser cierta: la crisis de la COB y del movimiento popular no es meramente coyuntural y epifenoménica, como sostiene generalmente la izquierda partidista. Por esta razón, es difícil vislumbrar una superación de la crisis si la COB insiste en las orientaciones ideológicas y las prácticas políticas que están precisamente en entredicho. La COB se ha recuperado varias veces con extraordinaria rapidez después de períodos de violenta represión y de graves derrotas. El movimiento popular logró, con una capacidad notable de resistencia, una y otra vez reconstituir su fuerza política y su capacidad de acción, pero nunca consiguió trascender los límites inherentes a su autonomía política¹⁴. En esta coyuntura política, la reconstitución de la COB es mucho más complicada que antes, debido a que tanto la crisis estructural de la economía como la política económica del actual gobierno atacan las condiciones estructurales de la reproducción de la clase obrera. Por estas razones, la COB está colocada ante la necesidad de dar prioridad a una política de resistencia contra la disgregación de sus bases sociales, tratando de impedir la agudización de su impotencia política y, simultáneamente, de buscar nuevas formas ideológicas y políticas de reconstrucción del movimiento popular. Es un desafío descomunal. Nunca la COB había tenido que asumir la lucha por la supervivencia de una clase obrera en proceso de disolución, en la medida en que la minería deja de ser el sector estratégico de la economía boliviana. Por eso es explicable la dramática advertencia de Filemón Escobar: "Las direcciones de izquierda y las que se encuentran a la cabeza de la FSTMB y la

¹³ Massimo Cacciari, "Transformación del Estado y proyecto político", en Marramao, Luporini, Cacciari et al., *Teoría marxista de la política*, Cuadernos de Pasado y Presente, 89 (México: Siglo XXI, 1981), p. 236.

¹⁴ Yvon Le Bot afirma, por esto, que la COB es un sísifo sindicalista, puesto que el movimiento obrero ha tenido que rehacer un camino recorrido en múltiples oportunidades. Ha chocado con límites derivados de su dependencia económica y social, y de la evolución del sistema de poder que hacen cada vez más problemática la eventualidad de una solución política basada en el rol crucial de la COB. Véase Yvon Le Bot, "Le mouvement syndical bolivien a la croisée de chemins (1978-1980)", en *Problemes d'Amérique Latine*, 62, 4o. trimestre, Paris, 1981, p. 148.

COB no se dan cuenta de que los propósitos del gobierno se están cumpliendo al cien por ciento. Lo que es peor: hasta ahora no hemos sabido dar una respuesta apropiada a esta disgregación del movimiento obrero... Bolivia se está convirtiendo en un gran mercado de economía informal donde la COB y la FSTMB se están quedando sin la base social a la cual dicen representar"¹⁵.

En resumen, es pertinente sostener que la COB y la FSTMB se hallan en un proceso acelerado de desarticulación, desorganización y desbande. Los principios ideológicos y políticos de su identidad colectiva, que constituían el marco de referencia de sus demandas y luchas, van disolviéndose progresivamente. Como dice un asesor e intelectual vinculado a la COB, se fracturó la identidad de la FSTMB, basada en la integración de lo corporativo y lo político y en la estrategia de entrelazamiento de las orientaciones clasistas y nacionales. Su conciencia colectiva, arraigada en estos principios constitutivos y en la experiencia acumulada de lucha, ha sido sacudida.

Predomina en los mineros un sentimiento de derrota y la pérdida de la confianza en sí mismos y en sus organizaciones. Gran parte de las bases mineras en los centros productivos tradicionalmente más importantes, desplazaron su lucha a un objetivo alimentado por dirigentes trotskistas y de otras filiaciones radicales: el retiro colectivo y la demanda por subsidios aceptables.

La COB ha perdido la capacidad política de oposición y veto frente a las políticas del Estado y, lo que es peor, ha perdido también como organización sindical su capacidad de defender los intereses económicos y sociales de la masa asalariada. Todo esto ha conducido a la desconfianza de los trabajadores en sus sindicatos y al desvanecimiento de la representatividad de la COB.

Mientras tanto, la izquierda marxista, sobre todo la organización en el llamado *Eje de Convergencia*, esconde la cabeza en un paroxismo de ortodoxia estéril, desconociendo las causas fundamentales de la crisis de sus proyectos, de sus prácticas políticas y, obviamente, de la crisis de la sociedad y del movimiento obrero. Inmunes a los hechos y las experiencias, no aceptan las consecuencias de su política durante el gobierno de la UDP. Han adoptado el fácil recurso de atribuir todos los desaciertos a la 'traición' de la UDP, y todos los aciertos a una política de defensa intransigente de convicciones. El *Eje de Convergencia* sostiene en el documento político presentado al XXI Congreso de la FSTMB en mayo de 1986, que "... la acción pragmática de la socialdemocracia y del reformismo profundizaron la crisis llevándola a límites insostenibles. Así, la capitulación del gobierno de la UDP sentó las bases de la desarticulación, desmovilización y confusión de las masas", y que "fue el entreguismo y la incapacidad de la UDP para aplicar soluciones populares y nacionales a la crisis el principal factor desestabilizador... Mal se puede entonces sindicarse a los trabajadores, y menos aún a los mineros, a las direcciones sindicales de la FSTMB y la COB, de ser causantes de la frustración del proceso democrático"¹⁶. Curiosa actitud de actores políticos que niegan haber formado parte de un escenario de interacción política y se consideran inocentes respecto a los acontecimientos que ellos contribuyeron a gestar. Es indudable que las fuerzas de izquierda no han hecho normalmente política, en el sentido de asumir la responsabilidad por las decisiones y consecuencias políticas de sus actos. Como no reconocen la interacción entre sus principios ideológicos, la acción

¹⁵ Declaraciones de Filemón Escobar en conferencia de prensa del 18 de marzo de 1986; véase "Informe R" (La Paz: CEDOIN, marzo de 1986), p. 7 y ss.

¹⁶ *Eje de Convergencia*, Documento político, "Unidad del pueblo para derrotar a la oligarquía y el imperialismo" (Oruro, 1986; mimeo), p. 3.

política, los resultados y las experiencias, estos partidos reducen la política a una guerra de convicciones. Pero ¿cómo se puede hacer política sin adoptar una dosis mínima de realismo político, es decir, una posición capaz de tomar en cuenta las relaciones reales de fuerzas, la viabilidad de los proyectos, de aceptar nuevos hechos y revisar expectativas e interpretaciones refutadas por los procesos políticos?

¿Serán las decisiones adoptadas en el XXI Congreso de la FSTMB, como algunos piensan, el preludio de la renovación de la COB?¹⁷ ¿Es el crepúsculo del "lechinismo" y del radicalismo de izquierda el prólogo de una posible y necesaria recuperación del movimiento popular? El triunfo del documento político de Catavi parece expresar una disposición hacia la necesidad de adoptar un nuevo realismo en la política de la FSTMB que percibe, en primer término, el peligro de desintegración de la clase obrera y, en segundo lugar, otorga una prioridad esencial a una política de defensa de la identidad obrera cuyo objetivo central es precisamente evitar el derrumbe total del aparato productivo de la minería estatal. El documento de Catavi refleja el hecho de que los intereses inmediatos de la clase minera son los que prevalecen. Por el contrario, el documento del *Eje de Convergencia* trasunta las estructuras clásicas del razonamiento de la izquierda: reiteración del finalismo, desplazamiento de los problemas inmediatos por la realización precedente de los objetivos máximos, o sea, un método de condicionamiento *ad infinitum* (ej.: la salvación de COMIBOL depende de la nacionalización de la minería mediana; ésta a su vez depende de la destrucción del actual proyecto oligárquico, lo cual impone la necesidad del desplazamiento de la oligarquía del poder político por la revolución de la clase obrera). Con razón destaca Lazarte que el *Eje de Convergencia* propone una estrategia de solución desde arriba, que implica un razonamiento por diferimiento que posterga las preocupaciones inmediatas de los trabajadores a una solución para las "calendas griegas"¹⁸.

De esta manera, se pone otra vez en evidencia que las contradicciones de los dos documentos políticos reproducen nuevamente dos problemas fundamentales del movimiento sindical y de la izquierda: la separación entre objetivos estratégicos e intereses inmediatos, y la disgregación entre proyectos estatales y demandas corporativas de clase. Si el *Eje de Convergencia* propone la revolución, Filemón Escobar pone énfasis en una concepción que reitera implícitamente una suerte de autogestión obrera en COMIBOL, lo cual a su vez conlleva una serie de supuestos políticos no explicitados. ¿Podrá la estrategia de la autogestión de COMIBOL sentar las bases para la reconstrucción del movimiento popular y la superación de la crisis de la COB en una situación de colapso de la minería y de ofensiva del Estado contra el movimiento obrero? En una interrogante que sólo el futuro comportamiento del movimiento sindical podrá dilucidar, pues está en juego la capacidad para limitar los efectos negativos de los cambios estructurales que afectan su cohesión organizativa e institucional y fundamentalmente su capacidad para continuar siendo un sujeto central de la política boliviana. Ambas dimensiones están íntimamente conectadas, y en el futuro la COB no será políticamente la misma organización si se confirma la declinación del movimiento obrero. La reconstitución de la COB habrá de ocurrir entonces en un marco de recomposición social, ideológica y política. Esto significa que permanecerán vigentes problemas trascendentes para el desarrollo de la democracia.

17 Cf. Jorge Lazarte, "¿Qué pasó en el XXI Congreso de Mineros?", *Hoy: Análisis*, La Paz, 30 de mayo de 1986; Henry Oporto, "El crepúsculo del lechinismo", en *ibid.*, 27 de junio de 1986; Ricardo Calla, "Liderazgo de Lechin: Parte del pasado", *Presencia*, La Paz, 6 de julio de 1986.

18 Jorge Lazarte, *op. cit.*, p. 8.

¿Qué perspectivas de consolidación tiene un sistema representativo que es seriamente cuestionado por la COB? ¿Qué posibilidades tiene la democracia en Bolivia sin la participación del movimiento popular? ¿Será posible esta participación en el contexto de una integración de la política de la COB y la democracia representativa?¹⁹

III. LOS MOVIMIENTOS BARRIALES

¿Qué posición ocupan y qué relevancia política tienen los movimientos barriales en esta problemática de la democratización?

Como hemos dicho, en Bolivia el escenario social y político ha estado dominado por un movimiento social histórico tradicional y central, el movimiento sindical organizado en la COB. Este movimiento ha sido intrínsecamente socio-político, integrando una dimensión diacrónica y otra sincrónica en los procesos y conflictos sociales. Es a todas luces evidente que este movimiento social ha respondido a una lógica de conflictos que articula la lucha política por el control del sistema y de los recursos estatales, siendo su acción social-corporativa también política, por su dimensión de oposición al Estado. En ambos niveles, la COB planteó el control del proceso de cambio y de los mecanismos de decisión²⁰.

A fines de la década del 50 surgió un movimiento regional en Santa Cruz que, a partir de la década de los 70, se fortaleció y se expandió desarrollando una gran capacidad de articulación de las demandas regionales y una notable fuerza de presión y negociación en relación al Estado. Lo significativo de las tendencias fundamentales en la actualidad, es que mientras el movimiento regional en Santa Cruz, y particularmente en otras regiones, se encuentra en un proceso de ascenso, el movimiento sindical está en una etapa de franco descenso y declinación, que configura ya una profunda crisis de identidad colectiva.

En este escenario, los movimientos urbanos populares en las ciudades de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, se constituyen en nuevos actores sociales (aunque en sus orígenes se remontan —como es el caso de La Paz— a las *Federaciones Vecinales* nacidas en 1916). En 1979 estos movimientos, organizados en *Federaciones Vecinales*, se centralizan en una *Confederación de Federaciones Departamentales de Juntas Vecinales* (JV). Pero en relación a los otros movimientos sociales, ocupan una posición subordinada. Su rol en el proceso de democratización ha sido activo; sin embargo, por múltiples

¹⁹ La estrategia de autogestión de la COMIBOL por la FSTMB, propugnada por los dirigentes sindicales que asumieron la conducción del sindicalismo minero en el congreso de Oruro de mayo de 1986, fracasó también porque la crisis interna del movimiento minero —dividido en fracciones políticas antagónicas— afectó seriamente la legitimidad de la dirección sindical. Después de la “marcha por la vida”, en septiembre de 1986, toda la dirección de la FSTMB fue impugnada y tuvo que renunciar masivamente. Muchas bases sindicales y los dirigentes del Eje de Convergencia objetaron el acuerdo económico y político que había suscrito la dirección de la FSTMB con el gobierno del MNR, un acuerdo que en varios sentidos favorecía al movimiento minero y trataba de detener la ola de relocalizaciones y de cierre de las empresas mineras del Estado. Se impuso el ala ultraradical de la FSTMB, y la nueva dirección sindical que emergió en el Congreso Extraordinario del Siglo XX en octubre de 1986 planteó la defensa de los beneficios sociales de los retirados como objetivo fundamental de su plataforma de acción. Pasó a segundo plano el objetivo del mantenimiento de las operaciones productivas de la minería estatal. Este fenómeno es quizás el epítome de la crisis de identidad del sindicalismo minero.

²⁰ Es difícil saber cuántas organizaciones aglutina esta Confederación; menos aún se puede conocer la cantidad de sus miembros. Sólo en La Paz existen alrededor de 200 Juntas Vecinales y 4 Federaciones Departamentales, que son las más fuertes del país. De estas Federaciones han nacido los Comités de Amas de Casa, los Clubes Juveniles y Deportivos, así como los Clubes de Madres.

razones no ha dejado de ser secundario. Los *Movimientos Sociales Urbanos* (MSU) han sido apéndices de una dinámica social y política en la cual la COB y el movimiento regional han sido los actores fundamentales.

Inicialmente habría que poner de relieve que los movimientos sociales urbanos en Bolivia no han experimentado —por peculiaridades del proceso social y económico en los últimos 35 años— el crecimiento rápido y hasta explosivo de los peruanos y brasileños. Por sus objetivos y demandas, así como por sus pautas de comportamiento, las prácticas políticas de los MSU en el proceso democrático desde 1987 muestran un carácter discontinuo, puntual, esporádico y limitado. Debido a la dramática profundización de la crisis económica, la participación de los MSU en este proceso ha estado marcada generalmente por objetivos económicos inmediatos, referidos al mejoramiento de los servicios barriales, al aumento de precios y al abastecimiento de bienes de consumo popular. Esto se verifica en la etapa en que se agudizó la crisis económica: las 88 acciones vecinales registradas por la prensa entre octubre de 1982 y diciembre de 1984 se originaron en la inflación, el desabastecimiento, y en el rechazo a la política económica del gobierno de la UDP. De esta manera, pasaron paulatinamente a un nivel secundario los objetivos directamente políticos planteados desde el Primer Congreso de la Confederación Nacional de Juntas Vecinales (CONALJUVE), realizado en octubre de 1983: el reconocimiento de las *Juntas Vecinales* (JV) como representantes legítimos de los barrios populares e interlocutores válidos de la Alcaldía; la participación directa de las JV en los proyectos y las decisiones municipales, la descentralización del poder municipal en La Paz y la elección del alcalde de El Alto de La Paz por la *Federación de Juntas Vecinales* (FEJUVE).

Es evidente que estos objetivos fueron relativamente alcanzados durante el gobierno de la UDP. Se logró la descentralización de la alcaldía paceña y el alcalde de El Alto reconoció a la FEJUVE y no al gobierno central como única autoridad legítima. La FEJUVE logró también ingresar al *Comité Urbano de Abastecimiento* (CUA), junto a la COB y otras organizaciones. Pero estos avances fueron detenidos, e incluso revertidos, con el derrumbe de la UDP y la transformación de las tendencias políticas y de la correlación de fuerzas a partir de julio de 1985²¹.

La participación política de los MSU no dejó de ser ambivalente: la tendencia predominante ha sido alimentar la participación desde una perspectiva de oposición a los partidos y a la misma política que los movimientos barriales perciben como escenario y actividad de la corrupción, del sectarismo partidista y del clientelismo. Por otra parte, su participación en la lucha por la democratización en las diversas fases, ha comprometido a las FEJUVE en una relación de dependencia clientelista con los aparatos del Estado. Un fenómeno recurrente es el control y la cooptación de los dirigentes de JV por las autoridades de gobierno. La lucha contra el Estado por reivindicaciones sociales y económicas y por la participación autónoma de las FEJUVE en diversas instancias del aparato estatal, se convierte entonces en una incorporación subordinada al sistema de decisiones.

La lógica de acción de los MSU fue tan dual como la del movimiento sindical: por un lado, fue una lógica de presión contra el Estado mediante la aplicación de la acción directa (movilizaciones, bloqueos, etc.); por otro, fue una lógica de negociación con el

²¹ Cf. Fernando Calderón, *La política en las calles*, Cochabamba, CERES, 1983, y *Urbanización y etnicidad: El caso de La Paz*, Cochabamba: CERES, 1984; Roberto Laserna, "La protesta territorial: La acción colectiva regional y urbana en una coyuntura de crisis y democracia", en Laserna (comp.), *Crisis, democracia y conflicto social*, Cochabamba: CERES, 1985; Roxana Brinati, Noemi Larrazabal, "Los actores sociales en los asentamientos periféricos de La Paz", Cochabamba: CERES, 1986 (mimeo); César Urzagasti, "La Federación de Juntas Vecinales de El Alto: Procesos organizativos e institucionalización de demandas populares", La Paz, 1986 (mimeo).

Estado para obtener participación en los mecanismos estatales, principalmente a nivel municipal.

Si consideramos las orientaciones de los MSU respecto a la cuestión de la democracia, encontramos también actitudes y pautas tan contradictorias y/o ambiguas como las del movimiento sindical. Estas son en muchos aspectos aun más ambiguas, porque van desde el escepticismo y el apoliticismo hasta un compromiso con el proceso democrático, según la estrategia de ampliación y profundización de la democracia propuesta por la COB. Estas actitudes dispares se reflejan igualmente en una suerte de disponibilidad ideológica y política de las masas vecinales, que se manifiesta en las grandes diferencias del comportamiento electoral: de 1978 a 1980 se votó en los barrios populares por la UDP; en 1985, la mayoría de estos votantes se decidió por los partidos de centro-derecha (ADN y MNR).

Las relaciones entre las FEJUVE y la COB están determinadas fundamentalmente por la desconfianza de la dirección sindical ante las organizaciones de los barrios populares. Aunque las FEJUVE han estimulado la participación en las luchas organizadas por la COB, y han adherido en varias coyunturas a las plataformas políticas del movimiento sindical, el rechazo al rol clientelista de los representantes de las FEJUVE en diversos gobiernos militares, y el predominio de la ideología obrerista en los cuadros de la COB han impedido un acercamiento político y organizativo estable y continuo. La COB ha seguido más bien con suspicacia las acciones de las FEJUVE, en las cuales éstas asumieron iniciativas para defender la economía popular.

Si se analiza desde un ángulo global las prácticas políticas del movimiento barrial, es casi inevitable extraer la conclusión de que éste ha sido, y seguramente continuará siendo, un movimiento reactivo y defensivo ante situaciones de crisis económica y social. No se perciben elementos que puedan dar base a la idea de que este actor esté en proceso de constitución como sujeto social de un posible proyecto de transformación histórica. El MSU de La Paz, que es más significativo, no propone ningún proyecto alternativo propio. En la política se adhiere de modo general a la democratización del país (en la expectativa de resolver problemas económico-sociales inmediatos de los barrios populares) o apoya globalmente los objetivos y las orientaciones de la COB. El movimiento barrial es, por supuesto, un actor social en la escena boliviana. Pero es hartó difícil y, por cierto, una ostensible exageración, querer ver en él una fuerza potencial de transformación de la sociedad y del Estado.²²

Es necesario adoptar perspectivas analíticas sensibles a los procesos y problemas concretos, y menos condescendientes con los deseos políticos.

Los estudios elaborados, aunque no son muchos, son suficientes para demostrar que los MSU en Bolivia son actores restringidos por sus objetivos, demandas, orientaciones y pautas de acción.²³ Su naturaleza defensiva no supone una alteración significativa en el campo de los movimientos sociales ni tampoco trasuntan un potencial creciente de transformación de las relaciones de poder. Su capacidad de influencia en las decisiones políticas del Estado ha sido parcial, localizada y puntual.

Tampoco conducen estos MSU a una transformación de la matriz de acción popular encarnada en el movimiento sindical. Siendo nuevos actores, es claro que no pueden desconocer que constituyen un fenómeno ilustrativo de la debilidad de representatividad y

²² Fernando Calderón, "Los movimientos sociales ante la crisis", en F. Calderón (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis* (Buenos Aires: UNU, CLACO, ISTUNAM, 1986), p. 360.

²³ Véase los estudios de Urzagasti, Laserna y Brinati/Larrazabal.

legitimidad del sistema de participación, e incluso de los sindicatos, pero su acción se enfrenta a innumerables barreras que dificultan la superación de las relaciones y pautas clientelistas de las FEJUVE con el aparato estatal. Todo esto no significa ignorar las tendencias existentes, por cierto, aunque subordinadas, hacia la autonomía de las organizaciones barriales y la constitución de gobiernos locales.

El movimiento popular urbano ha sido y sigue siendo fundamentalmente un movimiento sindical. Sus formas de participación y la efectividad de éstas en el proceso democrático, fueron determinadas por las orientaciones de la COB. No obstante ser un actor popular diferenciado —por su propia heterogeneidad social, la desagregación peculiar y la ambigüedad de sus contenidos y pautas de sus acciones—, el movimiento barrial no ofrece atisbos ni indicios que permitan hablar de un sujeto popular, hegemónico y constructivo. Menos aún si se toma en cuenta la crisis general que afecta a los movimientos sociales (a excepción del movimiento regional).

¿Es legítimo en este contexto sostener la idea de que no sólo se está conformando un nuevo actor social, sino que se está constituyendo una nueva identidad colectiva? Mucho se ha abusado de la noción o el concepto de identidad en los estudios dedicados a los MSU. Convencionalmente se entiende por identidad de los MSU la unidad de objetivos e intereses de los sectores populares excluidos, y no se advierte que en esta concepción opera una reducción de un fenómeno mucho más complejo. Como destaca Ruth Cardoso, se ha impuesto una sustitución de la noción de identidad que soslaya el carácter necesariamente relacional de la cuestión. Por lo tanto, se utiliza esta noción sin contemplar el complejo ámbito de múltiples relaciones de los MSU con otros MS, y sobre todo con el sistema político y el Estado. Y por la influencia predominante de cánones discursivos se ha impuesto metodológicamente una perspectiva que asimila el nivel discursivo de la definición de objetivos e intereses a la identidad y las prácticas de los MSU²⁴. La existencia de orientaciones y pautas de acción contradictorias a las que hace referencia Fernando Calderón, no admite el uso ingenuo del concepto de identidad. En efecto, en la práctica de los movimientos populares urbanos se manifiesta una valoración ética de la democracia versus formas de autoritarismo y verticalismo; una valoración de la diversidad societal versus la tendencia al reduccionismo y a la monopolización de la representatividad; la afirmación y la autonomía de los movimientos sociales versus heteronomía, clientelismo y dependencia; la emergencia de valores de solidaridad, reciprocidad y comunitarismo versus el individualismo, la lógica del mercado y la competencia²⁵.

Si en el caso del Brasil y del Perú algunos autores señalan lo cuestionable que es atribuir a los MSU la capacidad de constitución de nuevas identidades colectivas y de autonomía institucional y política frente al sistema político, lo es entonces aún más en el caso boliviano.

III. CONCLUSION

A modo de resumen, cabe afirmar que en la Bolivia de los últimos años se ha producido una diversificación de los espacios y de los conflictos sociales, y al mismo tiempo un des-

²⁴ Cf. Ruth Cardoso, "Movimentos sociais na América Latina", ponencia presentada al Seminario "Movimientos sociales, democracia y orden político en América Latina y el Área Andina: Cuestiones metodológicas", organizado por CLACSO, Cuenca, Ecuador, noviembre de 1986.

²⁵ Fernando Calderón, op. cit., p. 385.

plazamiento sustancial de los actores sociales y de los ámbitos ejes conflictivos. La tendencia general está determinada por una declinación histórica de los movimientos sociales tradicionales —los sindicatos—, por un proceso sostenido de ascenso del movimiento regional, y por un desarrollo amplio pero difuso de ciertos movimientos étnico-culturales, como el Katarismo. En este panorama de multiplicación de los actores y conflictos sociales, el movimiento minero y popular organizado en la COB ha perdido su lugar central, y es cada vez más incapaz para adecuar sus orientaciones ideológicas, sus estrategias políticas y sus recursos organizativos a una pluralidad de lógicas fundamentales. La articulación fundamental de las luchas sociales, que desde la década del 40 residió en el movimiento minero, ha sido desplazada, sin que se perfila en el horizonte un movimiento que pueda jugar un rol similar.

Pienso que no es desacertada la idea de que Bolivia se enfrenta a una disolución de la centralidad del movimiento sindical y a una fragmentación de las luchas sociales. La excepción consiste en el movimiento regional, que se ha transformado en Santa Cruz en un sujeto articulador de los conflictos entre el Estado y la región, el cual en el futuro tendrá una gravitación cada vez más importante. Sin embargo, sería una evidente exageración sostener que la lógica regional de los conflictos vaya a definir la naturaleza de los conflictos entre la sociedad y el Estado, de manera similar a como lo hizo el movimiento sindical minero. En este contexto, los MSU carecen del potencial para transformarse en un sujeto popular unitario y alterar las tendencias descritas.



SIGLAS UTILIZADAS*

ADN: Acción Democrática Nacionalista

COB: Central Obrera Boliviana

CEN/COB: Comité Ejecutivo Nacional de la COB

COMIBOL: Corporación Minera de Bolivia

CONALJUVE: Confederación Nacional de Juntas Vecinales

CORACA: Corporación Regional Agraria Campesina

CSUTCB: Confederación Sindical Unica de Trabajadores Campesinos de Bolivia

CUA: Comité Urbano de Abastecimientos

FEJUVE: Federación de Juntas Vecinales

FSTMB: Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia

JV: Juntas Vecinales

MNR: Movimiento Nacionalista Revolucionario

MSU: Movimientos Sociales Urbanos

* Información acerca de las siglas entregada por el Consulado de Bolivia en Santiago. (N del E).

EL ITINERARIO DE LA DEMOCRATIZACION

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LA PARTICIPACION POPULAR*

ELIZABETH JELIN

(CEDES, Argentina)

El diez de diciembre de 1983 asumió la presidencia de la Argentina Raúl Alfonsín, electo democráticamente después de casi ocho años de la más sangrienta dictadura militar. El proceso electoral había sido rápido: desde el momento en que se comenzó a vislumbrar la perspectiva electoral, después de la derrota de las Malvinas, la reemergencia de los partidos políticos se aceleró enormemente. En pocos meses se dieron todos los pasos: reconocimiento legal de los partidos políticos, afiliación de masas en una magnitud desconocida en la historia del país, elecciones internas y procesos de selección de candidatos partidarios a los puestos de gobierno, la campaña electoral, para culminar el 31 de octubre de 1983 en elecciones limpias y pacíficas, donde nadie pudo denunciar actos de ilegalidad o violencia.

Ese fue, sin duda, el tiempo de los partidos. Poca otra actividad pública y política podía esperarse en la sociedad argentina, cuyas energías estaban concentradas en ese proceso político que apareció en la superficie del país y penetró la trama social con una rapidez e intensidad inigualada. Recuérdese que en pocos meses se afiliaron 3.300.000 personas al Partido Justicialista, y casi un millón y medio al Partido Radical. De hecho, incluyendo todas las afiliaciones, casi el cuarenta por ciento de los inscritos en el padrón electoral estaba afiliado a algún partido político en el momento de las elecciones.

Todo esto salía aparentemente de la nada, de la ausencia de los partidos políticos, obligada por la dictadura, sin duda, pero también producto de la descomposición interna y la crisis. La ola político-partidista cubrió la escena, dejando poco espacio para todas las otras manifestaciones colectivas de la sociedad, que habían estado presentes en el espacio público durante los dos años anteriores.

Una vez inaugurado el gobierno democrático, la puesta en marcha del sistema institucional se constituyó en el desafío fundamental. Existía una normatividad legal, se hacía necesario ponerla en funcionamiento; en muchas áreas, se requería reformularla profundamente. Además, no existía una acumulación de saberes prácticos sobre cómo operar dentro de esa normatividad, al haber estado interrumpida su vigencia durante tantos años. Hay que aprender a ser secretario, diputado o concejal. Hay que aprender, por ejemplo, a ser periodista parlamentario.

En este contexto de reconstitución y construcción de una institucionalidad democrática, los movimientos sociales pueden asumir distintos papeles, en función de las diferentes definiciones y proyectos de democracia. El debate sobre el alcance de la democracia que se quiere y la que se puede construir está siempre presente. La relación entre democracia política y democracia social no es sólo tema de elaboración académica de las ciencias sociales. También constituye el núcleo del debate socio-político en períodos de transición.

* Este artículo fue redactado antes de la sublevación militar de abril de 1987 y de la discusión parlamentaria de la "ley de obediencia debida" en mayo de 1987. Estos acontecimientos, y su impacto sobre los movimientos sociales, son discutidos en un epílogo.

En un sentido, elegir estudiar los movimientos sociales implica una opción teórica y, en este caso, también un compromiso ideológico. Opción teórica en cuanto supone privilegiar las dimensiones sociales y culturales en el análisis de los procesos de democratización. Compromiso ideológico en cuanto a la búsqueda de mecanismos de participación y de presencia socio-política de los sectores sociales subalternos. Es por eso que nos preguntamos aquí sobre la institucionalidad política democrática desde la perspectiva de los intereses, demandas y sistemas de representaciones de los sectores sociales subordinados.

En la situación argentina de la transición, la valoración de la institucionalización democrática es compartida por amplios sectores de la sociedad y de la vida política. Las divergencias surgen frente a cómo hacerlo. De manera extrema, se puede pensar en dar prioridad a la "restauración", o sea, a la puesta en práctica de los mecanismos democrático-representativos preexistentes, con la idea de que las reformas se irán haciendo en una segunda etapa, a partir de lo que se va poniendo en funcionamiento. Pero lo existente, de lo cual hay que partir, es por lo menos de dos tipos: legislación suspendida durante los regímenes militares y legislación positiva implementada durante el régimen militar, por decretos. ¿Derogar automáticamente esta última? ¿Restaurar en bloque lo anterior? La sociedad ha cambiado, hay nuevas cuestiones que requieren soluciones imposibles de ser encontradas en esos cuerpos legales. Pensemos, para no ir más lejos, en el tema de los derechos humanos y la ley de amnistía autoimpuesta por los militares. En ese campo, como en muchos otros, no hay verdaderas salidas "restauradoras". Las soluciones deben ser necesariamente novedosas. Al restaurar algo, se lo transforma o resignifica. ¿Cuánto transformar? Para algunos, lo menos posible. Todo el que pide más pide demasiado y corre el riesgo de "desestabilizar" a la frágil democracia. Para otros, la manera de democratizar el sistema político pasa por transformaciones más profundas, que no pueden esperar un segundo tiempo después de la "restauración". Las demandas de los movimientos sociales están más a menudo en este segundo grupo, y de ahí la acusación frecuentemente escuchada de que son "desestabilizadores".

Es en este espacio de encuentro entre los movimientos sociales y las expresiones colectivas de los sectores populares, por un lado, y los procesos de democratización del Estado y del sistema político en la Argentina, por el otro, que se sitúa el análisis que realizamos en este artículo, que centra su atención en lo ocurrido durante los años finales de la dictadura y los primeros tres años de retorno a la democracia.

LOS DERECHOS HUMANOS

Quizás el caso más claro de un movimiento social en formación durante los años de la dictadura es el movimiento por los derechos humanos. Existían en la Argentina algunas organizaciones especializadas en esta temática desde antes: la *Liga Argentina por los Derechos Humanos* fue fundada en 1937, respondiendo a la línea política del Partido Comunista; la *Asamblea Permanente por los Derechos Humanos* se fundó a fines de 1975, con carácter multi-partidario; el *Servicio de Paz y Justicia* trabaja en la Argentina desde 1974, con la coordinación general para América Latina de Adolfo Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz en 1980; el *Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos* se conformó en febrero de 1976, con la participación de religiosos y laicos de diversos cultos.

Frente a la represión desatada más abiertamente a partir del golpe militar de marzo de 1976, surgió una movilización defensiva y reactiva, en la medida en que se iban cometiendo las violaciones. *Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, Madres*

de Plaza de Mayo, Abuelas de Plaza de Mayo, se constituyeron entre 1976 y 1977, con los familiares de los afectados. Las primeras acciones partieron de las relaciones directas de parentesco, de personas que averiguaban y buscaban a sus familiares. De este vínculo primario y familístico, en la medida en que se reconocen (inclusive literalmente, al volver a ver las mismas caras en los diversos despachos de funcionarios), es que comienzan la solidaridad y la acción colectiva.

El contraste entre una madre o un familiar preguntando por la suerte de su hijo o hermano y el clamor internacional por los derechos humanos en la Argentina es enorme. No hay nada más privado que la experiencia de ser madre; nada más público que el Papa hablando desde los balcones del Vaticano o las presentaciones en cortes de justicia internacionales. Lo público y lo privado se confunden —o se funden— en el límite de la vida.

Internamente, el movimiento de derechos humanos era heterogéneo. Sobre la base de los compromisos familiares, se fueron agregando otros actores, otros personajes, que se acercaban desde distintos orígenes y con diversas identidades: desde el humanismo cristiano, simbolizado en el Premio Nobel de la Paz otorgado a Pérez Esquivel; desde los liderazgos políticos de los partidos democráticos; desde la intelectualidad comprometida; desde la población en general. Con este reclutamiento de orígenes heterogéneos, con grados y tipos de compromiso variados, con propuestas ideológicas y experiencias vitales tan dispares, se puede encontrar un núcleo mínimo de unidad, dado por la definición del opositor-enemigo y simbolizado en alguna consigna unificadora en cada momento. “*Aparición con vida y castigo a los culpables*” fue la consigna aglutinadora durante el período de auge del movimiento.

Estos años de acciones colectivas muestran cómo, a partir del ataque frontal a los derechos más elementales —básicamente la vida— se puede generar un movimiento que, aunque heterogéneo socialmente y en cuanto a demandas y consignas, introduce una dimensión nueva en el debate político: la consideración ética, que apela a valores fundamentales. La vida, la verdad, la justicia, planteando una exigencia ética de fundamentos humanitarios, se convierten en proyecto: “*Los derechos humanos ya no son sólo aquello que está antes y hay que respetar, sino aquello que está después y hay que construir. Se presentan como horizonte, como utopía*”. (Sonderguer, 1986, p. 11).

Hasta 1979, el gobierno contaba con el silencio de los partidos políticos, los sindicatos y la cúpula de la Iglesia. Con la visita de la *Comisión Interamericana de Derechos Humanos*, organismo de la OEA, en setiembre de 1979, y el Premio Nobel de 1980, se abrió un mayor espacio de difusión. Los derechos humanos se constituyeron en tema de debate público.

Durante el transcurso de 1981 el tema fue paulatinamente asumido por las diversas fuerzas políticas y sociales. En los inicios de 1982, frente al “*las Malvinas son argentinas*”, la respuesta del movimiento fue “*los desaparecidos también*”. Ya en 1983, el movimiento de derechos humanos logró aglutinar bajo sus banderas a fuerzas sociales y políticas, ocupando un lugar en la definición de las condiciones de la transición a la democracia.

La transición a la democracia significó un desafío importante para este movimiento. La consigna “*somos la vida*” de la campaña electoral del Partido Radical no fue una consigna ajena al movimiento. La elección de Alfonsín, vicepresidente de la *Asamblea Permanente de Derechos Humanos*, implicaba que el nuevo régimen se inauguraba aceptando y haciendo suyos los principios ideológicos rectores del movimiento en lo referente a los fundamentos éticos del Estado. El Estado tomó una parte del conjunto de principios y demandas, pero no todas ni de manera cabal. Hubo redefiniciones estatales basadas en consideraciones políticas pragmáticas, en la necesidad de la negociación y el compromiso. El movimiento de derechos humanos se fue ubicando entonces fuera del Estado, cuestio-

nando y reclamando por la tibieza de las decisiones estatales, exigiendo más, tanto en lo que hace a la administración de la justicia frente a los militares como en el proceso de esclarecimiento de las desapariciones y la libertad a presos políticos.

En el aparato del Estado, se requería resolver o canalizar de alguna manera la problemática de los militares. Esa era una condición de estabilidad del régimen. En esta área, no se podía simplemente volver a la legalidad anterior, "restaurar". Se requería derogar toda la legislación introducida por la dictadura y encontrar alguna manera de juzgar a los militares. En este campo, el gobierno tomó la iniciativa, con algunas propuestas importantes: la reforma al Código de Justicia Militar, el decreto de juicios sumarios y la creación de la CONADEP (*Comisión Nacional sobre Desaparición de Personas*). La actitud general con que el Estado entraba en el tema se hizo clara: proponiendo transformaciones graduales, cautas, con cierta timidez, basada en los temores de "desestabilización" desde los cuadros militares.

Convertirse en oposición en un régimen democrático no es tarea fácil. Las contradicciones son enormes, la conflictualidad interna al movimiento también. Diversas corrientes no coincidían en la actitud frente a las propuestas estatales. La heterogeneidad interna y la fragmentación se hicieron claramente visibles.

Más allá de la cronología de los encuentros y desencuentros entre el movimiento de derechos humanos y el Estado, y de la crónica de las disputas internas, lo que vale la pena analizar es la relación entre el movimiento y la realidad institucional y política del país. En este sentido, uno de los efectos institucionales más importantes se ha producido en el papel de la justicia como poder autónomo en la Argentina. En la historia argentina, el Poder Judicial nunca tuvo una presencia política propia en relación a la sociedad. Tradicionalmente, las movilizaciones y protestas populares se dirigían a la sede del Ejecutivo (la Casa Rosada y la Plaza de Mayo) o al Congreso. De pronto, las movilizaciones populares de derechos humanos, hacia el final de la dictadura, comenzaron a expresar sus demandas frente al Palacio de Justicia. Por primera vez había demandas de la sociedad que se dirigían directamente, sin intermediación del Ejecutivo, hacia el Poder Judicial. A partir de la demanda social de justicia, y especialmente desde el desarrollo de los juicios a los comandantes de las Juntas Militares, el Poder Judicial comenzó a tener una presencia propia y novedosa en el plano político, que implicó su reubicación frente al Poder Ejecutivo. Es más, esta presencia fue poniendo en evidencia una actuación autónoma en relación al Ejecutivo, tanto en lo referente al tratamiento de la cuestión militar como en algunos casos civiles, referidos por ejemplo a las jubilaciones o a la definición de la drogadicción.

En este caso, estamos en presencia de indicios de transformación en el sistema institucional, aunque no se trata de un cambio en la normatividad legal. La división de poderes es parte de la Constitución Nacional, y no ha habido cambio alguno en este sentido. En las prácticas políticas, sin embargo, el movimiento de derechos humanos ha tenido efectos imprevistos en el accionar autónomo del Poder Judicial. Queda por ver, siguiendo el curso histórico de los acontecimientos futuros, si estos indicios de una presencia activa y autónoma del Poder Judicial se irá fortaleciendo y consolidando. También queda por investigar hasta qué punto los actores jurídicos —la Corte, los funcionarios— son conscientes de esta transformación en su ubicación socio-política y de sus posibles efectos. De hecho, con el cambio de régimen no hubo una renovación en el personal judicial ni en la filiación ideológica de la mayoría de los funcionarios. Debe recordarse que, a pesar de la oposición y protesta del movimiento de derechos humanos, la mayoría de los jueces del Proceso fueron confirmados en sus puestos por el Senado. Pero a pesar de las tendencias de conservación y reproducción de los sectores ideológicos más conservadores —o aun

reaccionarios— en el Poder Judicial, la implementación principista de las leyes parece constituir en sí misma una fuente de transformación de la posición de la justicia.

Otra área importante para el análisis es la relación entre el movimiento de derechos humanos y otros movimientos sociales y organizaciones de la sociedad civil. Sin duda alguna, ha habido una expansión de la temática de los derechos humanos a la sociedad como un todo, con las redefiniciones que estos procesos de expansión y apropiación suponen¹. En el cine y otras manifestaciones artísticas, en todas las organizaciones estudiantiles y en gran parte de las asociaciones profesionales, gremiales y los partidos políticos, los derechos humanos se han convertido en una temática presente y vigente. En las organizaciones proliferan las comisiones especiales de derechos humanos, aunque varía mucho la manera como el tema es definido: desde los organismos dedicados exclusivamente a la denuncia y al pedido de justicia en relación a violaciones sufridas por miembros de la organización, hasta la expansión de la noción de derechos humanos para incluir demandas de justicia social. Esta ampliación tiene el peligro, reconocido por líderes del movimiento de derechos humanos, de la pérdida de la especificidad de las demandas y su confusión con las reivindicaciones obreras, ciudadanas y populares en general.

La vinculación entre el movimiento de derechos humanos y el Estado, por un lado, y las organizaciones de la sociedad y la opinión pública, por el otro, llevan a indagar sobre el lugar y la función del movimiento en la sociedad argentina, tanto en el presente como en el futuro. No hay duda sobre su accionar en lo que tiene que ver con el reclamo de justicia por el pasado. Resulta también entendible la dinámica actual, que implica una cierta fragmentación y debate interno coincidentes con la expansión de su contenido temático a la sociedad como un todo y a la manera como el Estado está actuando en este campo. El desafío está en definir su rol hacia el futuro, su proyección histórica en la transformación de la sociedad argentina. En la elaboración de proyectos es donde podrá verse la vigencia histórica de largo plazo, quizás como movimiento defensor de la ética fundante del Estado democrático, la tolerancia y el pluralismo.

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LA DEMOCRACIA

Los temas del movimiento obrero en la Argentina son siempre complejos. Actor socio-político significativo desde hace muchos años, la modalidad de la presencia del movimiento obrero ha ido cambiando con el tiempo. Más allá de esas funciones y estructuras específicamente ligadas a las relaciones laborales, el movimiento obrero ha actuado de manera múltiple. Por un lado, ha sido partícipe directo de la formulación y control de la política económica, en el Pacto Social de 1973 y en las negociaciones sobre concertación social actualmente en curso. Por el otro, ha cumplido una función política mucho más amplia que la que se desprende de la lectura de las leyes. En efecto, el sindicalismo ha sido parte —“columna vertebral”, al decir de algunos— del movimiento peronista, participando activamente y reflejando en su interior las peripecias, los logros y la conflictualidad del peronismo en las diversas coyunturas.

En la última década, se han producido una serie de transformaciones en el mercado de

¹ Esta expansión no supone que el esclarecimiento de los crímenes y los juicios y castigos a los militares involucrados constituyan en la actualidad una reivindicación privilegiada de la sociedad argentina en su conjunto. Por lo contrario, la observación del clima de opinión indica que lo que la mayor parte de la población quiere es encontrar alguna solución al pasado, aquella que asegure cierta calma política inmediata. No hay, en este sentido, un compromiso ético profundo con las demandas del movimiento de derechos humanos.

trabajo que afectaron profundamente la composición de los asalariados. La caída del empleo industrial y el aumento en el empleo por cuenta propia produjeron la decadencia del rol estratégico de ciertas capas de trabajadores que —como los obreros de las grandes plantas industriales, y los obreros y empleados de empresas públicas— habían constituido el eje central del desarrollo de la clase obrera desde la década del cincuenta. El efecto de estos cambios sobre la composición de los asalariados se traduce en un aumento de su heterogeneidad y atomización, que conspiran contra las posibilidades de organización y de acción colectiva. Estos cambios se manifestaron más agudamente durante el gobierno militar.

La crisis del régimen militar y el triunfo de Alfonsín en las elecciones de 1983 constituyeron dos elementos fundamentales en el terreno político, que permitieron el desarrollo de un movimiento de democratización sindical. Las movilizaciones por salarios, que se multiplicaron en la segunda mitad de 1982, constituyeron la ocasión para que en varios gremios los trabajadores desplazaran conducciones percibidas como aliadas al régimen militar: estas conducciones habían antepuesto su necesidad de perdurar en sus cargos a la expresión de las demandas de los trabajadores. En el período final del gobierno militar, la función más tradicional de los sindicatos, la reivindicación económica, se constituyó en terreno de confrontación política en lo referente a la relación entre dirigentes y base obrera.

Con el régimen democrático, nos encontramos con algo inédito: por primera vez el movimiento obrero acepta la legitimidad del Estado desde una ubicación en la oposición política. Durante los tres primeros años del gobierno de Alfonsín, sin embargo, su accionar respondió a una lógica de oposición frontal más que de búsqueda de concertación o compromiso. En efecto, a partir de 1983 se le abrieron al movimiento obrero diversos caminos. Podía optar por la negociación de conquistas transformadoras de las relaciones de trabajo dentro de los espacios abiertos por el Estado y por la vuelta a la legalidad constitucional (por ejemplo, en temas relacionados con la normalización de las organizaciones sindicales, la negociación colectiva, formas de participación en la gestión, etc.). También podía optar por una política de oposición al gobierno, especialmente en lo que hace a las demandas económico-salariales, pero también en los reclamos legales, con un énfasis en la demanda del retorno a las normas legales vigentes durante el gobierno peronista 1973-1976, sin propuestas o formulaciones alternativas novedosas.

La dinámica de la relación entre el movimiento obrero y el Estado está centrada, entonces, en propuestas estatales de negociación y de concertación, que terminan en fracasos, y en manifestaciones de oposición frontal. La expresión más visible de esta estrategia es el paro general. Se realizan nueve paros generales entre setiembre de 1984 y octubre de 1986, con considerable éxito en cuanto a la adhesión de las bases, pero infructuosos en cuanto al avance de la posición obrera frente al Estado.

La actuación directa del sindicalismo frente al Estado no es nueva. Se trata de una modalidad de acción que se fue desarrollando a partir de 1955. Desde esa época, el sindicalismo ha mantenido su identidad política peronista, pero ha actuado con autonomía y fuerza propia, siguiendo un accionar corporativo. Al mismo tiempo, ha mantenido una vinculación íntima, aunque siempre conflictiva y cambiante, con el partido y el movimiento peronista. En varios momentos, el sindicalismo logró combinar la representación gremial y política de los trabajadores, pero siempre en tanto dirigencia sindical y no partidaria. Podría decirse que esta modalidad, reacia a ubicarse en patrones de agregación partidaria, es parte de la cultura política argentina, aceptada por una amplia gama de sectores sociales y no sólo por la clase trabajadora.

Las dificultades en su ubicación dentro de los patrones de agregación partidaria de intereses provocan tensiones entre el movimiento sindical y el partido. En la transición a la democracia, momento en que ambos aceptan las reglas de juego de la democracia parlamentaria, estas tensiones se agudizan por la crisis que atraviesa el peronismo, pero tiene como trasfondo los cambios en la composición de la clase obrera ligados a transformaciones estructurales y a la recesión económica.

En esta situación, el sindicalismo logra representar a diversos sectores trabajadores cuya condición se ve afectada directamente por la política económica oficial, e inclusive ha logrado ampliar la gama de demandas, especialmente *haciéndose cargo de las reivindicaciones de los jubilados*. Pero no logra articular al conjunto de la clase trabajadora o de los sectores populares. Quedan fuera, por un lado, los sectores sindicales, que tienen fuerza suficiente para *negociar directamente* con el Estado; y, por otro, amplios sectores de desocupados y trabajadores del sector informal. La fragmentación y heterogeneidad de los sectores populares son enormes, y esto provoca una modalidad particular de acción de la CGT:

Puede ocupar el centro de la escena política por ausencia de oposiciones partidarias, pero no puede hacerlo sino mediante un modo de 'agregación' de intereses en el que éstos son *yuxtapuestos y no redefinidos*, suma que termina expresándose en demandas rígidamente no negociadas y que no pueden convertirse en una alternativa político-estatal de carácter global (Palermo, 1986, pp. 22).

Sin embargo, hay algunas indicaciones de transformación, por lo menos la toma de conciencia de algunos actores de la necesidad de replantear ciertos temas. En primer lugar, el proceso electoral en los sindicatos, durante 1984 y 1985, mostró algunas novedades en cuanto al grado de pluralismo y la presencia de nuevas modalidades de negociación y composición de las dirigencias. En segundo lugar, hay una ampliación en la vinculación entre el movimiento obrero y temáticas que recorren a la sociedad y a otros movimientos sociales. La compleja y contradictoria manera en que el movimiento sindical procesó el tema de los derechos humanos es una de esas áreas². La creación de ámbitos de discusión con la juventudes políticas en la CGT y la emergencia de la temática de la mujer en el mundo sindical (Gogna, 1986) son otras indicaciones de esto. La atención de los medios de comunicación, sin embargo, está centrada en los temas económicos. En tercer lugar, y esto es especialmente significativo, en algunos sectores del Partido Justicialista y del sindicalismo se plantea en la actualidad el debate sobre la relación entre *movimiento sindical y partido*. De este debate pueden eventualmente surgir propuestas alternativas, que no se formulen en términos del paradigma de cooptación/subordinación sino que puedan imaginar formas de articulación diferentes, sobre la base de la búsqueda de convergencias entre distintos sectores.

La relación entre el movimiento sindical y el gobierno de Alfonsín cobró una dinámica nueva cuando, a principios de 1987, fue designado como ministro de Trabajo un líder sindical, identificado con una de las corrientes internas dentro del movimiento obrero

² La CGT creó una subsecretaría de derechos humanos, en parte contrarrestar los efectos negativos que sobre la opinión pública tuvieron los incidentes frente al local de la CGT entre las Madres de Plaza de Mayo y los sindicalistas por un lado, y los testimonios de dos líderes sindicales en el juicio a las Juntas. En esa ocasión, Triacca y Baldasini, importantes líderes sindicales, testimoniaron "no recordar" las desapariciones de obreros y delegados fabriles durante la dictadura. En diversos sindicatos que han renovado autoridades se han ido creando comisiones de derechos humanos cuyo sentido es la elaboración de una "memoria local" respecto a lo que la represión implicó para la clase trabajadora.

peronista. Por lo menos en el plano de las manifestaciones explícitas, las autoridades de la CGT aceptaron esta designación y expresaron su intención de participar en los esfuerzos de concertación promovidos desde el Estado. La relación, sin embargo, no es sencilla, ya que los líderes obreros mantienen las reivindicaciones y el ministro de Trabajo comienza a actuar como intermediario entre los sectores obreros y la política económica elaborada desde el Ministerio de Economía.

LOS ACTORES BARRIALES

En alguna medida, los movimientos de barrios populares tienen rasgos opuestos a los movimientos de derechos humanos. El contenido de las demandas y reivindicaciones es, manifestamente, limitado y específico a las condiciones de vida: los ligados a la infraestructura urbana de cada barrio o área de la ciudad, difícilmente generalizables o traducibles a demandas con contenidos éticos profundos. Además, por lo menos en teoría, el contrincante puede no ser el Estado—inclusive puede no haber opositor, como en algunas organizaciones de auto-ayuda o cooperativas.

Las movilizaciones barriales, incluyendo la toma colectiva y organizada de terrenos de los últimos años en la Argentina, se dieron en el contexto de una larga historia de luchas y demandas en las áreas urbanas populares. En esa historia, la organización barrial clave fue la *Sociedad de Fomento*, agrupación de vecinos que tienen a su cargo la infraestructura colectiva, con patrones centrados sea en la solidaridad/cooperativismo/autoayuda o en la presión sobre los organismos de Estado, según el período histórico (del país y de cada barrio) y la coyuntura. El fomentismo, más o menos ligado a corrientes o partidos políticos, más o menos centralizado o disperso, forma ya parte de la tradición urbana de las grandes ciudades, especialmente de Buenos Aires.

Otro rasgo central de la historia urbana argentina es la limitada presencia estatal. Las necesidades habitacionales de los sectores populares han estado desde siempre en manos del núcleo familiar, que resuelve su problema de vivienda en el mercado inmobiliario. Los planes de vivienda estatales han sido muy escasos, cubriendo un porcentaje mínimo de la demanda. El Gran Buenos Aires es un inmenso espacio de "lotes propios" (comprados en interminables cuotas) con viviendas en permanente estado de autoconstrucción (Feijóo, 1983; Ujnovsky, 1978). El derecho a la "vivienda digna", aunque forma parte de más de una plataforma política, nunca llegó a transformarse en un derecho social reconocido. Existe una bien establecida tradición de acudir a redes de solidaridad familiar, de parentesco y de vecindario (Ramos, 1981), más que una tradición de protestas y reivindicaciones frente al Estado. Frente a este panorama histórico, los "vecinazos" y la invasión organizada de terrenos pueden ser vistos como experiencias realmente nuevas, que presentan formas de acción sin tradición en la historia urbana argentina.

Tradicionalmente, las invasiones de terrenos habían sido producto de acciones individuales-familiares de ocupación paulatina, a diferencia del estilo de invasiones organizadas colectivamente que se conocen en otros países de América Latina. Hacia fines de 1981, se dio un proceso de invasión de tierras y de organización vecinal novedoso en una zona del Gran Buenos Aires, San Francisco Solano. La invasión comenzó poco a poco, casi espontáneamente. El primer grupo de pobladores, con el espacio físico y político brindado por la parroquia católica de la zona, desarrolló en forma embrionaria lo que luego sería la *Comisión Vecinal*. Desde allí organizaron y dirigieron el resto de la invasión, que incluyó a 20.000 personas. Desde el comienzo, se evitó la urbanización irregular. La insistencia en construir barrios, sin hacinamiento, fijando el trazado de lotes y calles, se vincula con el intento de evitar la represión y con el deseo de minimizar conflictos entre

vecinos, pero también con la idea de la propiedad privada presente y valorada. Los ocupantes se autoidentificaban como víctimas de una situación de injusticia. Vivían esta como la única alternativa habitacional que les quedaba y eran unánimes en su disposición a legalizar la situación mediante el pago del lote ocupado.

En cierto sentido, esta invasión generó un espacio de lucha política en el que se confrontó la ilegalidad con la legitimidad. La legitimidad de los reclamos tuvo su soporte ideológico en el sentimiento compartido de ser sujetos de derechos socialmente sancionados, frente a la injusticia del régimen. La respuesta del régimen fue la represión, con un cerco policial que se mantuvo durante meses. Frente a la amenaza externa, el asentamiento creció en organización, pero además, buscó solidaridad y apoyo en organizaciones de derechos humanos, partidos políticos, agrupaciones gremiales, etc. Nada fue suficiente; sólo la propia crisis de la dictadura permitió que la correlación de fuerzas variara lo suficiente como para obligar al Gobierno a levantar el cerco.

Con la crisis, se abrió el proceso de democratización y los partidos volvían a ocupar el centro de la escena política. La organización vecinal, que no sin dificultad decidió mantener su autonomía sin desaprovechar el espacio que las reglas del juego político otorgaban, enfrentó la recreada democracia con dos desafíos principales: el primero, la legalización de la ocupación, resuelto favorablemente con la expropiación de los terrenos por ley provincial. El segundo, sin duda de mayor trascendencia política, se refiere a la posibilidad de institucionalizar las formas de organización autogestionarias que los sectores populares se fueron dando para reclamar por sus derechos durante largos años de autoritarismo (Fara, 1985).

Los "vecinazos" fueron una experiencia diferente: una movilización popular en la primavera de 1982, desatada por una protesta en contra de una cuota adicional de impuestos municipales. En el lema "IMPUESTO SI, AUMENTO NO" se resumen los argumentos esgrimidos por las asociaciones vecinales. Los vecinos no pedían ser eximidos de la obligación de tributar, pero invocaban la falta de razonabilidad en el cobro y en el aumento de tributos que no se correspondían en absoluto con las crecientes carencias urbanas y de prestaciones sociales que padecían. Ligaban el conflicto por la cuota adicional con la crítica situación socio-económica que atravesaba el sector popular, y lo expresaban en la consigna: "NO PAGAR, NO PORQUE NO SE QUIERE SINO PORQUE NO SE PUEDE". También rechazaban la opción del gobierno de eximir del pago a familias de "probada indigencia", argumentando que eso equivalía a admitir un "certificado de pobreza" insultante para la población.

Desde las primeras protestas, de unos cientos de manifestantes, el movimiento fue creciendo hasta el "Lanuzazo", que convocó a más de 20.000 manifestantes. El conflicto no tenía perspectivas de solucionarse, ante la negativa del Gobierno a derogar la cuota y su respuesta represiva. Pero frente a la posibilidad de un plan de movilizaciones conjuntas de todo el Gran Buenos Aires, el Gobierno intentó reencauzar el conflicto. Por un lado, la Gobernación de la provincia convocó al fomentismo tradicional al diálogo y a la participación en un ente consultivo. Por otra parte, las entidades vecinales comprometieron a los partidos políticos a declarar una moratoria apenas asumieran las autoridades democráticas. La cuota -origen y reivindicación más explícita del movimiento vecinal- no fue derogada, pero tampoco abonada por la mayoría de los contribuyentes.

El movimiento vecinal protagonista de estas protestas estaba constituido, en su núcleo, por el fomentismo, pero también incluyó a otras instituciones de la vida local: juntas vecinales, centro de jubilados, de comerciantes, ateneos y bibliotecas populares, comisiones de amas de casa. También fue heterogénea la composición social, convocada a partir de la identidad de vecinos propietarios de viviendas populares en el Gran Buenos Aires.

Por último, el sentir anti-militar que se expresó en las protestas evidenció que, más allá de las autoridades locales, el destinatario final del repudio popular era la dictadura militar en su totalidad. Abierto impugnador de los proyectos de continuismo político, el movimiento vecinal se convirtió también en un activo portavoz de la demanda democrática de la sociedad argentina. Hacia fines del verano de 1983, la calma había retornado a los barrios y el país se entregaba de lleno a la campaña electoral (González, 1985).

A partir de esas movilizaciones, que se combinaron muy pronto con el tiempo de los partidos y la reaparición de la política, comenzó un proceso de revitalización de la política a nivel local, con una reconstrucción de espacio público en ese plano. Una vez instaurado el gobierno democrático, los actores en la escena local son múltiples: las autoridades municipales, los concejos deliberantes o vecinales, las asociaciones de la sociedad civil, los partidos políticos. Y las variaciones en las modalidades de la dinámica de las relaciones entre ellos son bastantes grandes.

La apertura democrática recreó el espacio para una variedad de formas de actuación pública y colectiva. En muchos ámbitos, es notorio como se retomaron prácticas y modalidades de acción tradicionales, que responden a formas de relaciones sociales preexistentes. En el campo de lo local y de las municipalidades, lo observable a primera vista es la revitalización de prácticas clientelísticas y verticalistas de corte tradicional. Al mismo tiempo, también hay indicaciones de la heterogeneidad de procesos y de ciertas maneras nuevas de hacer política local. Estas se dan a partir de la revitalización de las sociedades de fomento y de la presencia de otras asociaciones de la sociedad civil en el plano local, organizaciones que estuvieron en la vanguardia del movimiento social hacia los finales de la dictadura.

La distinta dinámica depende en parte de la configuración de los partidos gobernantes en el nivel municipal, que muestran diversos grados y formas de autonomía en relación a las organizaciones de la sociedad. Debe señalarse que en los municipios del Gran Buenos Aires hay autoridades locales pertenecientes a los dos partidos políticos principales. Las transformaciones en gestación más novedosas son las que indican la emergencia de formas mixtas de resolución de problemas de consumo colectivo. Dada la profundidad de la crisis, que se manifiesta en la escasez de recursos municipales, se da la búsqueda de soluciones alternativas con la participación de las asociaciones locales y de las diversas corrientes de los partidos políticos. Esta participación y práctica de gestión de los aspectos colectivos de la cotidianidad es, sin duda, importante (González y Palermo, 1986).

En términos más generales, la realidad local está mostrando ensayos de participación de base. En algún sentido, la movilización de protesta callejera está acallada: no hay más las grandes acciones colectivas, con la excepción de una toma de tierras, en marzo de 1986, en La Matanza³. Desde la vida cotidiana de los barrios y villas populares, lo que se está evidenciando es una dualidad en la acción: por un lado, el partido; por el otro, el barrio. El partido político está allí, con una convocatoria limitada especialmente a los momentos electorales. Las elecciones de 1985, novedosas en la historia argentina, ya que no había elecciones parlamentarias o locales (no presidenciales) desde hacía veinte años, fueron en

³ Esta toma de tierras, apoyada por integrantes del Servicio de Paz y Justicia, involucró en un primer momento a cuatrocientas familias que se establecieron en terrenos fiscales de la zona, frente a la mirada pero no a la acción de fuerzas policiales. El conflicto social se fue manifestando cuando los vecinos de barrios populares cercanos protestaron por la invasión. Tanto las autoridades municipales como las organizaciones fomentistas tienen, en casos como éste, grandes dificultades en tomar partido por los más débiles, que quedan de alguna manera como 'los no representables'.

este sentido ejemplares: alta participación electoral, buen número de disputas intrapartidarias para la confección de listas de candidatos, muestras claras de aceptación social de los mecanismos electorales democráticos, manifestaciones todas de la vitalidad política en el nivel local —pero restringidas al período electoral—. El momento preelectoral de 1987 volvió a mostrar esta vitalidad de la política partidaria en el plano local.

Pero la vida cotidiana es, para los sectores populares, otra cosa. Es debatirse sobre qué le corresponde hacer al Estado y qué al individuo en la solución de los problemas de reproducción y consumo. La pregunta recurrente es, ¿qué cosas dependen de mí?. O alternativamente, ¿de quién es la responsabilidad de resolver las diversas cuestiones de la vida cotidiana? La falta de claridad en este punto, el mismo hecho de estar formulando la pregunta, son indicadores de la situación de crisis en la percepción de derechos de ciudadanía social y de la situación de transición, en el sentido de ser el actual un momento de reconstitución, o inclusive de reformulación de las identidades colectivas.

Este cuestionamiento de las responsabilidades y la búsqueda de soluciones a problemas a menudo urgentes o acuciantes da lugar a acciones reivindicativas, a los reclamos frente al Estado. Pero también, a veces, a ensayos de soluciones alternativas basadas en la solidaridad y la cooperación. El ejemplo del PAN (*Plan Alimentario Nacional*) es ilustrativo. Se trata de un programa estatal de emergencia, implementado por el gobierno democrático a comienzos de 1984, para la distribución de alimentos a familias carenciadas; en él se utiliza un mecanismo de distribución centralizado, con inocultables modalidades clientelísticas (González y Palermo, 1986, p. 10). Su aplicación generó disputas y protestas, especialmente con las autoridades municipales y provinciales de extracción peronista. Pero más allá de estas disputas entre autoridades, en el nivel barrial se encuentran ejemplos de prácticas de participación comunitaria (entre ellos, la cooperativa de consumo), emergentes no previstos de haber puesto en el espacio público local una actividad tradicionalmente tan familiar como lo es la alimentación.

Sin embargo, este espacio público local no es indiferenciado. En tanto está anclado en las necesidades familiares cotidianas —el agua, el pavimento, la escuela, el puesto de salud o de policía, o aun la vivienda o la alimentación— es un espacio público cercano, donde se mezclan el reclamo directo al Estado y algunas nuevas formas de participación colectiva. En esta dinámica, las cuestiones de la representación se alejan, y quedan en manos de los partidos y de “la política”.

LOS JOVENES, EL ROCK NACIONAL Y LA DEMOCRACIA

Los jóvenes han sido protagonistas importantes en la historia argentina, especialmente a través del movimiento estudiantil y de las juventudes de los partidos políticos. El movimiento estudiantil universitario tiene sus raíces en la reforma universitaria de 1918. Desde entonces, la historia del movimiento estudiantil ha sido parte indisoluble de la historia política del país. La universidad fue siguiendo los avatares de los complejos e inestables procesos políticos nacionales, de tal modo que resulta difícil descubrir en su desarrollo la presencia de focos que reflejen sea “nuevas formas de hacer política” o un cuestionamiento y replanteo de las relaciones sociales. Durante la reciente dictadura militar, además, la represión afectó de manera extrema a las universidades, provocando un congelamiento y desmovilización sin precedentes. Resulta fácil de entender, entonces, que el movimiento estudiantil estuviera ausente, en silencio. Sólo comenzó a reaparecer y a reorganizarse (siguiendo las líneas político-partidarias vigentes en este momento en el país) a partir del proceso de normalización de las universidades nacionales.

Por su parte, los partidos políticos argentinos han apelado desde siempre a los jóvenes. Como votantes, como activistas entusiastas, como cuadros, los jóvenes han estado presentes en las organizaciones políticas, aunque escasamente en las posiciones dirigentes. La expansión del movimiento político juvenil durante la década del sesenta fue parte del proceso de cambio en el papel de la juventud, tanto a nivel internacional como en el plano nacional. En la Argentina, fue la época del Cordobazo, el comienzo de la lucha armada, los primeros conjuntos de rock nacional (así como la expansión del consumo de blue jeans), todos ellos signos de la emergencia cultural y política de la juventud como sujeto activo y como destinatario de mensajes especialmente dirigidos a ella.

Después de este auge de la movilización, que duró hasta entrada de la década del setenta, la historia reciente de las juventudes políticas fue paralela a la del movimiento estudiantil. La más dura represión primero; la movilización de las juventudes de partidos como parte de la activación en la transición a la democracia, más recientemente.

¿Qué pasó con los jóvenes durante la dictadura, cuando ni el movimiento estudiantil ni los partidos pudieron canalizar su activismo? ¿Se refugiaron en el individualismo del mercado que proponía el régimen, o lograron alguna vía de expresión más colectiva? Recordemos que la represión y la muerte fueron fenómenos que atacaron de manera violenta y directa fundamentalmente a los jóvenes. La mayoría de los desaparecidos fueron jóvenes. El ser joven se convirtió en una señal de peligro para el régimen, poniendo a la persona en el papel de sospechoso. A pesar de esta situación y del miedo que indudablemente se generaba, hubo un campo en el que se manifestó el espíritu juvenil: fue en la música, en el llamado "rock nacional" (Vila, 1985).

El éxito del rock nacional se manifestó en la masiva asistencia a recitales (que llegaron a contar con 60.000 personas), en la proliferación de revistas dirigidas a la juventud y, en el plano más microsocial, en los grupos de amigos cuya actividad principal era escuchar música. Pero la música no era sólo eso: era una vía para reconocerse y solidarizarse con el otro, en un proceso de construcción de una identidad colectiva y un "sentido de la vida"; era un canal de expresión de oposición al régimen (el "*se va a acabar...*" en los recitales, la represión y presencia policial); era también —por lo menos para importantes sectores— un proceso de construcción ideológico-simbólico de valores nuevos, modelos de conducta (paz, amor, justicia, solidaridad, etc.). Era un movimiento cultural que no tenía, ni pretendía tener, impacto o efecto directo en el plano político, pero llegó a tener una fuerte presencia contestataria. Lo que detectamos como una fuerza democratizante (y no todo el movimiento lo tiene; recordemos la heterogeneidad de las propuestas y la presencia de los "heavy") está en la referencia a las relaciones sociales cotidianas, más que a los grandes acontecimientos políticos nacionales.

A partir de 1985, ya no se ven más las multitudinarias movilizaciones de la campaña electoral, ni tampoco la enorme presencia juvenil en las marchas por los derechos humanos. La participación política estudiantil ha bajado enormemente respecto a los niveles del período de transición; incluso el rock nacional pasa por un inocultable período de crisis. ¿Dónde está el retraimiento? ¿Cómo interpretarlo?

En lo que hace al movimiento estudiantil (tanto secundario como universitario), distintas políticas gubernamentales fueron atendiendo algunos reclamos y demandas de larga data: la modificación del sistema de evaluación, el ingreso irrestricto, la erradicación de distintas formas de autoritarismo en las aulas. Y esto pudo haber influido a la hora de encontrar banderas "fuertes" para proponer y organizar formas de participación. La participación en las elecciones estudiantiles ha bajado, el vuelco a la derecha del estudiantado es notorio. Si no en el liderazgo estudiantil, la indicación de un retraimiento y privatización parece clara.

Con respecto a las juventudes políticas, uno de sus más fuertes componentes, la juventud radical, se ha ido convirtiendo en juventud "oficial", alejándose de sus propuestas iniciales al compás de las redefiniciones políticas del gobierno estatal. El otro componente fuerte del movimiento, la juventud peronista, además de luchar por su propia legitimación dentro del partido, aparece dividida en las distintas vertientes en que se está fraccionando el peronismo. En este marco, las posibilidades de rehabilitación del MOJUPO (*Movimiento de Juventudes Políticas*) parecen escasas.

El movimiento de derechos humanos, y con él su pilar juvenil, está atravesando un período de debate interno y redefiniciones que aparece, a la faz pública, como una ausencia de los lugares otrora ocupados: básicamente, la calle y las movilizaciones del final de la dictadura militar.

¿Y el rock nacional? También está pasando por un período de transición y desmovilización: ausencia de recitales masivos, cierre de productoras de espectáculos del género, ausencia de liderazgos claros. Muchos de los contenidos del movimiento de rock son hoy en día patrimonio de amplios sectores de la sociedad: ciertas palabras de origen rockero están incorporadas al vocabulario cotidiano, la música de rock ha expandido su influencia sobre el folklore, el tango y la música melódica. Pero también es cierto que sus contenidos más profundos, tales como la propuesta de un estilo de vida menos ligado a los consumos y más a las vivencias interiores, o de relaciones interpersonales basadas en el reconocimiento de las diferencias y el amor, no se han plasmado. En este marco, el movimiento aparece fragmentado en diversas opciones: transformarse en grupos de acción voluntaria (los grupos de *Buenas Ondas* propuesto por Piero, que construyeron escuelas en zonas carenciadas); tratar de pasarla lo mejor posible después de años de represión y frustraciones (los conjuntos "*divertistas*" que se mofan del FMI y la deuda externa, *Las viudas e Hijas de Roque Enroll*, los *Twist*, etc.); comprometerse estrechamente con las organizaciones de derechos humanos (por ejemplo, Fito Páez aportando la canción para la campaña de las *Madres de Plaza de Mayo* u otros actuando en funciones políticas).

Sin embargo, la presencia del rock nacional en el escenario político-social es clara. Tal vez un ejemplo sirva para ilustrarlo. Durante el áspero debate acerca del divorcio, el rock nacional entró en ambos lados. En las jornadas contra el divorcio se estableció un panel especial que trató el tema "*La influencia satánica del rock*". Por otro lado, cuando el 20 de agosto de 1986 el presidente de la Cámara de Diputados cerró el debate parlamentario sobre la ley de divorcio y felicitó a los diputados por su aprobación, lo hizo con otra cita del rock nacional: "*Sólo le pido a Dios que no me haga indiferente al amor de la gente*".

LAS MUJERES

En las décadas del setenta y el ochenta, el clima internacional fue la creación y desarrollo de la temática de la subordinación de la mujer, acompañado por la irrupción significativa de los movimientos de mujeres en la escena pública. A nivel nacional, el retraso es enorme. Las mujeres de los sectores populares fueron víctimas dobles del proceso económico y político desatado por la dictadura. En efecto, además de las medidas generales, el gobierno tomó medidas que afectaron de manera específica a las mujeres, como la anulación de la legislación protectora y la ofensiva ideológica de refuerzo de la autoridad en la familia y valoración de la vida privada.

¿Cuál fue la reacción de las mujeres frente a esta situación? Sin duda la respuesta más novedosa desde las mujeres fue la presencia de las Madres en el lugar físico de la política: la Plaza de Mayo. Irónicamente, la idea de que los niños son tema de mujeres tenía aquí

una salida insensada. La aparición y posterior consolidación de las Madres y de las Abuelas constituye una importante mutación en el mapa político nacional. Insultadas por la prensa, incomprendidas por muchos sectores, reprimidas por el terror estatal, respetadas en silencio y con temor por otros, las Madres de Plaza de Mayo se fueron convirtiendo en el símbolo más claro de que la oposición a la dictadura no sólo era posible, sino que era además una cuestión *ética*.

Desde la guerra de las Malvinas, las movilizaciones de las mujeres se multiplicaron: las mujeres se rebelan contra el servicio militar obligatorio; las feministas se lanzan a una importante campaña para lograr la patria potestad compartida, abriéndose paulatinamente al tema del divorcio, los derechos reproductivos de las mujeres, la demanda de educación sexual y la igualdad jurídica de los hijos nacidos dentro y fuera del matrimonio. También aparecen las primeras protestas de grupos de amas de casa —unos nacidos durante la dictadura, otros reaparecidos de su latencia— que empiezan a rebelarse contra el alza del costo de vida, ensayando novedosas estrategias de resistencia (Feijóo y Gogna, 1987).

A pesar de la diversidad de objetivos, de la variedad de los orígenes, de la heterogeneidad de las participantes, estos movimientos y acciones colectivas comparten ciertas características. A partir de los roles más tradicionales, las mujeres se movilizan públicamente, con demandas dirigidas al Estado, con protestas que cuestionan el orden vigente y con propuestas de transformación de los patrones de relaciones sociales y políticas. Son casos donde lo privado y lo personal se transforman en el eje de actuaciones y enfrentamientos públicos, no por una elaboración ideológica abstracta, sino a partir de los afectos y del cuidado que las mujeres están llamadas por tradición a ofrecer a otros.

La represión de la dictadura, al golpear con tanta fuerza la organización de la cotidianidad y al intentar replantear los parámetros ideológicos y prácticos de la distinción entre lo privado y lo público, provocó la desubicación social de las mujeres, una crisis en las formas y contenidos de su cotidianidad. Estas, aunque en apariencias sólo buscaban reestablecer un equilibrio, estaban plantando las semillas de profundas transformaciones que se manifiestan en tendencias democratizantes, en una reversión de las prioridades en la política, en principios éticos no negociables. Aunque parten de la cotidianidad, estas acciones de hecho destruyen lo conocido y lo esperado. La realización de esta potencialidad queda, por supuesto, para el futuro.

Con la reemergencia de la política y la transición a la democracia, llama la atención la ausencia pública de las mujeres. Hay algunas experiencias de acción de las mujeres sindicalistas, algún programa promovido por el Estado que lucha por atraer la participación de mujeres de base, pequeños grupos feministas que mantienen vivas las reivindicaciones, pero de hecho las mujeres no están presentes en el escenario público. Algunos temas promovidos por las mujeres fueron retomados por otros actores —el más notorio es la propuesta de legislación sobre divorcio—, pero en realidad podría decirse que la dinámica política actual, tanto en los movimientos sociales y los partidos como en los aparatos del Estado, transcurre sin la presencia de las mujeres como sujeto, ni de las cuestiones de género como tema significativo.

A MODO DE CONCLUSION

La historia de los sectores populares urbanos en la Argentina estuvo marcada por la inmigración, asociada —en el plano de las expectativas de la conformación de la cultura de la cotidianidad popular— con el tema del progreso y el ascenso social. Se vivía en función de un proyecto individual-familiar de movilidad social, y estos proyectos individuales tenían una base en las oportunidades que el país ofrecía.

Sobre esta matriz cultural, el peronismo de la década del cuarenta vino a consolidar identidades y pertenencias. El reconocimiento de la ciudadanía social de los sectores populares, su inclusión como sujetos de derecho, se lograron en gran medida a través de la ampliación de las oportunidades para el bienestar. Este período fue también el de la expansión de los bienes de consumo masivo, así como de los servicios de consumo colectivo, identificados como derechos (lugares de vacaciones para la clase obrera, hospitales públicos, parques y plazas para la niñez y la ancianidad). La identidad peronista significó, para los sectores populares, su incorporación como ciudadanos con dignidad. En parte, este reconocimiento implicó dar respuesta a demandas sociales preexistentes, demandas ancladas en las relaciones laborales, en los servicios y en el consumo.

La coyuntura actual es de crisis. Para la cotidianidad de los sectores populares es una crisis doble: la identidad política colectiva, ligada a la crisis del movimiento peronista; pero también crisis de su proyecto individual-familiar. El temor a la caída, a la movilidad descendente, es poderoso. Los proyectos familiares se ven frustrados. De ahí la desesperanza, la desilusión. Y esto se da en un contexto cultural en el cual la política no ofrece canales. Si antes se votaba al peronismo por sentir la coincidencia entre proyecto familiar y oportunidades ofrecidas desde el Estado y la política, ahora el proyecto es visto como un deseo imposible de ser realizado.

Ninguna alternativa política parece ofrecer certezas de poder cambiar el futuro familiar. El peronismo en crisis, incluyendo la dimensión de las identidades colectivas de "los peronistas", sin Perón y sin maneras de encontrar banderas de unidad. El radicalismo que, aunque muchos lo votaron, nunca se hizo cargo de los temas de la justicia social y de las oportunidades de ascenso de los sectores populares.

Entonces, la política es visualizada como lejana, como campo de acción de otros sujetos. Aun entre activistas y en el ámbito de locales partidarios en barrios populares, lo que se escucha es un discurso que subraya la distancia enorme entre Estado y política, por un lado, y destino personal y vida cotidiana, por el otro. En este contexto, sin embargo, las salidas solidarias y colectivas aparecen ligadas a problemas concretos, del barrio y de la cotidianidad, para ser resueltas en parte por organizaciones "propias", más que por las visualizadas como propiamente políticas.

He aquí, entonces, la urgencia de comprensión del significado de las acciones colectivas y de los movimientos sociales. De ahí, también, el desafío histórico que se presenta en este momento de transición a la democracia. Es a través de ellos que se hace necesario establecer las mediaciones entre la cultura de la cotidianidad y las formas de articulación y representación institucionalizadas en la política y en el Estado. De ahí la urgencia de promover, desde el Estado democrático, la creación y consolidación de espacios de participación popular.

EPILOGO

Los acontecimientos de abril y mayo de 1987 son conocidos: un levantamiento militar que reclama un verdadero "punto final", no más juicios, no más condenas. Con tratativas entre el Ejecutivo y los militares, el Parlamento aprueba una ley de "obediencia debida" que, para todos los fines prácticos, parece satisfacer las demandas militares. Algunos dirán que no había otra salida, que la presión militar era demasiado fuerte. Otros, que el Gobierno cedió demasiado. Es evidente que el sistema político como un todo requiere refuerzos democráticos. Es evidente también que la movilización popular de apoyo durante el conflicto de Semana Santa mostró con claridad la existencia de un potencial de

apoyo, de un recurso de poder, que no había sido llamado a jugar hasta entonces su papel. El desafío que se plantea ahora es cómo integrar esta participación popular no como recurso en momentos de crisis, sino de una manera orgánica, en un proyecto democrático participativo.



REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Fara, Luis, 1985. "Luchas reivindicativas urbanas en su contexto autoritario. Los asentamientos de San Francisco Solano". En Jelin (comp.), 1985, Vol. 2.

Feijóo, María del Carmen y Mónica Gogna, 1987. "Las mujeres en la transición a la democracia". En Jelin (comp.), 1987.

Gogna, Mónica, 1986. "Las mujeres en los sindicatos". Buenos Aires: Mimeo.

González, M. Inés, 1985. "Protestan los barrios (el murmullo de la política)". En Jelin (comp.), 1985, Vol. 2.

González, M. Inés y Vicente Palermo, 1986. "La política local". Mimeo.

Jelin, Elizabeth (comp.), 1985. *Los nuevos movimientos sociales*. 2 vol. Buenos Aires: CEAL.

Jelin, Elizabeth (comp.), 1987. *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales en América Latina*. Ginebra: UNRISD.

Palermo, Vicente, 1986. "Movimientos sociales y partidos políticos: aspectos de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina". Mimeo.

Sondereguer, María, 1985. "El movimiento de derechos humanos en Argentina". En Jelin (comp.), 1985, Vol. 2.

Vila, Pablo, 1985. "Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil". En Jelin (comp.), 1985, Vol. 1.

COMENTARIO

ALEJANDRO FOXLEY

(CIEPLAN, Chile)

En la discusión de hoy han surgido —a mi juicio— dos grandes familias de temas. Uno, planteado por Manuel Antonio Garretón, se refiere a la movilización social y a sus éxitos y fracasos; el problema principal en esta línea es la transición y el cambio político hacia la democracia. El segundo tema de reflexión, representado por los otros dos trabajos, se refiere a los problemas de la consolidación democrática y de las condiciones de gobernabilidad de la nueva democracia.

La pregunta que se hacía Garretón es por qué en Chile la movilización social logra tener una gran presencia en cuanto movilización simbólica o expresiva y, al mismo tiempo, encuentra serias dificultades para pasar a una etapa más instrumental, para llegar a constituirse en una movilización política capaz de cambiar las condiciones del régimen autoritario. A mi juicio, aquí nos encontramos con el problema del modelo de articulación de los partidos con las organizaciones sociales. La relación tradicional entre partido y organización —me refiero particularmente al caso chileno, en el cual los partidos se estructuran como una clase política cerrada que se autoalimenta— se da históricamente como una relación en la cual el partido va hacia la organización social buscando el voto y ofreciendo en reciprocidad una cierta influencia clientelística en los mecanismos de decisión estatal. Entonces, lo que ocurre con la emergencia del régimen autoritario es que los partidos siguen haciendo lo que saben hacer, que es reclutar militantes. Se dirigen a los sectores poblacionales con la idea precisamente de escoger, entre los emergentes dirigentes sociales, a aquellos que podrán constituirse en dirigentes políticos, y les ofrecen salir de ese mundo “de afuera” e ingresar, muy imperfectamente, en el mundo de “los de adentro”. Esto es, el partido ofrece un mínimo cauce de movilidad social, y en ese sentido responde a una demanda de integración. Pero naturalmente esto genera en el poblador que no fue escogido como dirigente una instantánea distancia hacia el reclutado, porque éste adquiere el estilo del dirigente político.

Por otra parte, una vez que ha sido escogido como dirigente político, éste no puede hacer lo que hacía anteriormente, el doble juego de manipular a la base social

poblacional y ofrecer de vuelta algún beneficio específico. Es un dirigente poblacional que se distancia de su medio, que manipula, pero que no entrega el beneficio recíproco que de él se espera. Entonces, el intento de reconstitución celular de la relación partido-organización social se convierte en una relación fracturada, una relación que no se reconstituye. Se da así, por un lado, la frustración y el fracaso de los partidos en su intento de captar la vitalidad del movimiento social; y, por otro, se da una política peculiar de los “sectores poblacionales”, que se expresa en un fuerte sentido comunitario, con una gran agresividad hacia el mundo de “los de adentro”, en el cual incluyen a los partidos políticos. Y curiosamente, la Iglesia juega un rol sustitutivo del partido político, porque no entra en esta relación manipuladora y tiene la posibilidad de amplificar la expresión comunitaria simbólica que constituye la forma política de estos sectores.

¿Por qué esta movilización no llega al plano instrumental, a esa dimensión reivindicativa que está en la base de la demanda poblacional? Como lo han dicho muchos, se trata de unos pobladores sin Estado, sin interlocución en el sentido tradicional. Es un juicio válido, pero que a mi parecer no explica suficientemente el fenómeno. Es cierto que se trata de pobladores sin Estado, pero viven en un territorio donde existen instituciones públicas descentralizadas, con las cuales estos pobladores parecen incapaces de establecer una relación reivindicativa o participativa. Llama la atención en la discusión que ha habido hasta ahora la ausencia del tema municipal. Aunque no exista el Estado populista, existe la institución pública descentralizada. Está allí, y por un discurso ideológico se ignora una dimensión básica, cual es que los pobladores quieren vivir mejor, y que la demanda fundamental es por cosas tan prosaicas como seguridad, pavimentación, cierre de los bares y prostíbulos, control de precios en los alimentos básicos. Esa es la realidad fundamental a la que hay que llegar y con la cual se hace la política. Los partidos no muestran capacidad para recoger esta demanda por una vida mejor, por lo menos en el sentido de traer el futuro al presente, de prefigurar de alguna manera la visión que el poblador tiene del mundo deseado.

En lo que respecta a la situación posterior, a la situación democrática, quisiera recalcar el hecho de que los pobladores son obreros sin fábrica, obreros sin huelgas. El movimiento sindical constituye para el movimiento poblacional un referente muy importante en cuanto representante de los intereses populares. El movimiento poblacional le reconoce al movimiento sindical un carácter de actor social, de actor político, que sin duda tiene. Si algo le ha ocurrido al movimiento sindical chileno durante el período autoritario, es que también se produce en él un movimiento de cúpula y otro de base, que tienen poca relación entre sí. El movimiento sindical de cúpula tiene mayor autonomía en su agenda democrática que la que tendría un movimiento más integrado a la base social. Con esto quiero decir que ese movimiento de cúpula es más un actor político que un actor social y, por lo tanto, su capacidad de entender los grandes temas de la política supera a veces su capacidad de entender los temas propios de la reivindicación obrera.

Lo anterior me parece clave, porque quiere decir que el

movimiento sindical de cúpula tiene —en este período previo a la consolidación— una sensibilidad especial para los grandes problemas de la reconstrucción democrática, entre ellos uno de los más fundamentales, como es la concertación de los intereses de los obreros organizados con los del sector excluido. Esto plantea una oportunidad de romper el aislamiento del sector poblacional, y la posibilidad de constitución de un actor poblacional a partir de la idea básica de que la concertación fundamental tiene que darse entre el movimiento sindical y el movimiento poblacional, precisamente como una forma de que el sector excluido entre en el sistema y logre una intermediación con el Estado.

Creo que es importante plantear esto como un tema básico dentro de lo que sería la concepción de la concertación social en un período de crisis, porque ella incluye como primer punto de su agenda el problema de la negociación entre los actores para poder pasar del modelo de la economía de consumo, que se expande ilimitadamente, a la economía de la escasez, que es la economía de la producción, del empleo, de la inversión, de la creatividad.

DEBATE

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia). Lo que me llama la atención fuertemente esta mañana es que aparecen como tres aplicaciones del mismo análisis del proceso de salida de la dictadura. Estamos acostumbrados al modelo de tipo europeo o africano, según el cual salir de un régimen autoritario de cualquier naturaleza es un proceso global, porque ese régimen está identificado o con una clase social o con un grupo de intereses, o con una dominación extranjera. Entonces, mientras más directa y masiva sea la movilización, más eficiente es para hacer caer la dictadura.

Las tres ponencias escuchadas esta mañana están basadas en una teoría absolutamente opuesta, es decir, que mientras más fuerte y más total es la desvinculación de lo social y de lo político, más eficiente y más probable es la caída de la dictadura; y que el problema central no es la creación de una intermediación política en términos concretos. Lo que se está observando es una vuelta parcial, pero una vuelta, al viejo sistema nacional popular. Queríamos esta democracia pura, lejana —como dice Elizabeth Jelin—; esa extrema desvinculación de lo Político y de lo Social. Entonces, me pregunta a los tres autores es: ¿cómo, a partir de esta necesaria prioridad de lo común y desvinculación del proceso político y del proceso de cambio social, cómo se puede evitar la vuelta a algo de tipo nacional populista, y cómo se pueden constituir o reconstituir actores sociales? Lo digo porque los tres me parecen compartir la misma lógica política, que es de desesperación radical en cuanto a la capacidad de formación de actores sociales. Entonces, ¿cuáles son los procesos a través de los

cuales se podría dar de nuevo una base más sólida a la Democracia como régimen, en cuanto a la incorporación de debates y de fuerzas sociales?

EUGENIO TIRONI (SUR, Chile). Quisiera insistir sobre el mismo tema que planteaba Touraine, y someter a discusión esa especie de premisa que dice que la transición política se facilita en la medida en que se le quita todo contenido sustantivo, porque son los elementos sustantivos fundamentales los que desatan los antagonismos políticos y, en consecuencia, impiden el término del régimen autoritario. La segunda premisa es que la democracia, como pura apertura del sistema político, no es objetivo de la movilización colectiva en los sectores populares, y, por lo tanto, el advenimiento de la democracia es una cuestión estrictamente política, casi producto de una intervención externa, que puede ser Thatcher, el Papa, las Fuerzas Armadas, grupos guerrilleros. De esta manera —si se lleva a extremos el razonamiento—, la movilización de los grupos populares pasa a ser contraproducente para una transformación democrática... y luego ocurre que se expresa un sentimiento de desesperanza, desaliento, desencanto.

Yo pondría a discusión ese razonamiento paradójico.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Creo que es importante plantear aquí el tema de la temporalidad en el proceso de la transición a la democracia. Pienso que, en un primer momento, este proceso es más

concentrado, más instrumental, más de forma, y menos de ampliación, de participación. Luego viene un segundo tiempo, que es el de ejercicio del juego democrático propiamente tal, y ahí el problema es el de la competencia democrática, el distribuir, pero distribuir sobre la base de la crisis. Y hay un tercer momento —y es al cual quisiera que tratasen de extrapolar sus tendencias— en que eso no funciona. Porque además de las demandas concretas hay también una cantidad de demandas culturales, expresivas, simbólicas, de revalorización cultural de la democracia que están presentes y que no se expresan como demanda institucional y que tampoco los partidos procesan institucionalmente. Y quisiera saber cómo hacerlo.

BRYAN ROBERTS (Universidad de Texas, USA). Pensando comparativamente, creo que una de las cosas que estamos viendo aquí es que toda la problemática de la vuelta a la democracia no es específica de un país, de un continente, ni siquiera del Tercer Mundo. Llega un momento en que en todo el mundo las sociedades se vuelven más o menos complejas y urbanas, con diferencias importantes pero, básicamente, muy parecidas: problemas económicos, desempleos, etc. Lo mismo sucede en los países de Europa. Si pienso en mi país, yo —como cualquier intelectual de Inglaterra— me pregunto, igual que ustedes en estos días, cómo vamos a volver a la democracia en Inglaterra, cómo echar a Thatcher; me planteo la problemática de que no hay contacto entre los partidos; los movimientos sociales son un tema de actualidad, etc.

Sé que todo esto no ayuda mucho a la discusión; sólo quiero plantearlo para que podamos ver que el tema de la democracia es un problema más general, no es un problema especial de estos países. Creo que es importante darse cuenta de esto.

MANUEL ANTONIO GARRETÓN (FLACSO, Chile). Creo que, para analizar los problemas que estamos enfrentando, hay que salirse del imaginario democrático de América Latina, que confundió siempre democracia política con democratización. Ambas cosas están fundidas en la conciencia y práctica de los actores sociales de América Latina, y sobre todo a los intelectuales de izquierda se les hace muy difícil separar ambos aspectos y entender que la democracia política es algo que resuelve el problema de cómo se gobierna, y punto. Y el problema de la transición consiste en cómo nos ponemos de acuerdo para llegar a las próximas elecciones. Por lo tanto, la posibilidad de resolver está dada fundamentalmente por la capacidad de enfrentarlo separándolo de otros.

Aquí quiero introducir el fenómeno de la temporalidad de una manera distinta a como lo planteaba Fernando Calderón. Creo que hay que distinguir el problema de las condiciones que desencadenan la transición, el proceso de transición —es decir, las luchas que se dan al interior de un régimen autoritario—, y el proceso de consolidación democrática. En los procesos de transición, las demandas sociales o las demandas por transformación social, de uno y otro lado, tienen que quedar subordinadas. La historia muestra eso. Sigo insistiendo, sin embargo, en la diferencia entre transición y consolidación; son problemas distintos. En el proceso de consolidación se plantea aquello a lo que apuntaba Touraine: cómo, a partir de una desvinculación de lo político y de los movimientos sociales, es posible reconstituir una democracia; cómo se evita la vuelta

atrás. Como Touraine, soy extremadamente optimista en términos de los problemas de consolidación en Chile, y sumamente pesimista en términos de los procesos de transición, porque creo que no hay una clase política, ni intelectuales, que hayan entendido la absoluta necesidad de esta distinción. Creo que hay una gran clase política para gobernar el país, pero no para deshacer la dictadura.

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Manuel Antonio Garretón planteó una parte de lo que yo quería decir, y es que el momento de transición es un momento político: no metamos otras cosas en él. El problema que viene después, el de la fragilidad de la democracia, tiene que ver con el tipo de sociedad en que estamos y con la situación de crisis que se vive. Es mucho más fácil la construcción de un cierto tipo de democracia formal, con elementos de un sistema nacional popular, en momentos de bonanza que en momentos de crisis. Este es entonces el tema: la construcción de la democracia con la crisis agregada, y qué de nuevo trae esa situación de crisis en los procesos de formación de la democracia —no los llamo de consolidación, porque creo que nunca se consolidó la democracia; la democracia está basada en la incertidumbre, y hay que aceptar las reglas del juego, de que por ahí pierdo y tengo que esperar.

Lo que la experiencia argentina muestra es que, a partir de ese proceso de transición, se generaron ciertas presiones y ciertas formas de actuación que vienen desde la sociedad y se dirigen al sistema político. Y eso lo veo con optimismo. De pronto nos encontramos con transformaciones importantísimas en el Poder Judicial, en función de la relación directa sociedad, movimientos de derechos humanos, demandas judiciales. Esto es posiblemente lo más interesante que está pasando en Argentina en este momento. Nos encontramos con una activa-

ción de la política a nivel local absolutamente novedosa, y con que algunos de los programas del Estado asistencialista, como el de reparto de alimentos, generan una serie de movilizaciones, de formas de acción participativa a nivel local, que hacen que el gobierno tenga que extender el programa y, por presión popular, esté promoviendo cooperativas de consumo. Están entonces pasando cosas, a pesar de los pronósticos más bien pesimistas, y eso es indicación de que esos actores sociales desarticulados, no existentes, débiles, etc., se están constituyendo. Se están armando nuevas redes de relaciones entre la democracia política y los procesos de democratización de la sociedad.

RENE MAYORGA (CERES, Bolivia). Intentaré contestar algunas de las preguntas planteadas; para empezar, las de Touraine. Evidentemente hubo una convergencia no deseada, aunque quizás necesaria, en las tres ponencias respecto al problema central de la desvinculación, la desarticulación de lo social y lo político. Por lo menos en el caso boliviano, donde esa desarticulación se ha demostrado en su forma más dramática, se produjo en la fase de lo que podríamos llamar la consolidación del régimen democrático, y no en la fase de transición. En ésta se pudo observar un evidente acuerdo entre la Central Obrera Boliviana y la Unión Democrática Popular, el acuerdo de democratizar el país. La demanda de democratización no fue una demanda puramente formal o de procedimiento; se consideraba las llamadas libertades formales como libertades sustanciales después de un período de casi 18, 20 años de dictaduras militares. La desarticulación se produjo en el momento en que se enfrentaron visiones lógicas y prácticas discrepantes respecto a la orientación que debería asumir el régimen democrático en términos políticos. Está el problema de la integración, de la democracia representativa y me-

canismos de participación directa, las maneras como resolver la crisis económica. Las discrepancias se dieron fundamentalmente en torno a dos ejes, que señalan los más graves problemas de la política boliviana: por una parte, la representatividad de los sindicatos en los sectores populares; por otra, la débil representatividad de los partidos.

Me pregunto, como se preguntaba Touraine, si es posible una consolidación democrática cuando hay actores mixtos socio-políticos, y si no se resuelve el problema de la representatividad. Es decir, si hay actores sociales que pueden ser representados políticamente a través de partidos y si, a su vez, estos partidos no son lo suficientemente representativos. Este es el problema que, creo, se manifiesta con toda claridad en Bolivia.

CLARISA HARDY (PET, Chile). Creo que, en el fondo, el debate —no sólo de los pobladores, sino de las sociedades en general— es la crisis del proyecto urbano industrial. El modelo urbano industrial como ideario de solución de sociedad y como camino de modernización, resultó incapaz de generar respuestas a estas sociedades. Y si es cierto que está en crisis, nuestra tarea central debiera ser repensar el tema del desarrollo y el problema de cómo reconstituir una democracia y una institucionalidad política que sea capaz de expresar esa modalidad de desarrollo que todavía no sabemos cuál va a ser efectivamente. Es probablemente el desafío más urgente, porque todavía estamos pensando institucionalidades democráticas que recogen modelos y estrategias industrialistas que correspondían a composiciones, estratificaciones y a estructuras industriales que hoy día están alteradas.

Y un último elemento de optimismo: quisiera referirme a uno de los comportamientos del mundo de los pobladores que no ha sido mencionado, y es su manera de enfrentarse, en condiciones de extrema precariedad de

recursos, a las situaciones de crisis. Creo que allí hay verdaderas lecciones para sociedades como las nuestras, que en contextos de crisis también tendrán que enfrentar soluciones potencializadoras de futuro.

DAVID LEHMAN (Universidad de Cambridge, U.K.). Quería hacer algunas anotaciones a los dados ideológicos de una democracia estable. Esa democracia va a ser en muchos aspectos la que se criticaba tanto hace 15, 20 años. Creo que hay una fuerte conciencia de la necesidad de crear una democracia estable, pero en una sociedad que sigue siendo muy desigual, con una elite modernizadora tecnocrática que es muy elite, en economías que van a seguir siendo muy inestables, y con Estados o aparatos estatales o muy pobres, o incapaces de enfrentar problemas sociales con sus métodos burocráticos.

Es evidente también la asimilación de lo que llamaría un antiestatismo de raíces populistas y liberales; es decir, la idea de antiestatismo liberal ha sido de una u otra forma asimilada por los más variados sectores, ya sea por la percepción de la ineficiencia del aparato estatal o —en los países industrializados— por aversión al autoritarismo.

Otro elemento claro es el marxismo popular en sus variadas raíces, y la presencia de la Iglesia como un protector, un delimitador de campos, una institución que traza límites entre lo que sería una acción colectiva no política y una acción colectiva política.

De los elementos señalados surge un elemento ideológico nuevo, que creo se va a concretizar en movimiento popular más allá del elemento "protesta", del cual no estoy hablando. Estoy hablando de las múltiples construcciones del día a día que se están haciendo y que no se van a tomar el poder, aunque tengan tras de sí la filosofía marxista. Si pensamos en el movimiento popular como colectivo en un sistema democrático, podemos ver que ese movimiento popular no

puede tomar el poder, que es simplemente una expresión de la demanda de ciudadanía. Pero creo que es más que eso. Creo que el papel que va a cumplir es el de aportar soluciones no formalmente políticas a problemas sociales.

GONZALO FALABELLA (SUR, Chile). Yo diría que cuando los viejos esquemas no funcionan, los movimientos sociales están obligados a dar un salto, tanto en los países desarrollados como en nuestro caso. Los esquemas se han venido abajo, y pregunto hasta qué punto se está produciendo la necesaria clasificación de roles entre lo individual, lo social, lo partidario y lo estatal. Veo a los partidos básicamente en un rol central, pero no en el sentido de realizar síntesis que no les corresponden y que los movimientos sociales perfectamente pueden hacer, sino en hacer la síntesis superior en Chile. No ocurre eso, ni siquiera hay clientelismo, no tienen nada que ofrecer. Entonces, yo plantearía hasta qué punto son capaces los pobladores, a partir de su propia realidad, de pensar el país como lo comenzaron a hacer los trabajadores del petróleo, del cobre, y otros.

LUCIO KOWARICK (CEDEC, Brasil). Tengo una dificultad muy seria para pensar en América Latina como un todo; pensaba más en Brasil, y ahí se me presenta un problema de comprensión respecto de la noción de "sociedades destrazadas". Ya no es más la típica noción de clase, proletariado, policía, etc.; es algo diferente. No se refiere a lo social, pero sí hay algo de social; se habla de grupos caracterizados por la anomia, la violencia, la desorganización. Mi pregunta es, ¿es esto nuevo en nuestra sociedad, o no fue siempre así? ¿por qué esto es "destrazado"? ¿qué sentido tiene emplear esa palabra tan fuerte?

La segunda cuestión a que quiero referirme es que, a mi juicio, la socie-

dad brasileña avanza a una creciente institucionalización. No hay juego político, hay reglas muy estrictas, conservadoras, hay un mundo sindical obrero organizado. Pero en el último mes, en San Pablo, cerca de 100.000 personas invadieron tierras durante un mes —cosa absolutamente insólita en la historia de San Pablo—, incluso pasando a la violencia. Después, diálogo entre los pobladores e Iglesia y el poder local. O sea, tentativa y regla del juego. Entonces, hasta qué punto la noción de "sociedades destrozadas" es pertinente para entender una sociedad como la brasileña, que camina hacia la creación de reglas conservadoras pero institucionales del juego político-social.

Finalmente, si se recurre a la noción de sociedades destrozadas o de bases sociales destrozadas, lo que no parece ser aplicable a todos los pobladores de América Latina, pero sí es que vale para todos, hay que tener características un poco más específicas para la relación de los pobladores. Esto es, plantearse cómo, a partir de estas sociedades destrozadas, se puede pensar en un movimiento social de tipo de acción organizada, de lucha para el cambio social y político.

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia).
Quisiera concentrarme en los aspectos

comunes a casi todas las preguntas o, más bien, intentar descubrir el punto a partir del cual todas estas preguntas se centran. El tema general y permanente en el cual estamos trabajando es saber qué aspectos son positivos y cuáles son negativos en una situación social. Hoy se habla de marginalidad, un siglo atrás el tema habría sido el proletariado; la noción de "proletariado" no es lo mismo que la de "clase obrera"; ésta última es el aspecto positivo; "proletariado" implica expoliación, exclusión, carencia de propiedad, de control sobre el propio trabajo. No se puede hablar de movimientos sociales si no se tiene una respuesta a esta pregunta: ¿cuál es el papel de la negatividad?





**IV.
MOVIMIENTOS SOCIALES:
EL ESTADO DEL DEBATE EN
AMERICA LATINA**

CLASES SOCIALES Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA

PERSPECTIVAS Y REALIDADES

FERNANDO CALDERON / ELIZABETH JELIN

(CLACSO, Argentina)

(CEDES, Argentina)

INTRODUCCION

El análisis de las clases sociales y los movimientos sociales en América Latina necesita un anclaje histórico. Hacia el resto del mundo, quizás los acontecimientos y personajes que más permanezcan como puntos de referencia histórica de la región en la primera mitad del siglo veinte sean la revolución mexicana y luego Cárdenas, Vargas en Brasil, Haya de la Torre en Perú, Perón en Argentina, la revolución boliviana de 1952. Lo demás es más reciente, es parte de un presente que se extiende en el tiempo: la revolución cubana, Allende en Chile, los autoritarismos de los setenta, la frágil democracia proyectándose hacia el futuro.

Conviene entonces comenzar este análisis a partir de ese complejo fenómeno, peculiar de la región —aunque con variaciones importantes entre casos concretos— que fue el populismo representado por los hechos y personajes históricos mencionados. No para caracterizarlo en detalle o entrar en la polémica explicativa, cosa que en gran medida ya es tarea cumplida por otros, sino para señalar algunas presencias importantes y algunos vacíos que claman por ser llenados en el estudio de las clases subalternas y los movimientos sociales en ese fenómeno de la historia latinoamericana. Y a partir de ese anclaje histórico, seguir hacia el presente.

Pero antes, algunas notas sobre los rasgos básicos de las sociedades latinoamericanas y sus Estados, que constituyen el contexto histórico-estructural (para usar una expresión tan asociada con un modo latinoamericano de aproximarse a los fenómenos socio-políticos) de los procesos que vamos a estudiar.

La crisis del modelo de organización económico-social agroexportador a partir de la década del treinta dio lugar a profundos procesos de transformación económica y social en los principales países de la región: la urbanización y las migraciones internas, la industrialización, la creación del mercado interno, la modernización, el desarrollo de grupos y clases basados en intereses urbanos y su creciente papel en el rumbo de la política. Estos procesos de transformación de la estructura social no fueron suaves o graduales, sino producto y, al mismo tiempo, germen de enfrentamientos y conflictos sociales y políticos de importancia. En todos ellos, sin embargo, se manifiesta una característica especial: una notoria y temprana presencia del Estado como actor social. En efecto, resulta difícil hablar en América Latina de un Estado que solamente refleja la conflictualidad social; antes bien, estamos en presencia de un Estado que, a través de su gestión, tiene un papel determinante en la propia conformación de los intereses económicos y los actores socio-políticos. Además de "producto", fue desde muy temprano un Estado "productor" de sociedad. La contrapartida de esta fuerte presencia del Estado es una relativa lentitud en el proceso de formación de clases sociales, en su manifestación como actores colectivos o como fuerzas sociales, en su presencia —con autonomía e identidad clara— en el escenario de la historia.

Esta caracterización estructural no significa que estemos en presencia de Estados todopoderosos y sociedades inexistentes, silenciosas. Sería mejor pensar en que América

Latina es una región donde los procesos de lucha, la conflictualidad asociada a los procesos de transformación, se manifestaron mucho más como conflictos *dentro* del Estado que como luchas estrictamente sociales. El escenario de la acción fue más a menudo el interior del Estado que la sociedad.

Estos rasgos, sin embargo, fueron exagerados y llevados a su expresión más pura en los análisis e interpretaciones de las ciencias sociales. Como si en América Latina no hubiera existido sociedad: sólo procesos económicos y aparatos políticos, pero además, desconectados entre sí. Como señala Touraine:

La desvinculación del enfoque economista y de la interpretación de los actores político-ideológico no deja espacio para conceptos sociológicos intermedios, en particular para las categorías que describan relaciones entre actores y actuaciones sociales. (Touraine, 1987: 3).

Es precisamente en ese nivel intermedio en que intentamos ubicar este trabajo.

MOVIMIENTOS SOCIALES, POLITICA Y SOCIEDAD EN LA AMERICA LATINA DE LOS OCHENTA

La caída del presidente Allende simboliza, quizás con mayor fuerza que otros procesos políticos de la región, la pérdida de proyección histórica de los movimientos sociales de orientación industrial totalizante. Si revisamos las perspectivas y la fuerza real de los movimientos sociales en Latinoamérica que pretendían modelos nacionales independientes o transformaciones clasistas acabadas (sea de la burguesía industrial, sea del proletariado y sus aliados), probablemente concluyamos, como varios textos de la bibliografía citada, que estas orientaciones y prácticas han ido perdiendo progresivamente su impulso vital. Paralelamente, es posible distinguir en los últimos quince años, la emergencia de nuevos actores sociales y nuevas prácticas colectivas, tanto en el seno de los movimientos sociales clásicos (obrero-campesino), como en el desarrollo de nuevos movimientos de género, generacionales, urbanos, étnicos, de derechos humanos, etc., que no llegan a plantearse metas ni acciones holísticas.

En el plano de las interpretaciones, en los primeros años de la década de los setenta se comenzó a dar el pasaje de una conceptualización estructural totalizante de las clases sociales, al estudio de actores específicos y problemáticas sectoriales. El estado del debate teórico en la región en ese momento se refleja en la conferencia y posterior publicación del libro *Las clases sociales en América Latina*, patrocinado por la UNAM (1973). Los ensayos teóricos (de Poulantzas, Touraine y Fernandes) son ampliamente discutidos por varios autores, que traen a la luz casos concretos y especificidades históricas. Este fue un intento de plantear la temática de las clases sociales de manera universalista a partir de un diálogo entre europeos y latinoamericanos, dentro de una perspectiva marxista. El resultado fue un contraste entre explicaciones teóricas generalizantes y análisis históricos y sectoriales específicos, sin el establecimiento de puentes y mediaciones entre ellos. Quizás fue el último intento de lograr una visión universalista de las clases sociales, en el cual no se encuentra la presencia de la dinámica social a través del análisis de los movimientos sociales.

Dentro de la multiplicidad y el aparente caos en la bibliografía sobre el tema, es posible ubicar algunos hitos que permiten ordenar la heterogeneidad y variedad del campo. En primer lugar, la confrontación entre la tradición marxista y la funcionalista

en sus versiones latinoamericanas se vio fuertemente influida y transformada por la presencia de los trabajos de A. Touraine, en Chile primero y en el resto de la región después. Tanto sus estudios concretos como la producción teórica ligada a la región han dado un impulso fundamental en el estudio de los movimientos sociales (di Tella et. al., 1977; Touraine, 1976; Touraine 1974, entre otros).

A partir de comienzos de los setenta, cabe mencionar dos líneas de desarrollo temático en este campo, basadas en experiencias colaborativas en la región: los estudios sobre el movimiento obrero, cuyo eje articulador fue el *Grupo de Trabajo sobre Movimientos Laborales* (luego Comisión) de CLACSO creado en 1972, y los estudios sobre movimientos urbanos, que reconocen a Manuel Castells como figura de mayor influencia.

En efecto, dicho autor realizó tres tipos de estudios que permiten reconocer y visualizar un nuevo actor social, el urbano: los pobladores o "marginales". Estos análisis, y los que les siguieron, de alguna manera rompen las visiones monopólicas preexistentes en torno al movimiento obrero y campesino en la región.

En primer lugar, cobra especial relevancia un estudio teórico sobre el sistema urbano (Castells, 1976), que a la vez de criticar el enfoque funcionalista de la sociología urbana de la Escuela de Chicago, pretende, en una perspectiva marxista estructuralista, lograr una visión integral entre estructura y práctica social urbana. El concepto de reproducción de la fuerza de trabajo cumpliría el papel articulador en este enfoque.

En segundo lugar, los trabajos sobre urbanización dependiente y política urbana respecto del monopolio estatal en la reproducción de la fuerza de trabajo urbano, dan origen a una nueva forma de visualización latinoamericana de las oposiciones entre Estado y sociedad.

Finalmente, varios estudios empíricos sobre movimientos urbanos, especialmente sobre los pobladores en Chile, muestran un nuevo actor social que, con cierta especificidad, actúa en la escena urbana y reivindica nuevos órdenes de organización socio-espacial. Más adelante, el desarrollo del área permite al autor y a otros hacer hincapié en los movimientos sociales como actores autónomos, constructores de historia y sociedad.

En cuanto al área laboral, los diversos seminarios y reuniones se plasmaron en el volumen editado por Kaztman y Reyna (1977), en el número de la *Revista Mexicana de Sociología* (Vol. 40, No. 2, 1978) y, más recientemente, en varios proyectos comparativos sobre el tema (reseñados en *David y Goliat*, 1980, No. 38-39 y *David y Goliat*, 1985, No. 48). En un comienzo, el movimiento obrero fue visto en el contexto de la inserción productiva de los trabajadores, en tanto expresión organizada de la clase (Kaztman y Reyna, 1979). Pero también, desde muy temprano, fue objeto de reflexión su conformación como actor sociopolítico frente (o integrado) al Estado. Estas visiones más "economicistas", por un lado, y "politicistas", por el otro, se han ido enriqueciendo con elementos más específicos del campo de las relaciones sociales, tanto en el análisis de la dinámica interna al sindicalismo —temas como la relación entre movimiento sindical y orientaciones obreras; la dinámica sindical de categorías sociales específicas, como las mujeres— como en su vinculación con otros movimientos y actores sociales. En la década de los ochenta, los análisis en este campo parten de los dos desafíos centrales para el movimiento obrero de la región: el enfrentamiento de la crisis económica y el desafío de los procesos de transición y consolidación de la democracia. Las tensiones entre un sindicalismo de confrontación o de concertación parecen ser, en este momento, el eje de los dilemas del movimiento obrero frente a la crisis (Comisión de Movimientos Laborales, 1986).

Tanto los estudios sobre el movimiento laboral como sobre los movimientos urbanos se multiplicaron en la década posterior. Y a éstos se agregaron los referidos a otras áreas

de acción y de formación de actores colectivos: las mujeres, los jóvenes, los derechos humanos, los movimientos regionales, etc. En el plano analítico estos estudios se orientan hacia la incorporación de dimensiones culturales y sociales al análisis, antes tan centrado en la primacía de lo político o lo económico.

a) PERSPECTIVA ANALITICA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMERICA LATINA

Una característica propia de América Latina es que en ella no existen movimientos sociales puros o claramente definidos, dada la multidimensionalidad no sólo de las relaciones sociales, sino también de los mismos sentidos de la acción colectiva; por ejemplo, un movimiento de orientación clasista probablemente esté acompañado por sentidos étnicos y de género que lo diferencian y asimilan a otros movimientos de orientación culturalista con contenidos clasistas. Así, los movimientos sociales se ven nutridos por múltiples energías, que incluyen en su constitución desde formas orgánicas de acción social por el control del sistema político y cultural, hasta modos de transformación y participación cotidiana de autoproducción societal (Calderón, 1986).

En términos generales, la dinámica de los movimientos sociales tiene como referencias fundamentales cuatro campos de desarrollo.

En primer lugar, todo movimiento social posee una estructura participativa, como consecuencia de su propio objeto y experiencia de organización y lucha. Las formas, los niveles y los tipos de participación en un movimiento definen en gran medida la fortaleza de las metas de éste. Un aspecto central es que el carácter piramidal o restringido de la participación o, alternativamente, sus formas democráticas y abiertas, no resultan independientes de los contenidos mismos de las luchas del movimiento. Aquí la problemática de la "pequeña política" o de la cotidianidad vivencial del movimiento cobran especial importancia.

En segundo lugar, todo movimiento social tiene su propia temporalidad, en gran medida definida por su acción frente al sistema de relaciones históricas. Por lo tanto, aunque todo movimiento posee su propia continuidad histórica y su cotidiana vivencia existencial, los momentos de crisis y conflicto agudo son los que definen su cualidad. De esta manera, la combinación del "tiempo" diacrónico y sincrónico del movimiento son fundamentales para su comprensión.

Aquí, la visualización de la actual crisis latinoamericana y nacional cobra una importancia vital en la medida en que, en sus múltiples expresiones y sentidos, está presente en las vivencias y acciones de los movimientos sociales, sobre todo si asumimos que éstos son portadores en alguna medida —aunque potencialmente— de un nuevo orden social, demandantes de un "nuevo modelo" de desarrollo económico y de una cierta visión política del conjunto de la sociedad. Claro está que esto no niega que el cambio depende también de las relaciones económicas endógenas a la sociedad.

En tercer lugar, los movimientos sociales se desarrollan en forma multilateral y heterogénea en el espacio, en función del desarrollo desigual de la conciencia, la organización y la economía de una localidad o región determinada. Por ejemplo, un movimiento social de derechos humanos puede llegar a tener características y significados distintos en diversos contextos geográficos. Aunque ellos puedan plantearse, los movimientos sociales no tienen fines predeterminados, sino que los redefinen en el propio conflicto.

Un último elemento global que debe tomarse en cuenta para el estudio de las prácticas colectivas es el relativo a los efectos sociales específicos de estos movimientos sobre las relaciones sociales y sobre la sociedad, pero no solamente como el producto de la acción

del sujeto, sino muy especialmente como producto de un campo de conflicto donde los actores involucrados en la acción se modifican a sí mismos por la interacción recíproca y compartida para obtener un fin, para lograr una meta. Esta relación es la que puede introducir modificaciones específicas y generales en la sociedad, tanto en términos de transformaciones en las relaciones de poder como de efectos específicos sobre determinados órdenes sociales. Pero también los movimientos sociales pueden introducir, sobre la base de las relaciones sociales que los recrean, culturas cotidianas de un nuevo orden que modifica la vida de los hombres: hábitos, costumbres, valores, etc.

En un reciente trabajo, T. Evers (1984) plantea algunas ideas importantes para la reflexión sobre los movimientos sociales: que las ciencias sociales latinoamericanas, preocupadas desde siempre por el poder y la voluntad de transformación política, estuvieron mirando la realidad de los movimientos sociales en nuestros países demasiado centradas en cuestiones de poder. Desde la perspectiva de la transformación política, las expresiones colectivas no institucionalizadas de los sectores populares fueron interpretadas como protestas pre-políticas, o como embriones de participación popular a ser encauzadas por un partido-vanguardia. El reconocimiento de que estas manifestaciones colectivas no pueden ser fácilmente incorporadas a un partido revolucionario llevó a una primera reinterpretación de su sentido político: por un lado, los que se ocuparon de señalar su carácter limitado, reaccionario o reformista; por el otro, los que, perplejos, comenzaron a reconocer la urgencia de mirar más profundamente en el interior de esos movimientos, para poder así descubrir, sin preconcepciones, sus potencialidades y limitaciones, contextualizadas históricamente.

Es en esta nueva orientación que se empieza a identificar a los movimientos sociales con las "nuevas formas de hacer política". En efecto, sin embargo, el tema del poder sigue siendo el ordenador del pensamiento interpretativo. A diferencia de Evers, quizás sea hora de repensar los movimientos sociales desde otra perspectiva: no se trataría solamente de nuevas formas de hacer política, sino de nuevas formas de relaciones y de organización social; lo que se estaría transformando o engendrando es una sociedad, más que una política nueva.

El significado e interés analítico de los movimientos sociales reside en buscar en ellos evidencias de transformación profunda de la lógica social. Lo que está en cuestión es una nueva forma de hacer política y una nueva forma de sociabilidad. Pero, más profundamente, lo que se intuye es una nueva manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada, en la cual las prácticas sociales cotidianas se incluyen junto a, y en directa interacción con, lo ideológico y lo institucional-político. La pregunta que surge de inmediato, imposible de responder a ciencia cierta, es si se trata de una "nueva realidad" o si la vida social siempre fue así, y sólo nosotros, ciegos por el peso de los paradigmas dominantes, no la estábamos viendo.

Lo importante, en este momento del desarrollo de nuestro conocimiento, es reconocer el campo abierto y —por qué no— reflexionar sobre las condiciones de la vida social y política. No cabe duda de que, por lo menos en el Cono Sur, la ofensiva ideológica y represiva de los regímenes autoritarios tuvo efectos importantes en las redefiniciones de la relación entre lo público y lo privado, así como en la perspectiva interpretativa de las ciencias sociales. Citando a Lechner:

Lo que ocurre es un traslado de lo público a lo social. Lo público es reinterpretado *qua* público consumidor ... La constitución del sujeto ya no remite al ciudadano, sino al consumidor ... El ámbito privado deja de ser una protección de la individualidad y es incorporado a la publicidad del mercado (Lechner, 1982, pp. 21-23).

Además, al transformar las condiciones de vida y de acción de los propios investigadores, éstos, al igual que el resto de la población pero con más conciencia crítica, incorporan en su propio pensamiento la cotidianidad:

El desplazamiento del ámbito público y la trivialidad del discurso político oficial dirigen la atención hacia la vida cotidiana ... En la medida en que la rutinas —lo normal y natural— se vuelven problemáticas, aumenta la complejidad del diario vivir ... La pérdida de certidumbre y el incremento de las decisiones obligadas se suman generando una experiencia dolorosa (Lechner, 1982, pp. 24).

Por supuesto, estos desarrollos no son exclusivos del trabajo intelectual bajo regímenes autoritarios. La incorporación de la cotidianidad como área de reflexión e investigación en la cual se condensan y manifiestan de manera compleja las estructuras y mecanismos del funcionamiento político-social; la consideración de la subjetividad de los actores y de los investigadores; el análisis de la política y de las prácticas colectivas, deben ser contados como desarrollos importantes del corpus de las ciencias sociales a nivel internacional. Influye en esto la revisión de nuestro saber que, desde el feminismo, plantea el reconocimiento de la dimensión política de lo personal y la relectura de la familia como ámbito social-político-público (Jelín, 1984).

Este es el espacio intelectual privilegiado en el que encontramos a los movimientos sociales en proceso de formación. En la espontaneidad, no institucionalización, ambigüedad de demandas, sentidos contradictorios y multifacéticos, acción y práctica colectivas más que propuestas ideológicas o aparatos institucionales. Es el investigador quien propone la lectura de estas prácticas como movimiento social, sobre la base de una operación analítica a partir de la interpretación de su inserción en el contexto socio-político y de su desarrollo en el tiempo. O sea, la labor del investigador es la búsqueda del sentido de una práctica colectiva, sentido que obviamente está anclado en la conceptualización de los propios sujetos, pero que va más allá de la misma.

Estos movimientos aparecen en América Latina en el marco de una crisis, muy heterogénea y vasta, pues expresa el agotamiento de los modelos de desarrollo capitalista. En este sentido, las preguntas globales que cabe hacer, aunque no podamos darles respuesta cabal en este momento, apuntan a indagar en qué medida es posible pensar en un modelo teórico global de la acción social en la región, a partir de la fragmentación y de la heterogeneidad de los movimientos sociales. ¿Cómo se definen los diferentes campos de conflicto? ¿Qué orientaciones están en pugna y qué tendencias de articulación en el plano nacional y regional es posible prever? En términos más globales, ¿estamos frente a la generación de un nuevo sistema de acción histórica? ¿Implica esto la creación de sujetos con capacidad globalizante por la vía de la resignificación simbólica de identidades comunes a partir del reconocimiento de las diferencias? ¿O más bien entraremos en una fase gris de racionalización de la acción social? (Touraine, 1984).

b) ÁREAS TEMÁTICAS EN LOS OCHENTA

La revisión de la literatura reciente indica que en América Latina hubo una proliferación de estudios de casos de luchas y de procesos de gestación de nuevas formas de acción colectiva —con la pregunta, implícita o explícita, de si se está en presencia de un proceso de formación de nuevos actores sociales o históricos. Si bien no vamos a reseñar toda esta literatura, basta señalar algunos campos de conflicto donde esta formación de actores es visible, y las tendencias temporales de su desarrollo.

La condición obrera. El panorama del movimiento sindical muestra de alguna manera un comportamiento obrero bastante diverso, cuyas orientaciones dependen de las condiciones sociales de trabajo y de la situación política nacional. Incluso en los casos específicos son fácilmente perceptibles fuertes diferencias y oposiciones entre orientaciones e intereses sociales de diferentes líneas políticas, oposiciones entre direcciones y bases, oposiciones y ambivalencias al interior de un mismo sindicato, etc. En este sentido, las prácticas obreras en la mayoría de los casos son principalmente defensivas del puesto de trabajo, de los salarios y los beneficios sociales. Los efectos del estancamiento industrial o los procesos de desindustrialización parecen condicionar estos comportamientos y, posiblemente, a excepción relativa de la CUT brasileña, el movimiento obrero sudamericano pierde aparentemente centralidad en la política y en la economía latino-americanas, impugnando más a los gobiernos y a los ministerios de Trabajo que al capital, sea éste nacional o internacional; la dirección industrial de la sociedad no está en cuestión para los obreros.

Sin embargo, en estos espacios también es posible visualizar demandas de autonomía estatal, de independencia política partidaria y de democratización interna que probablemente reconecten al movimiento obrero, de manera muy distinta a la del pasado, con el sistema real de oposiciones capitalistas que empieza a vivir la región (Calderón, comp., 1986; Comisión de Movimientos Laborales, 1986).

Calidad de vida, consumos colectivos y movimientos urbanos. A grandes rasgos, al lado de las prácticas urbanas tradicionales e incluso dentro de ellas mismas, se han desarrollado recientemente cuatro formas de acción colectiva. La primera, de fortalecimiento de unidades productivas o reproductivas de pequeña escala: talleres artesanales, pequeños comercios, unidades o asociaciones de consumo, pequeñas unidades productivas diversificadas en espacios urbanos y/o rurales, etc., que de alguna manera buscan ideologías y formas de organización autogestionarias.

La segunda implica el desarrollo de distintas organizaciones sociales urbanas, juntas de vecinos, comités de abastecimiento, centros cívicos, etc., que generan demandas de descentralización barrial de las políticas y acciones municipales, y que en alguna medida sustentan reclamos de ejercicio del derecho ciudadano. Asimismo, en varias regiones y en distintos países comenzaron a organizarse, desde el ámbito urbano, luchas por la descentralización del Estado, en términos de obtención de mayores recursos económicos y políticos. En gran medida, los habitantes urbanos se han vuelto buscadores de un nuevo orden democrático en la "pequeña política".

La tercera consiste en demandas de renovación urbana, que implican tanto transformaciones en las relaciones socio-culturales habituales, como impugnaciones al orden espacial y ecológico de nuestras ciudades; en esta orientación resaltan movimientos para mejorar el cuadro de vida, protagonizados fundamentalmente por sectores medios.

Una cuarta acción colectiva se refiere a las luchas urbanas que se convierten en espacios de comunicación plurisocial y cultural entre diferentes grupos humanos, rompiendo la inmersión urbana del pasado; así, se escuchan demandas de alianzas de clases, solidaridad nacional y cultural, en un pequeño ambiente de resistencia callejera donde conviven variados grupos sociales, étnicos, etarios, etc. (Calderón, comp., 1986; *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 46, No. 4, 1984).

El campesinado. La tierra, el mercado y la organización campesina constituyen las demandas mínimas del mundo agrario. Pero también emergen intereses y orientaciones del campesinado que apuntan a incidir en espacios nacionales y políticos más amplios, conjugando a la vez orientaciones clasistas, nacionales y culturales. Dos hechos coexisten

en la región: la presencia de fuertes y organizadas confederaciones nacionales de campesinos con características autónomas, pero capaces de establecer compromisos con otras fuerzas sociales, compromisos a veces lábiles e insuficientes para constituir proyectos nacionales compartidos; por otra parte, organizaciones sociales campesinas atomizadas en sindicatos locales que aún persiguen de alguna manera procesos de unidad nacional. Tal vez un hecho que se destaca en la última década es la presencia, en varios países de la región, de organizaciones campesinas que van más allá de sus demandas clasistas y que a un mismo tiempo se estructuran en el rechazo a prácticas discriminatorias raciales, revalorizando a través de su memoria histórica prácticas vernáculas, para finalmente proyectarse como fuerzas culturales alternativas en las sociedades capitalistas criollo-mestizas.

Por otra parte, se destacan las demandas étnico-culturales, por una incorporación ciudadana y nacional a partir del reconocimiento de la identidad de los propios grupos discriminados. No obstante, debe indicarse que varios de los movimientos incluyen tensiones y demandas internas de carácter étnico-cultural, que probablemente constituyen elementos explicativos importantes de la acción colectiva analizada, elementos que hasta el momento han sido poco estudiados (Calderón, comp., 1986; Calderón y Dandler, 1986).

Los derechos humanos. Los movimientos de derechos humanos apelan, como principio aglutinador de su práctica política, a un sistema de valores fundamentales: la vida, la verdad, la justicia, planteando exigencias éticas de fundamentos humanitarios. Aunque su lógica es defensiva, su potencialidad reside en la capacidad de desnudar, desde una ética fundamentalista, la lógica de la dominación. Así, a partir de una estrategia defensiva, se va estructurando lentamente en la sociedad un gran consenso social, capaz de convocar a sectores muy amplios y heterogéneos, que cuestiona y descalifica la legalidad de la dominación dictatorial. Pero se trata en principio de prácticas expresivas, no instrumentales, que necesitan mantenerse equidistantes de todas las mediaciones políticas partidarias para poder seguir generando un amplio consenso.

Esta representatividad responde en parte a la existencia de un "vacío político" que, frente a la desmovilización popular, genera una utopía profundamente movilizadora y con un fuerte potencial democratizador. En efecto, en buena parte de la región, los movimientos de derechos humanos fueron la brecha por la cual comenzó a renacer el movimiento popular, recuperando la memoria histórica de las luchas populares, en la medida en que frente a un discurso dictatorial aniquilador de lo político, supieron generar una revalorización de aquellos valores de lucha que suele enarbolar la juventud; el proyecto de liberación y transformación social que los padres y familiares de los presos, perseguidos y desaparecidos asumen en una buena medida, sin declinar en ningún momento.

Los derechos humanos surgen junto con una revalorización de la democracia como construcción, no ya como algo dado y preexistente. Todos aquellos valores que eran obvios, y que conformaban algo así como un conjunto mínimo de normas éticas que se daban por sentadas y más allá de las cuales se dirigían las luchas políticas y sociales, han debido volver a ser reconstruidas, replanteadas y revalorizadas a partir de la experiencia de su violación sistemática por los gobiernos dictatoriales.

Así, aquellos valores (la democracia política, el respeto a las garantías constitucionales, el respeto a la vida humana, etc.) que en la Argentina de los años 60 carecían por completo de significado como demanda o consigna política para amplios sectores de la población juvenil y politizada, en los 80 fueron los únicos recursos que pudieron abrir una brecha en el oscurísimo panorama social y político nacional, que fueron capaces de aglutinar a las más diferentes capas de la sociedad, más allá de las múltiples identidades políticas.

Pero, ¿cuáles son los potenciales democratizadores de estos movimientos, y cuál será su papel en la próxima etapa democrática, una vez que el adversario más visible, el Estado autoritario-militar, haya cedido paso al gobierno democrático? Esta pregunta está todavía sin respuesta. En líneas generales, lo que puede decirse para el momento de la transición a la democracia es que los movimientos de derechos humanos han dejado pendiente su formulación positiva, concreta —ya no sólo fundamentalista y ética— de un proyecto político posible (Jelín, 1985; Calderón, comp., 1986).

El género. En la problemática de los movimientos de género cabe hacer una diferencia entre aquellos movimientos protagonizados principalmente por mujeres, pero que se estructuran alrededor de demandas muy diversas, como los derechos humanos, la calidad de vida, el consumo, la vivienda, la salud, etc., que podemos llamar movimientos “femeninos”, y aquellos otros que levantan consignas que se refieren a la problemática específica de la mujer, que llamaremos “feministas”. Esta distinción es analítica, porque frecuentemente ambas dimensiones se complementan y entremezclan al interior de una misma agrupación femenina.

Los primeros parecen ser una extensión activa, parcialmente politizada en el sentido más amplio de lo político, del ámbito de lo doméstico y del papel central que juegan las mujeres en las múltiples actividades reproductivas demandadas para el mantenimiento social. En etapas de cierre de los canales políticos, lo social se politiza; las demandas sociales adquieren potencialidades cada vez más cuestionadoras del orden político. Son formas de participación ancladas en los “roles tradicionales” femeninos, pero que al extenderse toman inusitadas connotaciones, capaces de cuestionar el orden global. En sus prácticas muestran una capacidad de democracia y participación internas que no son usuales en otras formas de organización política, tales como los partidos, los sindicatos, etc. Un pluralismo abierto, un apoliticismo explícito que intenta preservarse de toda heteronomía, son rasgos comunes de estos movimientos femeninos.

En ellos se lucha por derechos relativos a la familia, los niños, el bienestar de los hombres y las mujeres de los sectores populares: derechos al consumo, derechos de ciudadanos, derechos a la salud y a la vivienda. Surgen en gran parte como respuesta a la crisis, al subconsumo, al desempleo, y son protagonizados por mujeres de extracción fundamentalmente popular, aunque muchas veces ostenten un amplio policlasismo.

Las segundas, las luchas femeninas que encaran el problema de la mujer, no responden puntualmente a la crisis, sino que pueden rastrearse desde el siglo pasado y principios de éste, desde aquellas primeras sufragistas cuya lucha era obtener para las mujeres una participación plena en los derechos de ciudadanía, y continúan ininterrumpidamente, pero con flujos y reflujo, hasta las actuales organizaciones feministas que reivindican el derecho sobre el propio cuerpo (anticoncepción, aborto, la maternidad voluntaria), la igualdad de oportunidades, de remuneraciones, y que cada vez más hacen de la cultura su campo de lucha privilegiado.

En general, por el nivel de abstracción de sus demandas, éstas no surgen directamente de situaciones puntuales de crisis, sino que son demandas permeadas culturalmente a nivel internacional, demandas que históricamente han fluido desde los países desarrollados hacia los subdesarrollados, y desde las clases altas y medias hacia las clases bajas. Cada vez más, sus reivindicaciones encuentran eco en las mujeres de los sectores populares, y muchas veces organizaciones “femeninas” evolucionan hacia reivindicaciones “feministas”.

Siendo su campo de batalla principal la cultura y la ideología, los movimientos feministas contienen la potencialidad de cuestionar el orden social de una manera global, orden

definido muchas veces por ellas como el binomio modo de producción capitalista/patriarcado, cuyos términos son mutuamente interdependientes y se refuerzan. Por ello, al cuestionar las prácticas y tendencias paternalistas en la sociedad, el feminismo ha encontrado un *cuño* capaz de profundizar en las fisuras del orden social y político existente (Jelin, 1987; Calderón, comp., 1986).

Los jóvenes. Una de las características comunes de varias de las sociedades latinoamericanas es la alta correspondencia entre las relaciones de poder y las estructuras etarias de la población, donde ingentes masas de jóvenes ven limitadas sus posibilidades de acceso al poder y la autoridad, al prestigio, a los beneficios económicos y al reconocimiento social; en suma, a la participación social. Esta tendencia se ha visto particularmente reforzada bajo regímenes dictatoriales, cuyas políticas no sólo suprimen los derechos ciudadanos de la juventud, sino que han hecho de ésta su víctima privilegiada. Lo joven solamente es valorizado cuando rinde tributo al orden y al poder.

Por otra parte, los comportamientos juveniles se hacen comprensibles en su referencia a las dimensiones simbólicas de la vida social. De alguna manera, la juventud se caracteriza por su tendencia hacia orientaciones fundamentalistas con arreglo a valores de orden más cultural que económico.

De esta manera, el mundo de los jóvenes queda conformado como un espacio de conductas desorganizadas y de crisis de identidad, donde la acción se propone reproducir aquellas conductas que la modernización quiso desterrar: las orientaciones hacia el placer inmediato, el refugio comunitario, la agresión.

Los movimientos juveniles en América Latina, a pesar de su origen en fenómenos estructurales e históricos similares —reflejo de la situación transicional que compete al joven en toda sociedad— tiene características nacionales bien diferenciadas. No obstante, expresiones tan disímiles como "*Morir, luchando, de hambre ni cagando*" (coreada por los jóvenes chilenos más radicalizados y que es un buen símbolo de la dimensión sacrificial del allendismo) y "... *el MEI es político pero no partidista y sectario porque interviene en toda política que afecte a la nación, sin entrometerse en las destructivas rivalidades de partido*" (parte de un "ideario" del MEI paraguayo) o "*Mi arma es la paz, mi partido es el rock y mi eterno fin es el amor*" (escrita por un rockero argentino en su mochila), son ejemplificadoras de movimientos sociales que indudablemente han sido, para amplios sectores juveniles, refugio, ámbito de resistencia y canal de participación en el contexto de una sociedad autoritaria, cerrada y en crisis (Calderón, comp., 1986: No. 29 *Revista CEPAL*).

La guerra y la política. Los movimientos de acción revolucionaria se caracterizan por su lucha contra el Estado y el sistema de dominación dependiente mediante la acción violenta. Allí, el campo del conflicto coincide con el campo de batalla; esto conlleva complejas connotaciones sociológicas.

Nadie puede negar la presencia de este tipo de acción en la historia de América Latina; sus orientaciones y sus formas concretas han sido muy variadas: republicanas, nacionalistas, socialistas, anarquistas y bandidismo social; sus formas de lucha han sido, entre otras, montoneras, republiquetas, guerrillas rurales, guerrillas urbanas y guerras de liberación nacional.

El problema consiste en detectar los distintos sentidos sociológicos de esta acción política y su viabilidad en los distintos contextos nacionales y regionales, puesto que varias veces han logrado transformaciones sociales y otras, las más, la consolidación o reemergencia de sistemas políticos altamente despóticos. Sin embargo, de alguna manera

se autodefinen como los sujetos del cambio, que arrastran tras de sí al resto de la sociedad, monopolizando el Estado y la política (Calderón, comp., 1986; Sánchez de León, 1985).

LA TRANSICION EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Nuestra hipótesis central apuntó a señalar las transformaciones en la conformación de actores colectivos, registrando en las últimas décadas una pérdida de horizontes totalizantes, o si se quiere, una crisis de la historicidad industrialista y su reemplazo por una multiplicación de nuevas prácticas colectivas segmentadas.

No es posible explicar esta situación por la generación espontánea y voluntaria de nuevas y puntuales orientaciones de la acción. Existen otros factores importantes que ayudan a explicar por qué tiende a producirse esta especie de pérdida de horizontes totalizantes a los que hacíamos mención.

En términos de la 'sociedad global, es importante señalar las transformaciones en y de las relaciones sociales que se operaron en la región en los últimos treinta años. Fenómenos como los de la brutal transnacionalización de la economía, en términos productivos, distributivos y de consumo, han cambiado los patrones de interdependencia entre los países centrales y los periféricos: la actual crisis y los procesos de reestructuración capitalista no hacen más que profundizar las brechas entre el mundo del norte y los pueblos del sur. Los impactos de la revolución tecnológica, del sistema financiero internacional y de la nueva lógica del capital tienden a procesos de concentración del poder inéditos hasta ahora.

Los cambios en la estructura agraria, como el desarrollo industrial en varias esferas de la agricultura, la mercantilización de la economía campesina y los procesos de diferenciación campesina, nos indican las radicales modificaciones y transformaciones sufridas por la relación Hacienda-Comunidad, Hacienda-Minifundio. Por otra parte, la transformación en las estructuras territoriales nacionales, y sobre todo el acelerado proceso de urbanización, conjuntamente con las significativas transformaciones y ampliaciones de la acción del Estado en la sociedad y en la economía, dan cuenta de la fragmentación y creciente autonomía de las necesidades y demandas sociales. Pareciera que los nuevos procesos de diferenciación social lograron fragmentar las acciones colectivas.

En realidad, la crisis a la que aludimos significa la descomposición del modelo unificado entre el Estado-Nación, la industrialización económica y la modernización social. Podría decirse que en los últimos cuarenta años el modelo prácticamente no se modificó, mientras que la realidad lo hizo sustancialmente. Los cambios ocurridos fueron de tal envergadura que sorprendieron las expectativas propias del modelo. En su nueva situación y en sus novedosas prácticas la sociedad se encargó de cuestionar este paradigma industrial, ya sea en su versión popular, clasista o liberal.

Un segundo conjunto de factores es el referido a las implicaciones socioculturales de las políticas autoritarias en varios países de la región. Por una parte, la destrucción o limitación del sistema político y de los derechos ciudadanos provocaron cierto repliegue hacia la vida privada, promoviendo una valorización de las relaciones primarias y de los ámbitos de vida microsociales. Varios estudios empíricos dan cuenta de casos particulares. Por otra parte, estas políticas generaron un alto grado de incomunicación en el interior de la trama de las relaciones sociales y entre la sociedad y los partidos políticos, que por motivos represivos u otros, se fueron distanciando de la vida cotidiana. Precisamente cuando se abren los procesos de transición y de revalorización democrática, la vuelta a lo público se realiza sobre estas bases.

El cambio de las relaciones entre partidos políticos y movimientos sociales constituye un tercer factor de nuestra hipótesis explicativa. En el pasado, con el predominio de modelos partidarios clasistas o populistas, se buscaba dirigir y representar a las mayorías nacionales y, en nombre de ellas, elaborar programas o planes de acción y orientar su conducta. La misma competencia política estaba encerrada por esos parámetros. Hoy en día, los estudios de caso de movimientos sociales en Latinoamérica señalan repetidas veces que éstos cuestionan esa relación dependiente y subordinada frente a los partidos. Obviamente, esto no niega el ejercicio de la práctica partidaria en muchos países, sino que pone de relieve que la relación tiende a darse en otros términos. Más aún, habría que explorar si en aquellos países donde las acciones colectivas han sido muy importantes y autónomas, la presencia del sistema de partidos ha sido débil y, a la inversa, si donde el sistema partidario es fuerte las acciones colectivas de los nuevos movimientos sociales han sido poco significativas. En todas las situaciones, sin embargo, se constata un cuestionamiento constante del tipo de interrelación.

Es posible identificar por lo menos tres áreas recurrentes de este cuestionamiento. Una buena parte de los estudios realizados indica que los actores colectivos nuevos cuestionan el sistema de representación partidario. Preguntas como: *¿quiénes nos representan?*, *¿por qué nos representan?*, *¿para qué nos representan?* y *¿hacia dónde nos lleva esa representación?*, suelen apuntar a una crítica a la noción de representación formal o de vanguardia revolucionaria, representación de alguna manera percibida como elitista y generalmente referida a los sectores medios: intelectuales, burócratas, políticos, profesionales, etc. Desde luego, esta crítica no es ajena a experiencias históricas de intermediación ni a los efectos políticos que dichas prácticas implicaron. En todo caso, éste es un campo escasamente estudiado.

Otro nivel de cuestionamiento estaría relacionado con la visualización por parte de los actores sociales de una gran distancia entre las viejas y las nuevas demandas ciudadanas. Frente a demandas de creciente expansión social, se registraron débiles respuestas propositivas y procesadoras por parte de los partidos políticos. Temas como los de la mujer o los derechos humanos se situarían en este nivel.

Finalmente, en muchos casos los partidos son percibidos en su estructura organizacional como grupos cerrados y jerárquicos que, en su estructura interna, no reflejan la pluralidad de identidades o la heterogeneidad de las demandas sociales. La práctica del *prendi tutti*, dominante en la competencia electoral, reafirmaría esta visión. Por ejemplo, algunos estudios sobre la situación del movimiento obrero expresan la crítica acerca de la "sordera" de los partidos políticos para captar la nueva condición y las nuevas demandas de la clase obrera.

Y así, la pérdida de las orientaciones totalizantes, la descomposición del modelo nacional-estatal industrialista, las múltiples transformaciones socioculturales internas y externas a la región y los procesos de diferenciación social que los acompañaron, además de las nuevas connotaciones particularistas de la acción colectiva y el creciente distanciamiento entre movimientos sociales, partidos y Estado, constituyen los rasgos básicos sobre los cuales se desarrollaron las tensiones y las búsquedas de los nuevos movimientos sociales.

Esta situación, heterogénea y cambiante, puede ser vista como situación de transición. En los últimos años, numerosos estudios han ido contribuyendo desde distintos ángulos a la comprensión de este fenómeno. Sin embargo, lo que todavía no hay es una caracterización globalizante, unificada, de esta realidad segmentada y plural.

No obstante, es imprescindible relativizar estas tendencias según los procesos específicos de países y subregiones. Por ejemplo en Centroamérica, y más específicamente en

Nicaragua y El Salvador, persiste la temática de la revolución social y la liberación nacional. Pero incluso allí, según varios estudios recientes, están presentes los rasgos aquí señalados, como por ejemplo la valorización de la vida cotidiana, de los derechos humanos, de la religiosidad popular, de la democratización social, etc. (Coraggio, 1984; Camacho, comp., 1985).

Para finalizar, pensamos que América Latina, vista desde los movimientos sociales, está atravesando un momento de reconstitución que tiene dos elementos complementarios: la emergencia de nuevos actores y prácticas colectivas, donde la temática de las identidades culturales y los patrones de nuevas relaciones sociales se imbrican de manera compleja con la lucha por el poder y la hegemonía política, por un lado; por el otro, la transformación en las prácticas de los actores seculares y su vinculación con los nuevos. Esta reconstitución es paralela a un incipiente movimiento teórico colectivo que, a la vez de plantearse un esquema analítico para interpretar estos nuevos fenómenos, produce una relectura de las experiencias históricas del pasado.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Albo, Xavier. *Achacachi, medio siglo de luchas campesinas*. La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), 1979.
- Albo, Xavier. *Bodas de plata o réquiem por una Reforma Agraria*. La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), Cuadernos de investigación No. 15, 1979.
- Albo, Xavier. *Khutuxptansa: ¿quiénes somos?* La Paz: Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA), 1979.
- Almeida, M.H. Tavares de. "O sindicato no Brasil: novos problemas, velhas estruturas". *Debate e crítica*, 6, 1975.
- Almeida, M.H. Tavares de. "Desarrollo capitalista y acción sindical". *Revista Mexicana de Sociología* XL (2). 1978.
- Alonso, A. *El movimiento ferrocarrilero en México*. México: Era, 1972.
- Anguiano, A. *El Estado y la política obrera del cardenismo*. México: ERA, 1975.
- Antezana, Luis. "Congresos campesinos y estatuto orgánico de la Confederación Nacional de Trabajadores Campesinos (CNTCB)". La Paz: Consejo Nacional de la Reforma Agraria, 1968 (mimeo).
- Bartra, Roger. *Caciquismo y poder político en México*. México: Siglo XXI, 1975.
- Calderón, Fernando. "Los movimientos sociales frente a la crisis", en F. Calderón (comp.), 1986: 327-398.
- Calderón, Fernando. *La política en las calles: ciudad, desarrollo y Estado en Bolivia: 1952-1978*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES), 1982.
- Calderón, Fernando (comp.). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: Universidad de las Naciones Unidas (UNU); Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO); Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM); 1986.
- Calderón, Fernando y Jorge Dandler. "Movimientos campesinos y Estado en Bolivia", en F. Calderón y J. Dandler (comp.), *Bolivia, la fuerza histórica del campesinado*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES); Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD); 1986: 15-50.
- Camacho, Daniel y Rafael Menjivar. *Movimientos sociales en Centroamérica*. San José: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO); Universidad de las Naciones Unidas (UNU); Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM); 1985.
- Cardoso, Fernando y Enzo Faletto. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1969.
- Castells, Manuel. *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI, 1976.
- CEPAL. *América Latina: el pensamiento de la CEPAL*. Santiago: Universitaria, 1969.
- CLACSO. COMISION DE MOVIMIENTOS LABORALES. *El sindicalismo latinoamericano en los ochenta*. Santiago: CLACSO, 1986.
- Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo XXI, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
- Contreras, A.J. *México 1940: industrialización y crisis política*. México: Siglo XXI, 1977.
- Coraggio, José L. *Revolución y democracia en Nicaragua*. Managua: INIES, 1984.
- Dandler, Jorge. "Agricultura y Estado en Bolivia", en A. Eugene Havens et al. *El desarrollo de la agricultura, el Estado y procesos de acumulación en América Latina*. Quito: El Conejo, 1984.

- Delich, Francisco. *Crisis y protesta social. Córdoba 1969-1973*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1974.
- Di Tella, Torcuato. *El sistema político argentino y la clase obrera*. Buenos Aires: EUDEBA, 1964.
- Di Tella, Torcuato. "Populism and reform in Latin America". En Claudio Véliz (comp.), 1965. *Obstacles to change in Latin America*. Londres: Oxford University Press, 1965.
- Di Tella, Torcuato. *Clases sociales y estructuras políticas*. Buenos Aires: Paidós, 1974.
- Di Tella, T.; A. Touraine; J.D. Reynaud y L. Brams. *Sindicato y comunidad: dos tipos de estructura sindical latinoamericana*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1967.
- Doyon, Louise M. "Conflictos operativos durante el regime peronista, 1946-1955". *Estudios CEBRAP* 13. 1975: 79-122.
- Evers, Tilman. "Identidade: a face oculta dos novos movimentos sociais". *Novos Estudos* 2 (4) 1984: 11-23.
- Faletto, Enzo. "El problema de la dependencia y lo nacional popular" en F. Calderón (comp.). *La política y el Estado*. La Paz: Centro de Estudios de la Realidad Nacional, 1979.
- García, Antonio. "Los sindicatos en el esquema de la revolución nacional: el sindicalismo en la experiencia boliviana de nacionalización y desarrollo". *Trimestre Económico* 33 (132) 1966: 597-692.
- Gaudio, Ricardo y J. Pilone. "Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en Argentina". *Estudios Sociales*, 5. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), 1976.
- Germani, Gino. "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos". *Desarrollo Económico* 13 (51) 1973: 435-488.
- Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- Graciarena, Jorge y Rolando Franco. "Social formation and power structures in Latin America". *Current sociology* 26 (1): 1-259, 1978.
- Humphrey, John. "The Brazilian state, the working class and the economic miracle". *Bulletin, Society for Latin American studies*, 24, 1976.
- Humphrey, John. "As raízes e os desafios do 'novo' sindicalismo da indústria automobilística". *Estudos CEBRAP* 26: 5-39, 1980.
- IISUNAM. *Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo XXI, 1973.
- Jelin, Elizabeth. *La protesta obrera*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974.
- Jelin, Elizabeth. *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES), 1984.
- Jelin, Elizabeth. "Spontaneous and planned actions in conflict situations: the state and the labour movement in Latin America", en U. Himmelstrand (ed.). *Spontaneity and planning in social development*. Beverly Hills and London: Sage, 1981: 87-109.
- Jelin, Elizabeth (ed.). *Ciudadanía e identidad. Las mujeres en los movimientos sociales de América Latina*. Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), 1987.
- Jelin, Elizabeth (ed.). *Democracia y movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1987.
- Jelin, Elizabeth (ed.). *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. 2 volúmenes.

Kaztman, Rubén y José L. Reyna (eds.). *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*. México: El Colegio de México, 1979.

Laclau, Ernesto. *Politics and Ideology in Marxist Theory. Capitalism, Fascism, Populism*. London: NLB, 1977.

Lechner, Norbert. "Qué significa hacer política", en N. Lechner (ed.). *¿Qué significa hacer política?* Lima: DESCO, 1982.

Lewis, Oscar. *Los hijos de Sánchez*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.

León, S. "El comité nacional de defensa proletaria". *Revista Mexicana de Sociología* XL (2) 1978: 729-762.

Little, Walter. "La organización obrera y el Estado peronista 1943-1955". *Desarrollo Económico* 19 (75) 1979: 331-376.

Malloy, James M. *Bolivia, the uncompleted revolution*. Pittsburg: Pittsburg University Press, 1968.

Marvan, I. "El Frente Popular en México durante el cardenismo". Trabajo presentado en la reunión del Grupo de Trabajo Movimientos Laborales de CLACSO, México, noviembre de 1977.

Medina, L. "Origen y circunstancia de la idea de unidad nacional", en Centro de Estudios Internacionales (ed.). *Lecturas de política mexicana*. México: El Colegio de México, 1977.

Medina Echavarría, José. "El problema social en el desarrollo económico de Bolivia", en *Aspectos sociales del desarrollo económico*. Serie conmemorativa del XXV aniversario de la CEPAL. Santiago de Chile: CEPAL, 1973.

Moises, J.A. *Greve de massa e crise política. Estudo da greve dos 300 mil em São Paulo, 1953-54*. São Paulo: Editora Polis, 1978.

Murmis, Miguel y Juan C. Portantiero. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, I. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

Oliveira, Francisco de. "A economia brasileira: critica e razao dualista". *Estudos CEBRAP* 2 (1972): 3-82.

Ortega Aguirre, M. "Estado y movimiento obrero: 1940-1959", en *Coloquio Regional de Historia Obrera*, I. Ciudad de Jalapa. Veracruz, 1977. Memoria. México: Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1977.

Pellicer de Brody, O. y José L. Reyna. "El afianzamiento de la estabilidad política", en *Historia de la revolución mexicana*. Vol. 8: *Periodo 1952-1960*. T. 22. México: El Colegio de México, 1978.

Quijano, Aníbal. "Los movimientos campesinos contemporáneos en Latinoamérica", en *Problemas agrarios y movimientos campesinos*. Lima: Mosca Azul, 1979.

Reyna, José y M. Miquet. "Introducción a la historia de las organizaciones obreras en México: 1912-1966", en J.L. Reyna et al. *Tres estudios sobre el movimiento obrero en México*. México: El Colegio de México, 1979.

Rivera, Silvia. *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua 1900-1980*. La Paz: Instituto de Historia Social Boliviana (HISBOL), Confederación Sindical Unica de Trabajadores Campesinos de Bolivia, 1984.

Rowland, R. "Clase operaria e estado de compromiso". *Estudos CEBRAP* 8, 1974: 5-40.

Sanchez de León, Abelardo. "Todas las sangres del Perú". *David y Goliath* (XV) 47, 1985: 16-22.

Senen González, S. *El sindicalismo después de Perón*. Buenos Aires: Galerna, 1971.

Spalding, H.A., Jr. *Organized Labor in Latin America: Historical Case Studies of Urban Workers in Dependent Societies*. New York: Harper, 1977.

Stinchcombe, A. L. "Social structure and organizations", en J.G.M. March (ed.), *Handbook of Organizations*. Chicago: Rand McNally, 1965: 142-193.

Touraine, Alain. *Actores sociales y pautas de acción colectiva en América Latina*. Santiago de Chile: PREALD, 1984.

Touraine, Alain. *Les sociétés dépendantes*. Paris: J. Ducrot, 1976.

Touraine, Alain. *Vida y muerte del Chile popular*. México: Siglo XXI, 1974.

Valderrama, M.; J. Chiellen; N. Lynch y C. Malpica. *El APRA: un camino de esperanza y frustraciones*. Lima: El Gallo de Oro, 1980.

Vianna, L.W. *Liberalismo e sindicato no Brasil*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1976.

Warman, Arturo. *Ensayos sobre el campesinado en México*. México: Nueva Imagen, 1980.

Warman, Arturo. ... *Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado Nacional*. México: Ediciones de la Casa Chata, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, 1976.

Warman, Arturo. Entrevista, *David y Goliath* (XVI) 50: 2-13, 1986.

Weffort, Francisco. "Clases sociales y desarrollo social. Contribución al estudio del populismo", en Weffort y Aníbal Quijano. *Populismo, marginalización y dependencia*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1973.

Weffort, Francisco. "Orígenes do sindicalismo populista no Brasil: a conjuntura do pós-guerra". *Estudos CEBRAP* 4, 1973.

Weffort, Francisco. *O populismo na política brasileira*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1978.



MOVIMIENTOS POPULARES URBANOS Y EL PROCESO DE DEMOCRATIZACION EN BRASIL: BALANCE CRITICO DE LA LITERATURA

LUCIO

INTRODUCCION*

KOWARICK

(CEDEC, Brasil)

Los movimientos populares urbanos constituyen un tema cuya investigación sólo en el último tiempo ha alcanzado mayor envergadura, sin dejar de ser extremadamente polémico desde el punto de vista interpretativo. En él se insertan cuestiones teóricas de gran complejidad, como el carácter de las luchas (de clases) desarrolladas por dichos movimientos, sus (des)articulaciones con partidos políticos y sus antagonismos en relación al Estado. Otros estudios cuestionan su significado cultural en términos de la generación de nuevas formas de sociabilidad y de valores que se contraponen al elitismo tan marcadamente presente en la sociedad brasileña. O también cuestionan su significado político en el proceso de transición hacia un régimen más abierto y democrático iniciado a comienzos de la década del setenta. Finalmente, respecto a la extensión de la ciudadanía, debido a las contradicciones inherentes a un sistema de dominación y de apropiación de las riquezas altamente excluyente, tematizan acerca del potencial de radicalidad de las luchas urbanas, cuyo horizonte no se agotaría en los parámetros de una sociedad capitalista.

Antes de abordar las principales contribuciones de los movimientos urbanos a los procesos más globales de cambio socio-político en el Brasil de los años recientes, conviene rastrear en la manera en que la temática se fue constituyendo en campo de investigación de los cientistas sociales. Debo advertir que, antes que hacer un mapa exhaustivo de las obras producidas, el objetivo de este balance es señalar los avances y controversias de los análisis sobre movimientos urbanos, entendidos éstos como las varias formas de acción llevadas a cabo por los sectores populares, alrededor del problema de la tierra, de la habitación y de los bienes de consumo colectivos (31)**.

En 1980 fue publicado un libro colectivo que analiza comprehensivamente el surgimiento y el significado político de varios movimientos sociales en San Pablo, inclusive el urbano, durante los represivos años de la década del setenta (62). Por ahora, vale destacar que en las páginas introductorias se señala el hecho de que las investigaciones realizadas se referían "... más a las condiciones o determinaciones previas de los movimientos sociales que a ellos mismos" (6, p. 11); son estudios generalmente centrados en la reproducción de la fuerza de trabajo a través de la situación habitacional, de los bienes de consumo colectivo y de la segregación imperante en las grandes ciudades, y que ya fueron reseñados (66).

* Las llamadas de notas de este trabajo son referencias al número correspondientes en la Bibliografía (N. del E.).

** La presente reseña abarca únicamente las obras publicadas. Utilizo el término *movimientos populares* en el sentido de reivindicaciones, propuestas, movilizaciones o luchas que tienen como escenario las ciudades. En una acepción conceptual más rigurosa —esto es, acción colectiva, organizada por un grupo o segmento que busca cambiar la distribución de los recursos socio-económicos básicos y, sobre todo, la transformación del sistema de poder de una sociedad— la existencia de movimientos sociales de cuño urbano constituye una hipótesis de difícil sustentación teórica y empírica en los avances y retrocesos de la historia del Brasil reciente.

De hecho, se destaca que relativamente pocos autores se habían dedicado al tema de las luchas y reivindicaciones urbanas. Tanto es así que, en 1980, cuando fue realizada la primera evaluación de la literatura existente sobre el tema, de los 24 trabajos reseñados, 18 se referían a la realidad brasileña y apenas 6 habían sido publicados (27). Conviene decir que de primordial importancia para la consolidación de los estudios acerca de los movimientos urbanos, fue la constitución de un grupo de trabajo —a partir de 1979— sobre luchas urbanas, Estado y ciudadanía, en el ámbito de la Asociación Nacional de Investigación de Post Grado en Ciencias Sociales — ANPOCS — que, a partir de esa fecha, se ha reunido anualmente para discutir los trabajos de investigadores ligados a las universidades y centros de investigación de varias ciudades brasileñas. También de fundamental importancia para la divulgación y discusión del tema fue la creación de la revista *Espacios y Debates*, dirigida particularmente a la problemática urbana, cuyo primer número data de enero de 1981.

A pesar de que la mayor parte de estas investigaciones ha sido realizada en Río de Janeiro y San Pablo, refiriéndose a las respectivas áreas metropolitanas, existen varios trabajos que cubren otras ciudades del país. En este aspecto, es importante destacar el reciente incremento de la literatura sobre el Noreste, con nada menos que 27 trabajos, publicados o inéditos (55). Por ella se sabe de la existencia de innumerables análisis sobre los actuales movimientos urbanos de Recife, junto a reconstituciones históricas que abarcan el período anterior a 1964. Por ella también se tiene conocimiento de estudios que cubren varios aspectos referentes a asociaciones de barrios y conflictos urbanos en Fortaleza, Salvador, San Luis, Campina Grande y Terezina. Vale destacar, por otra parte, que centros de investigación como FUNDAD y Josué de Castro, en Recife, y la Universidad Federal de Alagoas, se han dedicado al tema; también en el ámbito de la Universidad Federal de Pernambuco existían, en 1985, diez disertaciones en curso sobre movimientos urbanos. Estas informaciones contrastan con otras, pues los movimientos urbanos en el Noreste, tanto en sus acciones concretas —presentes y pasadas— como en las investigaciones y reflexiones ligadas a ellas, nada tienen de inexpresivas (46). Dado el ángulo de su existencia concreta, pienso que es válido recurrir a una larga cita:

Es innegable, por lo tanto, que en el período del segundo resurgimiento los movimientos sociales urbanos se expandían por las otras capitales del Noreste, y también por las ciudades medias del interior. No es que estos movimientos fuesen inexistentes antes del 64. Por el contrario, como en Recife, la recuperación de esta trayectoria está por hacerse. ... En los años 70 los movimientos sociales urbanos resurgen con más vigor, penetrando espacios anteriormente vírgenes. Se expanden como manchas de aceite. Y, sobre todo, (re)emergen con un nivel de organización superior (55, p. 29).

Por otra parte, desde el punto de vista del estado de la investigación, pienso que es importante utilizar otra cita:

A pesar del carácter fragmentario de las informaciones reunidas, parece legítimo suponer que la producción de estudios sobre los movimientos sociales urbanos en el Noreste está por nacer. Hay un desfase entre el volumen de trabajos terminados y los que están en curso. Es posible, incluso, que el volumen, y quizás el perfil de la producción en el área, sufra sensibles modificaciones en los próximos tres o cuatro años. También se puede sugerir que esta nueva producción venga a romper con el carácter fragmentario de las informaciones existentes respecto a la historia de estos movimientos, así como —es de desear— con el carácter relativamente

difuso del marco teórico predominante en la mayoría de los trabajos conocidos (55, p. 27).

Es necesario señalar también algunos estudios sobre los conflictos urbanos en Recife (38), que constituyen un penetrante análisis de las asociaciones de pobladores entre 1955 y 1964, donde hay valiosas informaciones sobre sus articulaciones políticas en diferentes coyunturas que marcaron la historia de la ciudad en este período (13). En cuanto a Fortaleza, destacan los análisis sobre la potencialidad organizativa y reivindicativa de las organizaciones de barrio (1), y una discusión sobre el papel de la Iglesia y de los partidos políticos en la formación y apoyo a los movimientos urbanos, donde se cuestiona la separación analítica entre agentes internos y externos y, de esta forma, se repiensa de forma innovadora la tan difundida cuestión de la autonomía de las movilizaciones populares (2).

Es necesario mencionar también un libro que abarca la evolución de los movimientos urbanos en Belo Horizonte, deteniéndose en algunos estudios de caso más actuales (63), y otro que, a través de la investigación participante, discute el papel de los agentes de Iglesia en las marchas y contramarchas del movimiento de transportes colectivos en Villa Vieja, municipio de Gran Victoria (16).

Hay que resaltar, finalmente, una investigación que analizó comparativamente las asociaciones de pobladores de Fortaleza, Brasilia, Curitiba, Río de Janeiro y Belo Horizonte, en el cual se discute el carácter de identidad colectiva de estos movimientos urbanos (5); otra que coteja los movimientos sociales en Brasil y Argentina, mostrando sus significados culturales y efectos políticos (43), y también un ensayo que apunta a las semejanzas y diferencias en dos contextos históricos diferentes, España y Brasil, centrándose en la participación popular en la gestión pública de tres municipios brasileños (29).

Se puede afirmar que, por lo menos en los casos de San Pablo y Río de Janeiro, existe ya una sólida base empírica acerca de innumerables movimientos urbanos. Para el caso de San Pablo, pueden señalarse los libros en que se encuentra una investigación detallada sobre la evolución de las Sociedades de Amigos del Barrio (25), y sobre el movimiento de las mujeres en su lucha por guarderías infantiles (26). Las reivindicaciones por mejoras en los transportes levantadas por asociaciones de pobladores situadas en la zona sur de la ciudad, fueron seguidas a través de una cuidadosa observación participante durante la década del setenta (59); son conocidas las causas y el sentido de la lucha por la regularización de los loteos clandestinos (20); también la cuestión de la autonomía de los movimientos urbanos es discutida a partir de un análisis de las reivindicaciones ligadas a los servicios de salud en la zona este de la Capital (52). Hay ensayos que abarcan diferentes movimientos urbanos durante la década del setenta —Sociedad de Amigos del Barrio, Comunidades Eclesiales de Base, loteos clandestinos, lucha contra el aumento del costo de la vida—, y realizan un balance de su significación social y política (24, 60); lo mismo ocurre con aquellos que se centran más sobre la lucha por la tierra urbana, guarderías infantiles y servicios de salud, retomando la cuestión de la autonomía de los movimientos urbanos frente al Estado (28).

En cuanto a la producción centrada en los movimientos urbanos de Río de Janeiro, destacan las investigaciones dedicadas al análisis de la invasión de tierras (67), a la evolución de las asociaciones de pobladores de las *favelas* y sus relaciones con el Estado (15), y el estudio que evaluó la cuestión de la urbanización de las *favelas* (65). La multiplicidad y diversidad de procesos sociales y culturales en la dinámica de organización y reivindicación de los movimientos de barrio, apuntan a la dificultad de caracterizar los movimientos urbanos en cuanto lucha de clases (12), tema en el que profundiza una investigación que

analizó el avance de las reivindicaciones en tres asociaciones de barrio, discutiendo de manera extremadamente creativa sus vínculos con el Estado (23); esta cuestión también es problematizada en relación a los movimientos de barrio en Nueva Iguaçu, donde encontramos un estimulante análisis del significado de los movimientos de barrio en el proceso de redemocratización del país (44).

Otro tema que ha sido objeto de investigación es la así llamada *acción directa*, básicamente depredaciones, saqueos e invasiones colectivas y organizadas de tierras, teniendo en cuenta tanto las coyunturas del pasado —San Pablo de 1947 (49)— como, en épocas más recientes, el vandalismo en los suburbios de esa misma ciudad (58, 57), y las depredaciones en ella y Río de Janeiro (50, 51).

Con el agravamiento de la crisis económica de inicios de los años ochenta, dos ensayos apuntan a un clima de “rebelión social”, surgida en la medida en que se expandía la invasión de tierras en muchas ciudades brasileñas, que también sufrieron centenares de saqueos en almacenes y supermercados (30, 53). En relación a esta última modalidad de explosión popular, es importante referirse a los análisis que discuten la cuestión de la “transgresión del orden”, teniendo en cuenta los saqueos masivos que durante tres días irrumpieron en San Pablo en 1983 (3, 56).

Conviene resaltar también los estudios sobre el papel de la Iglesia Católica en el resurgimiento de las movilizaciones urbanas a comienzos de los años setenta, en pleno período autoritario, en especial sobre el significado de las Comunidades Eclesiales de Base. En estos análisis se apunta al esfuerzo de resistencia y oposición al régimen autoritario, y también se indaga en las modalidades de participación democrática no sólo en el ámbito de su organización y dinámica internas, sino sobre todo en la creación de un “discurso popular” que se contraponen al elitismo y autoritarismo presentes en las relaciones sociales y en las estructuras de poder, a partir de que estarían emergiendo nuevas formas de percepción crítica de las causas y consecuencias de la exclusión socio-económica y de la dominación política (7, 39, 64, 68, 69). En relación a este tópico, conviene todavía mencionar la publicación de un libro reciente (36), en el cual se analiza el significado de la Iglesia (14) y de las Comunidades Eclesiales de Base (35) en el proceso de apertura política. En él se encuentran también ensayos sobre los encuentros y desencuentros entre la Iglesia y los movimientos populares en Nueva Iguaçu (45) y Villa Vieja (17); también las prácticas cotidianas y las experiencias forjadas en las agrupaciones de barrio durante los represivos años de la década del setenta en San Pablo, son analizadas con el fin de discutir las trayectorias que llevan a la constitución de una identidad colectiva de resistencia al autoritarismo entonces vigente (58).

Terminando este tópico introductorio, es necesario referirse a algunos trabajos en los que se realizan balances comprehensivos del tema: a través de los resultados de investigaciones empíricas se detallan las características de los movimientos urbanos y sus relaciones con los partidos y órganos de gobierno (4, 5, 44); también la polaridad analítica presente en varias investigaciones —pasividad o activismo, espontaneidad versus organización, autonomía o dependencia, heterogeneidad social versus unidad ideológica— es criticada por un texto que reflexiona sobre estas cuestiones, teniendo en cuenta las experiencias de organizaciones y las reivindicaciones llevadas adelante por los habitantes de loteos clandestinos (34).

Por otra parte, junto a la reseña ya señalada, hay que destacar todavía otros ensayos que problematizan la literatura existente, sea en cuanto a los problemas teóricos que marcaron la producción académica de los años setenta (41), sea preguntándose acerca del sentido (político) de esta producción en la década del ochenta, en plena crisis económica y deterioro de las condiciones de vida (30); otros han cuestionado las relaciones, por

definición antagonica, entre movimientos sociales y Estado (10), o el carácter programático e ideológico de estudios enfocados en el significado político de las luchas urbanas (42);o también el hecho de que la coyuntura aparezca en muchos análisis como referencia genérica y no como objeto de investigación (41). Resultado: un deslizarse entre lo alusivo y lo ideológico: el autoritarismo y la represión, la crisis y el desempleo, la apertura política y las elecciones pasan a ser vastos horizontes en los cuales los movimientos sociales resisten a la dictadura, rompen el campo institucional o enfrentan nuevos *impasses* o desafíos, moviéndose en un campo teórico y empírico poco elaborado.

Hecho este rápido y no exhaustivo mapa introductorio, cuestionaré la forma en que los principales trabajos analizan las relaciones de los movimientos urbanos con el Estado, para después tratar el carácter de clase de estas movilizaciones y, finalmente, cotejar la literatura en función del papel de las luchas y organizaciones de barrio en el proceso de redemocratización del país y de sus (des)articulaciones con los partidos políticos.

MOVIMIENTOS URBANOS Y ESTADO

Una característica básica de las luchas sociales llevadas a cabo por las clases populares urbanas estaría en su oposición radical al Estado. Tal afirmación, que sería reintroducida y discutida por estudios posteriores, ya había sido, durante la década del setenta, formulada por autores extranjeros, entre ellos Manuel Castells, que tuvo y tiene enorme influencia en la producción latinoamericana, y también por autores brasileños que pensaron los movimientos urbanos a partir de un cuadro más global de transformación de nuestra sociedad.

En este sentido, destaco un trabajo pionero que analizó de manera exhaustiva las agrupaciones de barrio y sus relaciones con el sistema político. Retomando los escritos sobre populismo, el autor trabaja con la idea de *colectivo socialmente heterogéneo*, compuesto por sectores sociales dispares, pero no por eso incapaces de forjar una identidad cuya base de movilización es más popular que obrera. Heterogéneo en cuanto a la inserción en el proceso productivo, el policlasismo de las agrupaciones de barrio sería capaz de generar intereses comunes que, a partir de las expoliadas condiciones de vida de las ciudades, forjaría movimientos urbanos de fundamental relevancia en las dinámicas y confrontamientos políticos.

Se repiensa así la cuestión del antagonismo social a partir de las clases populares, vastos y variados segmentos de población pauperizada, excluida de los beneficios de una sociedad que se industrializaba rápidamente, acumulando un creciente contingente de trabajadores en barrios desprovistos de infraestructura y servicios básicos. Su antagonista: el Estado (47, 48).

Tales enfoques rompen con la visión de un pueblo amorfo y fácilmente cooptado, incapaz de tener un papel en la arena política: las clases populares no sólo tienen algo que decir, sino que requieren ser escuchadas, es lo esencial de este mensaje que considera a los movimientos sociales, incluido el urbano, como punto central en la lucha por la ampliación de la ciudadanía y por la redemocratización del país.

Años antes, en 1977, en la medida en que surgían las reivindicaciones y protestas urbanas, tenemos otro pertinente análisis sobre la revuelta en los suburbios, que trata de los saqueos (50). En este texto, por un lado, se esboza el carácter extremadamente expoliado de las vidas en las metrópolis brasileñas y, por otro, se realiza un análisis de la dinámica interna de esa forma violenta de protesta espontánea y sus efectos sociales y

políticos: "en el proceso de profundización de las contradicciones urbanas ... el Poder Público comenzó a surgir en la mayoría de las grandes metrópolis ... como un Poder Privado" (50, p. 52). Esta línea de interpretación, en un corto y penetrante ensayo, es desarrollada en torno a la existencia de una *nueva cualidad* de los conflictos de clase, en la medida en que "las clases populares ... ya no se dirigen al Estado ... se dirigen contra el Estado" (54, p. 75).

Con todo, al final de los años setenta, un estudio en profundidad realizado en las agrupaciones de pobladores, en el cual se discutían sus relaciones con el poder público, o, más precisamente, con los técnicos gubernamentales involucrados en el planeamiento urbano de las respectivas áreas, relativizaría mucho el antagonismo entre las clases populares y el Estado. Basado en la observación participante de una cotidianidad plena de ambigüedades, lo que sobresalía era una dinámica que no contraponía, siempre y necesariamente, las movilizaciones urbanas a las agencias gubernamentales. Al contrario de la tendencia interpretativa dominante en la época, y como consecuencia del acompañamiento de situaciones concretas, se hacía ver que no había por qué esperar milagros, ni colocar esperanzas en que los movimientos urbanos trajeran grandes transformaciones a las estructuras básicas de la sociedad brasileña (22). Esta forma de interpretar la realidad, que sería profundizada por el autor años más tarde, está marcada por la desconfianza en los acercamientos macroestructurales para explicar el papel de los movimientos urbanos en el proceso de transformación socio-política (23).

Fue a partir de estas polémicas que surgió un agudo ensayo crítico acerca de la producción intelectual anterior a 1980. Tras mostrar la importancia de Manuel Castells en la reconstrucción de la cuestión urbana y de las reivindicaciones y luchas a ella ligadas, los autores apuntan las baterías contra uno de sus escritos acerca de la realidad latinoamericana (11). El centro de la argumentación está, de un lado, en el cuestionamiento del concepto mismo de contradicción urbana y, por otro, en forma más categórica, se formula la investigación acerca de cómo ella se transforma en reivindicaciones concretas (40). En este trabajo se apunta a los riesgos de incluir las luchas sociales en las así llamadas condiciones materiales objetivas, cuya consecuencia podría ser el desembocar en una linealidad teórica que equipara el agravamiento de las contradicciones con la profundización de los conflictos sociales. Los autores se apoyan en un trabajo que, a mi ver, no es representativo del alcance teórico e interpretativo de las obras de Castells, pero, al hacerlo, pienso que tenían en mente algunas reflexiones que en ese momento estábamos realizando en Brasil.

De hecho, muchos de los mejores estudios que enfrentaron la delicada cuestión relativa al nuevo carácter de las luchas sociales, antes que situar la dinámica de los movimientos urbanos frente al Estado como un problema teórico y empírico que debía ser enfrentado, veían en este proceso una relación por definición antagonica, en la cual siempre una de las partes acabaría capturada por la otra. Con un sugestivo subtítulo — "*¿Por dónde andan nuestras ideas?*" — un valiente balance crítico problematizaba la cuestión de la siguiente manera:

En este sentido, todo el esfuerzo analítico se encuentra *canalizado y limitado por una polarización que anticipa las conclusiones*: de un lado, cooptación y/o vaciar de contenido las reivindicaciones; del otro, movilización o enfrentamiento. De hecho, el tema central de esta área de estudios — presencia en la escena política de movimientos sociales urbanos — es casi universalmente abordada en términos del impacto positivo o negativo que resulta de estas relaciones, ... concebidas como "victoria" o "derrota" del grupo responsable de la manifestación estudiada (42, pp. 9-10).

Este ensayo crítico seguramente tiene por objetivo innumerables estudios, pero explícitamente se refiere a una reflexión apoyada en trabajos que subrayan el papel de los movimientos urbanos en la derrota de los regímenes autoritarios y en la superación del sistema capitalista que a partir de ahí podría abrirse. Al preguntarse por la pertinencia teórica y práctica de algunos esquemas interpretativos acerca de la transición brasileña (9), los autores, también en forma valiente, no tienen dudas en afirmar que "consecuentemente, se borra la perspectiva socialista con que se introdujo este tema (los movimientos sociales urbanos), como también la proporción de las transformaciones en la práctica política de las organizaciones populares. El cambio de gobierno fue pensado en una dimensión que oscureció la discusión del cambio de poder" (30, pp. 66-67).

De todas formas, sea porque se pensó a los movimientos urbanos dentro de una perspectiva que postulaba transformaciones cuyo rumbo apuntaría al socialismo, sea porque los Poderes Públicos no resolvieron la situación extremadamente expoliada de la mayoría de los habitantes de nuestras ciudades, lo que dio origen a movilizaciones que canalizan sus reivindicaciones hacia los aparatos gubernamentales y, al hacerlo, en ciertas coyunturas ponen en jaque su legitimidad, el hecho es que fueron raros los trabajos que se detuvieron sobre el funcionamiento y las respuestas del Estado a las demandas populares, manteniendo afirmaciones genéricas y abstractas acerca de que él es el adversario o enemigo natural de las luchas que surgen en los barrios populares. Es lo que señala otro excelente balance de la literatura: "En este cuadro, la atención de los cientistas se vuelca hacia este sentimiento 'oposicionista-democrático' de las masas urbanas y deja en la sombra la actuación del Estado" (10, p. 219).

En un intento de explicitar y avanzar el debate, citaré uno de los mejores estudios que, a mi parecer, se basa en presupuestos —a saber, que el Estado capitalista y los movimientos urbanos constituyen fuerzas que intentan, o intentan en última instancia, su mutua destrucción— y construye, a partir de allí, premisas teóricas que acaban por ocultar la complejidad y variedad de los procesos de cambio o, al contrario, de la dominación social y política:

Visto que las reivindicaciones por condiciones adecuadas de vida para las mayorías de la población de los países latinoamericanos son incompatibles con la forma actual de desarrollo capitalista del continente, tales reivindicaciones están, en última instancia, dirigidas contra el capital como relación social de dominación. Es así que el destinatario principal de estas demandas insertas en la esfera de la reproducción es el Estado (19, p. 133).

A fin de ejemplificar otra línea interpretativa, utilizaré nuevamente una investigación sobre los movimientos de barrio de tres comunidades de Río de Janeiro. Por la misma forma en que el estudio fue conducido, a través de un acompañamiento participante de las reivindicaciones populares y de las respuestas de los órganos gubernamentales, el Estado perdía el carácter perverso de enemigo ontológico, metamorfoseándose en agentes o acciones visibles y palpables; por otro lado, las clases populares se transformaban en miembros reivindicativos de agrupaciones de barrio, que pretendían cambiar sus condiciones de vida, en verdad extremadamente expoliadas, pero estaban lejos de oponerse, siempre e indefinidamente, a las acciones y propuestas gubernamentales. Lo que había era una relación plena de avances y retrocesos, muchas veces conflictiva, pero también de colaboración, orientada a la resolución de los problemas que afectaban a la población, y que también los técnicos pretendían o requerían poner en marcha.

Se llega así al diseño de una línea abstracta, en la medida en que se construía una interacción real, pero descartando la necesidad de creer en la existencia de dioses y

demonios: "El Estado traducido en agentes individualizados, ya no es distante e intangible. Se hace familiar y puede ganar calificaciones que distinguen un Estado de otro. Puede ser bueno o malo. En Catumbí hay un Estado 'malo'; el gobierno de Guanabara es un Estado 'bueno'" (23, p. 203).

Esta cita no tiene el sentido de valorizar los estudios que, a partir de observaciones detalladas, son capaces de mostrar los múltiples y complejos matices de la relación entre los movimientos urbanos y el Estado, en detrimento de aquellos que construyen sus interpretaciones a partir de un foco teórico que privilegia el proceso de conflicto y oposición entre los que dominan y los que son dominados. El elitismo y autoritarismo tan marcadamente presentes en el transcurso de la historia brasileña, y tan agravados por el sistema autoritario implantado en 1964, constituyen factores de real relevancia en el análisis del proceso de dominación social y política de nuestra sociedad, donde el Estado no sólo reprime las manifestaciones populares, sino también sistemáticamente excluye a la mayoría de los beneficios del desarrollo y de las decisiones estratégicas.

Pero, conviene repetirlo: el conflicto o antagonismo entre dominados y dominantes en el contexto de las reivindicaciones y luchas urbanas contra el Estado, al retomar una visión estrecha del conflicto de clases, a partir de la premisa de análisis —la oposición natural y radical— puede redundar en una postura de cuño genérico que deja de comprender la riqueza de los procesos sociopolíticos que, ciertamente, varían mucho de una coyuntura a otra. En este particular, termino este tópico apoyándome en una sugestiva y saludable propuesta metodológica: "Para realizar este tipo de análisis precisamos eliminar ciertos presupuestos cristalizados en las interpretaciones corrientes. No es que ellas sean necesariamente incorrectas, sino que su adecuación debe ser objeto de análisis y no su punto de partida o presupuesto" (18, pp. 24-25).

MOVIMIENTOS URBANOS, IDENTIDAD CULTURAL Y CONFLICTO DE CLASES

Ya señalé el papel de la Iglesia Católica, fundamentalmente a través de las Comunidades Eclesiales de Base, en la reactivación de los grupos populares que tuvo lugar en pleno régimen autoritario durante los años setenta.

Teniendo en cuenta la emergencia de estas formas asociativas, surgió una rica veta interpretativa, que aborda los movimientos urbanos a través de su significado cultural. En múltiples agrupaciones de base, discutiendo la cotidianidad de sus vidas, millares de grupos en *centenares de ciudades* estarían forjando un nuevo tipo de discurso —valores, aspiraciones, utopías— que reformulan y ponen en jaque las formas de explotación y dominación imperantes en la sociedad brasileña. Mostrando que el concepto de reproducción de la fuerza de trabajo es insuficiente para explicar la heterogeneidad de los movimientos urbanos, se insiste en la necesidad de "explicaciones complementarias o adicionales que den cuenta de la fluidez específica y de las innumerables variaciones que parecen caracterizarlos y que nos llevan al campo de la cultura" (18, p. 26): heterogéneos en cuanto a sus objetivos y formas organizativas, diversos en sus ritmos de movilización, la materialidad explotada de los barrios populares estaría produciendo una experiencia (mítica) de acción y pensamiento, por la cual los excluidos se piensan como iguales y, al hacerlo, redefinen los espacios públicos donde se consubstancia la lucha por la ampliación de la ciudadanía (18). Este tema también es desarrollado a través de la idea de resocialización motivacional e ideológica, surgida de las nuevas formas de participación de las agrupaciones de base, donde estaría constituyéndose una "esfera o territorio de organización popular" (34, p. 86); a la vez se señala su importancia en la creación de una cultura política igualitaria

y democrática (44). En este sentido, se resitúa de manera radicalmente diversa la cuestión de la identidad y del potencial transformador de los movimientos sociales, inclusive de las agrupaciones de barrio: "El potencial de éstas no está relacionado principalmente con el poder, sino con la renovación de los patrones socio-culturales y socio-psíquicos de la cotidianidad, penetrando en la micro estructura de la sociedad" (21, p. 12). En suma, estos estudios, a través de caminos interpretativos diversos, abordan lo que ha sido designado como imaginario político de los movimientos sociales. Resitúan el tema de la diversidad y de la identidad de los sectores populares, privilegiando sus experiencias culturales —valores, aspiraciones y utopías— y repiensen, de esta forma, la cuestión de la hegemonía, desvinculándola de la visión clásica de la lucha de clases (37).

El anterior no es el referente de importantes análisis, cuyo paradigma teórico, de una forma o de otra, termina por insertar las contradicciones urbanas en el proceso de acumulación de capital, y las luchas urbanas en el ámbito de los conflictos de clases. Algunos ejemplos significativos: "Por constituir un aspecto de la dinámica de clases sociales, las luchas reivindicativas urbanas reflejan la división de la sociedad en clases" (63, p. 119); o: "Todo movimiento social tiene siempre un carácter de clase, que está inscrito en su propia lógica" (26, p. 46); o, aun más, el carácter altamente excluyente de la urbanización latinoamericana "se refleja en la forma de los conflictos sociales vinculados a las reivindicaciones urbanas, cuyos contenidos de clase se agudizan en la medida en que son mayores las contradicciones de la sociedad" (27, p. 65), cuestión que también aparece como problema teórico que requiere ser trabajado a partir de la noción de explosión urbana (33).

Esta es una cuestión que merece investigaciones y reflexiones teóricas más profundas y detalladas, y los autores que siguen esta línea de análisis necesariamente deberán enfrentar, entre otras, la espinosa y desconocida cuestión relativa al carácter de la urbanización capitalista de una sociedad como la brasileña, y la manera como la reproducción de la fuerza de trabajo está ligada a la explotación del trabajador y al proceso de acumulación de capital, no bastando para esto reproducir los esquemas teóricos elaborados para analizar las sociedades industriales avanzadas. En este particular, un camino promisorio fue el esbozado por un ensayo que, al criticar las interpretaciones marxistas ortodoxas, abordó los movimientos de barrio como expresiones no separadas o aparte de las relaciones de clase, a partir de un esfuerzo teórico que procuró articular el mundo de la producción con el de la reproducción, tomando como referencia las luchas y reivindicaciones urbanas desarrolladas en algunas metrópolis latinoamericanas (19).

Asimismo, parece difícil estar en desacuerdo con los autores que señalan las limitaciones de los estudios que permanecen en el ámbito de las explicaciones macro-estructurales, pues en este tipo de explicación "cabe todo, pero no hay lugar para nada fuera de la simplicidad de las lógicas determinadas" (23, p. 20).

Pienso que muchas de estas explicaciones corren el riesgo de caer en aquello que puede ser designado como *visión genético-finalista*, en la cual los movimientos urbanos, por ser expresiones de la lucha de clases, y debido al carácter extremadamente explotador de nuestras ciudades, resultarían, por definición, en luchas de calidad también crecientemente superior (33). Su destino estaría así de antemano prefigurado por un modelo de interpretación de la historia cuyo horizonte apuntaría en dirección de la superación del sistema capitalista. En este estilo de análisis parece haber una lectura deductiva, en la cual las luchas sociales aumentarían con el agudizamiento de las contradicciones. Esta línea interpretativa, que me parece estar anclada en una especie de *optimismo catastrófico*, establece que entre las condiciones concretas de la existencia y las luchas sociales, existe un conjunto de mediaciones. Esto es: la manera en que múltiples grupos y agrupaciones

vivencian sus propias realidades y sobre ellas construyen sus visiones de mundo y, dentro de determinadas coyunturas, se organizan para enfrentarlas, lo que nuevamente nos lleva al campo de la cultura y de la política, no reducible a las determinaciones macro-estructurales: "No es, por tanto, necesariamente la miseria creciente, sino la conciencia de la pobreza lo que contribuye a la movilización popular" (18, p. 25).

También he insistido en esta cuestión que me parece crucial para el avance de los estudios que no ignoran las así llamadas condiciones materiales objetivas en la interpretación de los movimientos urbanos, y que *no descartan la teoría de los conflictos de clases* en la explicación de los cambios sociales y políticos:

Quiero dejar en claro que no considero posible deducir las luchas sociales de las determinaciones macro-estructurales, puesto que no hay vínculos lineales entre la precariedad de las condiciones de existencia y las acciones llevadas a cabo por los que se ven afectados por ella. Y esto porque, a pesar de la situación variable, pero común, de exclusión socio-económica, los conflictos se manifiestan de manera diversa y, sobre todo, las experiencias de lucha tienen trayectorias extremadamente dispares, apuntando a *impasses* y salidas para los cuales las condiciones estructurales objetivas constituyen, en la mejor de las hipótesis, apenas un gran telón de fondo (33, p. 71).

Antes de detenerme en la cuestión de los partidos políticos y movimientos urbanos, y de su papel en el proceso de redemocratización del país, que será objeto del tópico final de este balance, debido a la importancia del tema, insisto una vez más en la divergencia entre el carácter de conflicto de clases de las reivindicaciones y luchas de barrio, y su potencialidad para lograr transformaciones radicales en la sociedad brasileña. Para ello, me valgo de un estudio que así resume los resultados empíricos de la investigación en algunas ciudades brasileñas:

... a pesar de una base social predominantemente de sectores populares, el proceso de formación de identidad colectiva se vuelca a la dimensión de lo cotidiano y de lo local relativo a la vivienda, no teniendo los movimientos expresión política en torno a la identidad inmediata de clase. En otras palabras, la clase social no aparece explícitamente como el factor de aglutinación de los movimientos en términos de su expresión política. ... Finalmente, la base valorativa de los movimientos, aunque implica alguna noción de transformación social, no se orienta predominantemente a un cambio social del sistema político-social, sino que más bien se centra en la defensa de los derechos mínimos de la ciudadanía (4, pp.73-74).

Creo, finalmente, que la cuestión del conflicto de clases, para aquellos que todavía pretenden utilizarlo, debe pasar por una revisión teórica profunda. Los estudios sobre populismo, o aquellos que se centran en la así llamada marginalidad y en la situación histórica de dependencia del capitalismo brasileño, constituyen pasos iniciales importantes pero insuficientes para dar cuenta de la dinámica de los conflictos sociales. Pienso, por otra parte, que el campo teórico y empírico que envuelve la temática de los movimientos urbanos es un espacio analítico promisor para profundizar esta cuestión. En el ámbito de este ensayo es posible llamar la atención hacia algunos de los problemas involucrados, y para ello hago uso de un ensayo reciente que, a mi parecer, toca uno de los aspectos claves que están impulsando nuestras reflexiones:

Puede parecer paradójico, pero lo que estoy sugiriendo es que los análisis recientes cambian el concepto de *clase* (por lo menos en una de sus acepciones), por el de

práctica. No cabe duda de que esta noción, separada de un análisis de clase, produce conclusiones fragmentarias que sólo se toman razonablemente coherentes por el recurso a una serie de presupuestos; pero, al mismo tiempo, exponen el carácter formal de los análisis de clases en los paradigmas tradicionales (41, p.14). ... La problemática de los movimientos sociales, así *resituada*, indica la *necesidad de ampliación del concepto de Estado* en el marco de un análisis de las relaciones de clase que privilegie las prácticas sociales concretas por sobre sus repercusiones institucionales. Ciertamente este análisis tendrá que dar cuenta tanto de la diferenciación de las prácticas de clase en planos, niveles, etc., como de su articulación (41, p. 16).

MOVIMIENTOS URBANOS, PARTIDOS Y CAMBIO SOCIOPOLITICO

En 1978 se inició una coyuntura crucial en el lento y oscilante proceso de redemocratización del país. Sin entrar en detalles, mencionese que en este año fue elegido como Presidente de la República el general Figueiredo, "elección" que se desarrolló en un clima de flagrante crisis institucional y de enorme ilegitimidad política. La elección, impuesta por una fracción del aparato burocrático-militar, fue aprobada por un Parlamento que, nuevamente, había sido mutilado por el así llamado *Paquete de Abril de 1977*. Sin embargo, más allá de este hecho, que alejó a la oposición de cualquier posibilidad de intervención, la forma arbitraria en que se realizó la sucesión agudizó los antagonismos al interior del propio círculo dominante, que hasta entonces, no obstante sus divergencias, se había mantenido relativamente cohesionado.

1978 es también el año de la eclosión de la primera gran huelga después de diez años de férrea represión sobre la clase obrera. Se inició en San Pablo en el estratégico sector metalúrgico y, en los años siguientes, se repetiría abarcando otras categorías obreras y el sector terciario, en una ola creciente que arrastró a las principales ciudades brasileñas. No sólo estas huelgas, sino antes y después de ellas, también los movimientos urbanos, al salir a las calles a fin de reivindicar mejoras para sus barrios, se colocaban inmediatamente en una situación de *desobediencia civil* frente al aparato legal: por ser estas manifestaciones prohibidas y, generalmente, reprimidas, ellas representaban una contestación y deslegitimación del orden instituido.

¿Cuál fue y ha sido el papel de los movimientos urbanos en el proceso de redemocratización del país? Esta pregunta ha suscitado las más variadas respuestas, que revelan interpretaciones diversas acerca del peso de los sectores populares en el proceso de transformación social y política.

Sin despreciar el significado de las reivindicaciones y luchas urbanas, hay una consistente tendencia interpretativa que considera que las bases de sustentación del régimen se corroe, básica pero no únicamente, por dentro, a través de los desaciertos y conflictos que ocurren en el interior de los grupos dominantes: "Aunque concuerde con otros análisis respecto a que la apertura fue en gran parte un proceso promovido por las élites, también concuerdo en que los movimientos sociales tuvieron impacto en la situación política ..." (4, p. 1). Es también conclusión de otro sólido trabajo, al afirmar que es difícil sustentar la hipótesis según la cual las movilizaciones populares han llevado a una democratización del Estado autoritario, puesto que sus "finalidades sociales y el control de su aplicación escapan totalmente del ámbito de acción de los movimientos sociales

(10, p. 236). Estos autores no niegan que los movimientos urbanos sean relevantes, en cuanto expresión de una "nueva identidad" que se desarrolla al nivel asociativo de base (10, p. 238), o en cuanto productores de una nueva cultura política, especie de "conciencia de la sociedad" que plantea la cuestión de los derechos y justicia socio-económica (44, p. 35). Al contrario, en este ámbito de acción y organización ellos pueden constituirse en actores presentes en los embates y debates sociales y políticos. Pero en cuanto expresión de los impactos de sus reivindicaciones, sus acciones son ineficaces en la medida en que, diluidas y fragmentadas, ellas no alcanzaron el núcleo del poder del Estado.

Conviene recordar que éste es un tema que está lejos de haber logrado consenso, revelando interpretaciones teóricas diversas y, asimismo, diferentes posiciones políticas en cuanto al alcance y a la forma de llegar a una más efectiva apertura democrática. Recuerdo, en este sentido, los escritos que procuran evidenciar el papel de las clases populares en la producción de un escenario en que las reglas de dominio del régimen autoritario, debido a sus acciones y manifestaciones, aparecerían como crecientemente ilegales (48, 50). En esta misma tendencia interpretativa están también algunos análisis dedicados al estudio de movilizaciones urbanas que, a pesar de su fragmentación, ponían en el tapete la cuestión de la extensión de la ciudadanía y la autonomía popular frente a los Poderes Públicos (28, 29, 30). Otra vía interpretativa llama la atención al hecho de que las agrupaciones de barrio, y particularmente la presencia de las Comunidades Eclesiales de Base en ellas enraizadas, tuvieron gran importancia tanto en la acumulación de experiencias anteriores a la irrupción de las huelgas metalúrgicas de San Pablo entre 1978 y 1980, como en la sustentación de estos movimientos en los períodos de paralización: estos análisis procuran mostrar que, por caminos no directamente ligados a las reivindicaciones propiamente urbanas, las agrupaciones de pobladores, entre los cuales también hay muchos obreros, contribuyeron, en una coyuntura política decisiva, al desarrollo de acciones ocurridas en el mundo obrero, y que tuvieron una dimensión flagrantemente contestataria al poner en jaque a la represiva e ilegítima legislación que draconianamente regía las relaciones de trabajo (33, 69).

Las dificultades y límites de articulación de los movimientos sociales con los partidos políticos y, en última instancia, su eficacia en la transformación de las estructuras de poder, son los temas enfrentados por un ensayo que se hizo marco de referencia acerca del cambio social y político en el Brasil reciente. Al criticar una corriente de pensamiento —que denomina pan-politicismo o movimientismo— el autor afirma que estas interpretaciones, cuando se valen de la noción de hegemonía:

... adoptan una postura más del gusto de Foucault que propiamente de Gramsci: se aferran a la política fuera del Estado y valorizan la "micro-física" de la política. En respuesta a la pregunta acerca de por qué cambió el estilo de autoritarismo, valorizan los movimientos sociales ... como elementos dinamizadores de los cambios ocurridos (9, p. 17).

No sería por el rechazo a pensar el Estado y por la valorización de los movimientos frente a los partidos que se llegaría al núcleo teórico y práctico de la cuestión central, esto es, el centro de la política: a ella se llegaría a través de la creación de mecanismos capaces de revitalizar la sociedad civil y, al mismo tiempo, de ejercer control sobre el poder del Estado. Para esto sería necesario pensar "la cuestión de los partidos y movimientos" (9, p. 203), cuyas dificultades concretas de vinculación ya habían sido señaladas por el autor en un texto anterior (8).

En este sentido, vale también hacer referencia a otros estudios que, desde ángulos diversos, plantean, implícita o explícitamente, la necesidad de la presencia partidaria,

pues, en cuanto tales, los movimientos sociales tienen un alcance político limitado, en la medida en que, en sus esferas específicas de reivindicación —el barrio, la fábrica y el sindicato— ellos no llegan a influenciar al aparato del Estado (51), permanecen en el ámbito reivindicativo de cuño meramente económico (25), o simplemente se muestran incapaces de producir un espacio colectivo de transformación (32).

¿No estarán muchas de las concepciones señaladas en torno a este tópico limitando el significado y sentido de los movimientos urbanos, cuya potencialidad política sólo podría ser dinamizada en el ámbito de acción partidaria? Vale decir que, así como existen pocos estudios que procuran plantear la relación entre movimientos urbanos y Estado a la luz del día, son también, con pocas excepciones (22), inexistentes los análisis que enfrentan la cuestión relativa a la (des)vinculación entre los partidos políticos y las luchas y reivindicaciones barriales: cuando está presente, aparece como necesidad histórica, para alcanzar otro nivel de cualidad en la eficacia de los conflictos sociales, y no en cuanto un problema teórico y práctico por ser enfrentado.

Es de preguntarse, finalizado este balance crítico, si el sentido y significado de los movimientos urbanos se agota en la versión clásica de acción política que tiene por referencia fundamental la representación, aglutinamiento y dirección partidaria y la conquista del poder del Estado. Es lo que nos hace meditar un ensayo programático y comprometido, pero a pesar de eso, o tal vez por eso, extremadamente sugestivo y seductor, del cual extraigo apenas tres párrafos:

... estos partidos deberían aceptar no apenas el papel de vanguardia, sino también de retaguardia en relación a los contenidos de esos movimientos. Deberían ser concebidos como servidores y no como dueños de los movimientos (21, p. 22). La esencia de estos movimientos, creo que está en su capacidad de generar embriones de una nueva individualidad social —nueva tanto en contenido como en autoconciencia (21, p. 24). Así, aunque frágiles y fragmentados, los nuevos movimientos sociales detentan una posición clave para cualquier proyecto emancipador en América Latina. Ellos son un proyecto emancipador (21, p. 19).

Estos son los principales temas y problemas, avances e *impasses* que pienso están presentes en la literatura reciente acerca de los movimientos urbanos en Brasil.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- 1 Barreiro, I.A.F. "Movimentos Urbanos e Contexto Socio-Político de Fortaleza". *Espaços & Debates*, 6. São Paulo: Cortez, 1982. Pp. 76-87.
- 2 Barreiro, I.A.F. "Incômodos Hóspedes? Notas sobre a Participação da Igreja e Partidos Políticos nos Movimentos Sociais Urbanos em Fortaleza". Vários autores, *Rural Urbano, Movimentos Sociais: Para Além de uma Dicotomia Rural Urbano*. Recife: Liber Gráfica e Editora, 1985. Pp. 41-60.
- 3 Barreiro, I.A.F.; P.Y. Storch. "O Movimento dos Desempregados nas Ruas: Uma Prática Fora do lugar?". *Espaços & Debates*, 10. São Paulo: Cortez, 1983. Pp. 42-60.
- 4 Boschi, R.R.; L. Valladares. "Problemas Teóricos na Análise de Movimentos Sociais: Comunidade, Ação Coletiva e o Papel do Estado". *Espaços & Debates*, 8. São Paulo: Cortez, 1983. Pp. 64-77.
- 5 Boschi, R.R.; L. Valladares. "Movimentos Associativos de Camadas Populares Urbanas". R.R. Boschi (org.). *Movimentos Coletivos no Brasil Urbano, Debates Urbanos*, 5. Rio de Janeiro: Zahar, 1983. Pp. 103-43.
- 6 Brant, V.C. "Da Resistência aos Movimentos Sociais". P. Singer, V.C. Brant (org.). *São Paulo: o Povo em Movimento*. Petrópolis: Vozes, 1980. Pp. 9-27.
- 7 Camargo, C.P.F.; B. Muniz de Souza; F.O. Pierucci. "Comunidades Eclesiais de Base". P. Singer, V.C. Brant (org.). *São Paulo: o Povo em Movimento*. Petrópolis: Vozes, 1980. Pp. 59-81.
- 8 Cardoso, F.H. "Partidos Políticos". P. Singer, V.C. Brant (org.). *São Paulo: o Povo em Movimento*. Rio de Janeiro: Vozes, 1980. Pp. 177-205.
- 9 Cardoso, F.H. "Regime Político e Mudança Social. Algumas Reflexões sobre o Caso Brasileiro". *Revista de Cultura e Política*, 3. Rio de Janeiro: CEDEC/Paz e Terra, 1981. Pp. 7-25.
- 10 Cardoso, R.C. "Movimentos Sociais Urbanos: Balanço Crítico". B. Sorj, M.H.T. Almeida (org.). *Sociedade e Política no Brasil pós-64*. São Paulo: Brasiliense, 1984. Pp. 215-39.
- 11 Castells, M. "Pobreza Urbana y Organización Social: Análisis Comparativo de Movimientos Urbanos en Asentamientos Espontáneos en América Latina". Seminário Pobreza Urbana. Recife: mimeo, 1978. Pp. 14.
- 12 Castro, P. "Indícios na Teia da Mobilização Popular Urbana: o Caso Acari". R.P. Boschi (org.). *Movimentos Coletivos no Brasil Urbano, Debates Urbanos*, 5. Rio de Janeiro: Zahar, 1983. Pp. 75-102.
- 13 Cezar, M. "As Organizações Populares do Recife: Trajetória e Articulação Política (1955/1964)". Vários autores, *Rural Urbano, Movimentos Sociais: Para Além de uma Dicotomia Rural Urbano*. Recife: Liber Gráfica e Editora, 1985. Pp. 126-146.
- 14 Della Cava, R. "A Igreja e a Abertura". P. Kriskhe, S. Mainwaring (org.). *A Igreja nas Bases em Tempo de Transição (1974-1985)*. Porto Alegre: L & PM/CEDEC, 1986. Pp. 13-45.
- 15 Diniz, E. "Favela: Associativismo e Participação Social". R.P. Boschi (org.). *Movimentos Coletivos no Brasil Urbano, Debates Urbanos*, 5. Rio de Janeiro: Zahar, 1983. Pp. 27-74.
- 16 Doimo, A.M. *Movimento Social Urbano, Igreja e Participação Popular: Movimento de Transporte Coletivo de Vila Velha, Espírito Santo*. Petrópolis: Vozes, 1984. Pp. 116.
- 17 Doimo, A.M. "Os Rumos dos Movimentos Sociais nos Caminhos da Religiosidade". P. Kriskhe, S. Mainwaring (org.). *A Igreja nas Bases em Tempo de Transição (1974-1985)*. 1986. Pp. 101-129.
- 18 Durhan, E.R. "A Construção da Ciudadania". *Novos Estudos CEBRAP*, 10. São Paulo, 1984. Pp. 24-30.
- 19 Evers, T.; C. Müller-Platenberg; S. Spessart. "Movimentos de Bairro e Estado: Lutas na Esfera da Reprodução na América Latina". Vários autores, *Cidade, Povo e Poder*. Rio de Janeiro: CEDEC/Paz e Terra 5, 1982. Pp. 110-164.

- 20 Evers, T. "Reprodução da Força de Trabalho e Movimentos Populares: o Caso dos Loteamentos Clandestinos em São Paulo". P.J. Kriskhe (org.). *Terra de Habitação x Terra de Espoliação*. São Paulo: Cortez, 1984. Pp. 31-56.
- 21 Evers, T. "Identidade, a Face Oculta dos Novos Movimentos Sociais". *Novos Estudos CEBRAP*. Vol. 2, No. 4. São Paulo, 1984. Pp. 11-23.
- 22 Ferreira dos Santos, C.N. "Três Movimentos Sociais no Rio de Janeiro". *Religiao e Sociedade*, 2. Rio de Janeiro, 1977. Pp. 22-59.
- 23 Ferreira dos Santos, C.N. *Movimentos Urbanos no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Zahar, 1981. Pp. 255.
- 24 Gohn, M. da G. "A Questão dos Movimentos Sociais Urbanos". *Cadernos CERU*, 13. São Paulo, 1980. Pp. 97-109.
- 25 Gohn, M. da G. "Reivindicações Populares Urbanas: Um Estudo sobre as Associações de Moradores em São Paulo". São Paulo: Cortez, 1982. Pp. 171.
- 26 Gohn, M. da G. *A Força da Periferia: A luta das Mulheres por Creches em São Paulo*. Petrópolis: Vozes, 1985. Pp. 187.
- 27 Jacobi, P.R. "Movimentos Sociais Urbanos no Brasil". *Boletim Informativo e Bibliográfico de Ciências Sociais*. BIB 9. Rio de Janeiro, 1980. Pp. 22-30.
- 28 Jacobi, P.R. "Movimentos Populares e Resposta do Estado: Autonomia e Controle vs. Cooptação e Clientelismo". R.P. Boschi (org.). *Movimentos Coletivos no Brasil Urbano. Debates Urbanos*, 5. Rio de Janeiro: Zahar, 1983. Pp. 145-79.
- 29 Jacobi, P. R.; E. Nunes. "Movimentos Populares Urbanos, Poder Local e Conquista da Democracia". Vários autores, *Cidade, Povo e Poder*. Rio de Janeiro: CEDEC/Paz e Terra 5, 1982. Pp. 165-199.
- 30 Jacobi, P.R.; E. Nunes. "Movimentos Sociais na Década de 80: Mudanças na Teoria e na Prática". *Espaços & Debates*, 10. São Paulo: Cortez, 1983. Pp. 61-77.
- 31 Kowarick, L. *A Espoliação Urbana*. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1980. Pp. 202.
- 32 Kowarick, L. "Lutas Urbanas e Movimentos Populares, Alguns Pontos para Reflexão". *Espaços & Debates*, 8. São Paulo: Cortez, 1983. Pp. 55-63.
- 33 Kowarick, L. "Os Caminhos do Encontro: As Lutas Sociais em São Paulo na Década de 70". *Presença*, 2. São Paulo, 1984. Pp. 65-78.
- 34 Kriskhe, P.J. "Os Loteamentos Clandestinos e os Dilemas e Alternativas Democráticas dos Movimentos de Bairro". P.J. Kriskhe (org.). *Terra de Habitação x Terra de Espoliação*. São Paulo: Cortez, 1984. Pp. 70-88.
- 35 Kriskhe, P.J. "As CEBs na 'Abertura': Mediações entre a Reforma da Igreja e as Transformações da Sociedade". P. Kriskhe, S. Mainwaring. *A Igreja nas Bases em Tempo de Transição (1974-1985)*. Porto Alegre: L & PM/CEDEC, 1986. Pp. 185-205.
- 36 Kriskhe, P.; S. Mainwaring (org.). *A Igreja nas Bases em Tempo de Transição (1974-1985)*. Porto Alegre: L & PM/CEDEC, 1986. Pp. 207.
- 37 Laclau, E. "New Social Movements and the Plurality of the Social". D. Slater (ed.). *New Social Movements and the State in Latin America*. CEDLA, 29. The Netherlands: Foris Publications Holland, 1985. Pp. 27-42.
- 38 Leite, A.L.P. "Urbanização e Conflitos Urbanos: o Caso de Recife". *Cadernos CEAS*, 49. Salvador, 1977. Pp. 9-30.
- 39 Lesthaupim, I. "A Igreja Católica e os Movimentos Populares Urbanos". *Religiao e Sociedade*, 5. Rio de Janeiro, 1980. Pp. 197-210.
- 40 Machado da Silva, L.A.; A. Zicardi. "Notas para uma Discussão sobre Movimentos Sociais Urbanos". *Cadernos CERU*, 13. São Paulo, setembro 1980. Pp. 79-95.

- 41 Machado da Silva, L.A. "A Respeito de Movimentos Sociais: Rápida Incursão sobre Problemas Teóricos na Produção Brasileira". Vários autores, *Rural Urbano, Movimentos Sociais: Para Além da Dicotomia Rural-Urbano*. Recife: Liber Gráfica e Editora, 1985. Pp. 11-21.
- 42 Machado da Silva, L.A.; A.C. Ribeiro. "Paradigma e Movimentos Sociais: Por Onde Vão Nossas Ideias", *VIII Encontro Anual da ANPOCS*. São Paulo, 1984. Pp. 28.
- 43 Mainwaring, S.; E. Viola. "New Social Movements, Political Culture and Democracy: Brazil and Argentina". Kellogg Institute, University of Notre Dame. Notre Dame, Working Paper 33, 1984. Pp. 78.
- 44 Mainwaring, S. "Grass Roots Popular Movements and the Struggle for Democracy: Nova Iguaçu, 1974-1985". Kellogg Institute, University of Notre Dame. Notre Dame, Working Paper 52, 1985. Pp. 44.
- 45 Mainwaring, S. "A Igreja e o Movimento Popular: Nova Iguaçu 1974-85". P. Kriskche, S. Mainwaring (org.). *A Igreja nas Bases em Tempo de Transição (1974-1985)*. Porto Alegre: L&PM/CEDEC, 1986. Pp. 73-100.
- 46 Maranhão, S. "Os movimentos Sociais Urbanos Recentes: o Caso de Pernambuco". *Cadernos CERU*, 13. São Paulo, 1980. Pp. 141-46.
- 47 Moisés, J. A. "Experiência de Mobilização Popular em São Paulo". *Controponto*, 3. Rio de Janeiro, 1978. Pp. 69-86.
- 48 Moisés, J. A. "Estado, as Contradições Urbanas e os Movimentos Sociais". *Revista de Cultura e Política*, 1. São Paulo, 1979. Pp. 37-52.
- 49 Moisés, J. A. "Protesto Urbano e Política: O Quebra-Quebra de 1947". Vários autores, *Cidade, Povo e Poder*. Rio de Janeiro: CEDEC/Paz e Terra 5, 1982. Pp. 50-64.
- 50 Moisés, J. A.; V. Martínez-Allier. "A Revolta dos Suburbanos" ou "Pátrio, o Trem Atrazou". *Contradições Urbanas e Movimentos Sociais*. Rio de Janeiro: CEDEC/Paz e Terra 1, 1977. Pp. 13-63.
- 51 Nunes, E. "Inventário de Quebra-Quebra nos Trens e Ônibus em São Paulo e Rio de Janeiro, 1977-1981". Vários autores, *Cidade, Povo e Poder*. Rio de Janeiro: CEDEC/Paz e Terra 5, 1982. Pp. 92-108.
- 52 Nunes, E.; P. Jacobi. "A Saúde Posta em Questão: Movimento por Melhores Condições de Saúde na Zona Leste de São Paulo". *Serviço Social e Sociedade*, 10. São Paulo: Cortez, 1983. Pp. 133-148.
- 53 Nunes, E.; P. Jacobi. "A Cara Nova do Movimento Popular". *Lua Nova*, 3. São Paulo: Brasiliense, 1984. Pp. 75-79.
- 54 Oliveira, F. de. "Acumulação Monopolista, Estado e Urbanização: Nova Qualidade de Conflito de Classes". *Contradições Urbanas e Movimentos Sociais*. Rio de Janeiro: CEDEC/Paz e Terra 1, 1977. Pp. 65-76.
- 55 Pinheiro do Nascimento, E. "Movimentos Sociais Urbanos no Nordeste: Menos que um Balanço Crítico, Mais que uma Resenha". Vários autores, *Rural Urbano, Movimentos Sociais: Para Além de uma Dicotomia Rural-Urbano*. Recife: Liber Gráfica e Editora, 1985. Pp. 22-31.
- 56 Sadeq, E. "O Protesto Sem Juízo: os Saques de Abril". *Desvios*, 2. São Paulo, 1983. Pp. 8-17.
- 57 Silva, A. A. "Quebra-Quebra de Trens de Subúrbios: Dimensão Política da Opressão". *Espaço & Debates*, 6. São Paulo: Cortez, 1983. Pp. 78-97.
- 58 Silva Telles, V. "Anos 70: Experiências e Práticas Cotidianas". P. Kriskche, S. Mainwaring (org.). *A Igreja nas Bases em Tempo de Transição (1974-1985)*. Porto Alegre: L & PM/CEDEC, 1986. Pp. 47-71.
- 59 Silva Telles, V.; S. Caccia Bava. "O Movimento do Ônibus, a Articulação de um Movimento de Periferia". *Espaço & Debates*, 1. São Paulo: Cortez, 1981. Pp. 77-101.
- 60 Singer, P. "Movimentos de Bairro". P. Singer, V.C. Brant (org.) *São Paulo: O Povo em Movimento*. Rio de Janeiro: Vozes, 1980. Pp. 83-107.
- 61 Singer, P. "Movimentos Sociais em São Paulo: Traços Comuns e Perspectivas". P. Singer, V.C. Brant (org.). *São Paulo: O Povo em Movimento*. Petrópolis: Vozes, 1980. Pp. 207-29.

- 62 Singer, P.; V.C. Brant (coord.). *Sao Paulo: O Povo em Movimento*. Petrópolis: Vozes, 1980. Pp. 230.
- 63 Somorri, M.M.G.; M.G. Valladares; M.R. Afonso. *Lutas Urbanas em Belo Horizonte*. Petrópolis: Vozes, 1984. Pp. 130.
- 64 Souto, A. L. S. "Movimentos Populares e Suas Formas de Organização Ligadas a Igreja". *Ciências Sociais Hoje*, 2. Rio de Janeiro: ANPOCS, 1983. Pp. 63-95.
- 65 Valladares, L. "A Propósito da Urbanização das Favelas". *Espaços & Debates*, 2. São Paulo: Cortez, 1981. Pp. 5-18.
- 66 Valladares, L. "Estudos Recentes sobre a Habitação no Brasil: Resenha da Literatura". L.P. Valladares (org.). *Repensando a Habitação no Brasil. Debates Urbanos*, 3. Rio de Janeiro: Zahar, 1983. Pp. 21-77.
- 67 Valladares, L.; R. Kayat. "Invasões de Terra no Rio de Janeiro em 1983: uma Cronologia". *Série Estudos*, 20. Rio de Janeiro: IUPERJ, 1983. Pp. 43.
- 68 Vasconcellos, E.J.; P.J. Kriskhe. "Igreja, Motivações e Organização dos Moradores em Loteamentos Clandestinos". P.J. Kriskhe (org.). *Terra de Habitação x Terra de Espoliação*. São Paulo: Cortez, 1984. Pp. 57-69.
- 69 Vink, N. "Base Communities and Urban Social Movements. A Case Study of the Metalworkers' Strike 1980, São Bernardo, Brazil". D. Slater (ed.). *New Social Movements and the State in Latin America*. CEDLA, 29. The Netherlands: Foris Publications Holland, 1985. Pp. 95-125.



COMENTARIO

GONZALO FALABELLA

(SUR, Chile).

Mis comentarios estarán dirigidos básicamente a los aspectos que a mi juicio aparecen centrales en los trabajos de Lucio Kowarick, Fernando Calderón y Elizabeth Jelin.

En primer lugar, los tres temas básicos que tocó Lucio Kowarick: movimientos urbanos y Estado; movimientos urbanos, identidad cultural y conflicto de clases; y movimientos urbanos, transición democrática y cambio democrático. A pesar de tratarse de una discusión bibliográfica, nos deja algunas preguntas a las que él va apuntando a lo largo del trabajo.

Respecto de su primer tema, destaco la importancia de la cuestión del Poder en el análisis de los movimientos sociales; esto es, la consideración del rol del Estado en dichos análisis, y el estudio de la relación que los movimientos sociales establecen con el Estado, sobre todo en países con fuerte tradición populista, como México, Brasil y Argentina. En un segundo punto, Kowarick nos plantea un nuevo tipo de hegemonía que surge en la base de estos movimientos, justamente porque quizás su aporte no consiste en ser una contraparte del poder del Estado, sino que reside en un nivel más social y cultural: en su capacidad de establecer una comunidad distinta de valores. Por otro lado, los movimientos sociales urbanos —según Kowarick— no están ajenos a la lucha de clases, pero tampoco son *mera expresión de la contradicción* existente en el nivel de la producción. Entonces, en el punto referido a “movimientos urbanos, identidades culturales y conflictos de clase”, quisiera poder rescatar dos temáticas: la importancia de los movimientos sociales en la búsqueda de una hegemonía alternativa, y la necesidad de evitar el reduccionismo de clase en el análisis de ellos, ya que por esa vía se limita toda posibilidad de comprenderlos.

El tercer punto que Kowarick tocó fue “movimientos urbanos, partido y transición a la democracia”; lo que queda de la lectura de su análisis —muchas veces implícito, y a veces explícito— es el problema de la relación de los movimientos sociales con los partidos, en la cual no hay una relación de dependencia, ni netamente clientelística, ni tampoco una cooptación. Pienso que —sobre la base de los elementos que entrega Kowarick— debemos trabajar en forma mucho más profunda la relación entre

movimientos sociales urbanos, partidos, y —el tema anterior— el proceso de legitimación de un nuevo orden. Por el momento, quisiera relevar tres puntos. En primer lugar, la relación que establece —en el marco teórico del análisis de la explotación y expropiación o reproducción insuficiente de la fuerza de trabajo— entre la *industria* y el *barrio* como entes complementarios, no dicotómicos, en el desarrollo del mundo popular urbano. En otro trabajo, *Los caminos de encuentro*, el autor plantea momentos específicos donde se produce la intersección entre ambos mundos —y otros en los cuales, como en la vida, hay más bien “desencuentros”—. Por ejemplo, el éxito de las huelgas realizadas entre los años 78-80 en las comunas metalúrgicas de San Pablo, no se entiende, según él, si no se toma en cuenta las organizaciones que existían tanto en el nivel de la producción como en el de la reproducción, esto es, en los barrios. La mantención de la huelga dependía de este mundo que no es directamente el de la fábrica, sino el de la población. Para Kowarick, el éxito está ligado justamente a la capacidad de unir ambos movimientos. Al producirse el encuentro, va creando nuevos momentos de avance popular, que no son necesariamente momentos de poder, sino más bien avances en el nivel de la cultura y hegemonía, los cuales generan un nuevo tipo de legitimidad que no solamente puede hacer posible la transición, por ejemplo, sino que incluso la refuerza.

Respecto al segundo trabajo, quisiera relevar la hipótesis descriptiva básica formulada por Calderón y Jelin, que me parece un avance importante en el análisis y conceptualización de los movimientos sociales. Ellos hablan de una “pérdida de horizontes globalizantes” y un estado actual de prácticas colectivas “segmentadas”.

Por otra parte, también deseo plantear algunos temas que, a mi entender, están implícitos en los trabajos de Elizabeth Jelin y Fernando Calderón, y también en el de Lucio Kowarick. El primero se refiere al hecho de que estaríamos asistiendo a un proceso en el que se va clarificando una cierta división del trabajo entre el campo de lo individual, de lo social, de lo político, de lo partidario y de lo estatal. Y quizás, paralelamente, se hace notar una politización propia de cada uno de esos distintos niveles.

Es decir, división del trabajo no es idéntico a despolitización. La pregunta es: ¿estamos en un proceso donde se clarifican los roles y se politizan, esto es, admiten y expresan preocupación por la "cosa pública", por asuntos centrales de la vida social, pero a partir de la claridad propia de cada uno de los distintos ámbitos —el Estado, los partidos, los movimientos sociales, lo privado, etc.—? ¿Hasta qué punto está sucediendo y bajo qué condiciones? En un trabajo que hicimos los cuatro, junto a otros colegas, sobre movimientos sociales en diez países de América Latina, propuse distinguir dos ejes que parecían centrales en este proceso de autonomización de los movimientos sociales. Por un lado, el carácter de los gobiernos militares, que significaron la pérdida de una serie de conquistas económicas y políticas populares, lo que llevó a los movi-

mientos a plantearse la recuperación de la ciudadanía perdida en esas dos dimensiones. Por otro lado, en lo propiamente político, se trataba de un quiebre en el tipo de relación dependiente que antes habrían mantenido con el Estado y los partidos. Estos dos procesos, en su dimensión económica y política, abrieron espacio —se dijo— para una mayor autonomización de los movimientos sociales. En situaciones de transición se llegó a insinuar, hace ya cinco años, que también se les abría a dichos movimientos un espacio de politización propio, porque las respuestas no podrían ser como las anteriores —por ejemplo, economicistas— sino que debían ser más globalizantes, como requiere una situación de redemocratización bajo crisis y reestructuración económica.

EUGENIO TIRONI (SUR, Chile). Quiero introducir en la discusión el tema de la validez actual del concepto de marginalidad. Tengo la impresión de que tiene una validez tan grande o mayor que en los 60. Se trata de una noción que ha tenido una trayectoria bastante accidentada; partió teniendo una connotación sobre todo socio-cultural y política, para transformarse en un concepto principalmente económico y socio-ocupacional.

La idea de marginalidad como *periferia* se fue convirtiendo en una visión catastrofista de una masa irreductiblemente *fuera* del sistema. Por otra parte, el análisis se volvió crecientemente abstracto con el uso de categorías provenientes de la economía política, perdiendo con ello su "humanidad".

La "teoría de la marginalidad" terminó por agotarse por completo en los 70, siendo sustituida por los enfoques menos totalizantes referidos a las "estrategias de sobrevivencia", "sector informal", "exclusión". Pero creo que hoy día se cierra también este segundo ciclo.

El tipo de instrumental (descriptivo y empiricista) que se utilizó en los 70 para dar cuenta del fenómeno, es muy limitado. La marginalidad es un fenómeno más amplio y requiere de una interpretación más "macro". Esto lleva a una suerte de retorno a las fuentes, que se expresa en una revalorización de la dimensión socio-cultural y política, tanto en términos de exclusión como de inclusión. Otra vez se reafirma la noción de *dualismo*, de la oscilación permanente entre el "dentro" y el "fuera". La tesis de Cardoso de la "masa periférica" gana puntos, sin duda, respecto a la "masa marginal" de Nun.

Por último, hay que preguntarse hasta qué punto la marginalidad, a la que hemos visto siempre como una peculiaridad de América Latina, no es más bien un fenómeno universal y, por lo tanto, hasta qué punto podemos utilizar la noción de marginalidad para caracterizar las sociedades latinoamericanas, y construir a partir de ella teorías *ad hoc*, como lo hizo la llamada "sociología latinoamericana". Me planteo si no hay que integrar este tipo de fenómenos dentro de la teoría sociológica general, tomando la marginalidad como una tendencia universal.

ALAIN TOURAINE (CADIS, Francia). El aporte principal de la sociología latinoamericana fue la idea de un proceso histórico que fundía fuerzas sociales con procesos institucionales, el cual tomó el nombre de *desarrollo*. Y lo que observo aquí (y más fuertemente aún a nivel mundial) es que este núcleo central se va deshaciendo. Ya no se habla de desarrollo, sino de adaptación a un cambio complejo, de cómo manejar la incertidumbre. Es una visión hiperliberal, en su sentido estricto, mientras por el otro lado emerge una visión trágica o comunitarista. Entre medio, los procesos, los conflictos, los movimientos sociales, parecen haber desaparecido.

Mi interrogante es si no les corresponde a los latinoamericanos emprender un gran movimiento opuesto a la pura adaptación o manejo del cambio y a la pura afirmación de la identidad, de la especificidad. En esta situación intermedia en que está América Latina, ¿no le corresponde a la sociología latinoamericana llamar la atención de

todos otra vez sobre la vieja noción de desarrollo?

RENE MAYORGA (CERES, Bolivia). Quiero hacer un breve comentario metodológico sobre el texto de Lucio Kowarick. En él se destaca acertadamente una deficiencia muy importante en los análisis de los movimientos sociales, como es el que la mayoría de ellos hayan ignorado la dimensión del Estado. En general plantean la identidad de estos movimientos sin considerar la relación que tienen con el Estado en sus prácticas políticas y sociales. Kowarick pone de relieve que es necesario superar esta deficiencia y, sin embargo, termina destacando el enfoque teórico de Tilman Evers, que exalta un paradigma culturalista en el análisis de los movimientos sociales, afirmando que lo importante de ellos en América Latina radica en que son los portadores de una nueva identidad.

A mí me parece que si uno acepta ese paradigma —y creo que Lucio Kowarick lo hace al final de su análisis— es imposible examinar ni la cuestión del Estado ni la potencialidad política de los movimientos sociales. Se repite a nivel teórico precisamente lo que se está imponiendo a nivel de la realidad política y social, en las relaciones entre el Estado y los movimientos sociales urbanos: la dicotomía entre la lógica del poder estatal y la lógica "microfísica" de los movimientos sociales, los que, en la práctica, no toman en cuenta al Estado, porque lo que les preocupa es la dimensión microsocial o la dimensión endógena de su propia identidad.

Esa es la dicotomía que parece ex-

presarse también en el trabajo de Kowarick porque, por una parte, él afirma la necesidad de incorporar la dimensión del Estado al análisis de los movimientos sociales; pero, por otra, termina diciendo que lo fundamental de los movimientos sociales no radica en lo político. Creo que hay ahí un bloque teórico, metodológico, que impide el análisis de la dimensión estatal.

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Me parece que esta mañana llegamos a un punto en el cual rescatábamos la especificidad de lo político como algo que permitía pensar tanto en momentos históricos como en áreas de actividad. Gonzalo Falabella hablaba de lo individual y lo colectivo, lo partidario, lo estatal, etc., y de la necesidad de politizar cada nivel, definiendo la politización como la preocupación por la cosa pública, que era específica de cada nivel...

GONZALO FALABELLA (SUR, Chile). Un ejemplo: a las madres de la Plaza de Mayo les interesa la guerra de las Malvinas, pero en forma diferente que a los partidos y al Estado. Es decir, su forma de entrar en la política es distinta. Todos entran así en la preocupación por la cosa pública, hacen política, pero no le colocamos a los partidos lo que hacen los movimientos sociales, ni a éstos lo que hacen los partidos o el Estado.

ELIZABETH JELIN (CEDES, Argentina). Sí, a las madres les interesaba la guerra de las Malvinas, y no les importaba la toma del poder. Entonces, dependiendo de como se define lo político y lo público, podemos entender los procesos sociales y buscar después las interrelaciones entre ellos. Actualmente parecemos estar perplejos ante un momento histórico en que se da una crisis de los paradigmas. Y al mismo

tiempo, Alain Touraine nos pide a los latinoamericanos volver al estudio integrado del proceso de transformación histórica, y revalorizar la noción de desarrollo, buscar la unidad histórica, los grandes procesos, después de haber reconocido las diferencias.

Creo que los dos son desafíos que requieren atención, y que estamos respondiendo mejor a uno que a otro; esto es, estamos respondiendo mejor a la temática de la diversidad y la especificidad de los procesos sociales que a una visión integrada del desarrollo, o como se llegue a llamar el nuevo paradigma que alguna vez quizás podamos inventar.

Veo que el momento en que estamos en las ciencias sociales de alguna manera refleja lo que está pasando en nuestra sociedad: la disociación entre la búsqueda de las especificidades, las diferencias, las divergencias, y la posibilidad de integración, de encontrar principios unificadores.

FERNANDO CALDERON (CLACSO, Secretaría Ejecutiva). Creo que hay algo en lo cual muchos coincidimos, y es la posibilidad de pensar un nuevo modelo global de lo latinoamericano a partir del proceso de fragmentación del sistema de acción histórico, y resignificar de distintas maneras la totalidad. Me pareció interesante, tratando de generalizar, lo que encontraba para Francia François Dubet. En nuestros estudios hemos encontrado este doble juego, este conjunto de tensiones entre inclusión y exclusión. Hay tendencias hacia la valorización y reconocimiento de la diversidad en los movimientos sociales, sean generacionales, feministas o de mujeres, culturalistas, de jóvenes, etc. Hay prácticas de autogobierno, valores de solidaridad y de reciprocidad, demandas por autonomía. Frente a esto, y también en los mismos actores sociales, hay una búsqueda de un nuevo clientelismo, de una nueva dependencia; hay conductas anómicas, competencia y particularismos; hay desarticu-

lación y fraccionalismo. El problema es que, desde aquí, estamos yendo hacia un proceso de secularización del sistema de acción social, donde los actores sociales van a ser sociales y los actores políticos van a ser finalmente políticos.

Creo que lo anterior está condicionado por dos grandes problemas: cómo América Latina —y, por lo tanto, estos actores sociales— se integran al proceso de transformación de la sociedad post industrial; y cómo la sociedad se puede articular internamente, y expresar esta articulación en el sistema político.

Es posible pensar en un proceso de integración puntual y parcial al sistema internacional, en algunos casos de manera perversa, por ejemplo a partir del tráfico de drogas. Por otra parte, hay un proceso de exclusión generalizado, sin posibilidades de integración de la sociedad. Obviamente en esto se dan diferentes matices, según sean los distintos procesos históricos nacionales. Una cosa es el noreste del Brasil, otra es San Pablo; una cosa es Brasil y otra es Bolivia. Sin embargo, en todos los casos, si nos planteamos el tema del desarrollo y del cambio, la constitución de un nuevo sistema de acción histórico tiene que pasar por la constitución de un sistema democrático. Hay un gran reto en ello. Revivir el problema del desarrollo implica, a mi juicio, ese punto de partida político. Y en ese sentido, la revalorización de lo político y de la cultura política es un tema central.

FRANÇOIS DUBET (CADIS, Francia). Quiero decir dos cosas. En primer lugar, que estoy muy golpeado por la imagen que hay respecto de los grupos marginales, en el sentido de que son grupos destruidos, capaces a su vez de producir destrucción.

La segunda cosa que me golpea es que, después de la destrucción del modelo nacional popular, no hay una interrogación sobre el nuevo significado de los temas religiosos y, notable-

mente, de los temas ligados a los derechos del hombre. Tengo la impresión de que, al igual que en Europa, los nuevos movimientos sociales se definen básicamente a partir de principios morales antes que sobre principios sociales. Es fundamental la reflexión respecto a los espacios políticos en el cual puedan emerger estos movimientos, sin que eso nos impida reflexionar sobre la dimensión autónoma de ellos.

LUCIO KOWARICK (CEDEC, Brasil). Tal vez René Mayorga tenga razón al decir que hay una incongruencia lógica en mi planteamiento, aunque pienso que en la obra de Evers los movimientos sociales sí están planteados en el contexto del Estado. Eso es lo que permite plantear que se está desarrollando no una anomia —el término me parece muy fuerte—, sino un discurso, valores, símbolos muy fragmentarios, muy localizados, que, en el caso brasileño, surgen mucho más de la Iglesia y de grupos culturales que de los partidos

políticos. Y ese discurso, aunque fragmentario, puede tener algún impacto; puede transformar en algunos puntos muy específicos de la sociedad —en la base, y eventualmente en otros más estratégicos— la concepción de “ciudadanía”, de los derechos, de la justicia.

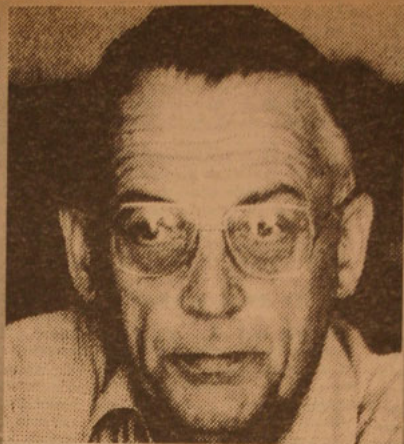
¿Cuáles son las posibilidades y los límites de este tipo de nuevos discursos? Mi impresión es que si no hay influencia en las instancias más estratégicas —sea modificaciones de actitudes en los partidos, sea expresiones en relación al Estado, etc.—, muy poca cosa se puede hacer en términos de transformaciones sociales más profundas.

Garretón habló de la gestión por elecciones directas en Brasil, y definió ese movimiento como político. Me parece éste un buen punto para dar un ejemplo de lo que estoy pensando. Las “directas” tienen una historia. La gente salió masivamente a las calles, incluso en los barrios populares, y ahí estaban con sus banderitas. La gente fue

porque se había abierto un espacio político. Parte de la oposición, incluso del mundo político dominante, abrió un espacio para que ese movimiento pudiera ocurrir, y la gente fue masivamente. Pero cuando la cosa no va más adelante, ¿qué puede hacer el movimiento popular? El movimiento popular se va a su casa porque ya no tiene más espacio, no tiene más fuerza ni instrumentos para dar una pelea que sólo podría dar si tuviera un espacio institucional político, económico, televisivo, etc. El movimiento popular en sí mismo, no creo que pueda hacer transformaciones muy profundas.

Finalmente, creo que es necesario retomar la proposición de Touraine, tal vez en el sentido de que ya hemos acumulado no sólo conocimientos, sino algunas reflexiones sobre lo local, lo específico, lo parcial, que tal vez permitirían encontrar o refinar instrumentos analíticos para repensar la cuestión de la transformación histórica, integrada a la cuestión del desarrollo.

Le nouvel observateur



ALAIN TOURAINE





CONCLUSION LA CENTRALIDAD DE LOS MARGINALES



CONCLUSION: LA CENTRALIDAD DE LOS MARGINALES

ALAIN TOURAINE

(CADIS, Francia)

Parece difícil sacar conclusiones después de tantas ideas introducidas en el debate. El tipo de resumen interpretativo que voy a presentar no responde, pues, a todas las preocupaciones y va a dejar muchas cosas afuera.

Mi manera de trabajar será bastante sencilla, y seguirá el espíritu de estas dos jornadas; es decir, a partir de un tema limitado, preciso, del cual se habla a través de estudios concretos, específicos e intensivos, trataré de ampliar la visión, el enfoque. Entonces, primero quisiera sacar conclusiones sobre conductas sociales de los pobladores. Segundo, comentar el tema, ¿existen o no nuevos movimientos sociales en relación con esas categorías sociales? Después, en una tercera parte, trataré de ampliar más la visión y ver hasta qué punto hay modelos generales de sociedad que se discuten a través de todos los problemas relacionados con el tema de la comunidad y la violencia.

Antes que nada, quisiera hacer una observación preliminar acerca del clima que ha dominado el trabajo de estos días. Comparándola con otras reuniones, me llamó mucho la atención el tono pesimista o —para emplear una palabra que fue utilizada varias veces— “desesperanzado” (se habló a veces de “optimismo catastrófico” o “pesimismo alentador”, pero siempre fue el mismo clima). Esto me parece importante y positivo. Muchas veces en los estudios sociológicos, especialmente latinoamericanos, hay un tipo de prejuicio optimista: se forman actores que liberan las sociedades, hay crecimiento económico, etc. Es un continente todavía fundamentalmente optimista, tal vez porque tiene reservas o, digamos, una capacidad ociosa de historicidad. Pero el momento actual encubre más bien lo contrario, y esto es importante, porque cuando hay duda, desesperación, la reacción normal es echarse hacia atrás, pensarlo mejor. Tal vez no se trata de saber si la historia va a ir en tal o cual dirección, sino de saber si estamos bien equipados, cómo están nuestras herramientas, nuestras maquinarias. Esta es la evaluación que me interesa, porque me parece obvio que no podemos seguir adelante sin tener una visión un poco más clara. Durante muchos años tuvimos la impresión de que la historia se encargaba por sí sola de indicar el significado real de lo que se observa. Pero no es así. De manera muy global, yo diría que el historicismo está muy enfermo; espero, incluso, que ya esté muerto y que así nadie pueda dejar a la historia el trabajo de hacer inteligible la realidad observable. Nosotros somos los que tenemos que analizar, discutir conceptos, elaborar pautas de análisis.

* Transcripción —hecha por los editores— de la intervención del Prof. Alain Touraine al cierre del seminario.

Para aplicar ese principio general, obviamente tengo que analizar el concepto de marginalidad. Este concepto es como una mancha de tinta china sobre la cual cada uno proyecta una visión de la sociedad. Es así como Alfredo Rodríguez, comparando análisis hechos hace 20 años con análisis actuales, mostró la transformación fundamental sufrida por la noción de marginalidad. En un plano un poco distinto, Clarisa Hardy insistió —y voy a seguir esta idea— en que el concepto de marginalidad se construye constantemente con la realidad social. Quisiera recordar muy rápidamente, por lo tanto, el modelo de realidad dentro del cual fue utilizada la noción de marginalidad, y la serie de líneas de evolución que él siguió.

Obviamente, el concepto de marginalidad fue introducido por una visión optimista, desarrollista: de cierta manera, era el precio que había que pagar por la modernización. La gente sale del particularismo para entrar en el universalismo; abandona el campo para ir a la ciudad; y, mientras tanto, algunos mueren en el camino o se pierden, pero la caravana modernizadora no se detiene. Germani y Lipset pensaron incluso que la modernización venía en el mismo bus con la democracia. Pero se encontraron con el peronismo, que les hizo pensar que la cosa era tal vez más complicada. Sin embargo, se mantuvo esta visión de la marginalidad como parte de una transición —para utilizar una palabra de moda, porque la transición no es cosa sencilla—, donde la marginalidad es el costo de la modernización. Entonces se habló de *masa flotante*, de *masa desarraigada* y de una serie de cosas por el estilo. Esta visión fue bastante bien representada por Vekemans y gente de esa generación, que identificaba marginalidad y problemas urbanos.

A partir de eso, la noción de marginalidad pierde de a poco el optimismo original, para ser finalmente abandonada mientras entramos a una visión más y más pesimista y estructurada. Tironi fue uno de los agentes de introducción, en este contexto, del concepto de anomia; es decir, ya no se trata solamente de gente que se queda en el camino, sino que la dirección a donde uno va se borra, no está claro el sistema de normas, el lugar de llegada, y entonces la gente se pierde, porque tal vez no hay modernización sino masificación y violencia.

En el plano más económico abundan análisis más y más negativos de la capacidad de modernización y del carácter transitorio de la marginalidad, como el pensamiento cepalino y la noción de la *heterogeneidad estructural* de Aníbal Pinto. Lo más optimista es la visión de PREALC. Según la teoría de V. Tokman y N. García, hay una enorme capacidad de integración, mucho más grande de lo que se dice en general, pero eso no significa que no haya exclusión. América Latina es un continente de mucha integración y de mucha exclusión.

Hay gente que va más lejos y afirma que la marginalidad es funcional: que el ejército de reserva es funcional para mantener salarios bajos; que los obreros reciben bajos sueldos porque los alimentos tienen que ser baratos, y por eso los campesinos tienen que emigrar a la ciudad; etc. Es una marginalización estructural, propia de una visión muy pesimista, dramática, casi trágica, de una sociedad que descansa en un nivel creciente de exclusión.

Un paso más adelante y entramos en el nivel más alto de ruptura con la

teoría optimista de la marginalización. Es el tema (un poco *foucaultiano*, si uno quiere hablar así) de las *políticas* de exclusión, del *labeling*, del etiquetaje de los excluidos a través de las políticas sociales (vivienda, salud, educación, etc.). Francisco León nos recordó cómo se separan grupos sociales a través de la municipalización. Dos personas emplearon aquí la palabra más extrema imaginable, que es *apartheid*. Aquí estamos realmente muy lejos de la noción de marginalidad del comienzo. Esta situación, en lugar de ser el precio que hay que pagar, el sufrimiento que hay que aceptar en el camino hacia la luz, es el resultado de una voluntad impersonal que actúa a través del Estado (también a través de los "minipoderes", como decía Foucault en sus textos italianos), orientada a crear un sistema de exclusión activa y positiva.

A partir de esa visión dramática, hay un cambio total. Por un lado, se habla de una política de exclusión; por el otro, los investigadores que se ubican efectivamente dentro de este mundo excluido, comenzaron a hablar —de manera un poco exagerada— de una contra-sociedad, de una contra-cultura, y ahí aparece el concepto de comunidad. Se vuelve, así, a un autor que no está de moda, el viejo Oscar Lewis, que es un hombre más respetable de lo que se dice.

Dos son las imágenes dominantes en esta etapa en que estamos. La primera, la imagen religiosa, la comunidad organizada alrededor de valores, iglesias o formas de vida religiosa. Una visión muy distinta —y es importante subrayar la oposición— es la visión de Matos Mar, simbolizada por la *cultura chicha* en Lima. Como dice en un libro reciente*, ya no podemos hablar de marginales, porque se trata de la mayoría. El empleo formal alcanza a 35 por ciento; el desempleo, a 15 o 20 por ciento; y 40 por ciento corresponde a empleo informal o subempleo. Lo que muestra Matos Mar es un comportamiento absolutamente anticomunitario entre los marginales; un tipo de liberalismo salvaje, como el que se mencionó aquí varias veces. En lugar de un empleo asalariado estable, venden cosas en la calle o estudian en institutos de capacitación o van a la iglesia que les promete la salvación personal. Hay un utilitarismo de los marginales; el suyo es un mundo salvaje. Cómo no pensar en otros ejemplos: Nueva York, 1890; Londres o París, 1750; y todas las novelas que tenemos sobre Inglaterra o Francia del siglo XVIII, ese mundo de bandidos, de costureras, de prostitutas, todos empeñados en participar del mundo del dinero, del mundo del comercio.

Finalmente, me parece que estamos entrando en otra etapa con la importancia casi total que toma en la mitad sur del continente el concepto de democratización. Este interés, central en los procesos institucionales, lleva a que los pobladores, o marginales, se conviertan en gente desagradable, porque no pueden participar en procesos altamente formalizados. Entonces dan miedo, son el caos, los bárbaros que hay que dejar afuera. Vuelve así el sueño latinoamericano por excelencia: ser clase media.

La conclusión de esta larga introducción es que una teoría de la marginalidad no tiene sentido. Identificar conductas con un sistema de interpretación, no es posible. Esto significa que las conductas de los pobladores o de los marginados pueden ser interpretadas en términos de anomia —de anomia no

* J. Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980*, Lima: IEP, 1984.

durkheimiana, sino mertoniana—, de desintegración, de delincuencia, de revolución, de populismo, de todo. Esta conclusión, con su tono tranquilo, fue introducida con mucha violencia por Campero. Es decir, en las poblaciones hay de todo. Lógicamente esto significa que no se puede identificar a los pobladores con una visión de la sociedad; metodológicamente implica que nos toca a nosotros, como sociólogos, tratar de entender cómo se organizan estas orientaciones normativas dentro de los seres humanos, cómo se organizan estas conductas.

MULTIPLICIDAD DE LAS CONDUCTAS Y PLURALIDAD DE LOS ENFOQUES

Lo que voy a describir aquí es la visión de Campero, de Tironi, de Kowarick y de muchos otros.

En el momento actual hay una poderosa corriente que subraya la integración de los pobladores a través de la vivencia comunitaria o religiosa (si uno toma religión en el sentido realmente durkheimiano, donde ella es lo que vincula, la expresión de la sociedad). Lo que organiza la delincuencia, la anomia, la participación heterónoma; lo que puede agregar todo eso y crear actores, es el tema de la comunidad a la vez defensiva, por qué no un poco delincuente, y con algo también de sub-cultura. Hay un "mundo" de los pobladores, frente al "mundo" moderno y cosmopolita, en una visión absolutamente dualizada.

Me parece que este seminario ha llegado a la conclusión —diría que ha demostrado— que esa visión es falsa: no existe tal "mundo"; una población no es una comunidad y no existen en ella, de manera dominante, procesos de integración comunitaria. Como se ha visto, se mantienen las aspiraciones a la integración a la clase media; no han desaparecido los procesos de integración; no ha desaparecido la "revolución de las expectativas"; la gente todavía cree en la escuela, todavía cree en la fábrica; la gente todavía se identifica más con la clase obrera que con cualquier otro grupo social. No hay entonces encerramiento del "mundo poblacional", aunque faltaron los datos sobre movilidad real, sobre la proporción de gente que sale de la población en un plazo determinado de años, la gente que sube y baja, etc. Hay desorganización, individualismo, competencia, rivalidad, y también hay cooperación, espíritu comunitario; y como varios insistieron, hay una enorme distancia entre grupos militantes y una base social, por lo que hay que tener cuidado de no identificar el mundo de los pobladores con los primeros. Esta diversidad me parece sumamente importante.

Entramos en la realidad, por lo tanto, un poco desorientados por la presencia de varios modelos. Surge entonces la tentación de salir de esta multiplicidad o pluralidad, con un modelo integrador: el modelo de la comunidad, presente especialmente en el discurso de la Iglesia. Hay elementos de esto, pero creo que aunque el papel de la Iglesia sea muy importante, no es un principio de unificación suficiente. No hay —a nivel de las conductas, a nivel sociológico— principios de unificación.

A partir de lo anterior podemos entrar a analizar la investigación que nos ha dado la oportunidad de reunirnos. SUR nos ofrece, de una forma u otra, una tipología; es decir, concluye que hay varios polos o ejes de análisis, que las conductas de los pobladores presentan una multidimensionalidad irreduc-

tible. SUR acepta entonces el análisis que yo presentaba, o sea, la multiplicidad de construcciones de la realidad, no solamente como un problema epistemológico, sino como un problema real que surge del hecho de que las conductas se mezclan.

En el curso de la investigación de SUR se distinguen dos etapas. Al principio hubo mucha radicalidad para afirmar que los distintos tipos de conductas no solamente no se mezclan para formar un tipo de comunitarismo, sino que realmente cada uno va por su lado: están la violencia, el populismo, la drogadicción, etc. Es una visión poco construida, es decir, que acepta un máximo de desintegración, una diversificación insuperable, quizás por oposición a la ilusión comunitaria.

La segunda etapa de SUR dice cosas un poco distintas, tal vez introducidas aquí más directamente por François Dubet. No se trata de una pluralidad de orientaciones; se trata de formas desintegradas de algo, por lo que se puede reimaginar un principio de unidad. Son formas no solamente desintegradas, sino invertidas, imágenes en negativo y separadas. Esto significa que lo que sería actor social o, de manera extrema, un movimiento social, está destrozado: lo que era un actor definido por una relación social se define ahora por su identidad (la persona, el grupo primario, la familia, los vecinos, la pandilla); el adversario no está más definido en términos sociales (como el capitalismo), sino como "la sociedad" o el mundo del dinero o el mundo de arriba o "ellos"; y finalmente, la idea de sociedad, de desarrollo, de organización económico-social, están reemplazadas por una visión comunitaria (la sociedad como la "reconciliación"), todo lo que se reveló con tanta fuerza durante la visita del Papa. Lo característico de estas conductas es que descansan en expresiones no sociales de lo social. No se dice, por ejemplo, "el trabajador"; se dice "el pobre", lo que es una manera hiper desocializada de expresar lo social. Parece entonces que elementos de acción social existieran solamente a través de expresiones antisociales.

Las conclusiones básicas del estudio de SUR son entonces, primero, el reconocimiento de la multiplicidad de los enfoques; segundo, la imposibilidad de llegar a un principio unificador del tipo comunitarismo; tercero, la necesidad de reconocer y aceptar la pluralidad tipológica de las orientaciones de acción; y cuarto, intentar, sin embargo, encontrar principios integradores, analíticos, en términos de actores y, por qué no, de movimientos sociales. Hay tal vez una posibilidad, aunque sea remota, de encontrar actores sociales a través de la expresión desocializada, destrozada, fragmentada e invertida de lo social.

EL DEBATE EN TORNO A LOS MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS

Una primera conclusión negativa de este seminario se refirió al valor limitado del tema comunitario. Hablando de los nuevos movimientos sociales, yo no digo que este seminario haya llegado a las mismas conclusiones negativas, pero ha reforzado otras dos conclusiones negativas ya introducidas en los últimos años.

Primero, respecto a los *movimientos urbanos*: no hubo, no hay, no habrá: esa es mi opinión en términos generales. Luchas urbanas claro que hay, pero ellas no forman movimientos sociales urbanos. Desde luego, es ocioso tratar

de reducir —como se hizo hace 25 años— los temas urbanos al concepto de reproducción de la fuerza de trabajo, y mirar la ciudad nada más que como instrumento de esa reproducción. El trabajo presentado aquí por Kowarick sobre el caso brasileño es absolutamente demostrativo, por otra parte, de que no hay un principio de integración radical a este nivel urbano, y de que es falso —como se pensó en los 60— que haya movimientos urbanos de pobladores hiper-radicalizados. Este ejército de reserva de la revolución, en efecto, no se movilizó ni el año 64 en Brasil, ni el 66 o 76 en Argentina, ni el año 73 en Uruguay o Chile, y la masa de noviembre en Bolivia estuvo compuesta por la COB, no por marginales.

Segundo, tal como se afirmó que no hay que mantener la idea de movimientos sociales urbanos, se dijo aquí que los movimientos populares no han tenido ningún papel en la caída de las dictaduras: lo dijo con una fuerza extrema Elizabeth Jelin para el caso argentino; lo dijo de manera igualmente fuerte Manuel Antonio Garretón en el caso chileno. El problema no es saber si hubo movilización política; el problema es saber si hubo, frente a la dictadura, una movilización especial que determinara su caída.

Lo anterior me lleva a recordar uno de los grandes debates políticos y sociales de los últimos años, el debate brasileño sobre el "*movimentismo*". Es un debate intelectual y político, en cuya izquierda están Weffort y De Oliveira y, a la derecha Ruth y Fernando Henrique Cardoso. Es uno de los debates más apasionantes de los últimos tiempos. La tesis de Weffort señala que la democracia no puede construirse si, detrás del arreglo institucional, no recibe sangre y vida a través de los movimientos sociales. De ahí viene la idea del PT, de las comunidades eclesiales de base de Lula, etc. Visión importantísima y que no es solamente brasileña: eso se llama Izquierda Unida en el Perú, los varios MAPUs y la Izquierda Cristiana en Chile, el FUT ecuatoriano. Este populismo, a la vez reaccionario, revolucionario y democratizante, ¿es o no un elemento fundamental? La respuesta de los Cardoso es no, y por eso siguen votando PMDB.

Muchos de ustedes han apoyado abiertamente la tesis Cardoso; yo diría que las conclusiones de Ruth Cardoso en su artículo sobre los movimientos urbanos* fueron aceptadas aquí. Para tomar el ejemplo de Elizabeth Jelin en el caso argentino (que retoma el argumento de Fernando H. Cardoso), estos grupos urbanos trabajan más fácilmente con el Estado que con los partidos de oposición para conseguir una escuela, una posta de asistencia pública, pavimentación, defensa policial, etc. Esto demuestra que no hay respuesta ni solución en los llamados movimientos sociales urbanos, y que estos grupos marginados actúan como una de las fuerzas fundamentales en la vuelta a la democracia.

¿QUE ES UN MOVIMIENTO SOCIAL? ALGUNAS DISTINCIONES NECESARIAS

Ahora tenemos que entrar de nuevo en un problema de vocabulario o, digamos, metodológico. Cuando se habla de movimientos sociales, ¿de qué se trata? El de las definiciones es un mercado muy competitivo, obviamente.

* Ruth Cardoso, "Movimentos sociais urbanos: balanço crítico", en B. Sorj, M.H.T. Almeida (org.), *Sociedade e política no Brasil pós-64*. São Paulo: Brasiliense, 1984. Pp. 215-39.

Para no entrar en debates de tipo patente y comercial, voy sencillamente a distinguir alfa, beta y gama. Alfa: los latinoamericanos están geográficamente más cerca de América del Norte que de Europa, y yo diría aceptan mucho más a menudo de lo que creen la definición dominante en la sociología norteamericana. La definición norteamericana llama movimiento social a una acción colectiva poco institucionalizada, que está al margen del sistema político. La definición clásica funcionalista se estructura no en términos de los actores, sino del sistema político: hay gente dentro del sistema político, al margen de él, y totalmente fuera; ahora bien, un movimiento social es una demanda social que no se encuentra con una oferta política, pero que tiene capacidad de modificar el sistema de oferta política. En otros términos, es un grupo de presión con acceso a los instrumentos de transformación del sistema de oferta política. En este sentido, hay muchos alfa en este continente, y estos movimientos urbanos son en su gran mayoría demandas sociales no totalmente institucionalizadas a nivel del sistema político. Mejorar la vivienda, defenderse, organizarse, supone canales de influencia, llegar a transformar —a través de las municipalidades, de la administración pública o los partidos políticos— el sistema. Hay siempre un desequilibrio fundamental entre la masa de demandas y el sistema institucional, desequilibrio que define un movimiento social alfa en relación a un partido, a un sindicato, que se supone son elementos *del* sistema político.

Beta. Existe también bajo el nombre genérico de movimientos sociales, otra cosa. Es la que ya encontramos, hablando de los pobladores: la orientación comunitaria, la defensa de la identidad. En el rock argentino, en muchos aspectos de la acción de las mujeres, en la gran mayoría de las luchas de las minorías étnicas, por ejemplo, se habla a la vez de elementos de presión y de defensa de una identidad.

Aparte de alfa y beta, existe gama; es decir, movimientos sociales en el sentido más europeo de la palabra: acción organizada de un grupo que lucha contra otro por el control de los recursos básicos de la sociedad: inversión, producción, principios éticos, modelo de conocimiento.

¿Cuáles son las conclusiones que se pueden sacar de lo que se ha dicho? Primero, la idea de que existe un movimiento social de los pobres marginados tiene que ser abandonada, junto con el tema de los movimientos urbanos. Yo creo que cuando Tironi, o Campero —con su tono menos agresivo—, dicen con mucha fuerza que no hay movimientos sociales, está bien, lo acepto. ¿Pero acaso no se puede decir nada más? Yo no lo creo. Hablando del estudio de SUR, traté de introducir la idea de que, si no hay movimientos sociales, es porque existen pedazos, imágenes, elementos desocializados de tal movimiento. Aquí tenemos que ir un poco más allá.

LOS POBLADORES COMO MOVIMIENTO HISTORICO

Lo que llama la atención en cuanto a los pobladores es que, si bien los movimientos sociales (hablando en términos estrictos) no existen, hay sí un lenguaje que tal vez debamos escuchar un poco mejor. Es un lenguaje centrado en el sujeto, en la persona. La referencia a la persona, al sujeto, puede conducir a un conservatismo o a un progresismo. Así, la institución más conservadora, más reaccionaria, más antimodernizante del mundo occidental, la

Iglesia Católica, juega un papel de socialización o de expresión político-social y colectiva a través de esta referencia a la persona. La misma ambigüedad, la dualidad de una iglesia que a la vez es *establishment* y también párrocos, líderes comunitarios, ayuda a la integración parcial del comunitarismo y del espíritu instrumental, de lo reivindicativo y de lo expresivo, del alfa y del beta. Es decir, si hay movimientos, es en la medida en que se construye una relación profunda entre la defensa de la persona y la lucha contra la destrucción de la comunidad, contra la segregación y su agente: el Estado. O sea, la construcción de un movimiento social puede realizarse en la medida en la cual el tema de los derechos humanos y el tema de la ciudadanía se vinculan a través de la misma lucha contra el Estado autoritario.

Si me lo permiten, en mi vocabulario diría que eso no constituye propiamente un movimiento social, sino un *movimiento histórico*, donde el tema no es manejar los recursos de una sociedad, de un tipo societal, sino manejar el proceso de transformación social cuyo agente central no es una clase dirigente, sino el Estado. No digo, pues, que existan movimientos sociales, pero, como sociólogo, no puedo entender el discurso de la pobladora Luisa Riveros frente al Papa sin referirme a una noción como ésta. Ahí se expresó un deseo de movimiento histórico tan real como la violencia o la comunidad. En este país, como en otros, este deseo se expresa con una fuerza categórica. En el caso argentino, por ejemplo, después de las violaciones de los derechos humanos, surge el tema de recrear la "nación argentina", que se define en relación con el Estado y no con una clase o grupo social, y se vincula al tema de los derechos de la persona humana.

Encima de los problemas económicos, en estos países se trata de saber si el proceso histórico conduce a la dualización, a la eliminación de los bárbaros, a la creación de *excluidos para permitir la modernización* de los ciudadanos, a comunidades encerradas en sí mismas y masas movilizadas para destruir la ciudad (como el "bogatzo"), o si, al contrario, reivindica para todos el derecho de ser ciudadano como modelo de transformación histórica.

Quisiera agregar una cosa. Los movimientos históricos, las luchas por el control de cambio histórico, y los movimientos sociales *dentro de una estructura social determinada*, tienen que corresponderse. En la sociedad industrial el movimiento social popular estructural se llama movimiento obrero, y el movimiento histórico se llama socialismo. El socialismo es un concepto de control o transformación del proceso de industrialización; el movimiento obrero se refiere en cambio a la sociedad industrial. Uno es *diacrónico* y el otro es *sincrónico*, pero lo que tienen en común es jugarse alrededor del desarrollo de las fuerzas productivas, de la evolución, de la modernización, etc.

Lo que me llama la atención es que estos pobladores chilenos, mexicanos, brasileños, no hablan ese lenguaje, sino básicamente el lenguaje de los nuevos movimientos sociales antinucleares, ecologistas, pacifistas, de mujeres, es decir, el mismo lenguaje de los países industrializados. La meta, lo que está en discusión, lo que yo llamo *l'enjeu*, no es la historia, es el sistema; y segundo, el sector envuelto en la lucha no es el trabajador, sino la persona humana. Estamos en un sistema dominado por la producción de bienes culturales, es decir, no de los medios sino de los fines, donde la producción de comunicaciones produce *patterns*, modelos, normas, valores, formas de personalidad,

representaciones del mundo, imágenes, lenguajes. Entonces, el que se defiende contra la dominación no es identificado por su actividad colectiva, sino por su ser cultural: lo que se llama un sujeto. La situación de ese movimiento histórico destrozado en los barrios pobres de las ciudades de América Latina o de otras partes del mundo, no es muy diferente de la situación de la nueva clase media educada de Europa o América del Norte.

En ningún caso se observa movimientos sociales caminando por la calle. El oro o el cobre están dentro de un mineral complejo, no son elementos químicos puros. Entonces nuestro trabajo es aislar este contenido virtual, lo que llamaría este deseo de movimiento social. Lo veo en América Latina, en estos pobladores, pero también veo expresiones muy semejantes en los estudiantes y las mujeres.

MODERNIZACIÓN Y MARGINALIDAD

Detrás de estos problemas de una categoría social y de su capacidad de acción colectiva, nos encontramos obviamente frente al problema que Razeto introdujo con mucha fuerza. En todas partes está en crisis el modelo iluminista. Frente a este modelo anglo-francés del siglo XVIII hubo dos actitudes de los periféricos: entrar a la modernización o resistirla. La crisis profunda de la confianza decimonónica en el triunfo de la modernización a la inglesa ha conducido a la segunda actitud, a un movimiento opuesto de valorización de la identidad, de la comunidad. El sistema soviético, por ejemplo, se refiere todavía al iluminismo, pero se inclina más y más a la construcción de una identidad específica de un poder nacional. En los países "periféricos" desaparece el tema de la modernización, de la racionalización y secularización, y vuelven las comunidades, las religiones, la ansiedad: en términos más individuales, desaparece la histeria y cunde la depresión.

El tema que tenemos frente a nosotros en el caso aparentemente limitado de los pobladores es el siguiente: ¿vamos a participar en este gran regreso hacia la comunidad?; ¿vamos a abandonar totalmente el iluminismo? Aquí mi posición personal es básicamente la misma que la de mi amigo Habermans. Hay que rescatar la visión iluminista, aunque no en la forma racionalizante del siglo XVII, XVIII, incluso XIX. Diría que hay que proseguir con la evolución que nos hizo pasar del siglo XVIII al XIX, porque el siglo XVIII nos hablaba del hombre racional y el siglo XIX introdujo otra imagen, la del trabajador: la imagen del hombre racional, pero que también sufre. Es una imagen modernizante que une la tradición judeo-cristiana con la tradición griega; el racionalismo con la culpabilidad, con el sufrimiento; que reconstituye un hombre de carne y hueso y no solamente de cerebro informatizado. Lo importante es que aceptemos esta dualización fundamental que nos retrotrae al siglo XVIII. La teología de la liberación, por ejemplo, está absolutamente dividida entre estas dos corrientes, entre una tradición hiper-iluminista, marxizante, y una tradición comunitaria.

Todo nuestro debate tiene que ser entendido a la luz de este problema fundamental. La conclusión es que estamos en pleno suspenso y esta situación, un poco "hitchcockeana", es interesante para los sociólogos, porque todo está en proceso de contradictoria transformación. Los pobladores están afirmando su comunidad y, a la vez, dirigiéndose hacia el mundo exterior.

Quisiera mencionar que me parece indispensable vincular este análisis sociológico con un análisis propiamente económico. Porque podemos interpretar la marginalidad actual de dos maneras absolutamente opuestas: como modelo de creciente dualización —digamos, a la brasileña—, pero también de manera opuesta, a la italiana. Los economistas europeos, por ejemplo, están introduciendo ahora la noción latinoamericana de subempleo, de sector informal, de cesantía, como lo vi en el último número de la revista de INSEE en Francia*, que transforma totalmente la noción clásica: no hay gente con trabajo y cesantes, sino hay gente con trabajo, subempleos, cesantes, excluidos. Mariana Schkolnik insistió aquí sobre esta visión de continuidad y diversidad de *status*. Por ejemplo, el subempleo —como se ha dicho en varios libros en Italia y en otras partes— es una manera de mantener cierto grado de integración social y de evitar la dualización total.

En las sociedades latinoamericanas hay gente abajo y gente afuera. Es muy difícil vincular las dos cosas, pero es imposible separarlas. Una visión demasiado esencial de la dualización no es, por eso, aceptable. Se trata de un sistema con efectos de exclusión, pero también con cierta unidad y capacidad de participación. Esto es, me parece, lo que hay que estudiar de manera más y más profunda a través de los pobladores: ¿cuál es la capacidad de nuestras sociedades de no solamente incorporar a los marginales, sino de asumir su desafío?

Los marginales —como F. Dubet lo mostró en su propia investigación en Francia— son más "centrales" que los demás grupos, porque a través de su marginalidad y de sus elementos de acción destrozados, ya se colocan en el universo de nociones y fuerzas que corresponde al proceso futuro. En muchos aspectos —es lo que se observa en el mundo europeo— hay más modernidad en estos nuevos movimientos sociales que en las grandes fuerzas políticas y sindicales, organizadas con mucha racionalidad, pero formando parte de una sociedad que está en declinación, que está desapareciendo lentamente.

Las conductas observables en esta categoría marginales no pueden ser entendidas sin referencias a la categoría de actor social o de movimiento social. Voy más lejos: a pesar de su desorganización, de su ausencia de capacidad de acción organizada, es tal vez en esta categoría donde se prepara con más fuerza el cambio del escenario y la definición de un nuevo campo histórico dentro del cual se formarán movimientos sociales estructurales, movimientos sociales propiamente dicho.

Pero no hay que confundir categorías analíticas con categorías reales. Si uno busca la existencia de un actor consciente y organizado (como se decía respecto del movimiento obrero), no lo encontrará nunca, o encontrará ideólogos y dirigentes políticos que lo interpretan antes de encarcelarlo. Al contrario, tenemos que aceptar un *low profile*, es decir, interesarnos en actores de bajo nivel. Así como antes decía que lo social se expresa en términos no sociales, diría ahora que la confusión, la desorganización, la violencia, el espíritu comunitario cerrado que incluso puede ser de tipo casi racista, toda esta mezcla de comportamientos, son la forma inesperada, difícil de interpretar, a través de la cual entra un actor. Los grandes actores no entran como las vedettes en el escenario, para que todo el mundo aplauda: en gene-

ral los grandes actores entran en la historia sin que casi nadie se dé cuenta (creo que hubo un alemán que dijo algo semejante a mediados de siglo pasado).

Es nuestro papel darnos cuenta que ya es imposible hablar solamente de marginalidad. Son la orientación, la cultura, los sistemas de relaciones sociales de nuestra época los que están puestos en tela de juicio por la acción o la inacción de unas categorías que son tan centrales como marginales.



GENTE LINDA

Amigos de Sur, y lectores de *Proposiciones*, voy a hablar desde mi punto de vista de diseñador gráfico.

Creo que es importante que constantemente estemos mostrando en nuestras publicaciones el rostro de la gente de Chile.

Estos, que no son vistos por la televisión y las revistas de colores. Ese rostro del pueblo que tal vez nosotros mismos postergamos al mirarnos satisfechos en la Cecilia Bolocco.

La *gente linda* está impresa, registrada en todos los medios: Santis, la Raquelita, Vodanovic... (estamos habituados incluso a reconocer los vivaces ojos de Sarah Ferguson en el kiosko de la esquina).

Habría que descubrir a la verdadera *gente linda* de nuestro país. Esa gente que carece del fulgor inmediato en la piel, pero en cambio refleja la belleza de la vida en sus rostros. Figuras de pobladores, niños, mujeres, abuelos, obreros: entecos, austeros, con garbo natural.

Es cierto que hay que cuidar la flora y la fauna: la *jubaea chilensis* y la *araucaria*, pero sobre todo debemos amar lo más precioso que produce la naturaleza: nuestro pueblo.

La notable foto de Carlos González de una familia de Valparaíso, evoca la presencia de esta mayoría invisible.

Para que no sean vanas nuestras obras, desde esas vidas, desde esas raíces, habría de crecer y germinar el árbol de nuestra ciencia y de nuestro arte.

ALLAN BROWNE



reseña de libros

Fernando Calderón (Compilador)
**LOS MOVIMIENTOS SOCIALES
ANTE LA CRISIS**
Buenos Aires: 1986 (UNU-CLACSO).
402 pp.



Este libro es el resultado de un año de trabajo conjunto y coordinado de 54 investigadores (...) 10 coordinadores nacionales y un coordinador general. En cada país se realizaron cinco o seis investigaciones que culminaron en monografías sobre los movimientos sociales más relevantes del período actual (...). Los textos de este volumen son las síntesis nacionales de los 10 coordinadores, sobre la base de las investigaciones realizadas en su país (15).

Tales trabajos se realizaron para el proyecto "Movimientos sociales ante la crisis en Sudamérica", bajo el auspi-

cio de la Universidad de las Naciones Unidas (UNU) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

El proyecto central se fundó en la percepción de que, en los últimos diez o quince años, las sociedades sudamericanas han comenzado a responder de un modo históricamente nuevo a los desafíos planteados por su crisis estructural e internacional. En efecto, frente a la paralización del crecimiento industrial, al endeudamiento externo y al colapso de los ensayos políticos (extremos) realizados a partir de 1970, se ha producido, al interior de esas sociedades, una "renovación y transformación de los movimientos sociales seculares" (campesinos, obreros, nacionalistas) y, al mismo tiempo, "la emergencia de nuevos movimientos sociales, múltiples y diversos en sus orientaciones e identidades, que (...) son portadores de nuevos horizontes colectivos" (11). Tales movimientos han demostrado una significativa capacidad "de resistencia a los impactos de la crisis" y también a las diversas formas de autoritarismo estatal. Su presencia y persistencia reclaman, sin duda, un análisis cuidadoso, en extensión y profundidad.

El desarrollo y transformación de los movimientos sociales sudamericanos ha sido paralelo al proceso de desfuncionalización o desarticulación del Estado o/y de los respectivos sistemas políticos. De aquí que se perciba hoy "una mayor distancia entre los movimientos sociales y el Estado y los partidos políticos" (13). Es evidente

que ese distanciamiento (o, lo que es igual, la mayor autonomía relativa de los movimientos sociales) convoca el análisis, fuertemente, de la nueva situación que envuelve al Estado y la clase política en relación a una masa considerable de la sociedad civil. Pero también convoca, sin duda, a examinar "los nuevos horizontes colectivos" de que son portadores esos nuevos (o renovados) movimientos. Sin embargo, el compilador y los investigadores nacionales tendieron a explorar, principalmente, la primera vía de análisis, y no la segunda. Esa es una opción legítima, sin duda, pero que no hace plena justicia a la perspectiva y a la potencialidad histórica de los movimientos sociales mismos. En efecto, el compilador previene:

(...) estos textos pueden ser leídos 'en clave de democracia' (...). Hemos organizado este texto tomando como criterio la posición de cada nación y sus movimientos sociales frente al tema de la democracia (...). En este período de transición resalta como aspecto importante el tipo de relación que los diferentes movimientos sociales establecen con el Estado, y el papel que éste asume frente a las presiones y demandas sociales que brotan de la crisis (...) (12).

La opción elegida parece estar más centrada, pues, en los problemas de transición que se le presentan al Estado y la clase política frente a la crisis y los movimientos sociales exacerbados.

dos, que en los desafíos múltiples que presentan las nuevas potencialidades históricas de los movimientos sociales en tanto que tales. De este modo, la investigación fue conducida no para avanzar en la dirección de las tendencias nuevas, sino para diagnosticar la situación de los problemas viejos.

Con todo, las síntesis nacionales concuerdan en mostrar la presencia de significativas tendencias nuevas. Tras examinar la trayectoria que, en Argentina, tuvieron el movimiento de derechos humanos, los actores barriales, los jóvenes y el rock nacional, el movimiento de mujeres y el sindical-democrático, Elizabeth Jelin concluye: "al encarar el estudio de los movimientos sociales, estamos apuntando a las transformaciones y reformulaciones del sentido común y en las prácticas sociales, especialmente en lo que se refiere a la relación entre vida cotidiana y no cotidiana, y entre lo público y privado (...). Nuestra preocupación básica está en la democratización de la vida social y económica" (41). Y en otra página ya había anotado esto:

Quizás sea hora de volver a mirar los movimientos sociales desde otra perspectiva: no se trataría solamente de nuevas formas de hacer política, sino de nuevas formas de relaciones y de organización social; lo que se estaría transformando o engendrando es una nueva sociedad (...) (21).

El estudio de los movimientos sociales brasileños reveló a Theotonio dos Santos el hecho de que no sólo el desarrollo de las fuerzas productivas genera movimientos sociales significativos, sino que también lo hacen "las carencias y la marginación provocada por ese desarrollo". Por lo tanto, hay movimientos sociales activos "que no admiten una reducción al fenómeno de las clases (sociales) propiamente

dicho" (47). Dos Santos estima que esos movimientos, en sí mismos, no contienen potencialidad revolucionaria, "pero en un contexto de un desarrollo capitalista que no tiene condiciones de satisfacer las demandas más elementales de esos sectores, pasan a tener un contenido revolucionario" (55).

El caso uruguayo puso de relieve, en cambio, otros elementos. Carlos H. Filgueira observó que, bajo el período autoritario, los movimientos sociales uruguayos revelaron fuerza, diversificación, autonomía y espontaneísmo. Sin embargo, al abrirse de nuevo los espacios democráticos y al reconstituirse civilmente el Estado nacional, esos movimientos tendieron a sufrir significativas transformaciones: pérdida de la "igualdad de bases", pérdida de autonomía y espontaneísmo, cooptación por el Estado, etc.

Cabe entonces preguntarse si muchos de estos movimientos sobrevivirán manteniendo las características organizativas, metas y formas de funcionamiento propias del período autoritario. Teóricamente, ello implica indagar acerca de la naturaleza más o menos permanente o bien coyuntural de este avance de los movimientos sociales (...) (65).

La reducción de la "extra-estatalidad" de los movimientos sociales uruguayos al abrirse de nuevo los espacios institucionales, no parece operar, sin embargo, en el caso boliviano, donde la envergadura de los movimientos sociales ha mantenido, en el período post-autoritario, tanto al Estado como al sistema político en una posición desmedrada de embotellamiento. En este sentido, el texto de Roberto Laserna es extraordinariamente claro: en Bolivia, el proyecto de "democracia controlada" propuesto por las fuerzas

opositoras concertacionistas "fue desbordado por el movimiento popular". El mismo movimiento desbordó y liquidó los nuevos intentos golpistas, tanto cívico-militares como militares puros. "Extremando las metáforas, podría decirse que el 10 de octubre de 1982, cuando en presencia del Alto Mando Hernán Siles toma posesión de la presidencia, los militares en realidad se rinden ante el pueblo, pero también ante la crisis (...) no es extraño encontrar, pintarrajeada en la pared de un pueblito del valle, la consigna *Muera la Crisis*" (104-5). A tal rendición militar concurren, dice Laserna, "sujetos colectivos constituidos desde principios de identidad muy distintos, y con historias particulares muy diversas, convocados en una suerte de consenso (...)" (147).

En Ecuador la fuerza de los movimientos sociales parece hallarse equiparada con la de los sujetos políticos institucionalizados. Por lo tanto, Luis Verdesoto se sintió obligado a concluir que "frente a la escisión no voluntaria entre el sistema partidario y los movimientos, los dos deben co-existir como formas de acceso a la política (...) no se trata de encontrar un sector social rector de una sociedad disgregada, sino de permitir que aflore toda la conflictividad subyacente en la sociedad, como 'paso previo al socialismo'" (160). En Perú, Colombia y Venezuela se da una situación relativamente similar a Ecuador, aun cuando en esos países la influencia a corto y largo plazo de los movimientos sociales tiende a ir en aumento. En Perú ese proceso está avanzado: "es absolutamente claro, y basta mirar el panorama actual (...) que los movimientos sociales son productores permanentes de sociedad, de orden. El complejo tejido organizativo del que los cinco movimientos analizados son parte, así lo demuestra (...) muestran una vitalidad

de supervivencia y una capacidad de creación y recreación gigantescas" (220-1).

En general, todos los estudios nacionales fueron hechos con seriedad y a un alto nivel académico, particularmente los de Bolivia y Argentina. Al mismo tiempo, la mayoría basó sus análisis en datos empíricos y en un enfoque teórico que hace abandono de las perspectivas sistémicas y estructuralistas, en tanto éstas "han dejado de lado de alguna manera la comprensión de los movimientos sociales y de otras formas de acción colectivas". En su ensayo final, el compilador critica las teorías dominantes en los años cincuenta y sesenta por esta significativa omisión. En esas teorías, dice, "el Estado era visualizado como el productor de la sociedad, y las élites, como las fuerzas malignas sustentadoras del orden social dependiente; al proletariado, le correspondía cumplir sus metas históricas preestablecidas, su práctica ya escatológicamente concebida (...)" (328). En ellas, pues, el reduccionismo estructuralista impedía analizar las prácticas y movimientos sociales en su propia especificidad y complejidad.

Con relación a ese nivel de análisis y a esa orientación teórica, la síntesis nacional correspondiente a Chile resulta desalentadoramente pobre y obsoleta. El coordinador de esta parte—Guillermo Campero—confiesa en la página 293 que su síntesis "no se trata de un trabajo pleno de rigor, sino de un ensayo general, cuya finalidad sólo es *sugerir* ideas, no necesariamente articuladas entre ellas" (subrayado en el original). El texto en sí da cuenta más o menos explícita de esas "finalidades": se trata de un discurso predominantemente estructuralista que intenta responder a la pregunta de si en Chile existen "verdaderos movimientos sociales" (293). La respuesta es, en general, negativa, porque los movimientos

sociales chilenos del período autoritario no surgieron del desarrollo de la "estructura socio-ocupacional", sino más bien de las masas marginales que fueron enormemente abultadas por el no-desarrollo de esa estructura. No se formaron, pues, actores "clásicos", sino, sólo, "masas relativamente inorgánicas, capaces de producir movilizaciones intermitentes, pero con dificultades para constituirse más fluidamente en actores con una base de interrelaciones permanentes y dotados de una estrategia" (296). Por tanto, si ha habido algún movimiento social, no ha habido ni hay actores o sujetos sociales. No hay verdaderos "actores" mientras no tengan plena cohesión programática, un sistema de alianzas y una estrategia; es decir, los rasgos que son "propios de la política" (301). Por sobre ellos, han sobrevivido, influyentemente, los viejos actores—sindicatos y partidos—que, según lo señala el coordinador, son "organizaciones campesinas de nivel superior (...) núcleos dirigentes de los llamados 'movimientos de pobladores' (...)". O sea: cúpulas tradicionales, en descongelamiento (304). No cabe duda que Campero aplicó a los movimientos sociales chilenos, para su conocimiento e interpretación, un modelo ideal de actor, que es fácilmente identificable con un partido o un sindicato (mejor dicho: con sus cúpulas dirigentes), y con un tipo ideal de acción política. No es extraño, entonces, que no haya logrado encontrar un objeto adecuado de estudio y, prácticamente, haya negado la existencia de movimientos sociales en Chile.

De este modo, no hay consonancia entre la síntesis del caso chileno, y una de las conclusiones globales que derivó el compilador: "aquí se sustenta que en estos espacios de resistencia pequeños, cotidianos y culturales, comienzan a emerger valores y formas sociales

colectivistas, de autogobierno, de solidaridad, de autogestión, etc., que probablemente puedan reconstituir el sistema de oposiciones y viabilizar la reconstrucción de sujetos históricos" (331).

Gabriel Salazar Vergara

Junio, 1987

Hernando De Soto

EL OTRO SENDERO

Instituto Libertad y Democracia. Sexta edición (Perú). Marzo 1987. Pp. 317. Prólogo de Mario Vargas Llosa.



El libro de Hernando De Soto constituye una reflexión crítica que, a partir del análisis de la economía informal urbana de Lima, evidencia la crisis de vigencia de las instituciones legales y pone en tela de juicio la tradición redistributiva de las organizaciones políticas en el seno de una sociedad "mercantilista".

Los capítulos iniciales analizan la informalidad, definida como la "zona de penumbra que tiene una larga frontera en el mundo legal y donde los individuos se refugian cuando los costos de cumplir las leyes exceden a sus beneficios". De Soto destaca la organización de los informales y su carácter

esencialmente pragmático ("estamos con el gobierno de turno"), su capacidad para "proveer de servicios públicos" a los asentamientos informales; para relacionarse con las autoridades con el objetivo de negociar, presionar o sobornar; para administrar justicia o defender lo adquirido.

El libro toma como ejemplo tres sectores específicos —la vivienda, el transporte y el comercio— donde "los informales han generado espacio y se están adueñando de la mayor parte del mercado, apropiándose de terrenos para vivir y producir, instalándose en las calles como ambulantes para trabajar e invadiendo las vías principales de la ciudad para prestar el servicio del transporte. En todos estos casos han desobedecido abiertamente las disposiciones legales y han desafiado a las instituciones, hasta el punto de crear un forado por el cual el resto de la sociedad está desertando también de la formalidad. A medida que los informales han avanzado, el Estado peruano se ha ido replegando", para finalmente adoptar "una estrategia de retirada permanente".

Como muestra de este fenómeno, la proporción de las viviendas construidas anualmente por los informales pasó de 4 por ciento del total de la construcción anual en 1940, a 69 por ciento en 1985, llegando a representar en esta última fecha el 43 por ciento de las viviendas de Lima. La evolución es análoga en el comercio, en el cual en 1985, por un mercado formal, había cinco informales y un número total de 90 mil vendedores ambulantes, con un volumen total de ventas anuales equivalente a 322 millones de dólares. En cuanto al transporte informal, su predominio es absoluto, ya que ha llegado hoy a representar más del 90 por ciento del transporte público de Lima.

El libro evidencia también la gene-

ración de una normatividad extralegal, como el "contrato de invasión" de las barriadas, "el derecho de apropiación de ruta" por parte de los microbuses, o "el derecho especial de dominio" para el comercio ambulante.

La causa de la informalidad en los tres sectores mencionados deriva, según el autor, "de la institucionalidad legal". En efecto, el análisis empírico muestra que los costos de la formalidad, y particularmente los costos legales no tributarios, absorben 76 por ciento del total del excedente. En particular lo que influye es "el uso intensivo del factor trabajo (que) conlleva un incremento progresivo en los costos de permanencia (en la formalidad) de manera tal que induce a quienes disponen de capital a utilizarlo intensivamente, prefiriéndolo sobre el trabajo".

Pero los costos de la informalidad son igualmente elevados, y explican la trascendencia de la normatividad extralegal, que no es "otra cosa que el desesperado y emprendedor intento de los informales para construir un sistema alternativo a aquel que les había negado su amparo". El autor identifica los costos de la ilegalidad: la necesidad de evitar sanción genera la subcapitalización, impide el logro de escalas de producción óptimas: la clandestinidad prohíbe la publicidad, el acceso a medios de intercambio, y obliga a "invertir una parte considerable de sus recursos en corromper a las autoridades". Por otra parte, la ilegalidad genera costos de transferencias netas: "las actividades informales están continuamente transfiriendo recursos hacia el gobierno y otras instituciones formales: los impuestos indirectos, la inflación y las diferencias de tasas de interés". Por la ausencia de derecho de propiedad, "los informales no aprovechan ni preservan sus recursos eficientemente, (...) no pueden transferir

fácilmente su propiedad, asignarla a sus usos de mayor valor ni ofrecerla en garantía". Por último, sus "organizaciones colectivas no logran compensar su extralegalidad".

El no poder aprovechar el sistema contractual tiene también sus costos: imposibilidad de realizar ciertas transacciones, mayor costo del dinero, limitada capacidad de coerción, exceso de diversificación de las fuentes de abastecimiento y lugares de ventas. Finalmente, la ineficiencia del derecho extracontractual aumenta los costos de las actividades informales para el resto de la comunidad, como lo evidencia el alto índice de heridos y muertos en los transportes colectivos.

Los costos excesivos de la formalidad y los riesgos de la informalidad son, para De Soto, la causa de la baja productividad de la economía, de la disminución de la inversión, de la ineficiencia del sistema tributario y de la carencia de progreso tecnológico. Esto obedece al hecho de que "entre quienes formulan la ley en nuestro país existe una tradición de utilizar el Derecho como instrumento para redistribuir la riqueza y no para facilitar su creación". Por ende "un Derecho formulado con fines exclusivamente redistributivos no favorece ni a los ricos ni a los pobres, sino a los que están mejor organizados para acercarse al poder".

La tradición redistributiva no es privativa del Perú o de América Latina, sino que corresponde al "mercantilismo" que caracteriza buena parte del Tercer Mundo: "si bien los actores de nuestra vida económica —el Estado, la empresa privada y los consumidores— son los mismos que en una economía de mercado, la relación entre ellos es (...) esencialmente mercantilista". Las fuerzas políticas que a derecha o izquierda están proponiendo programas políticos destinados a consolidar o

reformular una economía de mercado se equivocan, porque "el Perú no es una sociedad liberal; es una sociedad mercantilista".

El autor propone, a partir de este análisis, una peculiar agenda para el cambio: simplificar el funcionamiento de las instituciones legales, descentralizar, delegar responsabilidades a los particulares, reformar drásticamente el poder judicial e instaurar el sistema de los jueces de paz, hacer que la generación del derecho sea transparente y controlable, y generalizar la práctica de análisis de costos-beneficios.

El lector chileno se preguntará si el nuevo liberalismo que propone el autor no tiene alguna analogía con el régimen militar actual. A esta objeción, Vargas Llosa responde en el prefacio de este libro, aludiendo directamente a Chile: "La libertad es una sola y ella es obviamente incompatible con regímenes autoritarios o totalitarios. La libertad económica es la contrapartida de la libertad política y sólo cuando ellas se funden en una unidad, como el anverso y reverso de una moneda, son operativas y genuinas".

Este libro brillantemente escrito, bien documentado y original, tiene el doble mérito de enfrentar los problemas actuales del Perú —y quizás de América Latina— en forma lúcida, y de sentar las bases de un programa político para una sociedad pobre en el marco de la democracia. Constituye, pues, una invitación a la reflexión y a la polémica. Es una lectura obligatoria no sólo para los expertos en la "informalidad", sino para todos quienes están en la búsqueda de salidas políticas para América Latina, cualesquiera sean sus opciones políticas o ideológicas. Por lo demás, el autor no esconde su objetivo de convencer a la derecha de renunciar a sus prejuicios (frente al pueblo o los informales), que "han servido históricamente para justificar

una discriminatoria redistribución de lo poco que tenemos de acuerdo a los criterios de pequeños grupos de interés"; y, por otra parte, tampoco oculta su intención de vencer a sus "amigos izquierdistas" de que "convertir la lucha de clases en una lucha a favor de un empresariado y una iniciativa populares, es una aventura intelectual digna de los mejores hombres".

El libro está sin duda a la altura de los ambiciosos objetivos del autor y de su éxito editorial: en seis meses seis ediciones, y más de cincuenta mil ejemplares.

FRANZ VANDERSCHUEREN

François Dubet
LA GALÈRE: JEUNES EN SURVIE
París: Fayard, "Mouvements", 1987,
pp. 503*.

François Dubet

La galère: jeunes en survie

Fayard (Chambray)

Sentíamos claramente que se formaba alrededor de las grandes ciudades lo contrario de un cinturón rojo, una zona difusa de cesantía, de desorganización urbana y de delincuencia. Pero

hasta aquí los discursos sobre esta realidad eran extrañamente irreales. Unos hablaban de marginalidad o de crisis, y soñaban con la manera de insertar a los jóvenes sin empleo y sin perspectivas. Otros, hablando de exclusión, se convertían en denunciadores, pero tanto unos como otros reducían a estos jóvenes vagos a ser no-actores, zombies de arrabal, víctimas o responsables de su débil participación social. Después de haber leído a François Dubet, que ha coordinado largas discusiones de grupo y una intervención sociológica con jóvenes, franceses de origen o inmigrados, en los alrededores de París y Lyon y, en particular, en Champigny y Mignettes, surge una imagen completamente diferente.

En primer lugar, no es que estos jóvenes vagos vivan al margen de un mundo que estaría, en sí mismo, sólidamente instalado en su trabajo y sus creencias. François Dubet ha trabajado con adultos y con jóvenes, y ha encontrado que los primeros están más atrapados por la crisis, por la pérdida de sentido y de esperanza, que los segundos. No puede decirse solamente que tal juventud sea el producto de una sociedad en crisis: es una expresión demasiado imprecisa. Estos jóvenes no integrados manifiestan más bien la descomposición del mundo obrero, de su cultura, de su trabajo y de sus combates, como lo muestra la fascinante comparación entre jóvenes de Seraing, en el corazón de una Wallonia en crisis pero todavía fuertemente obrera, y aquellos de los arrabales de nuestras metrópolis, donde las referencias a la clase obrera han desaparecido.

En seguida, esta investigación nos hace escuchar, detrás del silencio y la fuga de esos jóvenes, muchas voces que se mezclan y se contradicen. Primero, aquella de la descomposición de los referentes sociales, pero también de las

* Traducido de *Le Nouvel Observateur*, No. 1166 de 1987, por Guillermo Garay.

pandillas y aun de la sexualidad. Luego, aquella de la exclusión, de la frustración y de la búsqueda de negocios más o menos ilegales que permitirían salir del encierro. Aquella, todavía y sobre todo, de la rabia que alimenta una violencia destructora y autodestructora que se expresa en el *hard rock* y en la cultura *punk*, especies de rebeldías carentes de objeto y de organización. Aquella, en fin, que se da algunas veces, pero casi únicamente entre inmigrados, de la voluntad individual y colectiva de cambiar la vida. Así, eso que parecía un mundo marginal y vacío se muestra más bien como un lugar de paso donde se cruzan y chocan un sobre-consumismo cultural, una sub-integración social y una ausencia de historia que hacen ver en aquellos que hoy aparecen como vagos, una nueva versión de esas clases peligrosas que metían miedo a las buenas gentes de principios de siglo pasado, en las que se mezclaba el crimen y las primeras manifestaciones de la revuelta obrera.

Los optimistas que buscan la integración social, y los pesimistas de la sociología puramente críticos, creían con la misma ingenuidad en la existencia de una sociedad consciente y organizada. François Dubet, mucho más cerca de los hechos, destruye esta interpretación arbitraria; al mismo tiempo, en el corazón de la desorganización —aquella de ideologías y de ciudades— descubre formas primitivas de innovación y de protesta mezcladas, de negación y de afirmación inseparables. Hace falta escuchar el vaivén confuso que agita las bambalinas de una historia cuyo escenario está todavía vacío, sin caer ni en las ilusiones de la buena voluntad ni en las falsas certezas de aquellos que ni siquiera observan a los actores sociales para comprender las razones de sus actos.

François Dubet retoma la gran tradición de la sociología; es observando

atentamente lo que está escondido, secreto, prohibido, que se descubre mejor el sentido de la vida social. La verdad se encuentra más a menudo en la sombra que a plena luz. Libro ejemplar, gran libro en verdad, donde una vasta cultura sociológica se une a admirables invenciones metodológicas y a una perfecta justeza de tono. En las ciencias sociales como en los tímpanos de las catedrales, en el infierno más que en el paraíso, es la carencia más que la posesión lo que revela el sentido de nuestras conductas. Esta galera no está lejos del pakebote del consumismo; ella es un pasaje obligado para todos nosotros que transitamos, desorientados, desde una sociedad donde ya no estamos a otra donde no estamos todavía.

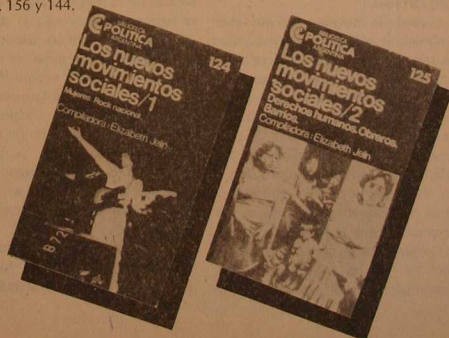
ALAIN TOURAINE

Elizabeth Jelin (compiladora)

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES. Vol. 1: Mujeres. Rock nacional; Vol. 2: Derechos humanos. Obreros. Barrios. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Biblioteca Política Argentina Nos. 124 y 125. 1985. Pp. 156 y 144.

Los ocho artículos que reúnen estos dos volúmenes fueron presentados en el Seminario sobre Movimientos Sociales en la Argentina, llevado a cabo en el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad) el 9 de marzo de 1985. El primer volumen incluye una introducción al estudio de los movimientos sociales en la Argentina contemporánea, por Elizabeth Jelin, y dos artículos comentados, uno sobre las mujeres en la transición a la democracia (a cargo de María del Carmen Feijó y Mónica Gogna); otro acerca del movimiento juvenil generado alrededor del rock nacional (por Pablo Vila). El segundo volumen incluye artículos —también comentados— sobre el movimiento de derechos humanos en la Argentina (por María Sonderreguer), sobre el movimiento sindical (por Héctor Palomino), y tres artículos sobre movimientos barriales (por D.R. García Delgado y Juan Silva; por M. Inés González Bombal; y por Luis Fara).

Las monografías intentan complementar o superar las carencias de los enfoques teóricos de carácter estructuralista, dominantes en las Ciencias Sociales desarrolladas en Argentina, y en toda Latinoamérica, hasta la década de los 70. También se apartan de un



modo de análisis tradicional que, desde fuentes históricas o empíricas, se centró en el movimiento obrero y en sus destinos. Con la crisis de los modelos de industrialización y del sistema cultural industrial que los acompaña, han surgido en nuestras sociedades comportamientos de acción colectiva que evidencian el surgimiento de nuevos actores sociales, junto a la reactivación de otros más tradicionales. Estos nuevos actores emergen con una postura crítica hacia el Estado y el sistema político —en términos de sus carencias como sistemas de representación y participación social—, y demandan su incorporación al sistema en su conjunto, como sujetos políticos.

Parecería que los propios movimientos sociales, más que las interpretaciones analíticas, van mostrando un abanico de virtualidades a través de nuevos conflictos, en los que se evidencia el fracaso de los autoritarismos y de las concepciones totalizadoras, y se señalan las posibilidades de cambio de las condiciones sociales de gran parte de nuestras sociedades latinoamericanas.

Pero, ¿realmente es así? Los movimientos sociales ¿constituyen las vías alternativas, las válvulas de (ex)presión cuando los canales institucionales están cerrados?

Leyendo la literatura reciente sobre movimientos sociales y políticos, surgen tres maneras de encarar la relación entre movimientos sociales y contexto político-social. Una primera es la visión incremental y finalista: los movimientos sociales surgen en forma relativamente espontánea, o articulados por otros agentes sociales o políticos; y son éstos los que los aglutinan y logran darles dirección política en una perspectiva de transformación social. Una segunda visión toma en cuenta la crisis de las instituciones políticas tradicionales (partidos, parlamento) y

descubren en los movimientos sociales las "nuevas formas de hacer política", con actores sociales no tradicionales: jóvenes, mujeres, territorio. En tercer lugar, podemos mencionar una visión más "culturalista" y social: estos movimientos sociales nuevos no deben ser interpretados en clave política (entendida como lucha por el poder), sino como prácticas centradas en la construcción de identidades colectivas y de reconocimiento de espacios de relaciones sociales.

Desde esta tercera perspectiva, el énfasis se sitúa en las identidades, formas de acción y contenidos. ¿De dónde surge esta novedad social? ¿Cuál es su pronóstico en términos de permanencia y/o de dirección o cambio? Es en este contexto de contrastar, ponderar y sopesar las visiones cíclicas y recurrentes que privilegian los aspectos constantes en el tiempo histórico argentino, por un lado, y las que revelan el descubrimiento de tendencias recientes y novedosas, por otro, que se inscriben los trabajos monográficos sobre los movimientos sociales en la Argentina reciente que aquí se presentan.

Las áreas de indagación se eligieron sin presuponer movimientos sociales ya constituidos. Más bien, el punto de partida fue la pregunta acerca de cómo se fueron constituyendo (o abortaron en el proceso) actores sociopolíticos no tradicionales. Algunas de las áreas no parecían requerir una justificación: su propia presencia en la escena histórica contemporánea imponía la necesidad de su análisis. En otras, la situación fue opuesta: la tarea de indagación se orientó a seguir el proceso por el cual se podría, o no se podría, crear un nuevo espacio y un nuevo actor.

Quizás el caso más claro de un movimiento social en formación durante los años de la dictadura, sea

el movimiento por los derechos humanos. Internamente, el movimiento es heterogéneo: sobre la base firme y persistente de los compromisos familiares, se fueron agregando otros actores, otros personajes, que se acercaron desde distintos orígenes y con diversas identidades (cristianos, políticos, intelectuales; la población en general). Lo que surge del seguimiento de estas acciones colectivas es cómo, a partir de un ataque frontal a los derechos más elementales, se generó un movimiento que introdujo una dimensión ideológica nueva en el debate político: la consideración ética, orientada hacia el Estado.

En alguna medida, los movimientos de barrios populares presentan rasgos opuestos al de derechos humanos. El contenido de sus demandas y reivindicaciones es manifiestamente limitado y específico a las condiciones de vida; su contrincante, por lo menos en teoría, no siempre está representado por el Estado, como es el caso de las organizaciones de autoayuda o cooperativas. Además, no queda claro si estas acciones son de carácter y significado político. En la coyuntura analizada, lo que se dio fue la confluencia de tendencias contradictorias entre los intentos políticos de privatización de las demandas, y una creciente presencia del Estado en la representación de la vida cotidiana.

Respecto a las mujeres, y al igual que en el caso de los jóvenes, interesa estudiar a los actores no como activistas y militantes de movimientos e instituciones, sino en tanto su participación les va dando una identidad propia. Con una condición adicional: no se trata de una identidad limitada a la condición genérica, sino de una identidad crítica y cuestionadora del orden vigente, transformadora de la vida social y política.

El movimiento obrero, tradicional y

de gran fuerza en el campo de la organización social, se caracteriza actualmente por un estado de fluidez; a las demandas de democratización formal se agrega —a veces contradictoriamente— una demanda de democratización más profunda, cuya manifestación es la dinámica de las elecciones sindicales.

Lo que se anticipa es un quiebre del monolitismo; una pluralidad de tendencias que, si bien indica mayores espacios de expresión, también puede dificultar la unidad sindical. Estos cambios abren numerosas interrogantes hacia el futuro del movimiento.

Finalmente, están los temas ausen-

tes, sea por carencia de información o por criterio de realidad. Al respecto, es preciso señalar que una de las limitaciones de este conjunto de trabajos es que todos los movimientos a los que se refieren son urbanos, y fundamentalmente porteños. No hay movimientos o actores rurales, no está el interior del país, no están las regiones.

ALEX ROSENFELD

documentos

CHILE Y SU FUTURO. UN PAÍS POSIBLE

Comentario al libro de Alejandro Foxley*



Este libro sobre "el país posible" es algo así como una invitación a descubrir el Chile que subyace y se perfila casi invisiblemente entre nosotros. En cierto modo, es lo opuesto a una convocatoria tras un modelo global y uniformizante.

Sorprende al principio, pero es un libro que no está dirigido en contra de nadie. Llama al reencuentro casi con obsesión. Al reencuentro de los enemigos ideológicos de ayer; a la integración de los diferentes "países" —como los llama el autor— que coexisten en el Chile de hoy; al reconocimiento de los chilenos en la continuidad histórica de la nación.

Pero quizás lo más llamativo es que se trata de un libro que habla del futuro; que toma el riesgo de señalar un horizonte posible donde cada grupo social goce de un espacio, tenga una tarea, disponga de los mismos derechos. "El futuro común" —dice Foxley— es lo que finalmente "cimenta y cohesiona a una sociedad que quiere ser nación". Por eso, "si ha de seguir vivo, un país tiene que proyectarse obligatoriamente al futuro".

Es, por último, un libro optimista. Para el autor, "la crisis chilena, por su envergadura, es al mismo tiempo una gran oportunidad" que puede ser aprovechada constructivamente por una sociedad que está madura para ello. En el territorio de la desesperanza —como quedara bautizado por José Donoso—, se necesita coraje para hacer esa declaración, y no puedo ocultar que ella me interpela profundamente.

Alejandro Foxley (AF), el economista que ha venido transgrediendo los límites disciplinarios para incursionar en la historia, la ciencia política, la sociología, levantando al paso temas tan importantes como el de la concertación social, aparece hoy con este ensayo político en la más noble acepción del término.

El libro consta de dos partes: en una se refiere a la crisis y a las condiciones generales de su superación, y en la otra el autor puntualiza cuáles son, a su juicio, los "nudos gordianos" que impiden el reencuentro nacional, frente a los cuales propone formas de desbloqueo.

Señala Foxley que la dimensión más profunda de la crisis chilena es la *inseguridad* respecto al presente, y el *escepticismo* respecto al futuro; es la disolución de un destino común, la ausencia de una tarea compartida. La desintegración de la nación no es, en todo caso, un fenómeno reciente: ella se arrastra desde antes de 1973, y fue precisamente esa descomposición lo que llevó al derrumbe de la democracia en Chile.

Para salir de la crisis el gran obstáculo es el miedo: en el pueblo es el miedo a la represión o al despido; en los militares y empresarios, el miedo a la revancha; y para

* Intervención leída en la presentación del libro, en CIEPLAN, el 13 de agosto de 1987.

vastos sectores es un temor sordo a la conflictividad que trae consigo la política, y el miedo a que se derrumben nuevamente valores, normas, instituciones y estilos de vida a los que ha costado tanto esfuerzo adaptarse.

A juicio de Foxley, "rescatar al país de la decadencia y la desintegración para refundar una convivencia en paz" exige, antes que una transformación socio-económica, una profunda mutación político-cultural. En primer lugar, la formación de un nuevo tipo de intelectuales más comprometidos con la sociedad y menos consejero del príncipe de turno; más próximo a la incertidumbre del científico que a la certeza del ideólogo.

Superar la crisis supone en segundo lugar emprender una renovación de la política, lo que equivale a la modernización de los partidos, al abandono de sus prácticas manipulativas, a la ruptura de las sub-culturas ideológicas y a la revalorización de los principios de la moderación y cooperación; requisitos indispensables para el establecimiento de sólidos acuerdos o alianzas políticas en la democracia futura.

En tercer término, el libro postula que una estrategia de cambio para Chile ha de tener un carácter necesariamente gradual e incrementalista, lo que significa renunciar a la idea jacobina según la cual lo único que importa es la correlación de fuerzas políticas, pasando autoritariamente por alto las corrientes culturales y sociales que resisten o empujan en otras direcciones. Si no quiere despertar los demonios del pasado, un programa de cambio tiene que estar, pues, respaldado por un consenso social básico que defina sus alcances y su ritmo.

Dejar atrás la crisis supone, en cuarto lugar, reestablecer en el país una idea de futuro y vitalizar en la población los valores de la cooperación y solidaridad; lo que equivale a señalar que es necesaria una clase dirigente (compuesta de científicos, intelectuales, sindicalistas, empresarios, políticos, artistas) con un genuino sentido nacional.

Por último, Foxley plantea que es necesario enfrentar el desafío del desarrollo con el mismo vigor con que la Europa de post-guerra enfrentó la tarea de la re-construcción. Una convocatoria de estas dimensiones habrá de fundarse —como de hecho ocurrió en la Europa de entonces— en una nueva articulación entre los agentes económicos y el Estado, donde este último tendrá la tarea de diseñar un perfil productivo que oriente a la economía chilena a la exportación, que la proteja selectivamente y que ofrezca progreso y seguridad a los trabajadores.

Sin embargo, ¿por qué no ha sido posible, en el Chile actual, alcanzar las condiciones que han sido mencionadas? Esto nos lleva a la segunda parte del libro, que es

todo un programa para atacar los obstáculos que, a juicio del autor, entran y terminan por hacer altamente conflictivo el marco político chileno.

El primero de esos "nudos gordianos" es el de la violencia, la que tendría que ser enfrentada mediante la instauración de un sistema político pluralista sin exclusiones, con el desmantelamiento de los aparatos para-militares, y mediante el emplazamiento frontal a las fuerzas políticas que postulen la violencia y que amenacen con situarse fuera de las reglas democráticas.

Otro gran obstáculo es la brecha y animosidad que se ha creado entre civiles y militares, frente a lo cual Foxley propone reestablecer la subordinación del poder militar al poder civil, resguardar el profesionalismo militar, promover la modernización técnica de las FF.AA., favorecer su integración en todos los planos a la sociedad y que se individualicen las responsabilidades en relación a la violación de los derechos humanos, para que los involucrados sean llevados a la justicia.

La situación del movimiento sindical y de los empresarios es un tercer "nudo gordiano" de la política chilena. De una parte, el libro plantea la necesidad de una mayor autonomía del sindicalismo con respecto a los partidos y a los particularismos de la base, requisitos indispensables para que se constituya un ente coordinador unitario que convierta al movimiento sindical en un actor nacional poderoso. De otro lado, se señala la necesidad imperiosa de contar con empresarios innovadores, con una genuina voluntad productiva, comprometidos con la sociedad y legitimados por ella. Y está por último el problema de la conciliación entre empresarios, movimiento sindical y el Estado, lo que va a depender del sentido nacional con que actúen los dirigentes, de la disposición cooperativa de los partidos con influencia en esos grupos, y de la actuación del Estado como animador y garante de los acuerdos y como factor compensador de los desequilibrios.

Otro obstáculo que destaca Foxley es lo que llama "el conflicto agrícola", que se arrastra de una Reforma Agraria que, a raíz de los cambios políticos y de sus propios errores originales, se mantiene como un proceso abierto, sin lograr la estabilización de un *nuevo orden agrario* que compatibilice la justicia con el desarrollo.

Un cuarto elemento que entraña al país es el centralismo. Frente a este fenómeno, Foxley no se limita a proponer reformas administrativas; va más allá, y postula "plan-tearse constructivamente frente a la heterogeneidad" geográfica y cultural del país. En consecuencia, se trataría de aprovechar la plasticidad que ofrecerá el período de recuperación democrática para romper de raíz con el

centralismo que ahoga a la sociedad chilena e impide que se exprese en toda su diversidad.

Por último, el libro identifica la marginalidad social como un problema mayor, en cuanto ilustra dramáticamente las tendencias a la desintegración social presentes hoy en Chile. "Revertir esta situación —señala el autor— es una tarea nacional por excelencia", porque "apela a valores éticos fundamentales sin los cuales ninguna sociedad puede pretender vivir con un mínimo de cohesión". Y atacar la marginalidad implica, cuando menos, centrar la acción pública en la creación de empleos, enfrentar el problema de las necesidades básicas insatisfechas y proveer —especialmente a los jóvenes— de mecanismos de integración social.

Lo que el libro propone son pues los grandes lineamientos de un programa orientado a inspirar un compromiso colectivo "con la construcción de un país, no de los varios países alternativos" que hoy existen o que en el pasado tratamos de imponer. Es probable que muchas dimensiones no estén suficientemente tocadas, pero aquí está lo fundamental de este diseño. Personalmente, la principal incógnita que me queda es cómo la democracia chilena del futuro podrá escapar de la hipoteca militar; qué hacer para no llegar un día —como en la Argentina, después de la sublevación militar de Semana Santa— a la confusión moral de una "ley de obediencia debida"; qué hacer para que la democracia no tenga que degradarse hasta la humillación de estipular —como precio a pagar por su propia supervivencia— que las violaciones más atroces a los derechos humanos no son un delito.

Pero no creo que mi papel de comentarista me otorgue la autoridad para quitarles el tiempo y señalarles en qué estoy de acuerdo y en qué no. Aunque a lo mejor el trámite es breve, pues en realidad no estoy en desacuerdo frontal con nada. No obstante, deseo aprovechar la oportunidad para señalar aquellos aspectos en que estoy más de acuerdo todavía, o que me parecen de una importancia primordial.

Me parece muy significativo, en primer lugar, la defensa que hace Foxley de una política apegada a principios éticos o morales. Transformada en una acción puramente instrumental, de pura representación y en función únicamente del poder, la política es incapaz de recrear una comunidad nacional, tarea especialmente urgente en una sociedad como la chilena, donde acecha por tantos años el fantasma de la desintegración. Es el neo-liberalismo el que ha tratado de presentar el campo político como un

mercado y al político como un empresario. Si esta noción cunde, si desde la política no surge una inspiración unificante, el dominio militar —y del otro lado, el religioso— serán ineludibles.

Concuerdo totalmente también con la tesis de que, a la salida del autoritarismo, no es posible el reestablecimiento inmediato de la competencia política sin limitaciones. Como lo dice Foxley, si en la economía no hay ninguna "mano invisible" que garantice los equilibrios, menos aún se la encontrará en el dominio político. En un período de convalecencia y reconstrucción como el que enfrentará entonces el país, los riesgos de otra intervención militar, de un desborde de demandas, de polarización y radicalización, serán enormes. Es fundamental, por lo tanto, la existencia de un consenso básico que asegure que los partidos principales practiquen una política de cooperación por las vías de pactos o alianzas. La transición, en este sentido, no es un acto sino un proceso; y éste habrá de tomar el tiempo requerido para que sean establecidos los "fundamentos pre-contractuales" en que descansará el libre juego democrático futuro.

De lo anterior se deriva que la apelación a la democracia no puede estar desprovista de aspectos sustantivos o fundamentales. Esto significa que una propuesta de transición en Chile no puede caer en la ilusión de que es posible eliminar de su agenda toda referencia a un cambio social. La transición debe tener un programa como el que aquí se propone: el combate a la escisión entre un país moderno y cosmopolita, y otro —el de la gran mayoría— rezagado y marginalizado.

Dicho de otro modo, imaginar el tránsito a la democracia como un asunto exclusivamente político, como una pura discusión de procedimientos, es no tomar en serio la crisis que llevó al derrumbe de la democracia chilena ni los desafíos que hay por delante. Si la apelación democrática opta por desentenderse de los problemas reales que la gente desea solucionar, ¿quién podría extrañarse entonces de la apatía de la población frente a la política?

En esa misma línea quisiera subrayar la importancia que tiene la afirmación de AF en cuanto a que la crisis de la democracia chilena obedeció al desgaste del consenso básico de sus élites; lo que lleva a la conclusión de que la democracia sólo volverá a ver el día cuando logre recrearse un consenso de ese tipo. Como ha sido dicho, tal acuerdo no puede omitir un plan de reforma social. Y políticamente, él tiene que ser el resultado de un *compromiso político* que incluya cuando menos al centro y a la izquierda, vale decir, a partidos que en 1973 se ubicaron en bandos contrapuestos, porque sólo de esa manera se habrá derro-

tado la inercia que retrotrae a la sociedad chilena una y otra vez a las divisiones del pasado.

Pero la re-unificación de Chile tras un mismo futuro es algo que ciertamente trasciende a un acuerdo entre partidos. Cabe preguntarse, entonces, ¿qué fuerzas sociales pueden estar detrás de un proyecto como el que propone el libro que comentamos?

Como fue dicho, el libro de AF no identifica adversarios pero, no obstante, formula un llamado especial a los creadores. Los creadores son quienes toman el riesgo de hacer el futuro, y ellos están en todos los ámbitos de la sociedad: hay empresarios creadores, hay artistas creadores, hay obreros creadores, hay intelectuales creadores, y hay también —¡cuán bien lo sabemos!— una infinita creatividad en los marginales que se inventan diariamente los medios para subsistir.

La cuestión es saber si hoy día Chile cuenta con una "masa crítica" de creadores que tenga la densidad suficiente como para hacer que este discurso cristalice en un programa de acción socialmente significativo. Esto determinará, finalmente, el destino de este libro. Si la sociedad contiene esa fuerza creadora, entonces ésta puede ser una palabra política que hacía falta; si no es así, entonces seguramente éste será un libro que en el futuro próximo se leerá como una profecía.

Pero hay motivos para ser optimista.

Lo último que quiero manifestar es precisamente mi satisfacción por el optimismo que irradia el libro de AF. Como bien se señala, la situación límite por la que ha atravesado el país ha permitido llegar a fondo en sus problemas históricos, configurando hoy una encrucijada excepcional: "O Chile se abre paso hacia el mundo de los países recientemente industrializados, o entra en un largo ciclo histórico de decadencia, desintegración nacional e ingobernabilidad". Llegados a este punto, creo que lo único realista es el optimismo.

En la historia, los renacimientos han estado siempre precedidos por oscuros períodos de decadencia. La sociedad chilena no ha permanecido pasiva bajo el dominio autoritario, y en muchos aspectos, agudizando su ingenio, su creatividad y su eficiencia, ha salido exitosamente del paso; del mismo modo como, a lo largo de su historia, ha logrado vencer los enormes rigores de su geografía.

Entre las tantas cosas que hemos aprendido en este duro período, está el que la historia no marcha —a la larga— en la dirección que uno cree en medio de los acontecimientos, ni su curso depende únicamente de las políticas del Estado. Así, por ejemplo, ¿quién iba a imaginar que la Reforma Agraria terminaría, veinte años después,

por crear "farmers" en algunas regiones del país?; ¿o que la intervención militar de las universidades provocaría el florecimiento de las ciencias sociales en centros de investigación privados como éste?; ¿o que el exilio permitiría a casi una generación entera de chilenos reciclarse profesionalmente y enriquecerse desde el punto de vista personal?

Por lo demás, en las sociedades hay corrientes subterráneas que siguen influyendo, no importa lo que pase en la superficie. Así, por ejemplo, los grandes procesos de modernización de los años 40 al 60, como la urbanización, el reforzamiento de la infraestructura básica, la transformación del perfil demográfico, la expansión de la cobertura educativa, la creación del proletariado industrial y de una clase moderna media, la extensión de los medios de comunicación de masas, entre otros, han seguido madurando y sus efectos son hoy más claros que ayer.

Algunos aspectos claves de esa modernización clásica han sido revertidos desde 1973: ramas enteras de la industria fueron desmanteladas; el Estado abdicó de su papel de locomotora del progreso; se abandonó la meta de una homogeneización de la población en la ciudadanía, etc.

Al mismo tiempo, sin embargo, un nuevo modelo de modernización ha venido haciendo su camino: allí están la diversificación de la economía y la apertura externa; el retraimiento del Estado y la iniciativa privada; la liberalización de los efectos diferenciadores del mercado; la mayor pluralidad en los estilos de vida y participación, etc. El acceso a esta nueva modernidad ha estado limitado a un grupo social restringido, cuya intensa vinculación con el mundo exterior parece haberse obtenido a costa de la marginalización de una masa enorme de la población; pero nada de esto puede llevar a aminorar la importancia del proceso que se ha venido desarrollando ante nuestros ojos.

Esta gran transformación, por lo demás, no coincide, hasta cierto punto, con la tendencia que se observa universalmente en el mundo contemporáneo, y que en cada caso toma formas más o menos democráticas, más o menos solidarias?

El presidente Mitterand, seguramente el político más talentoso de nuestra época, advertía enigmáticamente hace pocas semanas, que una nación perdería toda continuidad si los gobiernos se proponen sistemáticamente hacer retroceder las reformas de sus antecesores. Esta observación se dirigía, en primer lugar, a la actual mayoría derechista, que contra la opinión del Presidente ha reprivatizado las empresas nacionalizadas por el gobierno socialista; pero con esa declaración, Mitterand anunciaba

al mismo tiempo que el próximo gobierno (que todo indica será nuevamente socialista) no volverá a nacionalizar nuevamente.

Yo no creo, en otros términos, que en el futuro la meta sea simplemente revertir las tendencias actuales para volver nostálgicamente al viejo curso de la modernización. Ello equivaldría a programar por adelantado una nueva crisis histórica, esto es, una situación donde la estructura y el curso global de la sociedad es puesto enteramente en duda, generando una inestabilidad y conflictividad extremas.

Fruto del esfuerzo extraordinario de todos, nuestra sociedad ha sido capaz, en los últimos años, de ir dejando atrás esa situación que tanto acomodó a la perpetuación de una dictadura. Lo que la democracia futura tendrá adelante es este nuevo escenario, el de la *post-crisis*. Su objetivo no puede ser volver atrás, sino llevar a *todo* el país hacia adelante. Esto implica, concretamente, lo que se ha venido diciendo aquí: impedir que se condense la dualización de la sociedad chilena, donde coexisten sin tocarse, y con temor recíproco, el mundo del mercado y el universo de los pobres que dependen del subsidio estatal.

No se puede pretender, por cierto, que la sociedad se uniformice ni que marche toda a una misma velocidad. Ella puede marchar a dos, tres o a varias velocidades, siempre y cuando el Estado actúe enérgica y efectivamente como ente integrador de la nación y como un animador de la solidaridad colectiva, proveyendo canales de participación y de movilidad social abiertos a todos.

En el pasado, la democracia en Chile se afianzó de la mano de la modernización y el desarrollo. Hacia el futuro, ella no puede abandonar esos objetivos sustantivos ni desentenderse del carácter que ellos adoptan en el mundo actual. El programa de la democracia futura —aunque suene utópico o irrealizable— ha de ser, por lo tanto, *modernización para todos*. Es el tipo de meta que puede inspirar un renacimiento y es lo que espera la sociedad chilena. Y como Foxley, yo creo que se puede ser optimista respecto a su capacidad para avanzar en tal sentido, especialmente desde el momento en que logre sacarse de encima el dominio autoritario.

Yo sé que es difícil el optimismo en este tiempo fangoso de la desesperanza, cuando parecen haberse esfumado las fronteras entre la justicia y el rencor, entre el espanto y la ingenuidad, entre la indignación y el exhibicionismo, entre la voluntad y la arrogancia, entre la prudencia y la

cobardía, entre el heroísmo y el ridículo, entre la eficiencia y la dictadura, entre el deporte y la tortura.

Pero el gran mérito de este libro de AF es que nos invita a dejar ese tiempo atrás, a recuperar el coraje para imaginar un país que es posible desde el momento en que nos resulte indispensable.

EUGENIO TIRONI

“UN CUARTO PROPIO”*



Antes que nada quiero agradecer varias cosas:

A la Editorial Andrés Bello, esta posibilidad que ofrece a los escritores y a los que, como yo, a veces escriben, de ser leídos fuera del círculo de amigos. La de confrontarse con esa realidad que está más allá de lo íntimo y lo privado, a la que es bueno salir porque existe, porque está allí y nos reta a enfrentarla.

También quiero agradecer a las personas de la Editorial con quienes tuve mayor contacto, Mercedes Gaju y María Teresa Herreros, por su inagotable gentileza. Al Jurado en general, y especialmente a José Luis Rosasco, por su apoyo. A los amigos que me suavizaron en parte el pánico de

* Intervención leída en la presentación del libro *Album de Fotografías* (Premio Novela Andrés Bello 1986) en la Editorial Andrés Bello, el 13 de agosto de 1987.

ser leída. Y a mi familia, que no es demasiado crítica con mi escritura y, por lo mismo, constituye un descanso.

Además de estas gratitudes, de por sí bastante evidente, tengo una particular, personal. Es una deuda de gratitud que quiero reconocer ahora, con Virginia Woolf. Virginia Woolf tiene un libro que me ha sido especialmente importante. Se llama *Un cuarto propio*, y en él recoge un par de conferencias que dio sobre el tema "La literatura de las mujeres". Allí plantea que la posibilidad de que una mujer escriba una novela depende, en una medida muy importante, de que pueda tener un cuarto para ella sola, con pestillo. Me encanta esa tesis. Porque a veces el mundo —sobre todo el mundo doméstico— se nos transforma a las mujeres en un tan reiterado ser solicitadas y requeridas por las necesidades cotidianas, que al final del día —o, peor aún, de la vida— quedamos como un campo invadido, despojado, devastado y exhausto.

Y entonces, Virginia Woolf: un cuarto propio, en forma real, no metafórica. En Valparaíso tuve el primero, en una de esas casas antiguas de techos muy altos: un altílo con libros y una mesa para escribir, bajo el cual estaba mi laboratorio de fotografía. Y de la combinación de ambos surgió el germen de este libro, *Album de fotografías*. Más tarde, ya en Santiago, en otro cuarto propio armado al fondo del patio, y durante un año de cesantía, terminé el libro.

Sin esos dos espacios físicos privados, que me protegían

de irrupciones e interrupciones, no sé si lo habría hecho. Porque hay una decisión fundacional en esto de establecer un cuarto propio. El gesto, ahora más allá de lo concreto inmediato, se hace signo de la decisión de rescatar para una misma el derecho a un espacio y a un tiempo propios, en los que se pueda construir una forma de habitar el mundo que sea elegida, no impuesta, y buena, no destructiva.

Pensé esto, estaba escribiéndolo, y de repente, la tristeza. Porque *yo* puedo tener un *cuarto propio*, ya que también puedo arrendar una casa con espacio sobrante, disponible para mis necesidades. Pero no sé cuántas mujeres tienen esa oportunidad, y realmente creo que son muy pocas. Y tristeza también porque puedo fundar un mundo habitable solamente en ese cuarto al fondo del patio, y únicamente para mí, mi familia y algunos amigos, pero no tengo poder para fundar ni construir nada fuera de él, en mi cada día más ajeno país. Mi poder limita entonces con la pared del fondo de mi casa.

Me digo esto, escribo esto, y al hacerlo descubro que tampoco es totalmente cierto. Porque he trabajado, y con mi trabajo he construido algo que antes no existía, que se ha agregado al mundo. Mi libro es trabajo, es producto del trabajo, y como tal cruza los muros del patio trasero de mi casa y suma su mínimo peso al peso de todos los trabajos de los hombres que habitan el mundo y, habiéndolo, lo construyen.

PAULINA MATTÀ

AGRADECIMIENTOS POR LOS APORTES GRAFICOS

Agradecemos a las personas e instituciones que nos han permitido confeccionar citas iconográficas de sus obras y de sus publicaciones, permitiéndonos enriquecer este número de Propositiones 14.

A Lucio Kowarick, autor de *A espoliação urbana* y a Editora Paz e Terra, su editorial. Río de Janeiro, 1979.

A Elizabeth Jelin y Pablo Vila, autores de *Podría ser yo*, libro ilustrado con fotografías de Alicia D'Amico. Ediciones de la flor. Buenos Aires, 1987.

A Víctor Tokman, editor del libro *Imágenes del Trabajo*. PREALC. Organización Internacional del Trabajo, OIT, 1987. Chile.

Al fotógrafo boliviano Alfonso Gumucio, cuyas imágenes aparecen en el libro recién mencionado. A Valentina López, por su bordado de los marginados y a Carlos González, por sus sensibles fotografías de pobladores.

Agradecemos también a las siguientes revistas chilenas y extranjeras: *Le nouvel observateur*, *Comunidad*, *Solidaridad*, *Mensaje*, *Análisis*, *Hoy*, *Apsi*, *Pastoral popular* y *Compartiendo la mesa*.

En las primeras páginas de este ejemplar, hemos querido conjurar una obra de Roberto Matta, inmenso pintor chileno y descubridor permanente de nuestra América.

stantes de Santiago son dominados por un temor ir-
 limitan a
 tras llega
 calidad, y
 rada. Ent
 imato, mie
 igadas con



Pero, ¿por qué los pobladores irrumpen con tant
 representaciones colectivas de los chilenos? Es

seguramente con una característica de la estructu
 Esta publicación
 terminó de imprimirse
 ómica actual, que a fines de noviembre de 1987, en los
 talleres de la
 Comandante Sepúlveda 1381,
 Santiago, Chile
 de favorecer una acción colectiva "orgánica", o "

Pero la situación de los pobladores no es
 trario, ella no es más que la expresión parac
 caso de desestructuración experimentado por e
 ses en el último decenio (Martínez y Tironi, 199

COLECCION ESTUDIOS HISTORICOS

Labradores, peones y proletarios (Siglo XIX).

Gabriel Salazar.

Historia del pueblo mapuche (2a. edición).

José Bengoa.

La huelga obrera en Chile.

Crísóstomo Pizarro.

Para una historia de los pobres de la ciudad. (En preparación).

Vicente Espinoza.

BIBLIOTECA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTEL

Dirigida por: Manuel A. Garretón & Javier Martínez.

Tomo I *Universidades chilenas: historia, reforma e intervención*

Tomo II *La reforma en la Universidad Católica de Chile*

Tomo III *La reforma en la Universidad de Chile*

Tomo IV *El movimiento estudiantil: conceptos e historia*

Tomo V *Antecedentes estructurales de las universidades chilenas*

BIBLIOTECA DE PEQUEÑOS PROYECTOS DE DESARROLLO

Manual del Taller Autogestionado

Arno Klenner & Luis Razeto.

SUMARIO

SEMINARIO SUR/CADIS

MOVIMIENTOS SOCIALES URBANO-POPULARES Y PROCESOS DE DEMOCRATIZACION

Santiago 14, 15 y 16 de abril de 1987

EUGENIO TIRONI, *(Editor) Marginalidad, movimientos sociales y democracia. (Introducción).*

ALFREDO RODRIGUEZ, *Veinte años de las poblaciones de Santiago. Resumen de investigación.* • LUIS RAZETO, *La "economía de solidaridad" en un proyecto de transformación social.* • EUGENIO TIRONI, *Pobladores e integración social.* • GUILLERMO CAMPERO, *Organizaciones de pobladores bajo el régimen militar.* • FRANCOIS DUBET, *Las conductas marginales de los jóvenes pobladores.* • MANUEL A. GARRETON, *Las complejidades de la transición invisible. Movilizaciones populares y régimen militar en Chile.* • RENE MAYORGA, *La descomposición del movimiento sindical y la transformación del sistema democrático en Bolivia.* • ELIZABETH JELIN, *El itinerario de la democratización. Los movimientos sociales y la participación popular.* • FERNANDO CALDERON/ELIZABETH JELIN, *Clases sociales y movimientos sociales en América Latina. Perspectivas y realidades.* • LUCIO KOWARICK, *Movimientos populares urbanos y el proceso de democratización en Brasil: balance crítico de la literatura.* • ALAIN TOURAINE, *La centralidad de los marginales. (Conclusión).*

COMENTARISTAS:

VICTOR TOKMAN, CLARISA HARDY, ALEJANDRO FOXLEY, GONZALO FALABELLA.

DEBATES - RESEÑA DE LIBROS - DOCUMENTOS